COLECCIÓN SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO XI





COLECCION SELECTA
DE
Antiguas Novelas Españolas

TOMO XI

JORNADAS ALEGRES

Á

D. FRANCISCO DE ERASSO

Conde de Humanes, señor de las Villas de Mohernando y el Canal.

POR

D. ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

MADRID, 1909

PUBLÍCALAS LA
LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES
Travesía del Arenal, 1—MADRID

«IMPRENTA IBÉRICA», DE ESTANISLAO MAESTRE,
POZAS, 12.—MADRID.

Jornadas Alegres

A DON FRANCISCO DE ERASSO

Conde de Humanes, señor de las Villas de Mohernando

y el Canal.

Por D. Alonso de Castillo Solórzano.

CON PRIVILEGIO

En Madrid por Juan González, año 1626.

A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.



FE DE ERRATAS

Este libro intitulado *Jornadas Alegres*, compuesto por Don Alonso de Castillo, está bien y fielmente impreso con su original. En Madrid, á 26 de Abril de 1626.

El Licenciado, Murcia de la Llana.

TASSA

Yo Juan de Villaceballos, escribano de Cámara del Rey Nuestro Señor, de los que presiden en su Consejo, doy fe: que habiéndose visto por los señores del un libro intitulado *Jornadas Alegres*, compuesto por Don Alonso del Castillo Solórzano, que con licencia de los dichos señores ha sido impreso, lo tasaron á cuatro maravedís el pliego, y á este precio y no más mandaron se venda, y que esta fe de tassa se ponga al principio de cada cuerpo, para que se entienda y sepa el precio á que cada uno se ha de vender. Y para que dello conste di esta fe. En Madrid, á veinte y ocho días del mes de Abril de mil seiscientos veinte y seis años.

JUAN DE VILLACEBALLOS.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Este libro, intitulado *Jornadas Alegres,* compuesto por Don Alonso de Castillo Solórzano, tiene privilegio del Rey Nuestro Señor para poderle imprimir y vender por tiempo de diez años, y no otra persona sin su licencia, so las penas en el dicho privilegio contenidas. Su data en Madrid, á veinte y cinco días del mes de Junio, de 1625 años. Refrendado de Don Sebastián de Contreras, y despachado en el oficio de Juan de Villaceballos, escribano de Cámara.

APROBACIÓN DEL P. M. F.

PEDRO MARTÍNEZ DE HERRERA

He visto dos libros que por comisión del Señor Vicario General de Madrid se me remitieron, el uno llamado *Abril de flores divinas*, y el otro intitulado *Jornadas Alegres*, compuestos por Don Alonso de Castillo Solórzano, y no hallo en ellos cosa ajena de las buenas costumbres, ni que extrañe la verdad de nuestra fe; antes hallo que el divino es muy apacible y devoto, y el humano muy ejemplar, y que puede hallarse en todas manos con mucha decencia, y aprovechará todo estado por su moralidad. Fecha en el Carmen de Madrid, 12 de Junio de 1625.

El M. F. Pedro Martínez de Herrera.

LICENCIA DEL ORDINARIO

Nós el Doctor Don Juan de Mendieta, capellán de Su Majestad y Vicario General de Madrid y su partido por Su Alteza, &.ª, por la presente por lo que á Nós toca, damos licencia para que se puedan imprimir dos libros: uno intitulado *Abril de flores divinas*, y el otro *Jornadas Alegres*, compuestos por Don Alonso del Castillo Solórzano, á tanto que no tienen cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid, á 13 de Junio de 1625 años.

El Dr. Don Juan de Mendieta.

Por su mandado,

Diego de Rivas.

APROBACIÓN DE DON DIEGO DE CÓRDOBA, CAPELLÁN MAYOR DEL SERENÍSIMO SEÑOR INFANTE DON CARLOS.

MUY PODEROSO SEÑOR:

He visto dos libros, compuestos por Don Alonso de Castillo Solórzano, el uno intitulado *Abril de flores divinas*, y el otro *Jornadas Alegres*, y en ellos no hallo en que reparar en materia de costumbres y fe divina, y así me parece que V. A. le puede dar licencia para imprimirlos, en Madrid, á 17 de Junio de 1625.

DON DIEGO DE CÓRDOVA.

A DON FRANCISCO DE ERASO, CONDE DE HUMANES, SEÑOR DE LAS VILLAS DE MOHERNANDO, Y SU PARTIDO, Y EL CANAL.

En las direcciones de sus obras, nos enseñaron los escritores antiguos que el mayor premio que tuvieron fué el consagrarlas á grandes señores, con cuyo patrocinio se miraron con respeto, adquiriendo fama sus autores. Su imitación sigo, si no igualando en lo escrito, excediéndoles en la elección que he hecho de V. S., con cuya protección, estoy cierto, saldrá este pequeño volumen seguro al teatro, donde tantos mordaces le esperan, que hacen posesión de censurar yerros ajenos, sin enmendar los propios. Confieso que en este trabajo habrá muchos; súplalos el acierto de haberse puesto en manos de V. S., á quien suplico se digne de favorecerle. Guarde Dios á V. S. como deseo.

Don Alonso de Castillo Solórzano.

PRÓLOGO

Lector, ó bien ó mal intencionado: con este libro cumplo la palabra que te di en el de las seis *Tardes entrenidas,* ofreciéndote otras seis, si no *Tardes, Jornadas* y *Alegres*. Si te cansares en alguna, apéate en el primero entretenimiento que hallare tu comodidad y descansa; quien te ofrece el consejo, te asegura que quisiera con divertimiento mayor darte gusto. No menos cuidado he puesto en este volumen, que en el que ya habrás visto; si estás de filo, excusado es el congratularme contigo, sólo quiero que adviertas que mi intento se enderezó más á amonestar con la moralidad, que á entretener con los discursos amorosos. Perdona mis yerros, porque cobres fama de piadoso y yo la adquiera de agradecido.

VALE.

ALONSO GERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, CRIADO DE SU MAJESTAD

AL AUTOR

Madrigal.

¡Oh, Castillo! Tan fuerte como hermoso,
fabricado en la cumbre de aquel monte
de quien toda la esfera es horizonte:
aquel monte sagrado de las musas.
Que émulo del cielo
preside á los demás montes del suelo;
que ya en tan superior parte resides,
que al que preside á todos, le presides.
Pues las musas te eligen su defensa
(opuesto á la vulgar plebeya ofensa),
crece y aumenta siempre á tu edificio
tales piedras como esta cada día,
cuya correspondencia
causará consonancia y armonía;
piedra que de caracteres sembrada,
no menos que caracteres son flores,
purpúreas y fragantes,
que hermosas tanto son como elegantes:
crece sobre el dominio de los hados,
¡oh el edificio equívoco á los ojos!
Castillo, en la robusta fortaleza,
y parque en la fragancia y la belleza.

DE DON JUAN DE LA REA Y ZURBANO

Décima.

Con tan alegres jornadas
á todos entretenéis,
y con su dulzura hacéis
las horas menos pesadas;
jornadas bien empleadas
son las vuestras, pues que veo
lleno de gusto el deseo,
los ojos entretenidos,
los sentidos divertidos
y hecho un Argos á Morfeo.

DE LUIS DE VILLALÓN

Décima.

En vuestro ingenio sutil,
hoy, don Alonso, contemplo
un fecundo Abril, á ejemplo
de dar lo que da el Abril;
que si bizarro y gentil
con flores nos acomete,
hoy vuestro ingenio promete
(Abril de mayor primor)
en cada verso una flor,
y en un libro un ramillete.

INTRODUCCION

á las Jornadas Alegres.

En Madrid, antigua y real villa de Castilla la Nueva, ilustrada de suntuosos edificios, grandiosos templos, generosos príncipes y nobles caballeros, con asistencia de la corte, que por tantos años se ha conservado en ella, honrándola los poderosos Monarcas de España, desde el invicto Emperador Carlos V, hasta el magnánimo Filipo IV, biznieto suyo; ocupaba la plaza en uno de sus Reales Consejos, don Alvaro de Toledo caballero de calificada sangre, natural de Talavera de la Reina, donde tenía un cuantioso mayorazgo, que heredó de sus padres. Pues como se hubiesen pasado algunos días, que no acudía en persona á ver á su hacienda; libró el cuidado desto, en doña Lorenza su esposa dama que en hermosura, discreción y gobierno había pocas en la corte que la hiciesen ventaja. Esta señora

tenía dos hermanas, que en las dos gracias la competían, y en las de la voz y destreza de la música aventajaban á muchas; eran sus nombres doña Clara y doña Luisa.

Acompañaron en esta jornada á estas damas don Gómez y don Carlos, hermanos del oidor; el uno seglar y el menor estudiante, que había acabado aquel año los cinco de cursar en la insigne Universidad de Salamanca, y estaba pasando para graduarse y comenzar luego sus pretensiones. Llegaron á Talavera con buen tiempo, por ser los fines de Septiembre, donde estuvieron holgándose con sus deudos y disponiendo las cosas de la hacienda, hasta mediado Diciembre, que les vino orden de don Alvaro, para volverse á Madrid. Esta les trujo Feliciano, un alegre sujeto muy continuo en la casa de don Alvaro y en las de muchos señores de la corte, donde era siempre bien recibido, por los agudos dichos que le oían, donairosos versos que escribía y alegres tonos que cantaba, que en todas tres gracias era consumado. Con su llegada previnieron la vuelta á la corte, y por hallarse doña Lorenza de cinco meses preñada, dispusieron que las jornadas fuesen muy pequeñas, distribuyéndolas en cinco días, por ser los del invierno tan pequeños, si bien el tiempo era apacible para caminar por estar muy asentado y hacer alegres días de sol; pero determináronse á no madrugar, ni hacer parada al mediodía,

sino de una vez hacer la jornada, llegando con tiempo al lugar donde habían de hacer noche. Aquélla antes de su partida, acabando de cenar, les dijo Feliciano estas razones:

—Ya que estáis, oh señores, con determinación, de que por el preñado de mi señora doña Lorenza hagamos tan despacio estas jornadas, será bien que se disponga en todo divertidas con varios entretenimientos: y para esto propondré el modo si gustáredes.

Todos dijeron que en esto diese su parecer, porque de su buen gusto se prometían, sabría sazonar cualquier entretenimiento.

—Pues todos comprometéis, replicó Feliciano, de seguir lo que ordenare, con vuestra buena licencia, quiero que en el coche que fuéremos estas tres señoras, don Gómez, don Carlos y yo, cada día le toque á uno de los seis el entretener á los demás una hora, con un discurso que haga, en que refiera un suceso con su moralidad, porque se mezcle lo provechoso con lo deleitable, que yo me obligo á sazonar los que se dijeren con cantar versos míos antes y después. Y asimismo, estas señoras doncellas me ayudarán con sus dulces versos, cantando algunos tonos que yo las he enseñado; sin esto dirá cada uno los versos que supiere de memoria, con que podremos divertir las jornadas hasta Madrid.

A todos pareció bien lo que Feliciano había propuesto, y para el siguiente día se ofreció don

Gómez entretenerles gustosamente, con que se retiraron á dormir, por haber de madrugar á prevenir algunas cosas, que antes de partir de Talavera habían de hacer.



JORNADA PRIMERA

Ya el délfico planeta, objeto hermoso de la enamorada Clicia, había más de tres horas que doraba con lucientes rayos los altos montes, frescos valles y apacibles llanos; dando con su alegre vista regocijo á los hombres, alborozo á las aves y contento á los domésticos y fieros animales; cuando prevenidos dos bien aderezados coches, en que aquellos caballeros y damas habían de partir (después de haber almorzado lo bastante para poder pasarse hasta la noche), se entraron en ellos con mucho regocijo, hablando en varias cosas hasta pasar la puente que baña el claro río Alberche, tributario del caudaloso Tajo, que dista una pequeña legua de la antigua Talavera. Y habiendo tomado los cocheros refresco en aquella cercana venta, con nuevo aliento prosiguieron su viaje. Aquí tocándole de la noche antes á don Gómez el entretenerles, pidió á Feliciano que con su buena voz diese principio al en-

tretenimiento, y él, templando una guitarra, cantó desta suerte:

Presuroso forastero,
tened el paso, os suplico,
que antes que entréis en la corte,
de la corte os daré avisos.
Tejiendo están tranzaderas
una fuente con un río,
pues ella sirve de peine
y él tributa el agua en hilos.
Con eterna sed veréis
las bocas á los molinos,
que de ver que nunca muelen
están sus dueños molidos.
Margenado Manzanares,
pareces plana de niño,
con manchas de lavanderas
y borrones de coritos.
Essa cuesta de la entrada
bajan el Mayo florido
damas, con acero estable
tras el oro fugitivo.
Con ambiciones de estafas,
anhelan por donativos,
y la fiesta de la entrega
vine á parar en novillos.
Veréis una calle larga,
como dicha de judío,
de donde espera el demonio
gran cosecha de precitos.
Aquí hay coches esqueletos,
que son mansiones de vivos,

y cocheros renegados
en frisones compungidos.
Otros hay coches de gracia
que son serrallos sucintos,
ó para el rastro de Venus
los chirriones continuos.
Puede en el mar desta calle,
temer cualquiera navío,
que entre busconas cosarios,
no escapará de rendido.
Aunque esté más artillado
con prevención al peligro,
del estrecho de una tienda
escapar, pocos se han visto.
La más bisoña pirata,
cursante destos distritos,
hace estafas á un tenaz,
hace robos á un mezquino.
Aferrará con Luzbel,
si saliese del abismo;
esto se entiende, si viene
en figura de bolsillo.
Si al más experto le engañan,
si burlan al más curtido,
¿qué se podrá prometer
el boquirrubio novicio?
Alerta, recién llegado;
avizor, recién venido:
«rey don Sancho, rey don Sancho,
no digas que no te aviso».

Guardaron todos al romance de Feliciano quieto silencio, y diéronle después el merecido aplau-

so; con lo cual dió por bien premiado el trabajo de haberle escrito y ponerle tono. Llególe el plazo á don Gómez, y prestándole todos silencio, después de haberse sosegado un poco, comenzó su discurso desta suerte.



SUCESO PRIMERO

No hay mal que no venga por bien.

TEMER pudiera, discreto auditorio, ver que me oyen tan agudos entendimientos, estando tan poco satisfecho del mío, que os pueda entretener, como su dueño desea; mas vuestra discreción debe suplir los muchos defectos que en este discurso oyere. Al suceso que os pienso referir, dará principio la moralidad, que es lo más importante, de que pueda seguirse aprovechamiento. Cuanto á lo primero, abomina de la ingratitud y codicia, pues aquélla acorta los ánimos generosos para hacer bien, y ésta obliga á ejecutar torpes y infames acciones; alaba la piedad de los que se ponen en conocidos riesgos, por librar á otros de evidentes peligros; reprehende á los poco reportados, que á sus pasiones hallan por remedio sólo el de la venganza, habiendo otros

más suaves y fáciles, que puedan suplir lo que librare al rigor. Finalmente, da un ejemplo á todos para saber socorrer en los peligros y agasajar con prudencia y cordura. De todo esto consta mi discurso, á que daré principio prestándome vuestra atención.

En la insigne y real villa, corte de los católicos reyes de España, en tiempo del poderoso y prudente rey Filipo II, asistía un caballero mozo, descendiente de la antigua y noble casa de los Lujanes, dueño de un mayorazgo de tres mil ducados de renta. Era de edad de 24 años, de claro y agudo ingenio, de gallarda persona, partes que por ellas y su afabilidad era amado de todos generalmente, teniendo muchos amigos, que es la mayor felicidad que puede tener un caballero. Portábase en la corte siempre con mucho lucimiento, no le aventajando ninguno en todos los actos públicos, particularmente en las fiestas y regocijos de plaza, con que era aplaudido, no sólo del vulgo, que siempre se le apasionaba, mas de toda la nobleza, y en particular de las damas, tanto, que en no saliendo á los toros don Alvaro Luján (que éste era su nombre) les parecía no haber tenido sazón la fiesta.

Ocupado en estos ejercicios, y en el de hacer mal á caballos (de que se preciaba mucho, aborreciendo sumamente andar en coche), nunca había dado reconocimiento de vasallo al niño dios, siguiendo más lo bélico que lo amoroso. Sucedió

hallarse una noche en una casa de juego, donde (aunque era de un caballero principal) no se le negaba la entrada á ningún género de persona como viniese con dinero á jugar, cosa que parece bien mal, pues haciéndose iguales en el juego el plebeyo con el noble, lo quieren ser fuera dél, pareciéndole que con la comunicación y el trato ha hecho los actos positivos que le bastan para frisar con su calidad, necia presunción y baja estima de quien da lugar á estos atrevimientos.

Comenzaron, pues, á jugar unas pintas, que yo llamo á este juego el tabardillo de las haciendas y la enfermedad de las opiniones, pues unas y otras se debilitan con las necesidades en que se ven los que con la pasión de tahures se abaten (faltándoles el dinero para jugar) á pedirlo prestado á personas de baja suerte, que pudieran ser sus criados; y asimismo á empeñar sus joyas, plata y colgaduras, en parte donde ocasionan largas usuras. Esto tendrán cuidado de remediar quien les toca, y así vuelvo á mi juego, diciendo que en él comenzó á parar don Alvaro, y encendiéndose, como suele suceder siempre, vinieron á ser las paradas mayores. Finalmente, en espacio de dos horas nuestro don Alvaro ganó tres mil escudos en oro, y otros mil en papeles y joyas. Levantóse de jugar con harto disgusto de los que habían perdido, y habiendo dado barato á los que allí se hallaron (que acreditados por mirones nunca faltan destos garitos á coger esta garrama

cada día, de que muchos se sustentan), se salió desta casa de juego acompañado de dos criados, el uno de espada y el otro paje, llevándose el dinero ganado en las faldriqueras.

Era este garito en los barrios de la Merced, y don Alvaro tenía sus casas á Santo Domingo el Real, donde se iba á recoger, siendo ya poco más de las once de la noche; llegando pues á la calle de Atocha, siendo seguido de cuatro de los mirones (á quien acababa de dar barato), fué en aquel puesto acometido dellos, con ánimo de quitarle el dinero. Desenvolvióse don Alvaro y, comenzándose á acuchillar con ellos con la ayuda de su criado, alcanzó con una punta á uno en los pechos, con que le tendió en el suelo pidiendo á voces confesión. A este tiempo, ya habían herido al criado de don Alvaro en la cabeza de una muy mala herida; comenzó su amo con esto á apretar á los tres que quedaban, los cuales, como gente vil, desampararon el puesto, volviendo las espaldas á todo huir.

En esto acudió gente al ruido de la pendencia, y entre ella un alcalde de corte, con runfla de alguaciles y corchetes (de que siempre se acompañan cuando andan de ronda), halló aquel hombre ya muerto, que no tuvo lugar de confesarse. El criado de don Alvaro procuró escaparse entre el bullicio de la gente sin ser visto, yendo á curarse á casa de su amo; comenzó el alcalde á hacer averiguación del caso, pren-

diendo á unos y otros de los que se hallaron á meter paces, haciéndoles llevar á la cárcel, donde les tomaron sus confesiones. Habíase adelantado un alguacil (de los que acompañaban al alcalde) de su compañía, y llegó antes que todos al puesto de la pendencia; de suerte que pudo ver á don Alvaro que se salía de ella á paso largo, con la espada en blanco, la cual limpiaba y volvía á la vaina; fuéle siguiendo con cuidado, lo cual, visto de don Alvaro, quiso excusar que le conociese, huyendo del á toda priesa, y el alguacil siguiéndole; al volver una esquina hallóse nuestro caballero una casa principal abierta, cuyo zaguán estaba algo oscuro, en el cual se entró á toda prisa.

Era el alguacil corto de ánimo, y temiendo no le sucediese algún daño en aquella oscuridad, no se atrevió á seguirle, volviéndose á la cárcel donde estaba el alcalde, á quien dió cuenta donde dejaba uno de los de la pendencia, que creía había hecho la muerte de aquel hombre. Acababa el alcalde de tomar las confesiones á los que juzgó por culpados, y fué luego en seguimiento del que el alguacil le decía.

En tanto don Alvaro, como he dicho, se había metido en aquella casa, el cual, subiendo al principal cuarto de ella, que halló abierto, se entró por una y otra pieza dél sin topar con nadie que lo contradijese, hasta hallarse en una cuadra, ricamente adornada de una lucida colgadu-

ra bordada y estrado de lo mismo, cuyos lados ocupaban dos bufetillos de plata, sobre los cuales había cuatro bujías que daba luz á la cuadra. Estaba en el estrado una bizarra y hermosa dama haciendo labor, acompañada de una anciana dueña y dos criadas, la cual, viendo tan á deshora un hombre en su cuarto, cosa no usada en su casa, se alteró grandemente, y levantándose de donde estaba (habiéndole conocido, por ser lo mucho don Alvaro, aunque él no la conocía), le dijo:

—¿Qué ocasión, señor don Alvaro, os ha traído á esta casa á esta hora, entrándoos de esta suerte en mi cuarto?

Don Alvaro, reparando en la hermosura de la dama que le conocía, á quien él nunca había visto, le pareció ser superior, y habiéndose cobrado de la turbación que traía, le dijo:

—Hermosa señora, feliz suerte ha sido la que (tras haberme sucedido una desgracia de dejar muerto á un hombre de la compañía de cuatro que me salieron á quitar la capa) me ha guiado á gozar de tanta dicha, amparándome de vuestra casa, por venirme siguiendo la justicia: yo hallé la ocasión á mi propósito en estar la puerta abierta, y estas salas sin gente; perdonad mi atrevimiento, y el susto que os he dado, que á saber con certeza que llega á ser disgusto, préciome de ser tan cortés que me volveré al peligro de ser preso antes que ofenderos con mi presencia.

Atenta y curiosamente miraba la hermosa dama á don Alvaro, mientras le daba cuenta del suceso, cosa que con la turbación que el caballero traía y deseo de satisfacerla de su entrada allí, no reparó en ello; y á esta satisfacción le dijo:

—Bien creo, señor don Alvaro, ser verdad lo que me decís, pues cuando pudiera dejarme sospechosa, que más curiosidad, que causa tan forzosa os había traído á esta casa (atrevimiento que se tiene por bizarría en los caballeros de vuestra edad), me desengaña la sangre con que matizáis el suelo de esta cuadra, dando en ella muestras de que venís herido.

Reparó don Alvaro en lo que decía, y vió que de una pequeña herida que tenía en un muslo le salía la sangre que estaba en el suelo, y así le respondió:

—No pensé que había salido de la pendencia con tan fiel testigo, que me abonase por no haberme sentido herido, hasta ahora; en parte me huelgo para que conozcáis haberos tratado verdad.

Hízole entonces la dama retirar á otro aposento, y llamando á un criado le encargó que con mucho cuidado trujese un cirujano. Trújole con presteza, y viéndole la herida dijo no ser cosa de consideración. Dejósela ligada y fuése á tiempo que cuando salía de aquella casa el alcalde venía á ella en busca del delincuente, de quien

le había dado aviso el alguacil. Volvió á dar cuenta de esto á la dama, lo cual entró donde don Alvaro estaba, y le dijo lo que pasaba y cuanto convenía así á él como á la reputación de aquella casa, que la justicia no le hallase en ella.

Con esto le llevaron á una galería y de ella se descolgó á un tejado, despidiéndose desde allí de la dama, viendo en su hermoso semblante, al partirse, señales de pesar de verle salir de aquella suerte; y así le dijo:

—Señor don Alvaro, perdonad, por amor de Dios, el enviaros con esta priesa por parte incierta, que el conservar mi opinión no da lugar á que manifestase con vos la voluntad y deseos de serviros, que ha muchos días que debéis á los de esta casa y á mí en particular. Procurad salir desto libre, que tiempo quedará en que paguéis deudas que aún no conocéis.

Y porque sintió venir gente no dió lugar á don Alvaro á que agradecido de su favor le pudiese responder; y así haciendo apagar la luz con que le alumbraban, se volvió la hermosa dama á la pieza de su estrado, haciendo que cubriesen con una alfombra la sangre que en el suelo dejó don Alvaro, compadecida de verle ir herido y en peligro de sucederle dar alguna caída.

Entró el alcalde en su casa, y pidiendo licencia para verla toda, no dejó en ella rincón en que no mirase con cuidado; mas como no hallase

al que buscaba, reprendió ásperamente al alguacil su poca advertencia, y se salió yendo muy enfadado con él.

Don Alvaro, á fuer de buen retejador, yendo de un tejado á otro, vino á dar (tres ó cuatro casas de allí) en un jardín, á donde pudo descender por unas rejas, contento de verse por entonces libre de aquel peligro, si bien se hallaba dudoso de poder salir de allí sin sospecha de la gente de aquella casa.

Quiso buscar alguna parte abrigada para pasar la noche, y fuése á un hermoso cenador que estaba arrimado á un cuarto bajo de aquella casa, debajo del cual vió hecha en la tierra una sepultura, y cerca della los instrumentos con que se había acabado de hacer. Alteróse don Alvaro grandemente de ver esto, dándole algún horror y sentándose en unos asientos de azulejos, que en aquel cenador había, comenzó á discurrir, así en la hermosura de aquella dama, como en las razones que al despedirse le dijo, teniendo grande deseo de saber quién fuese, porque ignoraba quién vivía en aquella casa, si bien en su porte conocía ser gente calificada los moradores della.

En esto estaba nuestro caballero cuando oyó un lastimoso llanto, al parecer de alguna mujer que estaba en el cuarto que confinaba con el jardín, y llegándose á unas rejas bajas dél (que enlazaban las verdes ramas de unos olorosos jaz-

mines) pudo por los resquicios de sus ventanas aplicar la vista, y ver dentro, á la luz de dos bujías, una hermosa dama acostada en una cama de damasco carmesí, la cual estaba incorporada en ella y á su lado, en la silla de la cabecera, un religioso de la Orden del glorioso patriarca San Francisco, de grave presencia y venerables canas, el cual la decía entenercido de verla llorar estas razones, que atentamente pudo oir don Alvaro:

—Supuesto que la violencia de vuestros hermanos llega, señora mía, á términos que os le dan por limitado á vuestra vida, pues sólo esperan á que hayáis confesado vuestros pecados para privaros della, desto os certifica la prevención de la sepultura que diligentes, cuanto crueles, os han hecho en ese jardín; podéis estar consolada, que no lo siendo del todo con vuestra alma os han dado lugar para vuestra confesión, que habéis hecho con tanta abundancia de lágrimas y grande arrepentimiento de vuestras culpas. Esta vida es un breve instante, y muy poco el término que os anticipáis (saliendo deste caduco siglo) á los que dejáis en él; no sintáis el perderlo, supuesto lo dicho, sino el haber ofendido á nuestro Criador, esperando en su divina clemencia que os ha de llevar para sí, dándoos la gloria que tiene prometida al que con veras le conoce.

Aquí dió fin á su plática el religioso, bañado el

rostro de copiosas lágrimas, dejando á don Alvaro con extraña admiración de lo que oía, y poniéndose más atento á escuchar, oyó que le respondía la dama con mal pronunciadas razones, por causa de la congoja en que se veía:

—Padre mío; no siento tanto mi muerte (que como vos decís poco se anticipa á los que quedan con vida) cuanto el considerar que esta criatura haya de perecer inocente de la culpa de su desdichada madre. Terrible es el rigor que con ella usan, pues apenas ha dos horas que puso los pies en el umbral de la vida, cuando quieren que pise el de la muerte.

En esto vió don Alvaro abrir una puerta y por ella entrar dos mancebos, que el de más edad sería, á su parecer, de treinta años, y el más mozo de veinte, á los cuales no conoció. El mayor dijo al religioso:

—Padre: vuestra paternidad se vaya á acostar que estará cansado, si es que ha acabado de hacer ese bien á esa mujer y á su hijo, que á nosotros nos toca ahora el disponer de los dos sin aguardar á más dilaciones.

Entonces el religioso, postradas las rodillas en tierra á los pies de los dos, con afectuosos ruegos y tiernas lágrinas, les comenzó á persuadir tuviesen piedad de su hermana y sobrina, no mirando al yerro que había hecho, sino al ser ellos cristianos y temer el castigo de Dios, advirtiéndoles que había monasterios en que poderla re-

coger sin usar con ella tan grande rigor, pues allí se podía mejor arrepentir despacio de sus culpas que no con tanta brevedad.

Estas y otras muchas razones les decía el religioso, mas hizo poco fruto con ellas en los obstinados hermanos, pidiéndole que no se cansase en amonestarlos, pues era sin provecho. Volvió de nuevo á esforzar con santas amonestaciones á la afligida dama, y dejándola un devoto crucifijo que descolgó de la cabecera de la cama en sus manos, se salió con sus hermanos, los cuales, dejando cerrado el aposento, le llevaron á otro cuarto.

En tanto quedó la desconsolada señora diciendo mil ternezas á la santísima imagen de nuestro Redentor, que tenía el corazón del piadoso don Alvaro hecho pedazos de dolor, el cual, viendo que en detenerse allí sin buscar algún remedio para sacarla de aquel peligro, corría riesgo su vida y la de aquella inocente criatura (que cerca della lloraba; no en muerte, sino que no la alimentasen) se partió de aquel sitio y topándose una puerta vió que estaba cerrada; sacó la daga y con ella mañosamente pudo quitar el pestillo del postigo y abrirle; por lo cual salió á dar cerca de unas caballerizas que caían debajo del cuarto donde estaba aquella dama; en ellas había luz de una lamparilla, con la cual pudo ver en una pobre cama durmiendo un mozo, por cuya cuenta debía de correr el regalo de cuatro ca-

ballos de coche que estaban en la misma caballeriza. Aquí le vino un pensamiento á don Alvaro que parece que el cielo se le reveló, y fué poner fuego á una saca de paja que allí estaba y asimismo á la que tenían los pesebres en que comían los caballos y encender con él aquel cuarto.

Hízolo así, con mucha presteza, sin que le sintiese el dormido mozo. Comenzóse el fuego á comunicar con las vigas del techo, y como era la madera antigua, hizo en ellas el efecto que don Alvaro deseaba, comenzando á arder juntamente con las tablas de los pesebres, con lo cual los atados caballos, ofendidos del calor, comenzaron á inquietarse, dando saltos y bufidos, haciendo notable ruido con las cadenas de los trabones. Despertó en esto el mozo y, hallándose metido entre la confusión del fuego y el humo, con extraña turbación, dió grandes voces, diciendo que se abrasaba la casa. Abrió las puertas principales della y comenzó á llamar en altos gritos á los vecinos que les favoreciesen.

Los dos hermanos que habían ido á acomodar al religioso, oyendo el ruido y viendo el humo (olvidados de su venganza, con el temor de verse abrasados), acudieron prestamente al reparo del fuego; ocurrió mucha gente, y entre ella pudo don Alvaro (que estaba escondido hasta aquella ocasión) entrarse al cuarto donde estaba la dama; y hallando la puerta de su aposento cerrada, de

dos puntillazos la arrancó el pestillo; halló á la dama, que se estaba poniendo un manteo, asustada con el alboroto del fuego, á quien en breves razones dijo:

—Hermosa señora, yo, que desde ese jardín, por un nuevo accidente, pude saber la rigurosa muerte que vuestros hermanos os prevenían, condolido de vuestra mocedad y de la inocencia de esa criatura, he sido causa deste fuego que por remediar este daño he puesto á vuestra casa; caballero soy, de mí podéis fiar, que os sabré servir. Venid conmigo y dadme vuestra criatura, con seguridad que seréis servida del que por libraros ha sabido emprender lo que veis.

Alentóse la dama con lo que oía á don Alvaro, y dándole las gracias del favor y socorro que la hacía, según la turbación le dió lugar, medio vestida se fué con él, llevándose don Alvaro la criatura envuelta en su capa. La salida pudo ser fácil, porque la confusión de la gente que acudió al reparo del fuego fué tanta, que no fueron notados.

Don Alvaro llevó á su casa á la dama, donde halló que le estaban aguardando cuidadosos sus criados, no sabiendo que le hubiese sucedido después de la pendencia, y así mostraron gran contento de verle libre de todo. Hizo luego á dos criadas suyas (que le servían de tener cuidado con la ropa blanca) que prestamente hiciesen á aquella señora, en diferente cuarto del suyo, una

cama, y al punto la hizo acostar en ella, no acabando la socorrida dama de dar las gracias de las mercedes que de su generosa mano recibía. La criatura se entretuvo hasta la mañana, que se le buscó una buena ama que dentro de casa la criase.

Don Alvaro se curó de su herida, que con la mala noche que había pasado estaba algo enconada, obligándole á estar cuatro días en la cama; al cabo de los cuales se levantó, acudiendo á ver á su huéspeda, á quien había mandado regalar con mucho cuidado; en ella halló siempre los agradecimientos que debía darle quien le era deudora de la vida y de la de su querido hijo.

Deseaba mucho don Alvaro saber de la dama, la causa por qué sus hermanos rigurosamente la querían quitar la vida, y hasta entonces, por haber estado en la cama, no había habido ocasión de pedirla le diese cuenta desto; y así, hallándose en esta primera visita solo con ella, la suplicó, si no le era disgusto, le hiciese relación de todo. La dama, obligada con tantos agasajos como la hacía, quiso darle gusto en lo que le rogaba, y así le refirió sus sucesos desta suerte:

—Sabréis, generoso don Alvaro, que en seguimiento de un pleito con un poderoso príncipe desta corte, vino mi hermano mayor de Córdoba, nuestra patria, en la cual heredamos de nuestros ascendientes noble sangre y alguna hacienda. Viendo, pues, que se dilataría algún tiempo el

darle fin, por ser la parte contraria poderosa, determinó venirse aquí con toda su casa, trayéndome en su compañía con otro hermano mío, menor que los dos. Poco más de un año ha que en el monasterio de la Trinidad se hacía la octava del Santísimo Sacramento, á donde acudió lo más lucido desta corte. Estaba la iglesia curiosamente aderezada, y asistían á las solemnes vísperas de la fiesta muchos grandes, títulos y caballeros, teniendo sillas en la capilla mayor, frontero de un grande estrado, que asimismo estaba prevenido para las damas, que á esta fiesta acudieron las más bizarras y hermosas desta corte. Enfrente donde yo me senté con otras amigas, acertó á sentarse el vizconde don Remón, un señor de Cataluña, si acaso conocéis, caballero mozo, galán y de buenas partes; al cual, estando oyendo las vísperas, le dió un fluxo de sangre por las narices, con que llenó su lienzo y el de otro caballero que estaba cerca dél, que le había prestado.

Era dificultosa la salida de aquel lugar por la mucha gente que había en la iglesia, y así estaba en su silla desangrándose, ya necesitado otro lienzo. Yo, que había estado mirándole con atención, compadecida de verle así, le ofrecí desde donde estaba, por señas, el mío. Agradeció con demostraciones el favor que le hacía, que admitió con mucho gusto, en quien acabó de restañarse la sangre de su fluxo.

Acabáronse las vísperas, y al salir yo con mis

amigas de donde había estado, fué fuerza pasar por junto á la silla del vizconde, y él (que siempre tuvo cuidado con no perderme de vista desde que le di el lienzo), díjome al emparejar con él:

—Estimo, hermosa señora, el piadoso favor de vuestras generosas manos, que me ha dejado cuidadoso de servir tan grande merced.

Yo le respondía con alguna turbación:

—Todo se debe á la piedad, tasándome con esto por él, sin hablarle otra palabra, haciéndole una grande cortesía, yendo algo aficionadas á su buen talle.

El se levantó de la silla, y asimismo el amigo que le acompañaba, y los dos nos fueron siguiendo hasta vernos entrar en el coche. Pusiéronse en sus caballos, y yendo tras dél, llegaron al Prado, á donde mis amigas y yo habíamos mandado guiar al cochero, por gozar en él del aire, que de la fiesta salimos algo calurosas.

Allí, poniéndose el vizconde al lado del estribo donde yo iba, anduvo toda aquella tarde muy fino hablando conmigo; en la cual plática me significó cuán aficionado y obligado le dejé con mi favor, y cuánto deseaba el servirme, dándole yo licencia para ello, y que ésta me pedía por no saber si tendría yo causa que lo contradijese.

Yo, no dando crédito á sus palabras, se las atribuí á cortesanas lisonjas, salvando mi opinión con satisfacer á su malicia por entonces.

La asistencia de aquella tarde, el cuidado de seguirme hasta saber mi posada, y, finalmente, el que mostró de allí adelante en servirme, me pudieron asegurar que me tenía amor. Contaros, señor don Alvaro, las finezas que hizo conmigo, la solicitud de granjear las voluntades de mis amigas, y ponerlas por intercesoras de su amor, los presentes y regalos que me hizo, y últimamente las músicas que me dió, fuera cansaros con mi relación, á especificarlo todo como fué.

Dos meses habían pasado, sin discaer un punto de su solícita pretensión, favoreciéndole yo (obligada de su asistencia) en lo que lícitamente, sin perjuicio de mi opinión, podía. Sucedió, pues, que se hicieron en esta corte unas grandes fiestas que se remataron con unos toros y regocijo de cañas; y sabiendo el vizconde que por estar indispuesta en la cama, no me hallaba á verlas, parecióle que la ocasión le ofrecía cabellos, y no era bien dejarla pasar; y así, avisándome de que le era fuerza (aunque contra su gusto) entrar en el regocijo, de secreto previno á dos criadas mías, sobornándolas con dádivas, para que aquel día, que todos estaríanen la fiesta, le diesen entrada en mi cuarto. Logrósele su intento, pues cuando la gente de casa, digo, mis hermanos, y sus criados estaban en la plaza por venir más secreto, se entró en una silla y se vino á mi casa.

Estaban las criadas aguardándole con cuida-

do, y luego le abrieron las puertas, entrándole á mi aposento, con cuya presencia tuve un notable susto, tanto, que por un buen espacio de tiempo, con la turbación que tenía en verle allí, no atendí á razón alguna de las que me dijo. Quejéme de su atrevimiento, protestando no hablarle en mi vida, pues cautelosamente había querido perder mi gracia, por aquel camino tan dañoso á mi reputación, mas él se mostró tan humilde y me satisfizo tan tierno y enamorado, que con el grande amor que ya la tenía, no fué dificultoso el desenojarme. Con esto dieron lugar las criadas (vencidas del interés, que allana inacesibles cumbres de dificultades) á que hablásemos á solas. Quiso don Remón aprovecharse del tiempo, intentando exceder de los límites de su compostura; con lo cual volvió mi enojo á su punto. Llamé á mis criadas, pedí mis vestidos, díjele que se fuese luego de mi presencia, que no me vería más en su vida, pues sin prendas de palabra de esposo, intentaba poseer lo que aún con habérmela dado, había de desear muchos días. Queríame bien, y dándole intención á esto, resolvióse á darme gusto. Dióme finalmente palabra de ser mi esposo, hallándose presente á esto mis dos criadas, y prometiéndome no salir en nada de lo que fuese mi voluntad, nos dejaron otra vez solos. Palabra de amante y juramento de tahur, raras veces he oído decir que se cumple. Esto conocí por la experiencia, que no de-

biera; pues apenas don Remón se vió á solas conmigo, cuando cerrando la puerta, á pesar de mis quejas, opuesto á mi defensa, gozó por fuerza lo que no alcanzara por ruegos. Quejéme de su atrevimiento con tiernas lágrimas. De nuevo reiteró la palabra que me tenía dada, desenojándome humilde y obligándome amante; de suerte que, ya menos huraña y más confiada de su amor, aquel día y otros muchos tuvo entrada en mi casa.

Ofreciósele en este tiempo al vizconde hacer una jornada á Barcelona, á componer ciertos bandos, entre dos parcialidades de deudos suyos, y á ver de camino su estado: dióme cuenta de su partida, ponderando cuán forzosa era, y á costa de mi sentimiento hube de demostrar paciencia, consolándome con asegurarme que sería la vuelta con mucha brevedad, y que luego que llegase trataría de pedirme por su esposa á mis hermanos. Partió desta corte y estúvose en su tierra tres meses, en los cuales sentí dejarme prenda que me tuviese con más cuidado de su venida, por haber esos mismos que yo estaba preñada de ese niño, que después de Dios os debe la vida como su desgraciada madre. Enviaba con esta pena cada día á casa del vizconde, á saber cuándo le esperaban, no obstante que le escribí todos los ordinarios; mas fué mi desgracia tan grande, que pasados estos tres meses, en otros tres siguientes no tuve carta suya, por haber es-

tado muy al cabo de su vida de una grave enfermedad.

Viendo pues en mayor aumento mi preñado (si bien le procuraba en cuanto podía, encubrir de mis hermanos, porque no llegasen á saberlo y me costase la vida) me fingí enferma en la cama sobornando á mi médico, para que dijese estar con principios de hidropesía. Dióles á mis hermanos cuidado mi enfermedad, y haciendo sobre ella junta de médicos para tratar con veras de la cura, di lugar por desmentir sospechas, á que se engañasen por la relación del que sabía el caso. Cuatro eran los hijos de Galeno, que asistían á curarme, y entre ellos, uno tan ignorante y necio, que conociendo mi preñado, le pareció consistía su crédito en desacreditarme, revelando lo que los demás dudaban respecto de mi conocida opinión; díjolo á mis hermanos, y por dar buen color á lo que hicieron después, pidiéronle que propusiese en la junta de otro día, y aun hiciese instancia me llevase á los aires de la patria, en cuyos temperamentos esperaban me ayudarían á sanar de mi enfermedad. Vino en esto el médico que sabía mi preñado, pareciéndole que con mudarme de allí salía del empeño del secreto y á los dos votos fué fácil arrimarse los demás. Con esto, fingiendo disponer mis hermanos la jornada, mudaron de casa á muy distantes barrios, de los que entonces vivían. Y una noche que vieron recogida la gente de casa, se

fueron á mi aposento, y hallándome sola con los aceros desnudos de sus dagas, me forzaban á que confesase mi flaqueza. Al principio comencé á negar, haciéndoles cargo de su villana sospecha, mas ellos, persuadidos á lo que el médico les había dicho, apretándome más á que dijese la verdad, y si noque me quitarían la vida, hube de decirles lo que pasaba, juntamente con el autor de mi preñez, la palabra que me había dado de ser mi esposo, y asimismo como estaba ausente.

Informáronse desto último esotro día, dejándome encerrada en mi aposento; y deseando saber de las criadas más de raíz, cómo habían sido estos amores, las echaron menos, habiendo faltado de casa, porque oyendo la noche antes parte de lo que había pasado conmigo, no osaron esperar el rigor de mis hermanos. Con esto y ver ausente al vizconde, presumieron que yo les había engañado en dar tan honrado padre á lo que tenía en mi vientre, y que debía de serlo algún hombre bajo; con lo cual y ver difícil la información, por la ausencia del vizconde, se resolvieron, pues estaba cercana al parto, dejar que saliese á luz, y luego quitarme la vida, y la de la criatura que naciese. Tuvieron siempre grande cuidado conmigo, sin dejarme levantar de la cama, y ellos saliendo muy poco de casa, que como ya la tenían en diferentes barrios, pasaban en la corte plaza de ausentes.

Llegó el infelice día que ellos esperaban, y dándome los dolores poco antes de anochecer, hicieron de secreto venir una comadre, con quien yo, cubierto el rostro por no ser conocida della parí ese niño; pagáronla su trabajo, y fué llevada dellos á su casa, dejándome en el ínterin que volvían, asimismo encerrada en mi aposento como hasta allí. Desde la casa de la comadre fueron al monasterio del glorioso San Francisco, donde pidieron al prelado les diese un religioso anciano para que aquella noche ayudase á bien morir á una hermana suya, que estaba dada la Extremaunción; la caridad que siempre se halla en aquel santo hábito, y la necesidad de haber de sustentarse de limosnas, facilitó la voluntad del guardián, dando licencia á un anciano religioso, para que en compañía de mis hermanos fuese á ejercer aquel acto de piedad. Llegaron con él á casa, y entrándole en mi aposento, le dijeron:

—Padre mío, vuestra paternidad es venido á ejercer dos actos diferentes, de aquel para que fué traído á esta casa, si bien son de caridad: el uno es bautizar un niño que acaba de parir esa mujer; y el otro confesarla á ella, porque luego que se hayan acabado de hacer bautismo y confesión, han de perecer sus vidas á nuestras manos, que así conviene. Y advertimos á vuestra paternidad que no ha de meterse en más de lo que le suplicamos, que esto importa al honor desta casa.

Quedó el religioso, con oirles estas razones, turbado de tal suerte, que parecía un difunto; y yo asimismo viéndome notificar la sentencia de mi muerte, con tanto rigor, dándome tan breve plazo para el arrepentimiento de mis culpas. Saliéronse del aposento mis hermanos, dejándome encerrada en él con el religioso; el cual, enternecido, y lastimado de ver el triste fin que nos esperaba, bautizó al niño, y á mí me confesó, exhortándome con santas amonestaciones, á que padeciese aquella violenta muerte con paciencia, por Dios. Ya sería más de la media noche pasada, cuando acabé de confesarme, con las lágrimas y arrepentimiento de mis culpas, que el paso en que me hallaba pedía. Y habiendo mis hermanos entrado á llevarse á su cuarto al religioso, para que en él descansase lo que restaba de la noche no pudieron sus ruegos, sus lágrimas y persuasiones; acabar con los dos que suspendiesen la ejecución, entrándome en un monasterio; antes, más obstinados en su propósito, le llevaron de mi presencia, previniéndome cuán corto término tenía de mi vida, pues en dejándole acomodado, habían de venir á quitármela. Entonces sucedió el traeros el cielo allí, y por librarme del peligro, disponer lo del fuego en la forma que sucedió, hasta sacaros de tan apretado trance. El cielo os pague tan grande favor, pues mis cortas fuerzas no pueden. Sólo sabré, en lo que durase mi vida, reconocer esta obligación

por la mayor que debe mujer alguna á hombre que no sea su sangre.

Aquí dió fin doña Mencía (que así se llamaba esta dama) á su lastimosa narración, dejando de nuevo admirado á don Alvaro la rigurosa crueldad de sus hermanos. Deseó saber dónde vivía el vizconde, y habiéndoselo dicho doña Mencía, mandó á un criado suyo se informase de la posada, y supiese si era venido; hízolo con diligencia, y aunque se había mudado á otro barrio, topó con ella, y supo que era llegado de Barcelona, cuatro días había. Sumamente se holgó doña Mencía con estas alegres nuevas, dejando á la buena disposición de don Alvaro, lo que había de hacer para darle cuenta de lo sucedido. A él le pareció lo más conveniente, puesto que no salía de casa por el achaque de la herida, pedirle por un papel que se sirviese de venir á ella, el cual le escribió luego, y dándole al criado, se le llevó, y en él leyó el vizconde estas razones:

«Por precisa obligación que me estorba el salir á besaros las manos y ofrecerme por servidor vuestro, os suplico reciba yo favor en que honréis esta vuestra casa, haciéndome merced en ella, donde tengo que comunicaros un negocio que importa á vuestra vida y opinión; dos cosas, con que me prometo veros con brevedad. El cielo os guarde.»

Confuso quedó, habiendo leído el papel, don Ramón, dudando qué sería lo que le podía que-

rer don Alvaro, tan importante como le significaba, no sospechando sería cosa tocante á su esposa, de quien venía más enamorado, que cuando partió á Barcelona; y así cuando llegó á Madrid, lo primero que hizo, en apeándose del coche, fué ir á verla; mas en la casa donde vivía supo su mudanza, si bien no halló razón donde posase hasta aquel día que recibió el papel de don Alvaro, que supo cómo sus hermanos habían partido á Córdoba, juzgando que se llevarían consigo á su dama, y esto le daba notable pena, no sabiendo qué había sucedido de su preñado.

No quiso el vizconde dilatar el verse con don Alvaro, deseando saber sumamente lo que podía querer, que tanto le significaba importarle; y así, entrándose en su coche, llegó á su posada. Salióle don Alvaro á recibir con muestras de mucho gusto; allí se ofrecieron el uno al otro por amigos con grandes cortesías, y dejándoles solos los criados, don Alvaro le habló desta suerte:

—Conocida en vos, señor vizconde, la noble sangre que os ilustra, heredada de vuestros generosos ascendientes, creo que corresponderéis á ella, como piden las obligaciones que os debéis. Según esto, bien se deja considerar cuánto aborreceréis todo aquello que pueda perjudicar vuestra fama y disminuir vuestra opinión. En ninguna cosa se diferencia más el noble del plebeyo que en igualar sus acciones á su sangre y cum-

plir siempre lo que promete. A todo lo que he dicho bien presumo que estaréis confuso, no sabiendo en qué ha de venir á parar mi discurso; mas para que salgáis de la duda y confusión en que os he puesto, quiero que advirtáis primero que me declare con vos, que lo que os he de pedir que hagáis (que no pongo duda en ello) toca más á vuestra reputación, que á otra alguna, y de no considerar esto como debéis, corre ya por la mía el procurar con todas mis fuerzas que lo cumpláis.

—Yo, señor, me hallé en un trance apretado, donde corrió peligro mi vida; mas permitió el cielo que escapando dél con poco riesgo mío, me hallase en otro mayor, en que pude haceros un gran servicio, de que le doy al cielo muchas gracias, por haberme traído á tiempo que pudiese estorbar, una lastimosa tragedia, que se esperaba, de la cual os tocará gran parte de sentimiento.

Entonces, por no tener al vizconde más confuso, le dió cuenta brevemente del suceso de doña Mencía hasta el estado en que al presente se hallaba, causando en don Remón pena, al paso que iba ponderando el peligro en que la había visto, y la muerte que la estaba prevenida, manifestándolo con tiernas lágrimas. Y habiendo acabado de oir esta relación, se arrojó á los pies de don Alvaro diciéndole:

—No cumple con menos (generoso caballero)

quien tan obligado se halla como yo con tantas mercedes, y favores recibidos de ese ilustre y noble ánimo, sino con besaros los pies, confesándome por esclavo vuestro, pues á quien debo mi vida, reiterando las que estaban á pique de perder mi esposa y mi hijo, hago poco en que me admitáis en vuestro servicio con este título. ¿Esto es lo que con tantas exageraciones me ponderábades que debía hacer? Quejoso puedo estar de vos en haber presumido que había menester persuasiones vuestras, para admitir lo que tan bien me está. Suplícoos que, en recompensa de la pena que he recibido con vuestra lastimosa narración; vea yo á mi querida y deseada esposa, con la prenda procedida de los dos.

Levantóle del suelo don Alvaro, así enternecido de lo que le veía hacer, como contento de hallarle tan fino én su amor, y por darle gusto en lo que tan afectuosamente le pedía, le llevó al cuarto donde estaba su esposa, á la cual halló en la cama.

Referiros lo que los dos amantes pasaron con el gusto después do verse tantos días de ausencia, fuera dilatar mucho este discurso, y así le dejo al juicio de tan discreto auditorio, que lo sabrá bien considerar, aunque más bien quien hubiese experimentado los lances de amor.

Tomó don Remón á su hijo en sus brazos, y con él hizo extremos de alegría, dando de nuevo mil agradecimientos á don Alvaro, por el favor y

amistad que le debía. Todo lo cual le supo bien encarecer su esposa, con que acrecentó más la deuda de su obligación.

Quedóse el vizconde aquel día á comer en casa de don Alvaro, y asimismo otros muchos después. Don Alvaro le preguntó sobre mesa, qué determinaba hacer en su particular. Díjole el vizconde que lo que disponía en esto (salvo su mejor parecer) era enviar á Córdoba un primo suyo á dar cuenta á los hermanos de su esposa, cómo la tenía en su poder, para casarse con ella, suplicándoles de su parte viniesen en ello y se sirviesen de hallarse á las bodas. Parecióle bien este acuerdo á don Alvaro, y deseoso de que no se dilatase más, acabó con el vizconde que el día siguiente hiciese partir aquel caballero á Córdoba. Hízolo así, determinando no dar parte del caso á nadie hasta que estuviesen sus cuñados en la corte.

En este tiempo no salía don Remón de casa de don Alvaro, siendo de él con grande gusto agasajado, con lo cual habían vinculado apretada amistad. El primero día que salió don Alvaro de casa, después del suceso de doña Mencía, se hallaron los dos amigos en una fiesta que se hacía muy solemne en una iglesia, y estando en ella entretenido, viendo hermosas y bizarras damas, y lucidos caballeros, se le llegó á don Alvaro una dama embozada, á quien dijo que la importaba hablarle fuera de aquel lugar, que le pedía

la siguiese. Hízolo así nuestro caballero, despidiéndose del amigo sin darle cuenta dónde iba. Salió de la iglesia, y vió que la dama que seguía, se entraba en una silla, á quien acompañaba un anciano escudero, que uno y otro le pareció alquilado. El viejo, de parte de su dama, dijo á don Alvaro; que le suplicaba siguiese la silla hasta la casa donde le viese entrar. Obedeció el caballero, discurriendo entre sí, quién podría ser aquella señora. Paró la silla en una casa, cerca de la iglesia de donde habían salido, y entrándose la dama en un cuarto bajo de ella, fué llamado don Alvaro por el mismo escudero. Entró en él, hallando á la dama sentada en una silla sin haberse descubierto el rostro; pidióle que ocupase otra cerca de la suya, y él, obedeciendo, la escuchó atentamente estas razones:

—El cuidado, señor don Alvaro, que habéis dado en cierta casa desta corte, que os ha echado menos estos días, deseando veros, me ha obligado á no perder la ocasión en que os he visto, para informarme de vuestra salud, para llevar buenas nuevas della, donde siempre las desean tener: decidme cómo os halláis, porque sabiéndolo de vuestra boca, podré (haciendo allá el oficio de amiga si aquí el de servidora vuestra) dar gusto á quien con afecto se holgará de saberlo.

—Cuidadoso me dejan vuestras razones (dijo don Alvaro) cuanto agradecido, de saber quién seáis y de serviros el favor que me hacéis, para

que salga de una duda que tengo, y me ofrezca á vuestro servicio: os suplico no seáis avara de vuestras gracias, al mismo tiempo que sois pródiga de mercedes. En mucho estimo el cuidado que me significáis he dado estos días; y por si una sospecha que he concebido de lo que os acabo de oir, me sale cierta, os vuelvo á suplicar de nuevo merezca veros y saber quién me favorece.

—Con determinación estaba (dijo la dama) de daros gusto desde que os vi; si os hallara sólo en la iglesia; mas tengo por muy amigo vuestro al que os acompañaba, como poco seguro en guardar un secreto, y temo que le comuniquéis el que importaría guardarme en descubriéndome á vos.

—Muy amigo es el vizconde (dijo don Alvaro) con quien de pocos días á esta parte tengo amistad; pero aunque lo fuera mayor y con lazos de apretadas obligaciones, á encomendarme vos el silencio en cualquiera cosa de vuestro gusto, préciome de tan cortés con las damas y de tan callado que no le comunicara aún el secreto de menos importancia, que me fiárades; y así segura de que como caballero os sabré cumplir esta palabra, me podéis decir lo que fuéredes servida.

Con esto se descubrió la dama, conociéndola luego don Alvaro, como quien tenía (desde una vez que la vió) estampadas sus hermosas facciones en su idea y que esta señora era la que halló en su estrado la noche del suceso de doña

Mencía. Holgóse el gallardo caballero mucho en verla, y así se lo manifestó con mucho encarecimiento, significándola cuán cuidadosa le dejó aquella noche, deseando se ofreciesen muchas ocasiones, en que servirla el favor que le hizo en trance tan apretado; díjola asimismo, que aquel era el primero día que salía de su posada, así por la herida que en su casa se le curó, como por no hallarse seguro de la justicia, recelando si había hecho alguna averiguación en la muerte que dejó hecha. Allí le dió cuenta de cómo había salido á la calle de tejado en tejado, sin dársela del suceso de doña Mencía.

Encarecióle doña Brianda (que así se llamaba la dama) la pena y el cuidado con que la dejó aquella noche, por no haber podido ocultarle en su casa y verle ir á peligro de dar una caída, y que desde entonces había hecho tener gran cuidado por ver si pasaba por su calle, como otras veces; pero como no le hubiese visto nadie de su casa, se había determinado á hallarse de embozo en aquella fiesta, deseando, si le hallaba en ella, hablarle en aquella casa, que era de una íntima amiga suya.

En mucho estimó don Alvaro el favor y merced que le hacía, asegurándola ser paga de su voluntad, pues desde que la había visto la vez primera, se la tenía tan grande que le había hecho perder muchos sueños. Correspondió á esto doña Brianda con agradecimientos corteses, y sin

declararse con él, quién fuese, ni decirle su posada, le advirtió, que allí la vería todos los más días de fiesta, y que á su casa acudiría una esclava con quien podría escribirla, si desto tuviese gusto; pero que la había de jurar como caballero, que ni la había de seguir, ni saber su casa, porque por unos días importaba esto, que lo que le aseguraba era ser noble y principal; mas que por cierto inconveniente que después sabría, le era forzoso no decir su nombre; que si en hacer esto se resolvía, la tendría muy de su parte, pero si no lo pensaba cumplir, no duraría aquella correspondencia más que hasta saber había excedido de los límites de su gusto.

Estaba don Alvaro tan enamorado de la dama, que mucho más que esto hiciera por el interés de sus favores y así con juramento le prometió hacer lo que mandaba: si bien había de ser a costa de muchos desvelos suyos. Con esto se atrevió á tomarle una de sus blancas manos, y besársela, con que se despidió della, volviendo á buscar al vizconde á la parte que le había dejado; mas como no le hallase acudió á su casa, donde sabía que le había de hallar con su esposa; allí les dió á los dos cuenta de lo que él había pasado con la dama, por cuya causa había dejado en la iglesia á don Remón, admirándose los dos de la promesa que don Alvaro la había hecho dificultosa de cumplir en otro, que no estuviera tan enamorado como él.

Ocho días se pasaron sin verse don Alvaro y doña Brianda, si bien, por orden de la esclava (que era de una amiga de la dama) se correspondían por papeles. Sucedió, pues, que yendo un día á caza don Alvaro, dió una caída del caballo por saltar un barranco, de la cual se le desconcertó un pie, por cuya causa hubo de estar más de diez días en la cama, donde le visitaba á menudo la esclava, consolándole con papeles de su no conocida dama, que leía muchas veces el enamorado caballero, aumentándole sus tiernas y discretas razones en mayor grado su afición. Determinóse doña Brianda á venirle á ver una mañana, llegando á su casa en una silla, al tiempo que doña Mencía estaba visitando á don Alvaro; diéronle aviso de cómo estaba allí, por lo cual fué fuerza, para no ser vista de la dama, retirarse doña Mencía una pieza más adentro de la en que estaba don Alvaro, y aunque pudo por otra puerta volverse á su cuarto, quiso (como mujer curiosa, que todas son amigas de saber) oir cómo recibía don Alvaro á aquella dama (que imaginaba era la que los días atrás les había dado cuenta que había hablado) y procurar ver si era tan hermosa como les había significado.

Entró doña Brianda donde estaba don Alvaro, mostrando mucha pena de verle indispuesto.

Estimó el caballero el exceso de venirle á ver confesándose con esta obligación, y las recibidas

por esclavo suyo. Allí le dijo mil ternezas, tomándole sus hermosas manos, en quien imprimía con mucho gusto muchas veces sus labios, permitiendo esto la dama con el mismo, porque le estaba muy aficionada. Estuvieron los dos hablando por espacio de media hora, cuya plática había estado oyendo la curiosa doña Mencía, si bien algunas palabras della que se habían dicho secretas, no pudo bien entender, admirándose mucho de la hermosura de doña Brianda; á este tiempo entró desalumbradamente un criado á decir que estaban allí unos amigos de don Alvaro que le querían visitar. Pesóle notablemente al enamorado caballero, que el inadvertido criado no les hubiese dicho que estaba reposando, porque con esto se fueran, dejándole gozar aquel rato de gusto, y manifestando su sentimiento, riñóle su inadvertencia. Al fin, por no los despedir, suplicó á su dama que se sirviese de entrarse en el aposento más adentro, que la visita sería breve, y esto le dijo, seguro de que doña Mencía estaría ya en su cuarto por la otra puerta. Retiróse doña Brianda donde le decía con tanta presteza, que doña Mencía no pudo esconderse della, si bien lo intentó; mas al fin hubo parecer en la presencia de la dama, la cual, viéndola con poca menos hermosura que la suya, se admiró tanto como doña Mencía lo había estado della, juzgando (por el recato que había querido escondérsele) ser cosa de don

Alvaro, dando con esto entrada á los celos.

Bien quisiera doña Brianda, según el sentimiento con que la dejó la presencia de doña Mencía, salir luego al punto á dar las quejas do su agravio á don Alvaro, á quien ya imputaba de engañoso caballero; mas viendo que por entonces era imposible, por el impedimento de la visita, se hubo de sosegar á su pesar, y con muy buen despejo, disimulando su pena, dijo á doña Mencía:

—Mucho me huelgo (hermosa señora) del buen empleo que habéis hecho en caballero tan calificado como reconocido de lo mucho que merecéis; gozadle mil años, que por lo mucho que le soy servidora, me huelgo de que haya tenido tan buen gusto y sepa estimar persona de tantas partes como en vos se ven.

Pensó doña Mencía, que en algunas razones que los dos amantes hablaron en secreto, que ella no pudo percibir de la parte donde les escuchaba, la había dado cuenta don Alvaro de sus cosas, y así la respondió á lo que la había dicho:

—Para serviros, hermosa dama, serán todos los acrecentamientos que tuviere; y estad cierta que estimo la merced y favor que me hacéis en el mismo grado que mi buena suerte.

Mucho fué no perder el sentido doña Brianda con la pena que recibió de la respuesta de doña Mencía, certificada más en sus sospechas; pero sintiendo el colérico impulso de los rabiosos

celos, pasó adelante en su curiosidad, por saber con fundamento lo que tanto la importaba para su desengaño; y así volvió á decirla:

—En dos tan conformes voluntades, no me parece que habrá dilación en darnos un buen día; y así (perdonándome mi curiosidad) os suplico; me digáis cuándo se harán vuestras bodas.

—Con más brevedad que las espero, las quisiera ver celebradas, dijo doña Mencía, por lo que estimo y quiero á mi dueño; pero antes de quince días á lo más largo, aguardo la venida de mis hermanos, para hacerse.

Esto dijo doña Mencía en ocasión que la visita de don Alvaro se acababa de ir, y echándolo de ver doña Brianda, salió de donde estaba sin despedirse de doña Mencía, y medio turbada con la cólera que los celos la habían causado, dijo á don Alvaro:

—No pensé, falso caballero que la ilustre sangre, que habéis heredado de vuestros antecesores, olvidara lo que á sí misma se debe, procurando cautelosamente engañar una principal mujer como yo; gracias le doy al cielo, que tan á los principios me ha dado el desengaño; la causa os pudiera disculpar á ser más moderna la afición que la que me habéis significado tener; conservadla muchos años, haciendo el empleo que yo por no conocida de vos he perdido, ó no habéis pensado que merezco; que yo en los días que tuviese de vida (que ya deseo sean muy

pocos), quedaré advertida y escarmentada de no fiar en palabras de ningún hombre, por finezas que él conozca y nobleza que le examine.

Y en diciendo esto, sin aguardar respuesta de don Alvaro (que á voces la suplicaba, oyese la satisfacción de su engaño), se salió de su aposento; y entrándose en la silla, á toda priesa hizo que la llevasen á la casa de aquella amiga suya, por deslumbrar á quien la fuese siguiendo. Llamó don Alvaro á sus criados con mucha priesa; no pareció ninguno á quien pudiese fiarle el cuidado de irla siguiendo.

Salió doña Mencía de donde estaba; y preguntando á don Alvaro lo que había dicho la dama al despedirse se lo refirió. Asimismo le dijo doña Mencía lo que con ella le pasó; y que pensando que él le había dado cuenta de sus cosas, por eso la respondió en aquella forma á sus maliciosas preguntas, siendo diferente la respuesta de la intención con que se las había hecho. Mucho sintió don Alvaro, que esto hubiese sucedido así, no hallando modo cómo poder satisfacer á su enojada dama, porque ignoraba su nombre y casa, y todo el tiempo que estuvo en la cama, no pudo apartar de sí el sentimiento de sus enojadas razones, causadas de los mal fundados celos, pues por las apariencias tuvo muy justa ocasión para mostrarlos con las equívocas respuestas de doña Mencía.

Levantóse de la cama, ya bueno de su pie don

Alvaro, y lo primero que hizo, fué ir á la casa donde se entró la noche de la pendencia, por informarse quién vivía en ella; mas hallóla cerrada, y poca razón en los vecinos de saber quién en ella vivía; porque habían habitado tres moradores, y con esto se confundían en darle entera noticia de lo que deseaba, con lo cual estaba el enamorado don Alvaro pesarosísimo de haber perdido la gracia de su dama sin tener culpa.

El día siguiente, queriendo el vizconde que honrase su casa don Alvaro, le convidó á comer, llevándole á ella para que conociese á su hermana. El le dijo cuánto lo deseaba para ofrecerse á su servicio. Con esto le entró el vizconde á su cuarto, haciéndole avisar primero que le iba una visita, sin acordarse el criado de decirle de quién. Entraron los dos amigos á la pieza donde estaba la hermana del vizconde, en la cual halló don Alvaro á su dama, acompañada de dos ancianas dueñas; con lo cual se halló tan turbado, que apenas acertó á decir razón concertada en orden á su ofrecimiento, cosa que al vizconde le causó admiración; y atenta la vista así en en don Alvaro como en su hermana, conoció en los dos mudanza en los rostros, dejándole sospechoso, no fuese su hermana la dama que á don Alvaro favorecía, sin querer dársele á conocer, y sabía ya su esposa lo que á don Alvaro le había pasado con ella. Anticipóse el vizconde á

hablar á doña Brianda, viendo turbado al amigo, diciéndola:

—Querida hermana, conoced al señor don Alvaro Luján, grande amigo y señor mío, á quien debo grandes obligaciones, que algún día sabréis; he querido que hoy honre nuestra casa, siendo nuestro huésped en ella; las mismas causas que á mí os obligan para servirle.

Entonces don Alvaro, algo más en sí, se le ofreció con grandes sumisiones por servidor suyo, á que correspondió doña Brianda tan cortés como agradecida, si bien con alguna severidad en semblante, cosa que atribuyó el vizconde, así al recato de su estado, como á su altiva condición.

Salieron luego á comer á la sala de más afuera, donde fué don Alvaro muy regalado aquel día, tratando, en cuanto duró la comida, de varias cosas, á que habló pocas palabras doña Brianda; conociendo don Alvaro, de dónde procedía su demasiado silencio. Alzaron las mesas, y á poco rato que habían comido, entró un paje á decir al vizconde, que le venía á visitar un caballero de Barcelona, á que fué fuerza salir á otra pieza á recibir la visita, diciendo á don Alvaro que le perdonase, y en tanto se entretuviese con su hermana, dejólos solos, y asimismo los criados por irse á comer. Y hallándose tan buena ocasión doña Brianda, dijo á don Alvaro, algo turbada con el enojo que tenía, estas razones:

—No pudiera creer, señor don Alvaro (ya que vuestra curiosidad ha sido tanta, que hayáis sabido quién soy), que con los agravios que de vos he recibido osárades poner los pies en esta casa, y asimismo aguardar esta ocasión, en que más dilatadamente oyéredes mi sentimiento. ¿Es acción de caballero tan noble como sois, profesar doble trato con quien os iguala en calidad, pues al mismo tiempo que mentís finezas, experimento que con veras las ejecutáis en más antiguo empleo? Bien pudiérades haberos contentado con el disgusto, que en vuestra casa recibí el día pasado, sin que, después de haber cabido ser hermana del vuestro amigo viniérades á ésta á hacer con este atrevimiento ratificación de la ofensa; agradeced estar mi hermano de por medio, que él me estorba no tomar de vos la satisfacción que vuestro mal término merece.

Adelante pasara doña Brianda, á su parecer fundada en razón, si no la atajara don Alvaro, diciéndola:

—Dueño mío (que lo habéis de ser mientras tuviere vida), no puedo significar el contento que hoy he recibido, con saber que seáis hermana de quien es tan íntimo amigo mío, lo cual he sabido sin curiosidad ni diligencia, hecha por mi parte. Mas dejando esto para celebrarlo en mejor ocasión, quiero en ésta quejarme de vos viendo cuán injustamente me imputáis á quien os adora de engañoso, cuando con más finezas desea

estar en vuestra gracia y merecer vuestros amores. No quiero del todo negaros que las apariencias que habéis visto, dejen de confirmar la mala opinión que de mí habéis concebido; mas si fuérades servida de esperar aquel día mi satisfacción, conociérades cuán engañada estáis en vuestra sospecha.

Notablemente se mostró airada á estas razones doña Brianda, pareciéndole querer con alguna cautela paliar lo que ella á su parecer tenía averiguado con lo que le pasó con doña Mencía, y así le dijo:

—Señor don Alvaro, las mujeres principales como yo, cuando han averiguado su ofensa con tanta claridad, no hay satisfacción que las disuada de su sospecha, sumisión que las desenoje; y así con todas veras os suplico, que os sirváis de dejar esta plática, no apurando más mi paciencia: que tratar más desto, será dar ocasión á que viniendo mi hermano puede presumir de los dos lo que hasta ahora no sabe, viéndome con tanto disgusto. Mas, por excusar esto, quiero dejaros solo, que será para vos el mayor favor que os podré hacer.

Con esto se levantó de la silla en que estaba; mas don Alvaro, deseoso de satisfacerla de su engaño, la suplicó con grande afecto se sirviere decirle lo que la quería decir en su abono.

—Ninguna cosa, dijo doña Brianda, me podrá satisfacer; mas porque no me tengáis por descor-

tés, os quiero oir, ya que ha de ser esta la última vez que me habéis de ver.

Entonces le dió cuenta don Alvaro del suceso de doña Mencia, de la suérte que se ha referido; elcual dió la grande admiración, si bien no se dió por satisfecha hasta certificarse por sus ojos y averiguarlo con la misma doña Mencia, cosa que permitió con mucho gusto don Alvaro, quedando entre los dos concertado, en que el día siguiente que comía fuera el vizconde en casa de un deudo suyo, iría doña Brianda á la de don Alvaro á solo esto.

Volvió el vizconde de su visita, y siendo hora de salirse á pasear los dos, don Alvaro se despidió de su dama, dejándola algo mitigado su enojo.

Esotro día tenía el vizconde concertado con su esposa llevarla á ver una comedia para que se divertiese, y así la dejó advertida que se previniese con tiempo para que cuando él volviese de la casa de aquel deudo, donde iba á comer, no hiciese más que entrarse con él en el coche. Ese día doña Brianda, no olvidada del concierto, se fué á comer con aquella amiga suya, y de allí se metió en una silla que mandó alquilar y en ella se fué á la casa de don Alvaro, á tan buena ocasión, que le halló con doña Mencía en su cuarto. Allí se satisfizo de su enojo oyendo della otra vez el aprieto en que estuvo, y todo lo demás que se ha referido: con lo cual volvió don Alvaro á su gracia con mayores muestras de amor

que hasta allí, estimando tener por hermana á doña Mencía y aprobando el buen gusto de su hermano. Allí prometió don Alvaro á su dama que se harían sus bodas con las del vizconde y doña Mencía, pidiéndosela á su hermano por esposa, con que doña Brianda quedó tan contenta como agradecida á su afición. Doña Mencía, por dar lugar á que á su gusto se hablasen los dos amantes y para aguardar al vizconde, se despidió dellos y se subió á su cuarto para que en él la hallase cuando viniese. Mas apenas estaba en él cuando don Remón llegó á pie á casa de don Alvaro, y con la llaneza de íntimo amigo suyo le entró en su cuarto por otra puerta (que descuidadamente dejaron los criados de don Alvaro abierta) sin ser sentido; y presumiendo que sería doña Mencía la que con don Alvaro estaba, les cogió tan descuidados que pudo conocer á su hermana, la cual, con el susto que recibió de haber sido vista dél, la ocasionó un desmayo, quedándose sin sentido en la silla. Turbóse extrañamente don Alvaro; mas volviéndose á cobrar, le dijo á su amigo, que tenía perdido el color de lo que había visto:

—Señor vizconde, procuremos que vuelva de su desmayo vuestra hermana, que después os daré despacio larga cuenta de la novedad que habéis visto; pues la turbación que en los dos habéis conocido, no permite que más os oculte lo que hasta ahora ignoráis.

Sosegóse con esto el vizconde, y habiendo vuelto de su desmayo la dama, echando el manto sobre el rostro por la vergüenza con que se hallaba en presencia de su hermano, comenzó don Alvaro á hacer relación al amigo de la historia de sus amores desde el primero día que conoció á doña Brianda, sin saber que fuese su hermana, hasta el que le convidó en su casa, y que todo este tiempo le había servido (aun sin conocerla) con intención de merecer ser su esposo, pues las partes que en ella conoció, no le aseguraban menos que la calidad que tenía, estando contentísimo con tan dichoso empleo que el cielo había guiado por aquel camino para que se aumentasen vínculos á su amistad. Estimó el vizconde en mucho la ventura que el cielo le ofrecía con tal hermano como don Alvaro, pues cuando él se desvelara en buscar empleo para su hermosa hermana, no podía hallarle ni de más calidad ni riqueza. Manifestó este gusto abrazando á don Alvaro, diciéndole:

—Gracias debo dar á Dios, amigo íntimo, por los favores que de su mano recibo, así en mi dichoso empleo como en el que mi hermana hace en vos, y ella se las puede dar mayores, pues tan buena suerte ha tenido en que vos la hayáis elegido para vuestra esposa.

Entonces doña Brianda, con grande humildad abrazó á su hermano, pidiéndole con mucha vergüenza perdón de lo que sin su licencia había

hecho; y el vizconde la abrazó con muestras de mucho amor y gusto. Bajó doña Mencía de su cuarto, á quien dieron parte de lo que había pasado, que no fué la que menos se holgó. Previno sus bodas don Alvaro, sacando galas, y dando lucidas y costosas libreas á sus criados.

El pariente que el vizconde había enviado á Córdoba llegó brevemente á aquella ciudad, dió su embajada á los hermanos de doña Mencía, dándoles cuenta donde la dejaba, los cuales, viendo cuán felizmente se soldaba la quiebra de su honor con tan buen casamiento, vinieron en él con mucho gusto, estimando tener tan gran caballero por cuñado. Partiéronse luego á las bodas, llegando brevemente á la corte, donde fueron recibidos con mucho gusto del vizconde, de don Alvaro y doña Mencía. Y dentro de quince días que habían llegado, se hicieron las bodas de los dos amigos, regocijándolas mucho todos los caballeros mozos de Madrid con una lucida máscara, y dentro de dos días con una alegre sortija, en que hubo muy costosas invenciones. Acabó el vizconde sus negocios, haciéndole el rey merced, con lo cual se volvió á su tierra, llevándose á su querida esposa, y don Alvaro se quedó con la suya muy contento con tan amada compañera, que gozó largos años con dilatada sucesión.

Mucho gusto dió el discurso de don Gómez á las damas y demás oyentes, alabándosele junta-

mente con el buen despejo con que le había hecho. Pidieron á don Carlos, su hermano, dijese algunos versos, y él, sacando un papel del pecho, en alta é inteligible voz leyó esta silva que había hecho aquella noche en alabanza de las damas:

Aquel anciano celebrado río
que con labios de líquidos cristales
besa el alcázar del mayor monarca,
si pobre en el estío,
en invierno opulento en sus raudales,
nunca oprimidos de sulcante barca,
cuya apacible orilla
de árboles esmaltada,
apenas dan al sol pequeña entrada,
respirando en su espacio varias flores
viva fragancia en cantidad de olores.
Aquí cuando en Oriente sale el alba,
con acentos süaves
traviesas saltan por los verdes ramos
y hacen alegre y sonorosa salva
las pintadillas aves,
con diversos reclamos,
sus querellas da progue,
y la süave y dulce Filomena
también con superior cántico suena,
dando los buenos días
al mundo con extrañas alegrías.
Congregación de Ninfas y Napeas,
el venerable y sacro Manzanares
quiere hacer en su estancia cristalina,

y para que las claras semideas
sepan lo que su gusto determina,
parte por la corriente
del líquido elemento
un tritón, que llenando de su aliento
un caracol vacío,
su acento suena por la selva y río.
Yace una sala de cristal de roca
en la profundidad más limpia y clara,
inestimable y rica por su hechura,
que á la mayor arquitectura apoca
con su grandeza, superior y rara,
tal es su primorosa arquitectura.
Adornan su techumbre
en iguales espacios
balajes, girasoles y topacios,
y por partes á trechos hay distintos
crisólitos, zafiros y jacintos,
excediendo con luces más brillantes
de la India Oriental finos diamantes.
En cien sillas de nácar y corales,
la escultura ostentó varios primores,
para adornar la sala transparente,
guarnecidas de perlas orientales,
que en varias partes forman mil labores,
engastadas del oro más luciente.
Estas cercan un trono,
que sobre ocho columnas estriadas
del nítido cristal puro labradas
un ochavado chapitel sustentan
con que su regia majestad ostentan.
De verdes esmeraldas y rubíes,
bajo del chapitel hay un asiento,

sobre seis altas gradas levantado,
aljófar y granates carmesíes,
cubren el pavimento,
que está con arte superior labrado,
aquí el anciano viejo,
deidad nudosa deste solio claro,
admirable en aspecto, en traje raro,
verdes ovas sus sienes coronando,
el eminente asiento está ocupando.
A su mandato con ligeras plantas,
rompiendo apriesa por los claros muros
(defensa de su estancia cristalina),
con suprema beldad se agregan cuantas
deidades rige en sus cristales puros
el venerable anciano, afablemente
daba suma alegría
ver en diversidad de cuerpos bellos
tendidas en madejas los cabellos,
que despreciando el oro y su riqueza
ocultaban mil partes de belleza,
y cada una en señalado asiento
oyeron del anciano el parlamento.
Ninfas, raro esplendor de mi corriente,
si corta en el distrito dilatada
por la fama que alaba mi ribera,
el llamaros aquí amigablemente
á ocupar este asiento en mi morada,
que honor con tales huéspedes espera,
es para daros cuenta
de cómo en nuestras márgenes umbrosas
las tres ninfas hermosas,
que al claro Tajo honraron con favores,
vuelven á dar fragancia á nuestras flores.

La que bella desmiente ser humana
prisión del albedrío y del deseo,
Laurencia hermosa, asombro de belleza,
con gracia soberana,
el mismo Dios de amor es su trofeo,
rayos presta á Lucina,
belleza á Venus y valor á Palas,
la fama toda lenguas, toda alas,
publica al orbe su beldad divina,
diciendo si á las tres no las excede,
á lo menos ser igual con ellas puede.
Si emprendiera copiar el diestro Apeles
de la bella Clarinda los primores,
atrevidos llamara los pinceles,
que á imitar se pusieran sus colores,
las olorosas flores
hurtos quieren hacer á lo perfecto,
deste hermoso sujeto,
su blanca nieve roba la azucena,
su purpúreo color la virgen rosa,
y de su boca hermosa
el perfecto clavel su color viste,
sabiendo que consiste
su gala (en quien alegre se confía)
imitada de tanta bizarría.
Singular en el orbe es la hermosura
de Lisarda, deidad tan soberana,
que el mismo Febo envidia la luz pura,
y los rayos eclipsa de Diana.
Ella y su bella hermana
bien pueden encender pechos de hielo,
prodigios son del mantüano suelo,
de la armónica arte honor ilustre

calle el Tracio portento,
que suspendió á las almas el tormento,
que si en aquestos tiempos concurriera
y esta divina unión hoy conociera,
no colocada, el templo de su padre
su dulce lira honrara;
mas de haberla tocado se afrentara,
cediéndoles la gloria,
conociendo excederle en su armonía,
lo que á la noche el sol que alumbra el día.
  Estas tres hermosísimas beldades,
que deste campo aumentan la fragancia,
quiero (¡oh claras deidades!)
que en esta nudosa estancia,
del compás de la solfa gobernadas,
con himnos y canciones,
celebréis sus divinas perfecciones.»
Dijo el anciano Río,
y la virgen cuadrilla,
coros formando en una y otra orilla,
á las damas hermosas,
que en ser vistas prometen esperanza,
dan igual alabanza
á la gran perfección de sus primores,
por quien el niño amor muere de amores.

Con igual gusto celebraron la poética silva de don Carlos todo aquel discreto auditorio, principalmente las interesadas en las alabanzas, dándole las gracias por el cuidado que en favorecerlas había puesto. Divisábase cerca El Bravo, pequeño lugar que dista cuatro leguas de Tala-

vera, á donde iban esa noche á dormir, y hasta llegar á él se entretuvieron cantando doña Clara y doña Luisa, en compañía de Feliciano, algunas airosas letras. Tocóle la suerte á doña Laurencia del discurso del día siguiente, con que se dió fin á la primera jornada.



JORNADA SEGUNDA

Ya la aurora había dejado el lecho del anciano esposo, y desterrando tinieblas de la obscura noche daba menudo aljófar á las plantas anunciando la venida del rojo Febo, el cual, no dilatando el comunicar sus hermosos rayos al hemisferio, salió por tersos campos de zafir, cuando aquellos caballeros y Feliciano entraron á despertar á las damas para que se vistiesen.

Hiciéronlo, aunque con alguna tardanza; oyeron misa, y después de haber almorzado se entraron en su coche, haciendo lo mismo sus criadas. Desta suerte caminaron más de legua y media hablando en varias cosas de entretenimiento, y habiéndole pedido á doña Laurencia diese principio á su discuso, dijo á Feliciano cantase algo. Él obedeció tomando la guitarra, y habiéndola templado la acompañó con la voz cantando este romance, que dijo haber hecho aquella noche acabando de cenar:

La gran puente segoviana
de su desigual esposo,
decía quejas una tarde
á los campos y á los sotos.
Perdone Dios el capricho
del que juntó en matrimonio,
una señora de estado
con quien no tiene uno solo.
Sabiendo mis calidades
fué injusto darme en consorcio,
á quien nace de una fuente
como el humor de buboso.
¿Cómo hará vida conmigo
quien tiene extremos de loco,
siendo en verano un menguado
y en el invierno un furioso?
Viendo mi garboso talle
les parece mal á todos
que tenga una puente sana
por marido un charquirroto.
Tan poco caritativo
que ofendiéndome el buchorno,
de las legañas de arena
aún no me limpia los ojos.
Es prodigio en su miseria,
pues el animal más tosco,
lo que le prestó en cristales
lo cobra en orines rojos.
Con tal desprecio le miro
como tan vil le conozco,
que no le daré la mano
por ver que le faltan codos.
Nunca pecó de soberbio,

de vano y presuntuoso,
que le dicen el memento
los veranos con el polvo.
Ni en esto del murmurar
tampoco faltas le pongo,
que siempre fué más callado
que un cochero y un soborno.
Dos contrariedades hallo
en mi aborrecido esposo,
atrevido en lo mendigo
y vizcaíno en lo corto.
O me compren un marido
ó me vendan para otro,
que con el que agora tengo
soy mucho para tan poco.

Celebraron todos la letra y tono de Feliciano, admirándoles que, después de haberse dicho tanto del pobre Manzanares, hallase qué decir diferente de lo oído. Feliciano estimó de todos el favor que le hacían en honrar sus versos, prometiéndoles en pago decirles otro día más novedades hechas del mismo sujeto; con esto dió lugar á que doña Laurencia diese principio á su discurso, el cual comenzó así:

SUCESO SEGUNDO

La obligación cumplida.

TEMEROSA estoy, prudente auditorio, por se nueva en este ejercicio, que pueda salir bien dél, respecto de haber de cumplir con tantas cosas como para hacerle perfectamente se requieren. Obediente acepté este cargo, del cual me eximiera si hallara fiador que me sacara de vergüenza; supla vuestra cordura los defectos que en mí se conocieren, que no serán pocos.

En mi discurso amonesto á la piedad y generoso ánimo de amparar y socorrer al prójimo, tanto más estimadas estas dos acciones, cuanto más humilde y pobre sujeto las ejerciere. Reprendo el pecado de la envidia, por quien en el mundo se han visto tantas tragedias, el riguroso afecto de la venganza, el abominable pecado de la ingratitud, hijo más legítimo del demonio, de quien Dios se ofende tanto, la imprudencia de los que, mal aconsejados, ejecutan su rigor en

los inculpables, sin examinar si es verdadero ó falso el informe que les han hecho. Y finalmente, es ejemplo á los que fuéremos ofendidos de nuestros próximos, que no sea la ofensa causa para dejar de favorecerles en sus necesidades y trabajos, que cuanto más sin intención de interés se hiciere, tanto será de más estima, con lo cual doy principio al suceso que contiene esta moralidad.

La oposición de los dos encontrados vientos, Abrego y Noto, alteraban los salados campos de Neptuno, levantando montañas de agua en el Océano septentrional, de tal suerte, que á la vista parecía querer competir con las altas nubes, y porque no se ensoberbeciesen con el supremo lugar que les daban en breve instante, desvanecida su altiva arrogancia, se hallaban en el primero ser de que se habían formado. Riguroso era el temporal para los que, ó llevados de la insaciable codicia de aumentar riquezas, ó con causa forzosa que les obligaba, fiaban sus vidas de cuatro dedos del grueso de una tabla y de una leve aguja, naufragando, expuestos á los varios sucesos de la fortuna.

En este peligroso estado se hallaba un pequeño navichuelo, fluctuando con los furiosos ímpetus de las crecidas olas á la vista de un puerto de la que antiguamente se llamó Ibernia, y en estos tiempos se llama Irlanda, de donde sus continuos pescadores, ociosos en su marítimo ejercicio por el recio temporal, estaban mirando

el trágico espectáculo, compadecidos de la calamidad y tormenta en que se vía, con notorio y conocido peligro de irse presto á pique, chocando en una de aquellas eminentes rocas que ponen más fuertes límites al mar.

En este miserable objeto ocupaban los pescadores su vista, ciertos profetas del daño que brevemente experimentó; porque, arrojado de los recios vientos y furiosas olas al puerto, en la más peligrosa roca dél dió al través, haciéndose mil pedazos. Admirados les tenía á los compadecidos de su desdicha, ver que del navichuelo no se oyese el rumor de gente que en los tales conflictos suele oirse de lamentos, oraciones, ruegos y votos; atenta más la vista en los miserables despojos del fatal estrago, vieron que, de un tablón asido, prohescaba contra las olas un mancebo, sirviéndose de los pies en lugar de remos, para llegar á tierra. Comenzáronle á animar los pescadores, deseando que se librase del urgente peligro, con lo cual el joven se alentó de tal manera, que pudo resistir con valeroso ánimo la fuerza de las furiosas olas y llegar hasta el trecho que bastó para ser socorrido con un cabo de una cuerda, que un pescador le arrojó, al cual asido, dejando el grueso tablón en que venía, pudo llegar nadando hasta la orilla, donde le recibió aquella piadosa gente con general gusto de todos, alegrándose sumamente de verle puesto en salvo.

Salió del agua casi perdido el aliento; traía un rico y costoso vestido verde, bordado de plata, y al cuello una gruesa cadena de oro. Llevá-ronle á una de sus barracas, donde, desnudo de cuanto traía mojado, le pusieron, en lugar de aquellos preciosos vestidos, otros toscos y remendados de uno de aquellos pescadores; hicieron lumbre, y con el calor della y de la ropa enjuta que tenía ya vestida, volvió el desgraciado mozo en su acuerdo, admirado de verse en aquel grosero traje; y acordándose del estado en que se había visto y del socorro que recibió de aquella compasiva gente, les dió las gracias de la buena obra con afable semblante, preguntándoles qué tierra era la que pisaba, ya libre de la pasada fortuna.

Fuéle respondido ser Irlanda, cuya isla gobernaba, por muerte del conde Stuardo, la hermosa Crotilda, hija suya, cuya hermosura era la mayor que se conocía en toda Europa.

Dió gracias al piadoso cielo el naufragante joven por haberse librado de tan áspera y rigurosa tormenta, y echádole en parte donde profesaban guardar la cristiana religión.

Preguntó si cerca de allí había algún lugar, y fuéle dicho que dos millas de aquel puerto estaba una pequeña aldea, de donde eran naturales casi todos los que trataban en aquel piscatorio ejercicio, á donde habían de irse á dormir aquella noche, por parecerles que el riguroso tempo-

ral no daba permisión á que ejerciesen su oficio. Rogóles que le llevasen consigo, lo cual aceptaron con mucho gusto; trujéronle un jumentillo en que caminase, en el cual se puso el gallardo mancebo, mostrando en su rostro señales de grande tristeza.

Era de edad de 22 años, de perfectas facciones, bien proporcionado y de gentil disposición. Fuése al fin con los compasivos pescadores á su lugar, y del más bien puesto y rico de aquella sencilla compañía, fué hospedado en su casa con mucho gusto, ofreciéndosela por posada todo el tiempo que gustase de asistir en aquella pequeña aldea. Agradeció el joven su liberal ánimo, y por pagarle de antemano su pronta voluntad (que había de redundar en obras) le dió la rica cadena que sacó venturosamente de su naufragio, y encargóle mucho que rogase á aquellos pescadores compañeros suyos que no diesen parte de su desgracia á nadie, porque él pensaba vivir en aquel lugar algunos días en su compañía, vistiendo su rústico traje, hasta que el tiempo le mostrase lo que había de hacer, y con esto cerró la puerta, así á su huésped como á los demás que vieron su desgracia, para que no le preguntasen su verdadero nombre, patria y causa de venir solo en aquel pequeño navío.

En el rústico hábito de labrador estaba este gallardo joven (que de aquí adelante llamaremos Fabio, por haberles él dicho á los pesca-

dores que éste era su nombre) en aquella pobre aldea, tratando con la gente della, y ocupándose en todos los ejercicios que los labradores suelen entretenerse cuando dan vacaciones al trabajo de sus labores. Aventajábase á todos Fabio en el luchar, correr, saltar y tirar á la barra, por ser hombre de grandes fuerzas y ligereza.

Vínose á vivir á esta aldea un anciano labrador, que en otra cercana á ella había asistido lo más de su vida; éste trujo consigo una hija suya, de edad de 16 años, la más hermosa mujer que se hallaba, no sólo en aquella isla, mas en todas las convecinas.

Tomó casa muy cerca de donde posaba Fabio, el cual se admiró grandemente de ver la singular hermosura de Rosaura, que así se llamaba la recién venida labradora. Luego todos los mancebos de aquella aldea comenzaron á festejarla con grandes competencias, deseando cada uno aventajarse en servirla, de suerte que pudiese merecerla por esposa. Entre los que asistían á este festejo en las juntas de sus entretenimientos y bailes, era nuestro forastero Fabio, no menos enamorado que sus competidores; porque tenía partes para ser querida, hallaba Fabio en ella una diferencia de las otras villanas, así en la gravedad del semblante como en la discreción, y como vecino de su casa, asistía continuamente en ella, y esto era con mucho gusto de

Rosaura, que con muestras de voluntad le favorecía, sin admitir de los demás pretendientes las finezas que hacían en su servicio. Esto pudo hacer olvidar algo el disfrazado Fabio su patria, contento ya con la vida de aquella aldea, donde el mar le había arrojado con adversa fortuna que ya tenía por favorable, no echando menos, con verse favorecido de su hermosa Rosaura, la grandeza de estado que había perdido, de la cual se dará cuenta adelante.

El verse los aficionados de Rosaura poco favorecidos della, y sólo admitido en su gracia á Fabio, hombre no conocido en la aldea; sin hacienda ni posesión en ella, sino solamente huésped agasajado de Ergasto, un pescador de mediano caudal, á quien ayudaba á ganar el sustento, tal vez con las redes en el mar, y tal con una escopeta y sus perros en el monte, causó en ello una mortal envidia, deseando descomponerle y aun echarle del lugar, y al paso que las bien recibidas partes del amante iban echando raíces en la voluntad de Rosaura, las echaba la envidia en sus competidores. Muy enamorado se hallaba Fabio de la labradora, cuando sus aficionados hacían concilios para consultar en ellos cómo le privarían deste gusto. Ergasto, su huésped, que le había cobrado grande amor, conociendo el que á la hermosa Rosaura tenía, siendo muy amigo de su anciano padre, se determinó un día, sin dar cuenta dello á Fabio, á decirle estas razones:

—Amigo Pinardo (que éste era el nombre del padre de Rosaura), confieso que los merecimientos de vuestra hija son grandes, y tan conocidos y ponderados de mí, que á no haber nacido en los toscos paños de la aldea, hija de labradores suyos, era digna de ser esposa de un gran señor; pero como es fuerza darla estado con persona que sea igual suyo, y la veo en edad de tomarle, me ha parecido, previniéndoos primero de que no lo tengáis por atrevimiento, que la empléis en Fabio, ese mancebo que está en mi compañía, cuyas partes, personas y agilidades son bien conocidas de vos. El vino á esta aldea deseoso de vivir en ella, y yo le admití en mi casa con grande voluntad, la cual me pagó hallando en él siempre obediencia de hijo á cuanto le mando y una provechosa ayuda para mi oficio, pues con el poco tiempo que ha que le usa, he tenido aumentos en mi caudal, con que me ha obligado á mandarle una parte de mi hacienda después de mi vida, ya que el cielo no me ha dado herederos forzosos que me hereden. No todas las veces se ha de buscar persona con igualdad de bienes de fortuna, que dice el proverbio antiguo: «Más vale hombre sin hacienda, que hacienda sin hombre.» Digo esto, porque del buen talento de Fabio me prometo que sabrá gobernar la vuestra, de suerte que veáis grandes acrecentamientos en ella.

Mucho se holgara Pinardo que Ergasto no le

hablara en aquel particular, porque conociendo las partes de Fabio, á quien quería bien, y lo que debía á la amistad de su huésped, quisiera responderle muy á su gusto, y así le respondió á lo propuesto estas razones:

—Amigo Ergasto, de la manera que habéis conocido las partes de Rosaura para favorecerla, conozco las que Fabio tiene para merecer que sea su esposa; y estimando el buen empleo que la ofrecéis, os desengaño de no poder daros gusto en lo que me habéis pedido, porque no puedo disponer de Rosaura por ahora, no obstante que conozco que tiene poca edad para tomar estado; la causa desto (tomándoos la palabra de que me guardaréis secreto) es no ser mi hija, aunque ha estado hasta ahora con ese nombre desde que de un año se comenzó á criar en mi casa. No puedo declararme más, y esto basta para que conozcáis de mí no estar en mi mano el satisfaceros.

Admirado dejó á Ergasto lo que á Pinardo oía, y con la misma palabra que él había tomado, le descubrió del modo que Fabio había derrotado en aquella isla, y el vestido y cadena con que salió del mar; lo cual tenía en su poder sin haber sido posible saber quién fuese, si bien en su persona se conocía ser hombre de calidad. No menos le admiró la segunda relación á Pinardo que la suya á Ergasto, el cual significó á su vecino cuán enamorado estaba Fabio de Ro-

saura, habiéndosele declarado en esta afición con él; y no obstante que conocía dél este amor, lo que le había propuesto era de oficio, sin haber sido persuadido por Fabio á ello; pues desto él no sabía nada, y que así le encargaba como amigo tuviese mucha cuenta con Rosaura no sucediese algo entre los dos. Pinardo le agradeció el advertimiento, y con esto se despidieron de la plática.

Esa noche, estando Ergasto á solas con Fabio, le preguntó si era mucha la afición que á Rosaura tenía. Fabio, no ocultándole nada de su amor, le ponderó cuánto la quería y cuánto deseara no tener causa que le estorbara pedirla por esposa á su anciano padre.

—Otros impedimentos como los que os obligan á no ejecutar ese intento, dijo Ergasto, estorban á Pinardo no poder disponer de la que da nombre de hija y no lo es.

Oyéndole esto Fabio le pidió encarecidamente le dijese lo que en esto sabía. Poca dificultad hubo en Ergasto para no ocultarle el secreto que prometió guardar á Pinardo, diciéndole lo que dél había sabido aquella tarde. Notablemente se holgó Fabio de oir que no tuviese Rosaura padres labradores, con que se aumentó en mayores grados su afición, siéndole respondida por parte de Rosaura.

En este tiempo los envidiosos de los favores del forastero Fabio, habiendo hecho en su daño

ciertas juntas, determinaron en la última privarle de la vida, por quitar de su amorosa pretensión tan fuerte competidor; y así, unánimes y conformes todos los que desto trataban, se resolvieron en que, después que esto se ejecutase, pretendiese cada uno, con las mayores finezas que pudiese, hasta merecer ser elegido de la hermosa Rosaura.

La noche siguiente, después de la última resolución, se previnieron de armas ocho robustos villanos, los cuales esperaron á Fabio en el camino, que iba al vecino puerto, donde estaba con Ergasto ocupados en su pesca. Sucedió, pues, que como hiciese el tiempo á propósito para ella, por no perder la ocasión, Fabio se vino con lo que habían pescado á la aldea, dejando en el mar á Ergasto ocupado en su ejercicio, á donde había de volver á ayudarle. Salióle al gallardo joven la villana cuadrilla al encuentro, hallándole desapercibido de armas; y abrazándose con él, sin darle lugar á defenderse, le vendaron los ojos y ataron atrás las manos; y poniéndole sobre el mismo jumento en que venía, á su pesar, caminaron con él gran parte de la noche, hasta llegar á un espeso monte ocho millas de su aldea, donde atado á una gruesa encina hubo pareceres entre ellos sobre si le matarían ó no. La mayor parte de los rústicos y envidiosos villanos vino en que le quitasen la vida; y resueltos á darle garrote contra la encina á que estaba

atado, tuvieron diferencias sobre quién había de hacer oficio de verdugo en aquel impío acto. Ya estaba resuelto el más cruel en ejecutar la rigurosa sentencia, y Fabio, en tanto, encomendándose muy de veras á Dios; cuando oyeron ruido de gente que venía á su parecer, apartando las espesas ramas de las carrascas cerca de la parte donde estaban. Con lo cual, temiendo los villanos ser hallados en aquella alevosía, dejaron al pobre Fabio atado; amenazándole, si más sus pies ponía en la aldea donde estaba Rosaura, había de ver ejecutado lo que por entonces se dejaba de hacer por el peligro en que se ponían, siendo hallados en aquel homicidio.

Viéndose el gallardo Fabio de la manera que oís, aguardó que se alejasen de allí los crueles ministros turbadores de su gusto, y cuando conoció que estarían ya buen trecho de aquel sitio, comenzó á llamar con grandes voces quien le desatase. Era el monte muy espeso, y el ruido que los villanos sintieron (que les estorbó no quitarle la vida) era de una tropa de venados de los muchos que allí había, con otros géneros de caza de que el monte estaba poblado, por ser con vigilancia guardada de los monteros de la condesa, que ésta era su frecuentada recreación, donde acudía desde la corte, que distaba de allí dos cortas millas.

En la aflicción referida estaba el perseguido Fabio, considerando la cruel violencia de los vi-

llanos, sintiendo cómo en ella le apartaban de su hermosa Rosaura, á quien amaba tiernamente. Sucedió, pues, que en estas consideraciones comenzó el alba á restituir sus colores á las cosas, desterrando las obscuras sombras de la noche, y bordando de menudo aljófar las flores y plantas de los amenos campos. Conoció su alegre venida Fabio por la dulce armonía de las aves que le hacían sonora salva. Comenzó de nuevo á llamar con más altas voces quien le quitase de aquel lugar, á las cuales por grande rato no hubo quien le respondiese, sino el eco que pronunciaba los últimos acentos de sus razones, con quien se engañaba muchas veces, pensando ser alguien que le respondía, viniendo á la parte donde estaba. Bien se habría pasado media hora, cuando de nuevo oyó grande ruido de voces, de latidos de perros y sonidos de bocinas, y que esto se acercaba á aquel lugar, con lo cual se consoló en gran manera. Llegaron, pues, á aquel sitio unos monteros de la condesa de Irlanda en seguimiento de un venado, con todo el alboroto que habéis oído. Y viendo al desgraciado joven en aquella aflicción, compadecidos dél, dejando el venado que seguían, le desataron y quitaron el lienzo que le cubría los ojos. Dióles Fabio las gracias del favor que le hacían, á quien ellos preguntaron la causa de haberle hallado de suerte; él se la dijo, con que los dejó admirados de que pudiesen la envidia y los celos haberle traí-

do al peligroso trance de perder la vida. Preguntáronle dónde determinaba irse, y Fabio les respondió que en su compañía si gustaban de favorecerle en esto hasta hallar cómodo, puesto que no podía volver á su lugar, de donde sus enemigos le habían desterrado, amenazándole con la muerte.

—Nosotros, dijo uno de los cazadores, somos criados de la hermosa Crotilda, condesa de Irlanda, y asistimos en su corte con los gajes que nos da por ser sus monteros; dejámosla muy cerca de aquí, que como es tan aficionada á la caza, pocos son los días que se pasan sin usar este ejercicio en este monte, divirtiendo en él una grande melancolía, que ha días que la trae con poco gusto, sin haber remedio en la medicina para podérsela curar, y esto es causa para no venir en lo que la importunan sus vasallos, pidiéndola que tome estado. Si sois aficionado á nuestro ejercicio, de vuestra persona lo estamos de manera, juntamente con la compasión que nos habéis dado, que sería fácil acabar con nuestro dueño que os ocupe en una plaza de las nuestras que vacó pocos días ha por muerte de un compañero nuestro.

Agradecióles Fabio la buena voluntad que le mostraban, y viendo cuán bien le estaba por entonces ocupar aquel puesto, les dijo que por haber sido toda su vida inclinado á la caza y tener grande experiencia della, aceptada la amistad

que le ofrecían hacer, de que estaba muy obligado. Con esto se fué en su compañía, y ellos volvieron donde habían dejado á la hermosa Crotilda, que hallaron acompañada de algunos caballeros de su casa. El montero que había ofrecido á Fabio hacerle amistad, que era un hombre anciano, á quien los demás compañeros, como á más experto en la caza respetaban, llegó á donde la condesa estaba, y hízole relación de cómo habían hallado á Fabio, diciéndole la causa por que le habían querido quitar la vida sus mismos compatriotas. Compadecióse la hermosa Crotilda de su desgracia, y mandó al montero que se le trajese á su presencia. Llegó Fabio á ella, y puesta una rodilla en tierra le besó la mano. Crotilda le miró con extraña admiración, dando nota al mismo Fabio y á los circunstantes de la demasiada atención con que tenía ocupada la vista en él; suspensa un buen rato, sin hablarle palabra, al cabo dél, dando un penoso suspiro, le preguntó su nombre y patria, á lo cual Fabio la dijo ser de aquella pequeña aldea cercana al puerto, y hijo de un pescador della, llamado Ergasto, y más largamente que el montero la dió cuenta del peligro en que se había visto por causa de ser más favorecido por sus competidores.

Poco se satisfizo desto Crotilda, viendo en la persona de Fabio partes ajenas del traje en que estaba, y de ser su patria la que decía; y á rue-

gos de aquel montero le admitió en su servicio en lugar del que había faltado con mucho gusto de todos, que se le habían aficionado.

No quiso la condesa, con ser tan de mañana, proseguir con la caza; antes fingiendo una indisposición se volvió á la ciudad. Retiróse á su cuarto, donde mandó que le llamasen á Filipo, un anciano caballero, de quien hacía mucha confianza; á éste mandó que al punto se partiese á la aldea, donde Fabio la dijo que era natural, y se trujese consige un pescador della llamado Ergasto, encargándole hiciese esto con mucho cuidado y secreto. Obedeció Filipo tan diligentemente, que esa noche ya el pescador estaba en palacio, encerrado en un aposento con harto miedo, por no saber á qué era llamado.

Cerca de la media noche sería cuando, habiendo Filipo dado cuenta á la condesa de cómo el pescador estaba allí, mandó que se le trujesen á su cuarto; pareció en su presencia Ergasto todo turbado, ignorando lo que á tal hora y en tal lugar le podría querer Crotilda, á quien en su vida había visto. Besóle la mano, todo temblando de miedo y turbación, y la condesa, con afable rostro y mucho agrado, le previno que á todo lo que le fuera preguntado por ella no la negase la verdad, que importaba mucho á su servicio, y que de hallarle verdadero, podría prometerse grandes aumentos, como iguales castigos si, por el contrario, le negaba lo que dél

quería saber. Todo cuanto dilataba en declarar su intención la hermosa dama, era afligir más al anciano pescador, el cual, aunque con más turbación que cuando pareció en su presencia, le dijo que de todo lo que él supiese fuese cierta, que no le negaría cosa alguna. Entonces Crotilda le preguntó si tenía algún hijo. A lo cual el pescador respondió haber tenido dos, mas que el uno se le había muerto y el otro se le fué de su casa mucho tiempo había, de quien nunca supo nueva alguna.

—¿Cómo se llamaba ese que se os fué?, dijo Crotilda.

—Gran señora, replicó Ergasto, Leviano era su nombre.

—¿Y otro no tenéis que se llama Fabio?, dijo la condesa.

—Ese, replicó Ergasto enterneciéndose, habrá dos noches que faltó de mi pobre casa, y no me tiene con poco cuidado su ausencia, no sabiendo á qué atribuir haberme dejado sin despedirse de mí, que lo he sentido entrañablemente, aunque no es mi hijo, pero téngolo tanto amor como si lo fuera.

—Pues cómo vino á vuestra compañía deseo saber, dijo la condesa.

Entonces el anciano Ergasto le dió cuenta de cómo había llegado á aquella isla con adversa fortuna y fué socorrido dél y sus compañeros, y asimismo la hizo relación del vestido y cadena

con que salió del mar, y últimamente el no haber sido posible saber dél quién era, dilatando el decírselo de un día para otro.

Confusa dejó á la hermosa Crotilda la relación del viejo, y con más deseo de saber quién fuese Fabio, mandó á Ergasto que volviese luego á su aldea secretamente, y sin dar parte á nadie de lo que había pasado con ella, le trujese la cadena y vestido con que Fabio había salido del mar; que le importaba tener estas dos prendas para cierta averiguación. Partióse con esto Ergasto esa misma noche, cercado de mil confusiones, no sabiendo en qué habían de parar aquellas prevenciones de Crotilda. Llegó á la aldea, y tomando de su arca la cadena y vestido, sin dar cuenta á nadie de su venida, con el mismo recato que le encargó la condesa, llegó la siguiente noche á su corte y palacio, y viéndose con Filipo, le pidió que le pusiese en la presencia de Crotilda. Hízolo así, y mostrándole las prendas de Fabio, se quedaron en poder de la condesa, agradeciendo á Ergasto la diligencia con que la había servido. Mandó á Filipo que llevase á aquel pescador á su posada y le hiciese regalar con mucho cuidado, prometiéndole al anciano Ergasto que no perdería nada en lo que había hecho por servirla.

Había prevenido Crotilda al montero que introdujo en su servicio á Fabio, que le tuviese en su casa retirado sin dejarle salir della. Y la no-

che que llegó Ergasto con la cadena y vestido, hizo que Filipo, después de dejar al pescador en su posada, trujese de la suya á Fabio y le subiese á su cuarto secretamente. Púsole en su presencia, confuso el gallardo joven por no saber á qué era llamado. Mandó la condesa salir fuera á Filipo, y que los dejase solos; y poniendo los ojos en Fabio con demasiado afecto, le dijo estas razones:

—Amigo Fabio, si es que éste es tu propio nombre, desde la primera vez que á mi presencia fuiste traído por mis monteros, librándote de la parte donde te pusieron tus enemigos con ánimo de quitarte la vida, viendo tu persona, buen talle y cuerdas razones, me persuadí (después de haber oído la relación que me hiciste de tu patria, padres y ejercicio) á que era falsa, por conocer en ti partes ajenas de tu bajo nacimiento y del oficio que usabas. La similitud de tu rostro á otro que yo conozco y esta sospecha me dieron motivo á hacer averiguación de quién eras, y con poca diligencia he sabido ser falso todo cuanto me has dicho: dígalo esta cadena que te viene á desmentir con lengua muda y un vestido que está en mi poder, cuya riqueza contesta en lo mismo. Pues está convencido de no haberme tratado verdad; en pago del cuidado que he puesto á esta averiguación te pido me digas quién eres, con promesa que te hago como quien soy, de que si importa guardarte secreto,

lo haga, como de mí puedes esperar; prometiendo ampararte en mi corte, haciéndote todo el favor que tu persona mereciere.

Admirado y suspenso quedó Fabio en verse en el empeño de haber de decir quién era y juntamente corrido de que con prendas suyas, traídas á su presencia con cuidadosa solicitud, averiguase la condesa haberla hecho falsa relación de su nombre y patria. Y viendo ser lance forzoso obedecerla, pues no sólo le prometía guardar secreto, sino hacerle favor, se determinó á decirle quién era, comenzando su relación desta suerte:

—Hermosísima Crotilda, como en esta vida no hay estado que permanezca estable, mientras la mudable fortuna no tuviere fija su rueda, yo que me vi en el supremo en que el cielo me puso, nacido de real prosapia, hermano segundo de un poderoso rey, aplaudido de su corte y amado de los más nobles y principales della, experimentando desdenes desta inconstante diosa, me hallo en el humilde y pobre traje que vuestra alteza me ve, forzándome mi desdicha á cubrir quién sea, y llamarme Fabio, hijo de un pobre pescador. Yo, señora, soy Enrico, hermano de Carlos, rey de Escocia, de quien tendréis larga noticia por el tiempo que estuvo preso en esta corte, siendo la causa haber muerto á vuestro hermano en Inglaterra, cuya muerte fué ocasión de tantas guerras entre los dos Estados de Escocia y Irlanda.

Aquí echó de ver Enrico (que así le llamaremos de aquí adelante) que con haber oído su nombre y el del rey su hermano, había perdido Crotilda el puro y encendido rosicler de sus hermosas mejillas y que se había asustado algún tanto, con lo cual hizo pausa á su narración. Pero echando de ver Crotilda que su turbación había sido notada de Enrico, volviendo á su primero ser, le pidió que prosiguiese con su discurso, haciéndole tomar una silla cerca de la suya. Sentado, pues, el gallardo escocés, continuó su plática desta suerte:

—Antes que las guerras de Escocia y Irlanda se comenzasen, amaba el rey, mi hermano, á la hermosa Lucela, una hija del conde Roberto, gran mariscal de Escocia, pariente nuestro. Ella le favorecía con voluntad en lo que lícitamente debía sin perjuicio de su reputación, pensando siempre que era con fin de casarse con ella. Este amor duró todo el tiempo que la guerra, hasta que mi hermano fué preso por vuestro padre. En su ausencia quedé por gobernador de aquel reino, mientras duró la prisión, que fueron dos años. La causa de no venir á esta isla con gente á procurar darle libertad, fué el ser mi hermano poco afecto á los más principales del reino, por su áspera condición y severidad, partes no bien recibidas en los vasallos, y como en mí conociesen mansedumbre, afabilidad y amor con ellos, al contrario de la condición de mi herma-

no, estuvo movido el reino muchas veces á negarle la obediencia y darme la corona, admitiéndome por su rey. Mas yo, guardando la lealtad que debía, resistí con grande valor á su desleal intento, y por esto no me determiné á dejar sólo aquel reino, temiéndome de alguna deslealtad, porque sentían todos poco la prisión de su rey y no deseaban su libertad. La misma infidelidad que los escoceses mostró Lucela, pues mudando de afición por ver á mi hermano ausente y preso, la puso en mí, manifestándomela en varias ocasiones á que yo no me daba por entendido, hasta que un día, hallándola con otras damas en una quinta de su padre, con achaque de pedirme una gracia para un homicida, con la que los cielos la dieron, que es grande, declaró conmigo, si bien con grande turbación, nacida de su vergüenza. Y la estimé la merced y favor que me hacía; mas no fué en mi mano abstenerme de no la reprehender la poca fe y constancia que al amor que mi hermano la tenía guardaba, y por saber cuánto era, por habérmelo comunicado varias veces, rehusaba recibir el no merecido favor que me hacía; pedíla con sumo afecto que no desconfiase de ver presto al rey en Escocia, libre de su prisión, para mudar de su propósito, y que si era por probarme, hallaría siempre en mí resistencia para no admitir sus favores por las causas que había de por medio que lo estorbaban.

Bien pensé que este desengaño dejara á Lucela pesarosa y corrida de haberse declarado conmigo y aunque lo mostró estar en esta primera vez que se dispuso á declararme su amor, yendo enojada de mi presencia, no por eso desistió de intentar por todos los caminos que pudo el granjearme la voluntad, y esto hacía sabiendo que la parcialidad del mariscal, su padre, seguía la opinión desleal de hacerme señor de aquel reino, á que yo repugnaba con grandes esfuerzos. Duró la porfía de la hermosa Lucela todo el tiempo que mi hermano estuvo preso en esta isla, que fueron dos años, y aun después que se vió libre en su reino.

Volvió el rey á quererla como de antes; mas Lucela, por disimular con él, le favorecía en público, y en secreto buscaba ocasiones para escribirme y favorecerme, y aunque yo me vía algunas veces con ella, era más por cumplir con el gusto del rey que me la mandaba visitar, que porque del mío saliese á inclinarme á corresponder con su afición. Un día, despechada de ver mi resistencia en no admitir sus favores ni responderle á sus papeles, me envió dentro de uno suyo un soneto que ella escribió, por tener esta gracia entre las demás de que era dotada, el cual me dará licencia vuestra alteza que diga, para que por él vea cuán fina estaba en hacerme merced, que si bien me acuerdo, decía desta suerte:

Finezas en amor correspondido
pocos desvelos causan al cuidado,
que un recíproco amor por bien pagado
no le estraga lo vario y divertido.
La constancia se luce en el olvido,
en lo ausente, en lo fácil y mudado,
no de firme alabanzas ha ganado
quien agravios de fe no ha resistido.
Viva mi sentimiento con la gloria
de que no se extinguió de amor la llama;
publicaré de firme la victoria.
Que con aquesta acción dará la fama
aliento al bronce, pluma á nueva historia
y yo firmes preceptos á quien ama.

A este amoroso soneto la respondí, en prosa, un papel muy seco en que la suplicaba no se cansase en presumir que yo había por ninguna cosa del mundo de disgustar al rey, mi hermano, con servirla, que estimase la buena suerte que el cielo la había dado en ser querida dél, y procurase conservarla olvidándome de su memoria, pues tan mal la estaba tenerme en ella con ofensa del rey. Cansóse Lucela mucho de leer tantos despegos míos en orden á guardar lealtad, y todo el amor que me había mostrado convirtó en odio y aborrecimiento contra mí, hasta llegar á decir al rey que yo la solicitaba con grandes veras, mostrándome muy fino en servirla, y que por verse cada día tan molestada de mí, venía á declararle esto que había tenido secreto muchos

días, temiendo el enojo que había de recibir. Juntamente con esto le dijo que yo trataba de tiranizarle su reino mientras estuvo preso, y que por esta causa no había hecho gente en su tierra para sacarle por fuerza de la prisión. Desto de la conjuración de Escocia tenía el rey alguna noticia, habiéndole avisado de ello su imparcialidad, si bien le habían salvado mi inocencia en lo que Lucela me imputaba, abonando siempre mi lealtad. Pero el rey se apasionó tanto de lo que le dijo su dama, sin disuadirle lo que en mi abono le habían asegurado y yo á boca le había comunicado, que luego fulminó en su pensamiento el modo de darme la muerte, para lo cual el siguiente día llamó á cuatro caballeros gentileshombres de su cámara, á los cuales dió orden que esa noche, cogiéndome desapercibido, me vendasen los ojos y me llevasen al mar, donde, embarcándome en un navío, me alejasen de tierra y me echasen dél al mar, con una sonda al cuello para que me ahogase.

Obedeciéronle con grande diligencia, si bien no en todo, porque compadeciéndose el cielo de mi inocencia permitió que hallasen allí otro navichuelo, sin jarcia ni bastimento, el cual sacaron á jorro del puerto, y en él, á dos millas el mar adentro, me trasladaron, dejándome en él solo, y al partirse de mi presencia, me manifestaron ser aquella voluntad del rey, si bien ordenada con más riguroso modo de muerte, el cual

me dijeron, y la causa por qué se usaba aquello conmigo, juntamente con el autor de mi daño. Con esto dieron la vuelta á Escocia, dejándome en el peligro que he dicho, expuesto el navichuelo, sin velas ni timón, á donde el viento le quisiese llevar, y yo con la aflicción que V. A. puede considerar. Dentro de tres horas, poco más, que se partieron de mí los ejecutores del rigor del rey, se levantó una rigurosa tormenta, con la cual me vi mil veces, ya cerca de las altas nubes y ya en los hondos abismos del mar casi sumergido y tras tantas tragada la muerte, tratando más de encomendar mi alma á su Criador que de mirar por mi vida.

Permitió el cielo que después de mediodía que anduvo el navío peleando con las furiosas olas diese en una roca de las cercanas al puerto desta isla, y haciéndose el vaso mil pedazos en ella, pude escaparme deste rigor asido á un grueso tablón, en el cual, y con el ánimo que me ponían unos pescadores que desde la orila miraban mi desgraciado suceso, pude salir á tierra casi perdido el aliento. Allí fuí socorrido dellos, abrigándome con sus pobres vestidos por haberme quitado los que saqué mojados del mar. Encendieron fuego, con el cual pude volver presto en mí para agradecerles la piedad que habían usado conmigo; lleváronme de allí á una pequeña aldea, patria suya, donde en la casa de un anciano pescador de aquéllos fuí huésped, hallan-

do en él obras de padre, y él en mí obediencia de hijo agradecido á su mucho amor y voluntad, si bien no se la he pagado como quisiera. Neguéle mi patria y nombre, pidiéndole á él y á los demás que se hallaron á favorecerme en el referido peligro que no dijesen á nadie mi desgraciado naufragio, porque pensaba quedarme algún tiempo en su compañía vestido en su rústico traje, ayudándoles en el ejercicio de la pesquería con intento de disimular así quién era, porque sabiendo estar en esta isla determiné encubrirme, que por las enemistades y guerras que entre ella y Escocia ha habido, me importaba que no me conociese nadie.

Vínose á vivir á aquella aldea un labrador rico de otra convecina della, el cual tenía una hija, la más perfecta mujer que mis ojos han visto, de quien me aficioné con tantas veras, que un punto no me hallaba ausente de su presencia. Díle á entender mi afición, y el trato y conversación pudieron tanto con ella, que me comenzó á favorecer con muestras de grande amor; tuve algunos envidiosos desta dicha, y casi por el mismo modo que el rey, mi hermano, quisieron apartarme de su vista, haciendo conmigo lo que V. A. ya sabe. Esto es lo que ha pasado por mí hasta agora, y no me tiene con poca pena el haber perdido, por envidia de mis competidores, la comunicación de Rosaura, que así se llama la hermosa labradora, asegurando á V. A. que es la mujer

de más partes que hasta ahora he conocido, y que es grande el amor que la tengo.

Mucho se holgó la hermosa Crotilda de oir el discurso de su peregrinación á Enrico, y por pagarle con otro de sus sucesos le dijo que le prestase silencio, que le quería dar parte de lo que por ella había pasado desde que las guerras de Escocia y Irlanda se habían comenzado. Estimó Enrico el favor, y aguardando á oir á la hermosa Crotilda su relación después que se sosegó un poco, la comenzó desta suerte:

—Ya sabrás, infante, cómo Ludovico, mi mayor hermano, enamorado de la princesa Doriclea de Inglaterra, pasó á Londres encubierto, en tiempo de unas fiestas que se hacían en aquella ciudad, á donde concurrieron muchos príncipes y caballeros, y entre ellos tu hermano, asimismo encubierto. En la valla de un torneo en que los dos entraron tuvieron un pesado digusto sobre querer pasar la valla mi hermano y estorbar que el tuyo quisiese hacer lo mismo, que era de su puesto. Acabóse el torneo, y pareciéndole á mi hermano haberle hablado el tuyo con demasiada libertad, quísose satisfacer en el campo, y así le envió un papel de desafío, con el cual salió solo á la parte que le señaló que le esperaba, hallando allí á mi hermano sin compañía alguna. Pero siendo el rey de Escocia echado menos de su gente cuando le fueron á desarmar, fué buscado de todos sus criados, principalmen-

te de cuatro caballeros de su cámara, los cuales le hallaron en la parte señalada para el desafío, acuchillándose ya con Ludovico, combatiendo los dos con las mismas armas que habían sacado del torneo, menos las celadas. Llegaron, pues, los caballeros á la sazón que mi hermano tenía á Carlos en el suelo, con lo cual fué fuerza favorecer á su dueño, ofendiendo á su contrario, y de suerte lo hicieron, que á sus rigurosos aceros perdió la vida mi hermano sin ser parte el rey á estorbarles que no lo hiciesen, aunque se puso de su parte, y desto se enteró bien mi padre. Súpose el siguiente día el lastimoso suceso; los escoceses dejaron á Londres aquella noche, pesarosos de lo que habían hecho, sabiendo ya quién era el difunto. Y el cuerpo de mi hermano trujo su gente á esta isla. Decirte lo que sintió mi anciano padre con ver á su querido hijo muerto en su presencia, fuera renovar de nuevo mi sentimiento, acordándome en particular de las lástimas que hacía sobre su difunto cuerpo. Sólo te diré que el trágico suceso le tuvo á pique de perder la vida con una larga enfermedad, de la cual permitió el cielo que mejorase; y viéndose convalecido y con la salud recuperada, propuso luego vengarse del rey, tu hermano; y para esto juntó en su tierra la más gente de guerra que pudo, con la cual, embarcándose llegó á Escocia sin impedirles nadie saltar en tierra. Supo el rey su venida y salióle al encuentro con la más

gente que pudo juntar en breve tiempo; pero en la primera refriega que tuvieron fué preso con gran pérdida de sus soldados, y entre los que murieron de su parte, perdieron las vidas los cuatro caballeros que alevemente mataron á mi hermano. Supo mi padre dentro de dos días cómo venía en favor del rey grande socorro, y no quiso entrarse la tierra adentro; antes, dando la vuelta á sus naves, se embarcó con toda su gente, trayéndose al rey preso á su tierra, donde llegó con próspero viento, haciéndose por su feliz victoria grandes demostraciones de alegría en toda la isla. Al rey puso mi padre en una fuerte torre deste alcázar con prisiones, sin permitir que nadie le viese. La llavé de la prisión fió de un caballero anciano llamado Guillermo, á quien tú conocerás bien por haberle llevado consigo á Escocia. Este le hacía entrar la comida, y dentro de la torre le servía un caballero escocés que habían preso con él, teniendo orden de mi padre que se le regalase con el mismo cuidado que á él.

A mí me le dió grande por ver á Carlos, y no sabía por qué modo pudiese dar parte deste deseo á Guillermo, de suerte que no lo juzgase á liviandad. Pasaron algunos días, hasta que el tiempo ofreció ocasión en que se cumplió mi gusto, y fué viniendo á servirme Celia, hija del anciano Guillermo, á quien yo comencé á favorecer con grande exceso, mucho más que á las

damas que en mi servicio tenía, por obligar con esto á su padre para que á su tiempo hiciese lo que deseaba. Ya que le tuve reconocido de su obligación y muy de mi parte, me declaré con él un día, manifestándole encarecidamente cuanto gustara de ver al preso rey; mas que había de ser de modo que no fuese dél vista. Sintió Guillermo que con tanto afecto le pidiese esto, por saber con cuántas veras deseaba el rey que se tuviese gran cuidado con Carlos, sin que le viese persona alguna, ni aun consentir que le dejase salir de un aposento; porque intentaba de nuevo hacer gente de guerra y volver sobre Escocia, hasta apoderarse de aquel reino; mas con todo cuanto me dijo por excusarse, fué más lo que yo le persuadí, ayudada de su hija, de modo que dió traza para que, sin ser vistas, las dos le pudiésemos ver; y así nos entró en la torre una noche, habiendo dejado primero retirado en su cuarto á mi padre. Estaba Carlos, por ser tiempo de verano, en calzas y jubón, paseándose por la pieza donde siempre asistía; tenía puesta al pie derecho una gruesa cadena, cuyo ramal, porque no le estorbase su paseo, había echado al hombro. Confiésole que me pareció tan bien su gallarda persona, y juntamente me movió á tal compasión verle con prisiones, que olvidada de la muerte que por su causa dieron á mi hermano, me enamoré dél, sin poder hacerme resistencia. Aquí verás, ¡oh, Enrico!, cuán poderosas son las fuer-

zas del amor y cuán difícilmente se resisten, y más cuando con veras se apodera de las potencias y libertad. Perdí la mía desde el punto que vi á Carlos. Instante se me hizo una hora que Guillermo estuvo con él entreteniéndole, por dar lugar á que yo le viese á mi gusto. ¡Pluguiera al cielo que no me la diera entonces, pues tan caro me ha costado el haberle solicitado con las veras que te he dicho! Despidióse Guillermo del rey, y dejándole cerrado en la prisión, como hacía siempre, me llevó á mi cuarto, preguntándome qué me había parecido el preso. Yo le dije, por disimular con él, haberme alabado en persona de más partes que en él había visto; pero que en el aspecto mostraba ser hombre prudente y agradable.

—Bien lo puede V. A. decir con verdad, dijo Guillermo, porque le aseguro no haber conocido en mi vida príncipe tan afable ni tan general en todas las cosas á un señor convenientes.

Esto fué aumentar leña al fuego que ya iba haciendo operación en mi pecho. Recogíme á mi aposento en compañía de Celia, y allí, declarándome con ella, le manifesté la afición que al rey había cobrado, y el cuidado con que me había dejado su vista, deseando ya continuarlo más veces; tan enamorada estaba.

Dióme Celia esperanzas qne acabaría con su padre que me llevase á la prisión en la forma que la primera vez; finalmente yo supe granjear

la voluntad de Guillermo de tal suerte, que me vi con Carlos algunas noches, estimando él con grandes exageraciones el favor que le hacía, y dando muestras, en cambio dél, de tenerme voluntad.

Llegó el comunicarnos á término que Guillermo me fió las llaves de la prisión, y así nos víamos casi las más noches, haciéndoseme los días siglos sin estar en la presencia de Carlos; y como entre amantes que verdaderamente se quieren no hay cosa encubierta, supo de mí el intento que tenía mi padre de hacerle guerra mientras le tenía preso, la cual nueva le dió notable disgusto, según conocí de su turbado semblante, aunque procuró disimularle cuanto pudo.

El trato y la comunicación nuestra fué tan familiar, y el amor que me mostraba tener Carlos tan grande, que fiada en la palabra que me dió de ser mi esposo, vine á sacarle de la prisión por las noches y darle entrada en mi cuarto. ¡Oh, cuán mal hacen, Enrico, las mujeres en determinarse fácilmente sin tener muy conocida la voluntad de los hombres con grandes experiencias! Otra menos enamorada que yo discurriera que, un hombre preso, por granjear su libertad y redimir su vejación, era lo menos que podía hacer darme palabra de esposo y mostrarme voluntad, pues en esto ganaba tanto. Con esto me fié tanto dél, que me rendí del todo á su voluntad y él pudo hallar en mí permisión de lo que

hasta allí le era negado. Duró esto el tiempo que bastó para nacer una hija de los dos, cuyo preñado pude disimular con fingirme enferma todo el tiempo que no lo pude encubrir hasta el parto. Guillermo fué por cuya cuenta corrió el darse á criar á la niña, y todo lo importante de este secreto, si no eran él, Celia su hija y un criado de Carlos, nadie llegó á saberlo. ¡Quién pensara que en Carlos, mostrándoseme tan fino y enamorado y con la prenda procedida de los dos, había de faltar á la fe y amante de esposo! Nadie habrá que crea en ingratitud y olvido conociendo la real sangre que tiene y las obligaciones á que en este caso debía acudir.

Como mi padre estaba con presupuesto de hacer gente para ir sobre Escocia, y desto se hacía ya rumor en Irlanda, por atajarlo me dijo un día Carlos que si yo le daba libertad para poderse ir á Escocia me daba su palabra, como quien era, de quo luego que á su reino llegase enviar sus embajadores á pedirme á mi padre para ser su esposa, con lo cual se obviarían las guerras que se esperaban y resultaría todo en paz y quietud, satisfacciendo con ello la queja de mi padre. Comuniqué esto con Guillermo, y siendo él deste parecer, acordamos todos tres que se le llevase consigo Carlos, porque habiendo de salir de la prisión de que estaba cometido, el cuidado á su vigilancia quedaba á peligro su vida, dando mala cuenta de la confianza que dél

había mi padre hecho. Parecióle bien esto á Carlos, y así acordaron de partirse la noche siguiente de esta isla, habiendo el día antes prevenido Guillermo un navío, en el cual se embarcaron, dejándome, si triste por su partida, con alegres esperanzas de que brevemente cumpliría su palabra Carlos.

El otro día después de la noche de su fuga, echando menos mi padre á Guillermo, preguntó si estaba con alguna indisposición, y como no le supiesen dar razón dello, envió á saber dél á su posada; mas como no le hallasen en ella, quiso mi padre saber si estaría en la prisión con el rey, y teniendo también llave de la torre, fuéle á buscar; mas como no hallase en ella á nadie y viese que faltaba el rey, recibió notable pena imaginando haberle hecho esta traición Guillermo dando libertad al preso. Hizo al punto llamar al capitán de su guarda, y mandóle que en toda la ciudad se buscase con gran diligencia á Carlos y á Guillermo. Obedecióle con grande cuidado, mas no se halló rastro de ellos hasta llegar al puerto, donde supieron con certeza su fuga, con la cual nueva fué tan grande la pesadumbre que mi padre recibió, que dentro de ocho días con una aguda enfermedad perdió la vida.

Llegó Carlos á su reino, y fué avisado de todo esto por Guillermo, á quien yo escribí, el cual afectuosamente le suplicaba cada día, cumpliese como rey la palabra que me tenía dada; mas

como Carlos la dió más por su libertad que por su gusto, aunque fingió tenerle por engañarme y estaba ya á la vista de su querida Lucela, no sólo trató de cumplirla, mas porque no le molestase Guillermo sobre este particular le mandó poner preso en un castillo. Esto es, Enrico, lo que por mí ha pasado, después de la desgraciada muerte de mi querido hermano; trece años ha que padezco mil penas y disgustos, acordándome del menosprecio y poca fe de Carlos; y quiérole tanto, con haber experimentado su ingratitud, que no he intentado hacerle guerra pudiendo, para hacerle cumplir por fuerza lo que por voluntad no quiere, no perdiendo las esperanzas (mientras no mudare estado) de que ha de cumplir con sus obligaciones, reconocido de su yerro. Lo que más siento es no saber de mi querida hija, que tomó á su cargo Guillermo, de la cual no he podido acabar con él que me avise dónde la dejó, por el cuidado con que le tienen preso en el castillo.

Bien ajeno estaba Enrico, de saber la historia de los amores del rey, su hermano, y Crotilda, porque cuando volvió á Escocia libre de la prisión había publicado que le diera libertad Guillermo, ocultando el beneficio recibido de la hermosa dama, á que se mostraba ingrato, cosa que le dió grande ira á Enrico; y tanta, que ofreció á Clotilda, si gustaba, que él iría con gente de su estado á hacerle cumplir la palabra que la

había dado, ó quitarle la vida. Crotilda le agradeció la voluntad que le mostraba, diciendo que por entonces no determinaba nada, hasta que el tiempo la dijese lo que había de hacer, que ella esperaba de Carlos había de conocer lo que era justo y lo que la debía. Con esto se quedó Enrico encubierto en servicio de Crotilda, ejerciendo el oficio de capitán de su guarda, por estar entonces vaco, y publicóse en la corte ser un caballero inglés, que se había venido á su tierra á favorecer y amparar de Crotilda, huyendo de una violencia que le quiso hacer su rey.

Dentro de pocos días tuvo en la corte de Irlanda Enrico muchos envidiosos del favor que Crotilda le hacía, porque llegaba á grande extremo su privanza, tanto, que algunas lenguas maliciosas, como la veían moza y con pocos deseos de casarse, se atrevían á hablar libremente en ofensa de su honor, sospechando entre Crotilda y Enrico secreta amistad.

Ergasto el pescador se vió con Enrico, al cual hizo volver la cadena y vestido, dándole Crotilda otras joyas, y juntamente posesiones en su aldea, con que llegó á ser el más rico della, publicando entre los labradores que esta dicha le venía por Fabio, su huésped, el cual era un principal caballero inglés, á quien hacía mucho favor la hermosa Crotilda. Mucho sintió Rosaura la mudanza de estado de su ausente galán, considerando que de no ser su igual como hasta allí había

presumido, hallándole en aquella aldea, ya no tendría della memoria; mas engañábase que nunca Enrico se olvidó della, antes estaba mucho más enamorado, porque la privación de su vista le aumentaba más su afición. Quiso pues un día que Crotilda le diese licencia para ir á desenfadarse á aquella aldea; mas ella, conociendo la causa que allá le llevaba, como en él tenía presente el retrato del rey de Escocia, á quien se parecía mucho y tenía tanto amor, no quiso que se apartase un punto della; y así determinó, con achaque de ver el mar y recrearse, ir también á la aldea donde Rosaura estaba, deseosa de ver lo que tanto Enrico le encarecía; y así se dispuso la ida aquella tarde, partiendo Crotilda con su gente allá, no apartándose de junto al estribo de su carroza Enrico, con quien iba hablando siempre, cosa que sus caballeros sentían entrañablemente. Llegaron á la aldea, holgándose Crotilda mucho de ver el mar, y deseosa de estarse allí tres ó cuatro días; quiso posar en aquel lugarcillo, donde Ergasto (reconocido del favor y mercedes recibidas de Crotilda) la hospedó y regaló en su casa, que ya como hombre rico estaba mejorado de habitación, habiendo comprado la mejor de aquel lugar. Allí hizo Crotilda que le trujesen á Rosaura, con quien ya había estado Enrico más fino en quererla que antes, seguro de sus contrarios, los cuales, luego que supieron su mudanza de traje y quién era, ha-

bían dejado su amorosa pretensión, pensando con esto complacerle, para que no les hiciese castigar por su alevosía.

Vió la condesa á Rosaura, dejándola admirada su hermosura, y á su parecer juzgó haber andado corto en su alabanza Enrico; notó sus perfectas facciones con mucha curiosidad, viendo que en ellas tenía un aire del rostro del rey de Escocia, que como hija suya se puede creer le parecería algo. Y sospechosa desto, hizo llamar á Pinardo, su putativo padre, el cual en secreto examinó la verdad de si era Rosaura su hija, encargándole mucho no le negase lo que en esto sabía. El labrador, en extremo turbado de verse en su presencia, le dijo lo que en este caso le podía decir: era que un hermano suyo (al extremo de su vida) le encargó mucho la crianza de Rosaura, siendo entonces de año y medio, diciéndole no ser su hija, sino que se la habían traído á criar de la corte. Con más ciertas sospechas quedó Crotilda de que Rosaura era hija suya, y así quiso llevársela consigo y tenerla en su compañía; cosa que ella estimó en mucho, no tanto por subir al estado en que Crotilda la ponía, cuanto por merecer con aquel favor más los que le hiciese Enrico, á quien con extremo amaba.

Enrico por su parte, estimó asimismo la merced que Crotilda hacía á Rosaura, sin pensar que aquello llevaba otro fin que haberle parecido

bien y querer por su gusto sacarla de aquel rústico traje y aldea.

Aquella noche llegaron al puerto dos navíos que venían de Escocia, de los cuales supieron cómo aquel reino estaba alterado, siendo la causa el haber querido el rey gozar por fuerza á la hermosa Lucela dentro de su casa, y hallándole en ella descompuesto el mariscal, su padre, supo el caso de su hija después que se había ido el rey; con lo cual, indignado, juntando los príncipes y caballeros de su parcialidad, apellidándose rey, tenían á Carlos retirado en un castillo de la ciudad con poca gente que le defendiese. Estas nuevas supo Crotilda, y comunicando con Enrico lo que en este caso debía hacer, determinaron los dos, obligados, Crotilda por el amor de esposo y Enrico por el de hermano, irle á socorrer en aquel aprieto para obligarle con esto á que, reconocido de su ingratitud, cumpliese la palabra prometida á Crotilda. Con esto volvieron á la corte, y mandando hacer gente en toda la isla, en menos de quince días juntó ocho mil hombres de guerra bien armados, con los cuales, dando cargo de general á Enrico, quiso Crotilda ir en persona á este socorro, dejando admirados á los irlandeses esta novedad, cuando debiera tomar las armas contra Escocia, juzgando que esto tendría encerrado algún misterio que no alcanzaban á saber.

Mas presto salieron desta confusión, porque

para obligarles la hermosa Crotilda á que con más voluntad la sirviesen en aquella ocasión, les dió cuenta de la palabra de esposo que el rey la había dado cuando salió de la prisión, callando por entonces lo demás que en este discurso habéis oído, con lo cual les infundió nuevo ánimo á sus soldados, deseando morir en la empresa ó dejar casada á su natural señora con el ingrato rey. Asimismo declaró Crotilda á todos que Enrico era hermano del rey de Escocia, y la causa de haberse venido á su tierra, y esto hizo por quietar los alterados ánimos de los envidiosos que tenía por haberle hecho general de su gente, teniendo personas dignas de ocupar aquel honroso cargo, por sangre y grandes servicios.

Con esto partió la armada de Irlanda, y haciéndole favorable viento, en breve tiempo tomaron tierra en Escocia, donde por no causar prolijidad con saber que venía Enrico en favor del rey su hermano, desmayaron los contrarios; dióles batalla, en la cual los desbarató con la gente de Irlanda y la que se le agregó de Escocia, en viéndole desembarcado, con lo cual pudo volver con poca pérdida de su gente al rey á su pacífico sosiego, y estando reconocido del favor de Crotilda cuanto pesaroso de haberle sido ingrato, y asimismo satisfecho de estar sin culpa Enrico de lo que se le había imputado, recibió por reina de Escocia á Crotilda, y á su hermano admitió en su gracia. Sólo faltaba satisfa-

cer la queja de Guillermo, á quien sacaron luego de la prisión y dió el rey el cargo de mariscal, porque el que se le rebeló se fué huyendo á Inglaterra y su hija se entró en un monasterio, donde tomó el hábito de religiosa.

Deseosa Crotilda de saber de Guillermo, á quien había dado á criar su hija, él le dió á ella y al rey razón de todo; y hallando conforme su relación con la de Pinardo el labrador, que la había criado, reconocieron los reyes de Escocia á Rosaura (que había llevado Crotilda consigo) por hija suya para dicha de Enrico. Hiciéronse las bodas de los reyes y asimismo las de Rosaura, á quien juraron aquel mismo día por princesa de Escocia y Irlanda, dándoles este estado que gobernasen á Enrico y á ella. Casó el mariscal Guillermo á Celia su hija con aquel caballero que fué preso en compañía del rey y él les hizo grandes mercedes, con que vivieron en grande prosperidad y riqueza.

A todos dió mucho gusto el alegre discurso de doña Lorenza, dándole las gracias por lo bien que les había entretenido con él; y ella, disculpándose con ser la primera vez que lo había hecho, prometió enmendarse en la segunda más alentadamente con el favor que le hacían, alabándole lo que había hecho con tanta desconfianza.

Pidieron á Feliciano que le dijese algunos versos suyos. El les dijo:

—Unas décimas me mandaron hacer, pintando la diferencia de locos que hay, y atáronme las manos en decir que habían de ser cuatro; éstas diré, previniéndoos que tengo otro día de satisfacer á los que, agraviados, se quejasen de no haber hecho conmemoración dellos. Las décimas son éstas:

Orate comunidad:
ningún loco se me emboce,
que solamente os conoce
quien trata en la facultad.
Es loco mayor de edad
el que la barba se alheña,
quien por fianzas se empeña,
el que da su hacienda en vida,
el que el beneficio olvida
y el que no sabe y enseña.
Quien de un traidor se confía
puede ser loco de atar,
quien es vano en ruin lugar,
quien canta mal y porfía,
quien secreto á mujer fía,
quien se alaba sus acciones,
quien funda sus pretensiones
en ligeros fundamentos,
quien á humildes pensamientos,
da soberbias locuciones.
Quien versos no sabe hacer,
y piensa que es un Horacio,
quien galantea en palacio,
sin poderlo merecer,

quien con hermosa mujer
anda ausente de su casa,
quien censura cuanto pasa,
sin advertir sus defectos,
quien enamora con nietos
y quien dos veces se casa.
Quien pide versos ajenos,
para aficionar su dama,
quien piensa que adquiere fama
por quitarla á muchos buenos,
quien se anda á sufrir serenos,
por quien le ha desengañado,
quien por culto es confiado,
quien escribe y no ha leído,
etcétera, que han querido
darme campo limitado.

Mucho rieron todos con las satíricas décimas de Feliciano, pidiéndole la palabra que les había dado de pintar más diferencias de locos, y porque el sol apresuraba su curso al Occidente, quisieron que la tarde se rematase con la música de las dos hermanas, las cuales cantaron á la guitarra este romance, en concertadas voces:

Salió á la feria Fenisa
sirena de Manzanares,
primavera de las selvas,
alegría de los valles.
En vez de pedirles ferias,
á sus penados amantes,
riquezas de su hermosura,

entre su vista reparten.
Con su desdén en sus ojos,
pretende que todos hallen,
si en sus ojos captiverio,
en su desdén el rescate.
Quien voluntades adquiere
en sus rendidos, mal hace,
al tiempo que compra amores,
estar vendiendo pesares.
Si ocasiona su belleza,
que amor su imperio dilate,
no es bien que deudas de fe
con altiveces se paguen.
Piedad compren sus rigores,
blandura sus libertades,
que imperios con tiranía
no tienen el ser durable.
Caudalosa Fenisa
sale á la feria;
ella compra de todos,
y nadie della.

Dióse gustoso remate á la entretenida jornada, dejando admirados á todos la destreza y buenas voces de las dos hermosas hermanas. Con este y otros entretenimientos de versos que cada uno dijo, llegaron á Novés, donde habían de dormir aquella noche. Antes de apearse, le cupo la suerte á don Carlos de entretenerlos al día siguiente.

JORNADA TERCERA

A esparcir densas nieblas, procedidas de las humedades de la tierra, había salido el délfico planeta en su dorado carro, convidando con su apacible luz á que aquellas damas y caballeros prosiguiesen su gustoso viaje. Oyeron misa y almorzaron muy despacio, por no haber de parar hasta las ventas del Retamoso. Acabado el almuerzo, se entraron en sus coches ellas y sus criadas. Pusiéronle á Feliciano su instrumento en las manos, y habiéndole templado, acomodándose en el estribo donde iba mejor, cantó este romance:

Pues sale el triunfo de calvos,
juguemos, señora musa,
que yo tengo dos malillas,
en la lengua y en la pluma.
Hombres que transforma el tiempo
(en edad verde ó caduca)
sin ser Laines en Calvos,
sin ser Nuños en Rasuras.

Toda filósofa calva
defienda sus comesuras,
porque baja contra ella
á quebrarse la tortuga.
Calvos hay que para monjes,
con cerco, entradas y punta,
sólo les falta ponerse
la capilla y la cogulla.
Calvos hay cuya esperanza
promete á su edad madura,
que lo que visten de raso,
presto vestirá pelusa.
Calvos hay que sus cabezas
parecen con ligaduras,
como melón en invierno,
como en verano lechuga.
Calvos hay que del cogote
sacarse crines procuran,
y que trepen por las calvas,
como si fueran de murta.
Calvos hay tan archicalvos,
que según lo que relumbran,
parece que en Talavera
con su loza se chapuzan.
Así tengo por discreto
al que se conoce y busca
protección de cabellera,
que tape su desventura.
Que una calva en el otoño,
si no hay dosel que la cubra,
es paseo de las moscas
y blanco de sus injurias.

A todos dió mucho gusto la sátira de Feliciano, celebrándosela grandemente, en particular aquellas hermosas damas, con lo cual se dió por bien favorecido. Pidió luego don Carlos á aquellas señoras atención, para que pudiese ser oído de todos, y con sonora voz comenzó así su discurso:





SUCESO TERCERO

La cruel aragonesa.

Dudoso llego, discreto auditorio, á obedecer el inviolable mandato vuestro, conociendo de mi corto caudal, que no he de cumplir con las partes que se requieren, para el cargo que me habéis dado, faltando en mí la inventiva para trazar y la gracia para decir, con las pensiones de ser la una floja y la otra desazonada. Comienzo mi discurso, cuya moralidad amonesta á que nos rescatemos de nuestros criados para que no sepan las cosas que importasen á nuestro honor, pues quien dellos las fiare, en ese punto se hace esclavo suyo, expuesto á que mi fidelidad las publiquen. Repréndese cuán feo parece en las mujeres el persuadir á los hombres que las quieran estando descuidados de poner su afición en ellas. Afea la dañosa costumbre del hablar mal en ofen-

sa del prójimo, porque se puede prometer, quien lo usare, infeliz suceso en todas sus cosas. Da escarmiento á los que consultan hechiceras y adivinos, mayormente para quitar las vidas á otros, y asimismo sírvenos de ejemplo para que huyamos de la obstinación, en nuestras venganzas, y de que se guarden los que aún con avisarles el cielo no dejan de ofenderle, con daño ajeno, que tarde ó temprano les ha de llegar su castigo, con lo cual, tomando cada uno lo que más le importare, comienzo así:

En aquella insigne ciudad que baña el caudaloso Ebro, madre de tantos santos, que en rigurosos y crueles martirios ofrecieron sus vidas á su Criador, tesoro de aquella inestimable y divina protectora suya que consagra con sus gloriosas plantas el venturoso Pilar; en Zaragoza, al fin, ciudad principal y cabeza de la corona de Aragón, había un caballero viudo, descendiente de una de las principales casas de aquel reino, cuyo apellido dejo en silencio. Poseía un rico y cuantioso mayorazgo de más de 8.000 ducados de renta, cuya inmediata sucesora era una hermosa y discreta dama, única hija suya, de edad de veinte años, consumada en cuantas perfecciones y gracias se le pudieran dar á otra que formara en su idea el más sutil y agudo ingenio. A esta señora, cuyo nombre era doña Clara, servían muchos calificados y ricos caballeros de aquella ciudad, deseando cada uno, en particu-

lar por sus méritos y finezas, adquirir la gracia desta bizarra dama, para alcanzar el título de esposo suyo. A ninguno de cuantos la servían mostraba doña Clara inclinación por ser de condición severa y altiva, con lo cual los traía desvelados y con poco sosiego, buscando ocasiones en qué agradarla.

El que más entre todos se señalaba en servirla, era un principal caballero de los más nobles de aquella ciudad, llamado don Artal, de gentil disposición, discreto, liberal y, finalmente, el que se portaba con más lucimiento que todos sus competidores. Este, en servicio de la hermosa doña Clara, era quien siempre alentó á los demás á festejarla con máscaras, con sortijas, torneos y regocijos, saliendo en todas estas fiestas con mucho lucimiento, por tener bastante hacienda para todo. Mostraba en todas estas ocasiones su amoroso pensamiento en colores, invenciones y letras; pero con todas estas finezas y demostraciones que hacía en servicio de la hermosa doña Clara, era á quien menos afecta se mostraba, por tener don Artal fama de ser poco secreto y recatado en hablar mal de todos, principalmente de las mujeres, falta notable y bastante á desdorar la más noble calidad y perfecta gentileza.

Había en Zaragoza un caballero mozo y rico llamado don García, el cual servía á una hermosa dama, vecina y amiga de doña Clara, cuyo

nombre era doña Marcela, de quien era favorecido, si bien con tanto recato, que nadie, si no era una criada de la dama, sabía estos amores. Sucedió, pues, que por un disgusto que doña Marcela tuvo con ella, la despidió de su casa con grande enojo, y ella, deseando no salir de su servicio, por lo mucho que había que estaba en él, se pasó á la casa de doña Clara, á quien dió parte del enfado que había tenido con ella su señora y de cómo la había despedido, suplicándola se sirviese de ser su intercesora, para que la volviese á su casa. La hermosa dama la prometió hacer lo posible con su amiga en este particular, asegurándola que no dejaría su intercesión de lucírsele, volviéndola á su servicio y gracia, pero que le parecía no tratarle dello, por tres ó cuatro días, hasta que se le hubiese pasado algo el enojo, que en el ínterin podía estarse en su casa hasta este tiempo. Estimó en mucho Estefanía (que así se llamaba la criada) la merced que doña Clara la hacía, y así se quedó en su compañía.

En el ínterin que la dama aguardaba ocasión para hablar á su amiga, se ofreció tratar con Estefanía de varias cosas, preguntándola con curiosidad muchas menudencias de doña Marcela, hasta querer saber quién la servía y á quién mostraba inclinación; la merced que Estefanía esperaba recibir de doña Clara en su cómodo, fué soborno para no la ocultar cosa de

cuantas la preguntó; y así le fué dando cuenta de todo, hasta de los amores de don García y su señora, de quien había sido tercera; cosa con que despertó la voluntad á la hermosa doña Clara, para tenerla á don García, envidiando de doña Marcela el buen empleo. Con esto y la recién nacida afición, no le dejó cosa en este particular que no le sacase, hallando en Estefanía poco recato para no ocultarle nada. Sirva esto de escarmiento para los que fían sus famas y opiniones de criados poco secretos, que á corta ó larga carrera echan sus faltas en la calle.

Entre otras cosas que Estefanía manifestó á la curiosa doña Clara en los amores de don García, fué que había escrito versos á un gracioso lunar que la hermosa doña Marcela tenía en la mejilla derecha, que le daba mayor perfección á su hermosura, y destos tenía una copia, los cuales puso en manos de doña Clara, y ella vió en el papel estas décimas:

Quien consulta las estrellas
del superior edificio,
viene á hacer después juicio
de aquello que influyen ellas.
Mis amorosas querellas,
nacidas de mi cuidado,
vuestro cielo han consultado,
viniendo dél á juzgar,
ser cometa ese lunar,
y que mi muerte ha anunciado.

Notable riguridad
es, señora, si se advierte
que sea anuncio de mi muerte
parte de tanta beldad,
que pronostique crueldad
lo que hermosura publica,
señal soberana y rica,
de primores tan subidos,
uno soy de los rendidos
á quien tu rigor se aplica.
Extraña á cualquier nación
otra nación extranjera,
y humana (si antes la altera)
noble comunicación,
con afable condición
quiere el cielo generoso,
que vuestro lunar gracioso
noble agasajo reciba,
y que en Alemania viva
etiope tan hermoso.
Suele el platero discreto,
para aumentarle el decoro,
lucir con esmalte el oro,
y realzarle con efecto;
en vuestro rostro perfecto
quiso la naturaleza
hacer con rara largueza,
que esta perfección no falte,
y os dió el lunar por esmalte,
que realza esa belleza.
Tal vez á alguna dicción
(aunque es la señal humilde)
se suele poner un tilde

que es alma de la razón;
vuestra hermosa perfección
sin ella no quiso estar,
y hase de considerar
que aunque por sí hermosa fuera,
que menos alma tuviera
á faltar la del lunar.

Estos versos, la envidia que á la amiga tenía, y el buen talle, y partes del galán, dispusieron la voluntad de doña Clara, de suerte que se determinó á hacer todo lo posible por tiranizársele para sí; y la que despreciaba tantas finezas y obligaciones de sus pretendientes amantes, se inclinó muy de veras á quien tenía puesto su amor en otra parte, y para entablar el reducir á su voluntad á don García, instó grandemente con su amiga doña Marcela, para que volviese á su servicio la despedida Estefanía, olvidando enojos pasados. Era doña Marcela muy su aficionada y amiga y quiso darle gusto en lo que con tanto afecto le pedía, pensando que con celo de favorecer á su criada lo hacía, y así la volvió luego á su casa, si bien no tan secreta como había salido della, porque fué la intercesión de doña Clara, con condición que Estefanía había de darle cuenta de cuanto le pasaba á su ama con don García, prometiéndola satisfacérselo bien, y para principio de paga le dió un vestido, con que Estefania se lució, obligando con esto á

doña Marcela, que estimase de su amiga el favor que á su criada hacía.

Ya estaba informada doña Clara, cuán lícitos eran hasta allí los amores de su amiga con su galán, de que estaba no poco contenta, pareciéndole que con menos favores recibidos estaba más segura su pretensión; y para comenzar esta empresa, lo primero que hizo fué ver un día á doña Marcela, en cuya visita lo más que gastó el tiempo, fué en persuadirla que la dijese si era servida de algún caballero mozo, y acerca desto otras muchas preguntas; á que doña Marcela respondió (ocultándole sus amores) que no sabia que nadie pusiese los ojos en ella con cuidado, ni jamás había inclinádose á nadie, porque estaba con propósito de no tener amor, sino sólo al que su padre la diese por esposo, y ese había de ser después de haberle dado la mano. Alabó mucho doña Clara su prudente propósito, si bien se picó de que su amiga le encubriese lo que ella ya sabía; de que se holgó, porque esta visita se la había hecho, con presupuesto de si le pasaba con ella este lance, tratar luego de divertir á don García de su amor, granjeándole para sí; pues con saber de doña Marcela, que le encubría esto, estaba más justificada para que si en algún tiempo se supiese le favorecía, que no formase queja de ella.

De allí adelante tuvo doña Clara mucho cuidado con las veces que pasaba la calle don Gar-

cía á pie, ó á caballo, y las que le salía á ver á sus ventanas doña Marcela, mostrándole agradable semblante, cosa con que doña Clara se abrasaba de celos. Quince días gastó en estas curiosidades, dando en todo este tiempo mil trazas para declarar su afición al descuidado caballero. Finalmente, por última resolución se determinó á escribirle un papel, que le llevó un escudero suyo, que por hombre de mucha edad, había más de seis años que le dada en su casa su ración, jubilado en el escuderil ejercicio, de quien don García no podía tener noticia que hubiese servido en su casa. Este, pues, una noche de verano, cuando don García salía de su casa, después de haber cenado, se encontró con él á la puerta, y fingiendo no conocerle, le preguntó si vivía en aquella casa un caballero llamado don García. El le respondió ser el mismo por quien preguntaba. Y entonces el escudero le dió un papel, diciéndole que se le enviaba una dama, cuyo nombre no podía decirle; que sólo se le había encargado mucho cobrase respuesta dél, por la cual, gustando de responderla, volvería el día siguiente. Recibió el papel don García, ignorando quién pudiese ser su dueño, y al escudero le dijo que respondería á él para cuando decía. Con esto se volvió á su aposento, y abriéndole vió que contenía estas razones:

«Atrevido intento es el mío, señor don García,

emprender que este papel halle en vos divertimiento, cuando la causa de vuestro amoroso cuidado y vuestras finezas permiten tan pocos, siendo debida toda la puntual asistencia que tenéis á tan dichoso empleo. Mas considerando que vuestra cortesía tal vez no debe observar en su rigor los preceptos que ordena la afición, quiero que por éste sepáis de la mía; cuán en vuestro favor se emplea si bien ciega en su pasión; pues conociendo en vos la elección que habréis hecho con tanto cuidado, le he puesto en que por lo menos sepáis el mío, cuando por lo más no le paguéis. El cielo os guarde.»

Confuso dejó á don García el papel, no sabiendo cuyo sería, deseando mucho conocer el dueño que en él le favorecía tanto. Y aunque enamorado de la hermosa doña Marcela, no quiso dejar de corresponder á lo que en cortesía se debe á las damas, y hasta saber quién fuese la que tan aficionada se le mostraba; obligándole con la correspondencia así amorosa como cortés, pidió recaudo de escribir, por tener aquel cuidado menos para que no le desvelase á la mañana. Madrugó el escudero á venir por él; y dándosele un paje de don García, volvió con la respuesta contentísimo á la presencia de la hermosa doña Clara. Ella lo abrió y leyó en él lo siguiente:

«Nunca las leyes del amor, discreta señora, ligan á la voluntad tanto á sus preceptos, que no dejen alguna libertad al que se halla obligado

para dar satisfacciones de agradecido. De no lo mostrar á vuestro favor, faltara en mí la cortesía de que tanto me precio y correspondiera mal á mi noble sangre. Para cumplir con lo uno y no degenerar de lo otro, estoy más libre que vuestra sospecha, ó alguna falsa información me hacen, pues sola vos que me advertís desta dicha que ignoro, es quien he hallado que me favorezca; y así estimando esta merced, os suplico deis lugar para que conozca quién me la hace pagando el cuidado que me cuesta ya el desearlo saber. El cielo os guarde.»

Dejó este papel á la hermosa dama metida en nueva confusión, porque lo cortés y amoroso dél desmentían la relación que Estefanía le había hecho de los amores de don García y su ama. Por otra parte, de las circunstancias que la criada en este particular la había dado cuenta, no la dejaba persuadir á creer otra cosa. Deseó segundar con otro papel, por certificarse mejor desta duda, y halló en don García la misma correspondencia, y aun más amorosa respuesta que del primero. Vióse con Estefanía, y con más apretada información supo della estar muy vivo don García en sus amores, siéndole pagada su voluntad por doña Marcela en lo que lícitamente le podía favorecer. Aquí tuvo doña Clara por gran lisonjero á don García, pues á un tiempo deseaba cumplir en dos partes; y para apretar más la dificultad y salir con su comenzada in-

tención, resolvióse á hablarle en la casa del anciano escudero. Dispúsolo esto un papel, que él mismo le llevó, por el cual vino don García á la señalada casa, á donde halló á la hermosa doña Clara embozada, sin permitir dejarse ver aún uno de sus hermosos ojos. Recibió cortésmente á don García, y haciéndole sentar en una silla cerca de la que ella ocupaba, le dijo estas razones:

—A licenciosa osadía, sino desenvoltura, más que permiten el ser mujer y mi calidad, habréis atribuído, señor don García, el haberos escrito y el suplicaros que viniésedes á esta casa. En lo primero, no puedo negar haberme obligado inclinación que os tengo, pues lo ha manifestado el primero papel y confirmado el que se le siguió. En lo segundo me fuerza deseo y curiosidad de averiguar de vos qué razón os obliga á negar que no sirváis á la hermosa dama Marcela; cosa que yo tengo sabida con muchas certezas; pues en ley de buena correspondencia y fuerza de verdadero amante, debíades tratarme verdad, aunque fuese á costa de mi sentimiento, confesándoos por aficionado suyo; pues en ella hay partes para poder preciaros de servirla. Esta queja tengo de vos, remitiendo el dárosla á este puesto para oir qué me respondéis á ella.

Turbado se halló don García de lo que á la embozada escuchaba, no sabiendo por qué camino pudiese saber sus secretos amores; pues era

cierto, que siempre se había comunicado con su dama con grandísimo recato, sin que nadie fuese sabidor de su empleo, sino era Estefanía, á quien tuvo siempre en opinión de mujer secreta. Por otra parte, imaginó si su dama había dado cuenta á alguna amiga suya que él no conociese; y con ella quería probar si su voluntad era la que le significaba. Y aunque á esto último se persuadió, deseando conocer el dueño de la fineza, determinó ocultar su empleo por saber quién fuese; y así la respondió:

—Pésame, discreta señora, que en vuestra opinión esté desacreditado con los dos títulos de mudable y poco reconocido. Quien os ha hecho relación de que yo sirvo á la dama que me decís, os ha engañado; pues es cierto que á servirla como pensáis, no diera lugar á que el segundo papel vuestro llegara á mis manos, sin que tuviérades en esto el desengaño; pues hallándome empeñado en esa afición, antes os quejárades mejor de mi cortesía, sin declararme, que de mi grosería, manifestando mi empleo. Lo que puedo aseguraros es que no tengo tanta dicha en ser favorecido de esa dama, hallándome libre para serviros.

—Mirad bien lo que decís, dijo doña Clara; porque de ser así lo que me aseguráis, os puedo poner en nuevo empeño, donde cumpliréis mal con las obligaciones de quien sois, si no me tratáis verdad; pues en las primeras razones que

me habéis escuchado, oistes, si se os acuerda, que soy mujer que os iguala en calidad; y con personas deste porte, no ignoraréis el estilo con que se las debe tratar, sin que haya engaño al guno de que se puedan ofender.

Con cada razón destas aumentaba doña Clara en don García los deseos de conocerla; y deseando para con doña Marcela (por si era ésta alguna amiga suya) cobrar opinión de secreto, quiso llevar adelante lo que había comenzado, diciéndola:

—No puedo responder á lo que me habéis dicho, si primero no descubrís el rostro, que por fe juzgo será hermoso, si bien tan agudo entendimiento suele desmentir esa parte merezca yo este favor que os suplico me hagáis, en pago de haberos satisfecho á la sospecha que traíades; que en cuanto á saber la estimación que á las mujeres principales se les debe, y yo pienso hacer de vos, dudaré que haya ninguno que me haga ventaja, porque toda mi vida me he preciado en este particular; y prendado en la afición que ya os voy teniendo, podréis juzgar cuánto mejor sabré cumplir con las obligaciones que me tocan.

—Todo lo que me decís de la cortesía y estimación, creo bien de vos (dijo la dama), si bien estoy dudosa en eso de la afición; por lo cual os quisiera dejar con la opinión de que soy hermosa por no desacreditarme haciendo lo que me pedís.

—Cruel sois conmigo (dijo don García); pues gustáis que padezca entre dudas y muera con deseos.

—Supuesto que no me habéis conocido en la habla (dijo doña Clara), porque sé con certeza que otra vez no la habéis oído, no padeceréis, dudando de que sea ó no sea quien pensáis. En cuanto á deseos, no me quiero tener por tan dichosa, creyéndoos esa conocida lisonja; y así por ahora no me parecerá cordura descubrirme, hasta que con mayor satisfacción vuestra conozca bien las que me vendéis por verdades.

El negarle á don García lo que con tanta ins tancia le suplicaba á doña Clara, ponía más espuelas á su deseo, para no irse de allí sin verla; y así afectuosamente volvió de nuevo á instar que se descubriese, diciéndola, que con no hacerlo le dejaba sospechoso, de que eran mayores las lisonjas de sus papeles, que las que ella pensaba que le decía.

—Pluguiera al cielo, dijo doña Clara, que eso fuera verdad, que siendo así, no me hubiera costado tan caro llegar á este puesto. Pero porque no me imputéis de mentirosa, cuando deseo acreditarme de que trato verdad; me habéis de jurar como caballero (caso que llegue á descubrirme) que si conociéredes en mí desapasionadamente que igualo á la dama, que he sospechado que servís, así en rostro como en calidad, habéis de olvidarla y servirme: y con esto no os obligo á

nada, puesto que decís que no la habláis. Aquí se vió apretado don García, conociendo que si prometía lo que la dama le mandaba, agraviaba á doña Marcela, caso que fuese amiga suya, la que le estaba hablando según sospechaba; y así (previniendo el decir que la había conocido cuando fuese la que imaginaba, y que se burló con ella) le dijo:

—Deseo tanto veros por salir de mil dudas, que os prometo hacer lo que me es tan fácil de cumplir, puesto que no aventuro nada, pues no amo á quien decís.

De nuevo le refirió doña Clara lo que se obligaba si se descubría; añadiendo á esto, que antes que se aventurase á descubrir, mirase á lo que se ponía, que era mujer que sabría en cualquiera ocasión hacerle cumplir la palabra que le daba. Tanto mayor era el deseo de don García de verla, cuanto doña Clara dilataba el descubrirse; y así ratificó lo que había dicho; con lo cual quitó la hermosa dama el manto del rostro, dejando al dudoso galán sin dudas y notablemente admirado, cosa que le conoció luego en el semblante doña Clara, diciéndole:

—Señor don García, vuestra turbación me asegura con más certeza mis sospechas, si bien el ser quien sois fío me las ha de desmentir. Confieso que ha sido atrevimiento mío, haberme puesto en esta ocasión. Discúlpele lo que ya habréis entendido de mis papeles. De nuevo os pido

me desengañéis, si habiéndome conocido pensáis cumplir la promesa. Parecióle á don García ser fuerza, en aquella ocasión no enviar descontenta á doña Clara, pues había cumplido de su parte con lo que había prometido, siendo en calidad y hermosura igual á su doña Marcela y ventajoso el dote. Considerando, pues, que por entonces podía bien cumplir con las dos damas, sin saberlo la una de la otra, se aventuró á hacer lo que después le estuvo mal, y así le dijo:

—Hermosa señora; no os espante mi turbación, que causas tengo por haberla tenido aún mayor, conociendo que cuando toda mi vida pretendiera y deseara, haciendo finezas y demostraciones de amor un superior empleo, no le pudiera haber topado tan á medida de mi gusto como éste; y conociendo haberme venido esta dicha sin imaginarla, estoy dudando si soy yo á quien le ha sucedido, que como poco venturoso en estos lances, lo estoy viendo, y no pienso que pasa por mí. Mil veces puedo llamar dichoso, hermosa doña Clara, el primero día que leí vuestro papel, y felice la hora en que tomé la pluma para responder á él, pues dello ha resultado que goce esta ventura tan sin merecimientos míos: lo que puedo aseguraros es, que en la estimación que hago de este impensado favor, pocos me igualaran. Al cielo le pido vida, para que en el discurso della pueda, sirviéndoos, satisfacer parte de la deuda en que me dejáis.

—Si así cumplís como sabéis encarecer, dijo doña Clara, tendré ya por acertada la elección que en vos solo he hecho entre tantos que me pretenden y sirven: por ahora me está bien creeros, que no habíades de encarecerlo menos, hallándoos obligado. El tiempo me desengañará de todo, advirtiéndoos primero que doy pocas permisiones al divertimiento.

—Cuando el sujeto es de tanta estimación como el vuestro, dijo don García, delito sería tenerle; y así desde luego os suplico no me perdonéis ninguno.

—Muchas cosas me habéis prometido, dijo la dama, en breve tiempo; no sé si las cumpliréis todas.

—Quien de veras se dispone á querer, dijo don García, cualquier dificultad vence.

—De nada, hasta ahora, me puedo quejar, dijo doña Clara: lo que os pido es que perseveréis, y con esto dadme licencia, que ha tiempo que falto de casa y seré echada menos.

Allí le tomó don García una de sus hermosas y blancas manos, y besándosela, aunque por fuerza en la resistencia de doña Clara, sino en la voluntad, dió lugar á que se fuese; volviéndole á advertir en lo que la había prometido; y don García á asegurárselo, mostrando sentimiento de apartarse della. Doña Clara iba la más contenta mujer del mundo: lo primero, por haber cumplido su deseo, y lo segundo, por parecerle

haber sido poderosa para quitarle á doña Marcela su galán, considerando que pues la mudaba de empleo, hallaba en ella más partes.

Volvamos á don García que quedó metido en varios pensamientos, confuso por no saber cómo cumpliría con las dos damas, hallando en una y otra calidad y partes, para no hacer desestimación de ninguna. Reparó en que no era muy afecto al padre de doña Marcela, por haber tenido con su casa bandos, por cuya causa, aunque tenía ganada la gracia de la dama, dudaba si se la daría por esposa. Vía en doña Clara noble sangre, hermosura, discreción y riqueza, y ser pretendida de tantos principales caballeros, á quien era preferido con inclinación, respecto del favor que le acababa de hacer, y junto con esto haber sido su padre muy amigo del de la dama. Considerando, pues, todo esto, determinóse á servirla, no desistiendo del empleo de doña Marcela, procurando cumplir con las dos secretamente.

Tenía doña Clara una criada, que había años que servía en su casa, con quien la hermosa dama comunicaba sus secretos, por ser toda su privanza, y estaba inclinada sumamente á don Artal, aquel caballero rico que hablaba mal de las mujeres, uno de los pretendientes de su ama, á quien ya por inclinación que le tenía más que á los otros ó por obligada, que sería lo más cierto de algunas dádivas que le habría dado, desearan Teodora, que así se llamaba, que su se-

ñora se casara con él. Y así procuraba en todas las ocasiones hablar bien dél delante de doña Clara; pero era tan grande la antipatía que la dama le tenía, por la falta que dél se publicaba, que antes diera la mano de esposa á un hombre de humilde nacimiento que á don Artal.

A esta criada (que no debiera) dió parte doña Clara de la nueva afición que ya mostraba á don García, con tantos encarecimientos de su talle, nobleza y discreción, que Teodora, vista la pasión que por él mostraba, no osó contradecir su elección, antes la aprobó, si bien la pesó extrañamente de que le hubiese preferido, no siendo de sus pretensores á los que lo eran con tantas veras. Continuó la dama el escribirle por el orden del anciano escudero y don García á servirla, llegando á merecer en breve tiempo más que los otros galanes en el largo que la habían servido y festejado.

Hablábanse los dos amantes por una reja de un jardín, sin hacer falta don García á doña Marcela, porque había disposición para esto, por comunicarse con las dos en diferentes horas. En este tiempo quiso doña Clara saber de Estefanía, la criada de doña Marcela, si su galán acudía como antes á servir á su ama, y así un día con achaque de visitarla, halló que Estefanía había más de quince días que estaba enferma de unas tercianas; vióla, y en el poco lugar que tuvo de hablar con ella, supo cómo don García

no acudía á ver á su señora las noches como hasta allí, porque se acostaba muy temprano, y asimismo veía en su rostro señales de mucha tristeza, y por haber comenzado su mal en garrotillo, no había entrado su ama en su aposento, y así no había podido saber la causa de su melancolía, mas que por ella imaginaba que no estaba tan corriente la correspondencia de los dos amantes.

Contentísima dejó á doña Clara la información de Estefanía, con que aseguró algo sus temores y recelos, presumiendo que con su empleo y correspondencia había olvidado su galán la de doña Marcela; con esto se vía todas las noches con él por la reja del jardín.

En este tiempo, Teodora dió aviso destos amores á don Artal, con lo cual el enamorado caballero perdía el juicio, trayéndole muy inquieto los celos que desto tenía. Sucedió, pues, que doña Clara se determinó á favorecer de cerca á su galán, á persuasión suya, dándole entrada en el jardín después de la media noche, porque hasta esta hora no se recogía la gente de su casa. Desto le dió parte á Teodora, la cual por un papel dió cuenta dello á don Artal, avisándole la noche que para esto estaba señalada. Desesperábase el celoso caballero, y deseando vengarse de la ingratitud de doña Clara, dió una traza, no digna de quien era, y avisando á Teodora el modo que tenía para ejecutarla, la prometió, si

surtía efecto como deseaba, premiárselo con grandes dádivas. Era Teodora algo codiciosa y tenía experiencias de cuán generoso era don Artal, y por esto se dispuso á obedecerle en todo.

Llegó la deseada noche para don García, en que esperaba verse con su dama en el aplazado jardín, y estuvo hasta la hora señalada desvelado, juzgando con el amor y deseos que tenía de verse en el dichoso puesto, por perezoso al tiempo que pasaba hasta el señalado término. Llegó al fin, aunque por entonces no en su favor, como él se tenía pensado, y prevenido de armas se fué solo á la puerta del jardín, de la cual le habían enviado llave para entrar á él. Esta hacía á todas las de la casa de doña Clara; abrió la puerta y volviendo con cuidado á cerrar, se fué derecho al cuarto de su dama, cuyas ventanas estaba avisado, que caían al jardín, y por una puertecilla que salía á él, vió salir al tiempo que llegó un hombre á quien acompañaba Teodora. Previnóse don García, viendo que los dos se venían hacia él, y llegando el hombre donde estaba, dos pasos antes le preguntó qué era lo que buscaba en aquel lugar donde sólo él tenía licencia de entrar.

—Yo, dijo don García con alguna turbación, vengo llamado aquí, que no me atreviera á pisar los umbrales desta casa, menos que con beneplácito de su dueño.

—Eso, señor don García (dijo el embozado,

que era don Artal), habreislo soñado, y vos con la afición que tendréis á mi señora doña Clara, habréis querido emprender este atrevimiento.

Reconoció don García ser don Artal el que le hablaba, y abrasado de celos le dijo:

—Señor don Artal, los caballeros de las obligaciones y partes que yo tengo, nunca entran en lugares como estos á tales horas, sin ser admitidos y llamados á ellos. Vuelvo á deciros que me ha mandado venir aquí quien puede, y como favorecido suyo, puedo ahora con más razón pediros cuenta de lo que vos me la queréis pedir á mí.

Rióse don Artal, como haciendo donaire de lo que á don García escuchaba, y díjole:

—Si habláis de veras, no es puesto este para responderos, como deseo; salgamos del jardín, y llevar por desengaño, antes de salir dél, que primero que vos le pisásedes, he llegado yo á poseer lo que vos habéis deseado, y sírvame de abono este testigo que conmigo viene.

Entonces dijo Teodora que no sabía cómo un caballero de sus partes se había aventurado á tal peligro, cuando su señora favorecía muchos días había á don Artal, de lo cual le podía asegurar bien el verle salir de su aposento á aquella hora. Perplejo dejaron estas razones á don García, viendo confirmar á la criada lo que don Artal le aseguraba; con lo cual se persuadió á que algunos celos que doña Clara habría tenido

de don Artal, la habían obligado á quererse vengar dél, favoreciéndole; si bien le parecía que esto no se había de extender á dar la entrada á costa de su opinión. Pero á esto disculpa la poca prudencia con que se gobierna una mujer celosa, que por conseguir su venganza, no dudará las mayores dificultades del mundo, ni el poner á riesgo su honor, como en esta ocasión vió.

Persuadido, pues, á lo que don Artal le aseguraba, le dijo:

—Señor don Artal, para satisfacción vuestra, y que no me moviera á venir aquí si no tuviera muchas licencias primero, os tengo de mostrar mañana un papel de mi señora doña Clara en que me manda venir aquí; si á esto se debe dar crédito y á otros suyos que he recibido, vedlo vos.

—Eso han causado ciertos disgustos que con ella he tenido estos días, dijo don Artal, por haberla pedido licencia para partirme á Flandes; quísome dar celos con haceros favores y últimamente poneros en esta ocasión, de que he sido avisado, no para favoreceros, sino para que con ella me ofendiésedes; pero no se le ha logrado su pensamiento, que yo conozco de vos que sin saber estos secretos amores, estáis, y no fuera justo vivir en este engaño. Yo soy vuestro amigo, y me holgara no se hubiera usado este término con vos; lo que os suplico es que guardéis secreto, no mostrándoos ofendido de mi señora

doña Clara, de lo que justamente debéis estarlo, y vamos de aquí, que no es justo que tras de haber sido burlado paséis mala noche, y yo me huelgo que estéis desengañado, por no llegar á enfado con vos, que me pesara mucho porque os deseo servir con veras.

Con esto salieron del jardín, adelantándose á abrir la puerta dél don Artal, con llave maestra que de propósito traía, para que entendiese don García cuán bien admitido era, pues venía apercibido de todo.

Iba el buen caballero corrido y avergonzado de ver cuán neciamente había puesto su afición en parte donde, por dar celos á don Artal, le habían favorecido cautelosamente y procedido con él con falso trato; y á no conocer de don Artal, por razones que dijo, y verle salir tan á deshora del cuarto de doña Clara, acompañado de su criada, tener tan adolante su empeño, hiciera demostración de su enojo, pero ese le convirtió contra la causa que presumía ser doña Clara, y así desengañado del que pensaba ser fingido amor, determinó no la ver más en su vida, consolándose con no tener perdida la gracia de doña Marcela. Despidióse de don Artal, volviéndole de nuevo á ofrecer satisfacción de haber ido al jardín llamado; á que él respondió que él lo creía así; mas que había sido por la ida de Flandes, y con esto metió palabras en medio, procurando despedirse brevemente, con

lo cual dejó á don García con algunas sospechas, viendo que en caso tan apretado no hacía don Artal en esto la averiguación que debiera.

Fué, pues, el caso que don Artal concertó con Teodora este enredo, bien á costa de la inocente doña Clara, á la cual le mintió la hora su criada en que había de venir don García, diciéndola ser las doce no más, y en tanto tenía de secreto escondido á don Artal en su cuarto, para que hiciese el embuste que habéis oído.

Apenas don García y don Artal salieron del jardín, cuando Teodora, en viéndoles doblar una esquina, con otra llave que ella tenía, abrió la puerta dél y se salió de casa, habiendo primero prevenídose de llevar sus vestidos y se fué á la de don Artal, el cual, á solas, celebró con ella el haberse vengado de los dos amantes, teniendo propuesto de no volver á servir más á doña Clara, desengañado de ver cuán poco afecta le era á sus finezas y desvelos.

Doña Clara, pareciéndole ser ya hora de que don García viniese con el cuidado de aguardarle, llamó á Teodora, y como no la respondiese, juzgando que se habría dormido, la buscó en su aposento, y no la hallando en él, bajó al jardín; pero como en todo él no la topase ni oyese rumor de gente en la calle, dióle grandísima pena, no sabiendo á qué atribuir aquella novedad. Volvió á buscar á Teodora con más cuidado por haber librado en el suyo el recibir á don

García, y temiendo no le hubiese sucedido con él algo, bajó otra vez al jardín; y buscándoles en él, miró hasta en una noria, por si acaso echando por allí inadvertidamente les había sucedido alguna desgracia, y con la claridad de los rayos de Lucina pudo ver quieta el agua. Con esto se volvió á su cama, donde se echó vestida, con muy poco sosiego; y así pasó la noche hasta la mañana, que llamó á las otras criadas, preguntándoles por Teodora, de quien no le supieron dar razón. Buscáronla tercera vez, y últimamente vieron que faltaban los vestidos de su cofre, que había dejado abierto. De nuevo se admiró doña Clara afligiéndose sumamente, sin osar averiguar esto de raíz, diciéndoles á las demás criadas, por disimular con ellas, que había días que veía en ella un notable disgusto en servirla, y que por no la dar pesadumbre, se habría ido sin pedirle licencia, en lo cual había hecho mal, pues de conocer su poca ley, no dudara en dársela con mucho gusto.

Envió luego á llamar al anciano escudero, tercero de los papeles, y con él escribió uno á don García, para certificarse de la causa de haber faltado la noche pasada; hallóle el escudero en la cama, y fué recibido de don García con poco gusto; abrió el papel y en él leyó estas razones:

«De vos, señor don García, se deben entender al revés las persuasiones, pues cuando con más

afecto las hacéis, debéis tener menor deseo de que os favorezcan; experiencia tengo desto en el descuido de la noche pasada, en que no mereció el cuidado con que os esperé tal paga. No quiero culparos del todo hasta saber la ocasión de vuestra falta; sacadme desta pena, avisándome desto y de vuestra salud que aumente el cielo.»

De nuevo se indignó don García contra doña Clara, viendo que de tan patente engaño quería ocultarle la verdad, deslumbrándole de lo que él estaba tan satisfecho. Pidió recado de escribir, y comenzando tres ó cuatro papeles, que no acabó por no ir á su gusto; en el quinto manifestó su queja y dió su disculpa; cerróle, y dándosele al escudero, le dijo que aquel día se partía ocho leguas de allí á un lugar, donde tenía su hacienda, y que así no le hallaría en su posada, que le avisaba desto por si le mandaba venir con otro recaudo. Notó el escudero el disgusto con que halló á don García, y volviendo á su señora le dió cuenta de todo, y ella con pena de lo que le oía, abrió el papel para certificarse dello, el cual contenía estas razones:

«Mi dicha ha llegado al límite de vuestro enojo. Ella tuvo fin, porque volviese á ser de quien más que yo merece, consuélome con que el desengaño usó más las leyes de la piedad que del rigor, pues á ser mayor el empeño, viniera fuera de tiempo. Huélgome que le hayáis gastado á satisfacción vuestra, logrando el fin para que se

dispuso vuestra traza, aunque á costa mía la pasada noche fué tan clara para mí como el desengaño con testigo de vuestro cuarto; de todo he salido con el escarmiento que me basta y la queja de que me halléis á propósito para dar celos y no para serviros; hubiera hecho mal en desistir de cierta pretensión que aún no había dejado, no fiando en vuestro favor, y poco seguro de que esta ventura me viniese sin buscarla. Téngala quien es más de vuestro gusto, que yo con la que espero me ha de dar el cielo en la parte que sirvo me contentaré, y tendré por muy dichoso, estimando en más desde hoy á quien había conocido agravio, fiado en vuestras promesas.»

En mil confusiones quedó metida la hermosa doña Clara con el papel de don García, y no entendiendo las razones dél, hacía mil preguntas al escudero de cómo le había recibido y qué semblante le había mostrado. De todo le dió cuenta hasta de cómo le había dicho que luego se partía de Zaragoza, con que la afligida dama se retiró á su aposento, y echándose sobre su cama, comenzó á bañar su hermoso rostro con copioso llanto. No sabía qué hacerse, ignorando la causa de haberle escrito don García aquel libre y desabrido papel. Por una parte sospechaba que por doña Marcela no había acudido á la hora concertada aquella noche, y que quería formar quejas della, porque no la tuviese dél

con aquellas obscuras razones de su papel, que ella no entendía. Por otra imaginaba que de faltar Teodora, podía presumir le había sucedido con ella algo en el jardín, ó si ella le había despedido con algún enredo; y en esto último se afirmaba, conociendo cuán apasionada se le mostraba siempre á don Artal. Determinóse al fin á despachar de allí á dos días un criado al lugar, donde don García había partido con otro papel.

En tanto, volvamos al engañado caballero, el cual hizo su jornada, no con ánimo de ver su hacienda como había dicho al escudero de doña Clara, sino de verse con don Blasco, padre de doña Marcela, que sabía estaba allí ocupado en administrar la suya por unos días; y aunque no estaban corrientes, el amor que á doña Marcela tenía le obligó á atreverse á entrar por sus puertas un día después de comer, cosa que se le hizo muy extraña á don Blasco, á quien, después de haberle preguntado por su salud y el anciano caballero correspondido á esta cortesía, le habló desta suerte:

—Por extraña novedad tendréis, señor don Blasco, el haber venido á buscaros desde Zaragoza á aquí, y entrádome por vuestras puertas al cabo de algunos años que vuestra casa no está corriente con la mía desde en vida de mis padres. Cuando los enojos proceden de leves principios, el conservarlos es disponerlos para mayores enfados. Yo, pues, que sé cuán amigo fuis-

tes de mi padre y que vuestros disgustos se derivaron de pequeña causa, por la que me mueve á querer honrarme con vuestra sangre, he venido á vuestra presencia, suplicándoos merezca yo que me honréis con darme á mi señora doña Marcela por esposa, y si esta merced recibo de vos, no tenéis hijo en mí, sino un esclavo, que compráis con esta obligación en que me ponéis, reconociéndola todo lo que la vida me durare.

Un poco estuvo dudando don Blasco en responder al enamorado caballero, discurriendo brevemente en el corto tiempo que le dilató la respuesta, cuán cuerdo y humilde le pedía lo que también le estaba, y así, no mirando á pasados enojos en que no había intervenido cosa de deshonor de ninguna parte, le respondió:

—Por cierto, señor don García, que aunque no se ha tratado algunos años la casa de vuestro padre con la mía, por lo que vos también sabéis, siempre en mi boca han hallado alabanza vuestras nobles y generosas acciones, y ésta hallará en mi amor el agasajo de hijo, estimando que Marcela se emplee en tan noble persona, granjeando tan buen esposo y mi casa tan ilustre sucesor.

Con esto le abrazó enternecido, y don García, aunque lo rehusó, le besó la mano. Trataron luego el modo de cómo se harían las bodas, y por excusar gastos, determinóse don Blasco á enviar á Zaragoza por su hija, y que se hiciesen en

aquel pequeño lugar. Fué por ella un deudo suyo, y sin darla cuenta para lo que era llamada, llegaron al día siguiente, llevándose consigo todas sus criadas, y entre ellas á Estefanía, la cual antes de partirse dió desto aviso á doña Clara, si bien no le dijo para qué habían enviado por su señora.

Ese día había despachado la hermosa dama un criado suyo con un papel para don García, al cual se le dió en presencia de don Blasco, sin decirle cuyo era, y pidiendo licencia á su suegro para leerle, se apartó á otro aposento. En este papel significaba doña Clara á don García, con la pena que la tenía su confuso papel, pidiéndole encarecidamente, le declarase las no entendidas razones dél, porque ellas, y el despejo con que se había partido de Zaragoza, sin verla, la tenían cuidadosa de saber la causa, cuando esperaba de su amor más finezas que desabrimientos, y en particular le pedía le manifestase con claridad, lo que aquella noche que fué llamado le pasó, porque estaba en una penosa suspensión, sin saber qué imaginarse. Don García se entró en otro aposento (que ya estaba hospedado en las casas de su suegro), dejando en aquél al criado, y respondió al papel de la confusa dama dándole en él cuenta de todo lo que deseara saber, sin olvidársele la circunstancia de todas las que con don Artal y Teodora le pasaron aquella noche. Volvió el criado con la respuesta y leída de

doña Clara, fué mucho no perder la vida con ella, y más con saber después del criado que las capitulaciones de don García y su dama estaban hechas. Quejábase de su corta suerte, maldecía mil veces la afición que don Artal la tuvo, y fulminaba contra Teodora y él crueles venganzas, pues habían sido causa de quitarle su honor y su gusto en don García. Quince días estuvo en la cama indispuesta, con la pena que recibió de leer el papel, sin dejarse ver de nadie sino de su padre y criadas; atribuyendo su enojo á una grave melancolía que la atormentaba.

En ese tiempo se efectuaron las bodas de don García y doña Marcela, con grandes fiestas de sus deudos que les convidaron á ellas. Hechas, pues, se volvieron á Zaragoza, donde todos los caballeros de aquella ciudad les hicieron un grande recibimiento, en que hubo muchas galas; pues los novios lucieron con exceso, entrando vestidos de un color. Todas estas nuevas le iban luego á doña Clara, con que se deshacía en lágrimas, y todo su pesar redundó en daño de don Artal, en cuya casa estaba Teodora sirviendo á su madre, y él muy apartado de servir á doña Clara, si bien estaba todavía enamorado della; mas no se atrevía volverla á galantear, sabiendo cuán ofendida la tenía. Por la venida de los novios á Zaragoza, hicieron los caballeros mozos de aquella ciudad, amigos de don García y deudos suyos, una máscara con que la alegraran.

Doña Marcela fué visitada de todas las damas principales, excepto de doña Clara, que fingió de nuevo estar indispuesta por excusar este lance, temiendo no poder disimular la pena que de su empleo tenía, pero envióla á visitar, disculpándose con la fingida indisposición.

Vivos estaban los deseos de vengarse de don Artal, y Teodora en el pecho de doña Clara, que en los de las mujeres ofendidas pocas veces se borra lo que una se imprime. Para esto consultó el modo con una mujer de aquella ciudad, que tenía fama de ser la mayor hechicera de la Europa, á quien declaró su agravio, ofreciéndole buena paga si la vengaba con muerte de don Artal, y Teodora; y como las mujeres desta obscena profesión reparen más en el provechoso interés que en la grande ofensa que hacen á Dios y al prójimo, codiciosa de la buena paga que doña Clara la ofrecía, la prometió dejarla vengada muy á su satisfacción. Y así la pidió que mirase qué género de muerte quería que les diese, si breve ó dilatada, porque de la suerte que gustase, sería sin falta alguna. A doña Clara le pareció que el ser breve, tenía inconveniente por la sospecha que se podría tener de la violencia, y no padecería tanto el sujeto como deseaba; y así determinó quedurase el castigo de los dos, algún tiempo, aunque no mucho. Con esto se despidió la hechicera, de doña Clara, y por no echar en olvido lo que la había encomendado lo puso

luego en ejecución el siguiente día, teniendo modo como haber en su poder prendas de los dos ofensores de doña Clara, sobre los cuales hizo sus conjuros, de suerte, que dentro de cuatro días los dos cayeron enfermos una tarde, á una misma hora: y por espacio de un mes se les fué apurando la virtud de tal modo, que vinieron á perder las vidas, casi hechos unos esqueletos sin entenderles los médicos su mal, ni aprovecharles ninguno de cuantos medicamentos, les aplicaron; sólo convenían todos en ser las enfermedades de los dos de una misma calidad, y así las curaban á su modo con unas mismas medicinas.

Poco antes destas dos violentas muertes, había fallecido el padre de doña Clara, cuya muerte sintió en extremo la hermosa dama; con que quedó absoluta señora de su mayorazgo. Mas el día que vió muerto á don Artal, y Teodora, como estaba en ella tan vivo el deseo de la venganza se consoló de la pérdida de su padre; infundiéndosele en su femenil sujeto un afecto tan cruel que la hizo degenerar de su primero ser, manifestándolo en la misma noche que enterraron á los dos difuntos, con una acción la más inhumana que en historias antiguas y modernas se ha visto escrita.

De la iglesia donde don Artal y Teodora se enterraron, hizo aquella noche llamar al sacristán secretamente, á quien ofreció una buena dá-

diva, por que á la media noche le abriese la iglesia, y juntamente la bóveda donde los dos estaban sepultados. Dispúsose el sacristán á darla gusto, que no hay cosa que el interés no facilite. Llegada, pues, la hora en que concertaron verse, cuando todos estaban rindiendo parias á Morfeo, salió doña Clara de su casa acompañada de una criada, que en lugar de la ingrata Teodora comenzaba á privar con ella. Llegaron las dos á la iglesia, donde hallaron al sacristán que, con cuidado, las estaba esperando á la puerta della; abrióles y volviendo á cerrar, encendió una hacha para alumbrarles: á la bajada de la bóveda; algo pesaroso de haberse puesto en aquello, no sabiendo con qué fin se hacía, bajaron los tres á la bóveda; y mostrándole entre otras la caja que depositaba el cuerpo del malogrado don Artal, la abrió la misma doña Clara, descubriéndose el difunto cuerpo, con cuya vista fué tanto lo que se indignó la dama (acordándose de la ofensa que le hizo), que dijo:

—Este es el cuerpo del más falso y aleve caballero de los nacidos, cuya alma por no haber sido la que debía ser, mal gobernada por un mal aprovechado y menguado entendimiento, creo yo que padece en las infernales moradas las penas que merecieron sus graves culpas, causadas por su desenfrenada lengua, que siempre fué polilla de las honras ajenas.

Esto decía al mismo tiempo que con un cuchi-

llo que llevaba hacía pedazos el hábito del seráfico padre San Francisco, con que don Artal se había enterrado, y luego la mortaja. El sacristán temeroso de perder el donativo que esperaba, no osaba irle á la mano en lo que hacia, y la criada nueva en su privanza tampoco, y así la dieron lugar los dos para que abriese el difunto cuerpo por la parte del pecho y estómago, y sin darla horror y asco lo que hacía, metió la mano por la herida que habia hecho, sacándole el helado corazón, al cual viéndole en sus manos, dijo:

—Este fué el archivo que guardó tantos ofensivos pensamientos; que forjó tantas ignominias contra sus prójimos, y la aljaba de donde salían tantas ofensas para todos. Entre los cuales salió desta aleve oficina, el rayo que desacreditó mi honor, para que don García no fuere mi esposo.

Decía esto con tanta cólera y pasión, que parecía despedir centellas por los ojos; y de cuando en cuando, rabiosa, como está la leona despojada de sus recién nacidos hijos, daba bocados en el difunto corazón; causando notable admiración á los que miraban esta rigurosa y cruel acción. No bien satisfecha con lo que había hecho, quiso hacer otro tanto con el cuerpo de Teodora preguntando por el sacristán: el cual, pesaroso y admirado de lo que había visto hacer, con alguna osadía la dijo:

—Si pensara, cruel señora, que vuestro inten-

to se enderezaba á fin tan riguroso, y tan ajeno de la piedad cristiana, no hallárades en mí tan fácil el beneplácito de haberos dado entrada en este funesto lugar, aunque vuestra dádiva excediera mil veces al valor de la que me habéis ofrecido. ¡Quién pensara que quien tantas partes tiene de hermosura y ganada opinión de prudente en esta ciudad, careciera de lo que en las de vuestro sexo jamás falta, que es la piedad! Yo ignoro el agravio que este difunto caballero os hizo; pero por grande que haya sido, sé que los ímpetus de la venganza llegan hasta los límites de la vida, y de ahí nunca pasan. ¿Qué habéis sacado de haber hecho en nuestra presencia la crueldad que hemos visto, sino perder la buena opinión en que os teníamos, con tan cruel acción indigna aun de los bárbaros que viven remotos de la urbana policía y faltos de la lumbre de nuestra fe? No emprendáis pasar adelante con vuestra rigurosa intención, que me hallaréis opuesto á no dejar ejecutarla.

Con mayor obstinación dejaron á doña Clara las cuerdas razones del sacristán, que á un determinado arrojamiento cualquiera pequeña oposición que le contradiga, le indigna en más superior grado, particularmento en el sujeto de una mujer colérica y determinada. Ofendióle de verse reprendida, de quien pensó que su promesa le hiciera tan obediente como callado, y puesta la cólera en su punto, con el cuchillo que tenía

en la mano cerró contra el pobre sacristán con tal ímpetu, que antes que previniese su defensa, ya le había dado una puñalada por la garganta, con que cayó á sus pies luego, rindiendo en breve instante el espíritu, con lo cual, sin estar pesarosa de lo que había hecho, se abstuvo de no hacer otro tanto con el cuerpo de Teodora, como había hecho con el de don Artal; y así se salió de la bóveda alumbrándola su criada, casi perdido el sentido con el temor de lo que había visto hacer á su señora. Cerró doña Clara la bóveda y asimismo la iglesia, dejando las llaves colgadas de la puerta principal della; y advirtiendo á la criada que si de aquel secreto revelaba á alguien la había de quitar la vida, se volvieron con esto á casa.

Al día siguiente, echando menos al sacristán fué buscado en su posada y otras partes, y no le hallando, toparónse con las llaves colgadas de la puerta de la iglesia; hizóseles esto novedad, sospechando se habría ido con alguna plata de la mucha que corría por su cuenta; y hecha la diligencia en saber esto, no hallaron menos ninguna cosa, y por estar en parte donde no se bajaba sin ocasión de haber cuerpo muerto, quedóse su muerte en silencio, atribuyendo que por forzosa causa se habría ausentado.

Más de dos meses se pasaron después deste suceso, y en todo este tiempo la cruel doña Clara no pudo apartar de sí una profunda melanco-

lía, que la tuvo algunos días en la cama; y llegó á tanto exceso, que los médicos pensaron que viniera con ella á perder el juicio. Todo esto nacía de haber oído en su aposento todas las noches, después que se hizo la rigurosa crueldad en el cuerpo de don Artal, y dado muerte al sacristán, unos dolorosos suspiros que no la dejaban dormir, y aunque en su compañía había criadas no sentían ellas esto, porque siempre sucedía en tiempo que ellas dormían. Túvola inquieta esta novedad grandemente, mas habíase hecho de tan varonil ánimo, que nunca dió parte della á nadie. Caso era para comunicarlo con su confesor; pero en este tiempo no le daba mucho cansancio, porque al afecto de su venganza y el amor que tenía al ya casado don García, la estorbaban no frecuentar los dos sacramentos que nos restituyen la perdida gracia, teniendo las partes que se requieren, y así vivía como gentil.

La continuación de oir estos dolorosos suspiros en su aposento, sin cesar noche alguna, hizo en doña Clara el efecto que los golpes del martillo en el vecino del herrero, y así ya no dejaba de dormir por esto, si bien no del todo quieta, que en la poco ajustada conciencia no son los sueños muy sosegados, y esta inquietud le causaba la consideración de saber que aquel rumor precedía de gran causa.

Trató de divertirse y entretenerse, pagando visitas de amigas que la habían venido á dar el

pésame de la muerte de su padre, y entre ellas quiso hacérsela á doña Marcela un día, prevínola con un recaudo. Y sabido esto de don García, quiso que su esposa la hiciese un grande agasajo, que no debiera, dándola de merendar, y hizo asimismo componer y adornar su casa, con las más ricas colgaduras que tenía, haciendo que todo estuviese con mucha correspondencia compuesto. Vino doña Clara en su coche, á quien recibió doña Marcela muy amigablemente, dándole muchas quejas de no la haber visto; asimismo se las dió doña Clara, de que no la hubiese consolado en la muerte de su padre, diciéndola que en tal pérdida ninguna amiga la podía consolar con su presencia como ella; á esto dió sus disculpas doña Marcela con el nuevo estado, con lo cual se fueron unas quejas por otras. Entretuviéronse aquella tarde en varias pláticas, si bien no muy gustosa doña Clara, deshecha con envidia de ver á doña Marcela tan contenta en su empleo; la cual dicha estaba exagerando en todas ocasiones, á quien doña Clara, disimulando su sentimiento, daba la norabuena de su buena suerte, si bien en lo secreto sentía tiernamente verla empleada en quien ella había perdido por el falso trato de don Artal y Teodora. Ponderábala doña Marcela lo mucho que don García la quería y estimaba; las galas y joyas que la dió y cuánto deseaba en todas ocasiones buscarla gustos y entretenimientos con que se diver-

tiese. Todas estas cosas eran para doña Clara saetas que la pasaban las entrañas, sufriendo con gran disimulación la pena que con ellas sentía. Vino á su casa don García, y entró á ver á doña Clara, la cual le dió la norabuena de su estado, con la mayor cordura que pudo, y no fué poco manifestar en su rostro cuánto se sacrificaba con estas cosas. Después que hubieron hablado un rato en diferentes materias, le suplicó don García se sirviese de ver su casa y gozar parte de la tarde en el jardín, que por ser el tiempo de la primavera estaba apacible. Quiso doña Clara darle gusto en lo que la pedía, aunque más le tuviera en verse fuera de su casa, descansando en la suya, de la pena que con todos aquellos agasajos recibía. Vió toda la casa con las riquezas de que estaba adornada, y bajando al jardín, halló en un cenador dél grande prevención de merienda y las mesas puestas. Sentáronse luego, y á la vista de una apacible y fresca fuente merendaron con grande ostentación de muchos y regalados platos, de los cuales comió poco doña Clara, fingiendo aún no estar libre de sus achaques, y comer todavía de dieta. Allí en su presencia dijo don García mil amorosas ternezas á su esposa, que atribuiremos parte de ellas á amor, y parte á dar cuidado á doña Clara, casi en venganza de lo que con él había usado, de que no estaba desengañado don García. Mucho fué no perder los sentidos con

esto la hermosa doña Clara, que eran ocasiones y lances para hacer mil locuras; mas resistiólo su paciencia con grande valor. Acabóse la opulenta merienda con el día, y despidiéndose doña Clara de doña Marcela y de su esposo, se fué á su casa, á donde retirada, pagaron sus cabellos y su rostro el enojo que traía con el ya casado galán.

En esos cuatro días siguientes no fué posible apartar de su memoria doña Clara la sospecha de que toda aquella ostentación, excesos y finezas de don García con su esposa, se habían hecho con fin de darla envidia y pesadumbre, y ofendida desto propuso que no se le pasase sin venganza. Esta redundó en la inocente doña Marcela, contra quien fulminó su enojo. Y así volviendo á verse con la hechicera, la consultó su pena y prometió nuevo premio, si la vengaba de don García, recibiendo el daño su esposa, á quien él tanto estimaba. Las experiencias de la buena paga por lo hecho, hicieron solícita en servirla á la impía maga, y así la prometió darla gusto con mucho cuidado en lo que deseaba; fuese con esto á su posada, y con sus embustes y conjuros, invocando demonios hizo que dentro de seis días cayese doña Marcela mala en la cama, con los más intolerables y recios dolores en todos sus miembros que sujeto humano ha sufrido. Desto fué avisada doña Clara por su enferma amiga, y así fué á verla luego, fingiéndo-

se pesarosa de su mal; conoció en su inquietud y aflición ser grandes los dolores que padecía, de los cuales aunque en lo público se mostraba piadosa, en lo secreto se holgaba en extremo, tanta era la crueldad desta vengativa dama, deseando acabase con ellos la vida, por ver libre á don García para granjearle por esposo. Desta suerte pasó doña Marcela un mes, dejándola los intensos dolores hecha un cadáver, los cuales sufría la inocente señora con grande paciencia, calificando á todos cuantos la visitaban si no era á doña Clara.

Permitió el cielo por sus secretos juicios que esta señora muriese, sobreviniéndole con aquellos continuos dolores un tabardillo, con que no duró ocho días, dando el alma á su Criador en la flor de su mocedad. El sentimiento que hizo don García con la muerte de su querida esposa fué grande, porque la amaba tiernamente. Retiróse de tal suerte, después de haberle hecho las exequias, que en más de cuatro meses no fué posible acabar con él que saliese de su casa; en ella oía misa, y pasó todo este tiempo casi sin salir de un aposento.

Entre los pésames que recibió de deudos y amigos, se le envió un papel doña Clara, y era tanto el deseo que tenía de reducirle otra vez á que la quisiese, que aun en las últimas razones dél declaraba algo este pensamiento, cosa de que se ofendió mucho don García, si bien no se lo

dió á entender, respondiéndola con otro tan cortés como agradecido al cuidado de hacerle merced y consolarle.

Sucedió en este tiempo morirse un tío del ya viudo don García, estando en una pretensión en la corte, el cual le hizo su heredero y fué fuerza partir de Zaragoza á esto, cosa que sintió grandemente doña Clara, pareciéndola se dilataba con esta ausencia su deseo. Estuvo don García en Madrid más de tres meses, en los cuales le trataron algunos casamientos amigos suyos, así de calidad como de hacienda, pero no apeteció ninguno, teniendo todavía presente la muerte de su querida doña Marcela. Esto supo doña Clara, con lo cual le escribió de Zaragoza, quejándose de que dejase de admitir en su compañía quien siempre le había mostrado afición y voluntad, conociendo su calidad, por quien apenas sabía de las suyas. Respondióla don García cuán libre estaba por entonces de uno y otro cuidado, que á dársele el de tomar estado, no dejara de estimar la honra y merced que le hacía, pues tan bien le estaba. Con esta respuesta desconfió doña Clara de emplearse en don García, y así dió lugar á que le tratasen sus deudos casamientos. Entre muchos que se le ofrecieron, el que más conveniente y al gusto de todos sus parientes pareció, fué el de un caballero de edad de cincuenta años muy calificado y rico, con quien se vinieron á efectuar las bodas, si bien

no mostró de este empleo mucho gusto doña Clara. Mas por vengarse de don García, pensando que en esto tendría sentimiento, hubo de obedecer á sus parientes. Hiciéronse grandes fiestas en la ciudad y doña Clara se quietó con el empleo algo de su condición, si bien los suspiros que en su aposento hasta allí había oído, no dejó de sentirlos siempre.

Pasóse medio año, siendo en este tiempo sumamente querida y regalada de su esposo, que la tenía entrañable amor. Acabó don García sus negocios, y poniendo en orden las cosas de la hacienda que había heredado, dió la vuelta á Zaragoza, y después de haber descansado de la jornada, siendo visitado de todos sus amigos y conocidos, le pareció era bien dar la norabuena de su empleo á doña Clara, que estuviera bien excusada, porque con su presencia se le renovó á ella el amor de tal suerte, que sin mirar á quien era, á su recato y al honor de su esposo, hizo tantas diligencias por volver á hablar con su galán, que en una ausencia que su dueño hizo de la ciudad, tuvo lugar don García de ocupar el de su lecho y continuar esto todo lo que duró el estar ausente. Quiso, pues, doña Clara conservar esta amistad con don García y que él no fuese señor de su voluntad, y así, acudiendo á los ilícitos remedios de la hechicera, la pidió hiciese de modo que don García la quisiese con grande extremo, sin divertirse con otra mujer.

Obedecióla la fraudulenta mujer, que de todas las desta mala y perniciosa profesión debían tener gran cuidado las justicias limpiar las repúblicas, que son la total ruina dellas, pues no hay con sus embustes diabólicos vida segura, voluntad sin violencia, ni venganza sin efecto, y así ganan grande mérito para con Dios, los que averiguan sus vidas y castigan sus enormes delitos.

Ya estaba don García tan ajeno de sí y amante de su doña Clara, que no tenía otro gusto, ni otro contento, sino cuando se hallaba en su presencia. Paseaba su calle, aliviado ya el luto de la viudez, y visitábala más veces que fuera razón, causando esto no poca nota en la ciudad. Doña Clara, contenta de verse servida de quien había deseado tanto por esposo, poseyéndole ya galán, era á quien menos se le daba de lo que casi públicamente se murmuraba de los dos. Vino á entender esto don Rodrigo, que así se llamaba su esposo, con el cual había don García trabado grande amistad, que por este camino facilitan más su gusto los amantes, debajo de cuya seguridad ejecutan su traición que es la mayor del mundo.

Vino, pues, el agraviado caballero con grande recato y cordura á averiguar claramente su deshonra, y para su remedio dispuso su venganza en esta forma: El era señor de un lugar que distaba ocho leguas de Zaragoza, de donde fingió

recibir una carta que mostró á su esposa, en que le avisaban de una disensión que habían tenido sus vasallos con los de otro lugar convecino, con lo cual estaban los dos para perderse, si no acudía á su remedio, y así se previno para ir allá luego, dejando antes desto hechas llaves maestras para todas las puertas de su casa. Partió ese mismo día de Zaragoza, dando solamente parte desto á un criado, de quien tenía hechas grandes experiencias de su confidencia, el cual llevaba para que ayudase á lo que emprendía hacer para desagravio suyo. Este criado había servido en su mocedad al padre de don García, lo cual ignoraba don Rodrigo, y tenía á su hijo grande amor. En extremo le pesó de lo que su dueño intentaba hacer contra él, si bien gustara de que ejecutara el castigo de su esposa, con quien estaba muy mal. Partió, pues, acompañando á su amo, y antes de salir de Zaragoza dejó escrito un papel sin firma y orden á un amigo suyo que se le diese á don García; hízolo con cuidado de suerte que el papel, sin saber quién se le daba, vino á manos del descuidado caballero, y en él leyó estas razones:

«No tengo por segura la partida de don Rodrigo ni vos lo podéis estar de su cuidado; esto os baste por aviso, que para quien tan bien sabe su agravio, no es menester más persuasiones. El cielo os guarde.»

Deseó don García saber quién había dado este

papel á un criado suyo, y informado dél, dijo habérsele arrojado por la ventana de su aposento sin saber quién. Con esto se receló el buen caballero temeroso de alguna desgracia.

Esa tarde le llegó un recaudo de doña Clara, avisándole de la partida de su esposo y de cómo su venida tenía por cierto que no sería en estos cuatro días, que estuviese avisado para acudir á su casa temprano aquella noche, que le aguardaría con la cena. A esto la respondió don García que él se hallaba indispuesto, que le perdonase por aquella noche, que á la siguiente acudiría á la hora que le mandaba. Creyó doña Clara ser esto verdad, y con alguna pena de su indisposición pasó la noche hallándose muy sola y melancólica.

Ya don Rodrigo, vigilante en su venganza, había dado la vuelta á Zaragoza; y á la media noche entró en su casa secretamente con sólo su criado, y los dos se fueron á las caballerizas della, que estaban cerca del patio y escalera principal donde era el paso forzoso para subir arriba. Desde allí sin ser visto registraba quién entraba y salía en su casa, advirtiendo á un esclavo turco, mozo de caballos, que asistía en la caballeriza, que no dijese á nadie nada de su venida.

Así pasó hasta otro día, y para esa noche segundó con otro recaudo doña Clara, mandando venir á don García. Este y el pasado le llevó un

pajecillo, el cual halló al recatado caballero bueno á su parecer, como era verdad que lo estaba. Con las mismas razones que al primero respondió al segundo recaudo de su dama, excusando su ida; mas ella informándose del paje, que había hallado á don García levantado y con buen color, sin parecer que en él hubiese indisposición alguna, juzgó que se habría ya cansado della, envióle tercera vez á decir, que supuesto que estaba levantado cómo dudaba en venir; que le dijese el inconveniente que había para no lo hacer. Aquí hubo de responder don García con enviarle el papel del aviso que le habían dado, leyóle doña Clara, y juzgando que era traza suya para excusarse, le escribió en otro estas razones:

«Siempre la confianza en los presumidos ganó opinión de necedad en los amorosos empleos de haber visto en mí tan grandes muestras de amor, ha nacido en vos el desvío que ya os acredita de grosero como de ingrato. Más peligro corre mi reputación en llamaros, que la vuestra en obedecerme, pues en vos halla defensa el lance, cuando suceda como teméis, y en mí sólo el ánimo para esperar la muerte por vos. Si esto no dudo siendo mujer y de las calidades que sabéis, cobardía grande es en vos poner dudas en lo que tan bien os está. Haced vuestro gusto, que si el mío no obedecéis en esto, yo sabré tomar de mi mano la satisfacción que vuestra grosería merece.»

Notablemente se admiró don García de la resolución de doña Clara, y aunque contra su voluntad, hubo de obedecerla, porque no se enojase, ayudando á desterrar el temor del aviso recibido, el grande amor que la tenía, y ver á lo que se ponía por él; y así esa noche, tomando un broquel, un jaco y dos pistoletes bien cebados, se fué á casa de doña Clara, viéndole entrar en ella el cuidadoso don Rodrigo desde las caballerizas, donde estaba encubierto.

Mucho fué menester para desenojar don García á la poco recatada dama; mas, al fin, como le quería bien, presto vinieron á paces los disgustos; cenaron los dos con mucho gusto della, y si bien don García le mostraba por dársele, en lo interior no podía apartar de sí una grande melancolía, que desde que recibió el papel del aviso se le infundió. Fuéronse á acostar los dos, y habiendo como una hora que estaban en el lecho, oyó don García los lastimosos suspiros que había tanto tiempo que doña Clara oía en aquel aposento, los cuales, nadie si no era ella los había oído hasta entonces. Como don García sabía que las criadas estaban retiradas en otro cuarto, sin saber ninguna que él se quedaba con su dama, temió que alguien les estaba escuchando. Sosególe doña Clara, dándole cuenta cómo había días que aquello se oía en su aposento, si bien no había sido sentido hasta aquella noche de persona alguna, sino sólo della. Alteróse el

galán viendo que los suspiros se iban aumentando. Doña Clara le procuraba divertir desto, diciéndole que no le diese cuidado, que entendía causaba esto un duende que siempre asistía en aquella casa. Estaba una lamparilla encendida, que daba luz á todo el aposento, y súbitamente vieron que á este tiempo se apagó con la violencia de un recio soplo que oyeron. Aquí don García comenzó á recelarse con más cuidado que antes, advirtiendo á doña Clara desto; mas ella le dijo que el aire que entraba por la ventana la habría muerto.

En esto cesaron por un rato los dolorosos suspiros, y doña Clara quiso entretener á su galán y divertirle de aquel cuidado, y para ponerle en más obligación, para que la tuviese amor con más veras que hasta allí; le dió cuenta de cómo ella había sido causa de la muerte de don Artal y Teodora, su criada, vengándose de la ofensa que los dos la habían hecho, levantándola aquel falso testimonio de que la había gozado, y últimamente le hizo relación de la inaudita crueldad que hizo en la bóveda con el difunto cuerpo de don Artal, por mitigar la cólera que contra él había concebido.

Al tiempo que estaba diciendo esto á don García, teniéndole absorto lo que la escuchaba, se oyó una dolorosa y dilatada voz al cabo de la pieza en que estaban, con que don García y su dama se quedaron helados de temor; y erizándo-

seles los cabellos se estuvieron inmóviles, sin poder hablarse palabra el uno al otro. Prosiguió con otras dos voces, diciendo á la tercera:

—Presto llegará el riguroso castigo que mereces.

Apenas se oyó esto, cuando al mismo tiempo abrieron la puerta de aquel aposento, y por ella entró don Rodrigo, con la espada en blanco, y en la otra mano una linterna, diciendo en altas voces:

—Aquí dejaréis las vidas, falsos y adúlteros amantes, ofensores de mi honra, en los filos de mi riguroso acero.

Tomó su espada don García, y así desnudo se arrojó á ofender á su contrario. El le alcanzó una estocada en el brazo izquierdo, con que le arrimó contra una ventana. A este tiempo doña Clara se levantó para querer entrarse en otra pieza; mas don Rodrigo acudió á ella con otra punta hiriéndola en la tetilla izquierda, si bien al soslayo.

En tanto que se ejecutaba esta herida, pudo abrir don García la ventana, y sin dudar la distancia del balcón al suelo, se arrojó dél abajo, desconcertóse una pierna del golpe, mas viendo el peligro á los ojos y el agravio que había hecho á don Rodrigo, arrastrando como mejor pudo se escapó de aquel trance. A don Rodrigo pesó grandemente de que se le hubiese ido don García tan prestamente de sus manos, por haber

mandado á su criado que no se quitase de la puerta, mas viendo cuán poco remedio había por entonces para vengarse, como deseaba, redundó su enojo en la imprudente doña Clara, á quien quitó luego la vida á puñaladas, sin darla lugar siquiera á arrepentirse de sus culpas, digno castigo de sus rigurosas crueldades. Bajó al punto á la calle, por ver si del grande golpe que don García había dado, se estaba allí, mas no le halló, con que estaba el agraviado caballero desesperado de enojo. Volvió á subir arriba, y dejando escrito un papel, en que daba cuenta al Virrey del caso; partióse luego él, y su criado, tomando el derecho camino de Cataluña.

Volvamos á don García; el cual, como mejor pudo, se fué á casa de un íntimo amigo suyo que vivía cerca de allí, y habiéndole abierto, le dió parte del suceso, con que le dejó admirado. Encerróle en un aposento el más oculto de su casa, donde le tuvo hasta que sanó del desconcierto de la pierna. En tanto el virrey hizo notables diligencias para prenderle, y en la muerte de doña Clara grandes averiguaciones. Supo la verdad del caso, y como no parecía don García, dió por libre á don Rodrigo de la muerte de su esposa. Mas, aunque supo él esto, no quiso volver á Zaragoza hasta matar á su ofensor, para satisfacción de su agravio.

Ya don García se había partido á Flandes, de lo cual tuvo aviso don Rodrigo, y así tomó luego

postas para aquel país, pero permitió el cielo por sus secretos juicios impenetrables de los humanos que en el camino le diese una grave enfermedad, con la cual y la pena que traía siempre de verse sin honra, acabó su vida. Hizo testamento, y como católico y prudente caballero, perdonó á su ofensor. Dejó su hacienda libre á pobres y hospitales de Zarazoza.

Supo don García su muerte luego, y escarmentando del pasado peligro, no quiso verse en otro, y así dejó el mundo, tomando en Francia el santo hábito de la Cartuja, en cuya religiosa y observante orden, tan venerada de la religión cristiana, acabó su vida haciendo ásperas y rigurosas penitencias, por las cuales se puede creer habrá gozado el celestial descanso en las moradas eternas.

Dió fin don Carlos á su ejemplar discurso, y mucho gusto al auditorio de habérsele oído, si bien á algunas de aquellas damas dejó quejosas de que, siendo fábrica de su ingenio, hubiese hecho aquella dama tan cruel cosa ajena de su sexo, y así se lo dijeron, de lo cual se disculpó, diciéndoles no ser muy ajena la crueldad de las mujeres agraviadas, dando este ejemplo las historias con Medea, Progne y Sicilia, que mostraron su crueldad contra su misma sangre.

Mandaron aquellas damas á don Gómez que dijese algunos versos, y él, por obedecerles, sacó un papel, diciendo que allí les leería un roman-

ce hecho á una sangría de una dama, que después de haberse dejado hacer el sacrificio, se fué á la comedia, donde se desligó la venda y fué la sangre, causándole esto un desmayo. Escucháronle atentas, pareciéndoles ser bueno el asunto, y él en alta voz leyó estos versos:

La más superior beldad
que hace estos campos felices.
por quien puede Manzanares
perder opinión de humilde.
El hechizo con que amor
almas vence, pechos rinde,
pues le aumenta sus trofeos,
para más honrosos timbres.
Al poder de un accidente,
rendida no se resiste,
con que dudosa deidad,
ser humana certifique.
Para alivios de su mal,
rigores de acero elige,
y el temor de mayor daño,
con el menor le redime.
Llegó el piadoso agresor,
que merece que le envidien
el Dios que venera Delfos,
el niño que adora Chipre.
Corriendo el blanco cendal
á la hermosura sublime,
de un brazo vió en su primor,
nieve, azucenas, jazmines.
Esmaltaba su candor

hermosas líneas sutiles,
entre las cuales escoge
la que al filo sacrifique.
  Al animado cristal
listón de nácar le ciñe,
color con que su beldad
más perfección multiplique.
  Y porque temer el daño
es propio afecto, le pide
que á sus dos soles hermosos
permita breves eclipses.
  Atreviéndose el acero
con los dos filos sutiles,
halló entre campos de nieve
una mina de rubíes.
  Rica la vista se halla
de objeto tan apacible,
cuando piedad y razón
mandan que este bien estime.
  Lo que avarientas defienden,
la venda de guarda sirve,
y amor la suya dejara
por ser de su vista lince.
  Al fin la hermosa Lisarda,
por hallarse menos triste,
en alegres diversiones
quiere el gusto que se aplique.
  Yendo al solaz de su aldea
de verde palmilla viste,
para que la primavera
en su perfección la imite.
  Menos purpúreo color
en sus mejilas imprime,

que á menos agudas flechas
amor triunfos le apercibe.
La envidia, que estas victorias
la desconsuela y afligen,
afloja la venda al brazo,
porque su humor desperdicie.
Mas la ocasión de un desmayo
en nuevos pechos concibe,
si piedad en los ancianos
amor en los juveniles.
A su cabaña la vuelven,
y Castalio, flor de clicie,
deste sol á quien adora
esto en su alabanza dice:
«En igualdad se le atreve
tu accidente á tu beldad,
que él mueve á amor de piedad
y ella á que le adoren mueve.»

Con igual aplauso celebraron todos el romance á don Gómez, por haber cumplido bien con el asunto. Entretenidos en esto llegaron á las ventas del Retamoso, con más presteza que quisieran, por haber caminado con cuidado los cocheros, á donde se apearon á descansar, tocándoles en entretenerles el día siguiente á los dos hermanos, por haber de hacer la jornada de dos veces, parando en Casarrubios del Monte á ver unos deudos suyos.



JORNADA CUARTA

Madrugaba el rubio pastor de admeto, á reparar en los campos, destrozos que la helada noche había hecho con rizos y plateadas escarchas, deshaciéndolas entre la menuda hierba, donde se convertían en líquidos cristales; y cuando sus lucientes rayos con más vigor herían en las cumbres de los montes y en los espaciosos valles, la gustosa compañía de damas y caballeros se levantaron; y habiendo cumplido con la devoción de la misa y después con el reparo del individuo, entraron en sus coches. Ya Feliciano llevaba templada su guitarra, por no hacerles esperar; y viéndoles acomodados, y con cierto silencio, dió al aire la voz cantando este romance:

Manzanares, por,Agosto
se quejaba sin llorar,
de que le hagan siendo río
el valle de Josafat.
Al juicio de los olmos

que me usurpan el caudal,
vienen almas en sus cuerpos,
y en el puro cordobán.
Presentóse una cuadrilla
de aquellas que el solimán
convierte en marfil sus rostros
siendo los cuerpos nogal.
Y otra cuadrilla de aquellos
que por su calvinidad
al bañarse (como censo)
traen el pelo al quitar.
De cojas y derrengadas
se ostentó gran cantidad,
que le deben más al corcho
que á su padre natural.
Las flacas quieren desnudas
á la alcachofa imitar,
siendo sus cuerpos lo menos,
y sus busquiñas lo más.
Junta, pues, en una poza
la osaria comunidad
más que trebejos en bolsa
hace en rumor al bañar.
El gremio de los pequeños
en otro cuartel está,
ya renacuajos del agua,
ya grillos del arenal.
De langarutos sujetos
vi una cuadrilla longar,
que pudiera el más pequeño
ser consultado en varal.
El concurso de los gordos
se baña para enviar,

de mi agua y de su sebo
almíbar á Portugal.
Las que pasan de morenas
se dejan de mí apodar,
ya por lo flojo, á estameña,
ya por lo negro, á contray.
A venirse por el parque
cuidado pudieran dar,
sobre el partir del albergue
á su familia grajal.
Muchas mulatas me dieron
ocasión á imaginar,
si era el Tajo que á Toledo
membrillos en feudo da.
Lo que pasa entre esta gente
considere cada cual,
que yo por callado río,
no lo puedo revelar.

Mucho rieron aquellas damas y caballeros con el romance de Feliciano, el cual cantó con mucho donaire y gracia.

Previnose doña Clara para decir su discurso, y dándola atención, comenzó desta suerte.





SUCESO CUARTO

La libertad merecida.

Quisiera, discreto auditorio, ya que me ha tocado la suerte para este gustoso y honesto entretenimiento, que en mí hubiera partes de inventiva y traza para maquinar y disponer bien el discurso que os tengo de decir. Mas, pues, una y otra me faltan, no quiero que carezca de la moralidad, que es lo que más nos importa. En él alabo á los padres que prudentemente dejan el libre albedrío á sus hijos, para elegir el estado á que más se inclinan, sin forzar á tomarle contra su voluntad; porque de dársele así, se han visto suceder muchas desdichas. Cuán acertado es que entre los que les fueren iguales en calidad, elijan ellas asimismo al que más se inclinaren. Alaba la virtud de la piedad con el prójimo, pues haciendo bien con ella se halla el pre-

mio de haberla tenido en el más apretado trance; finalmente, reprende á los que por juicios temerarios llevados de su interés, se arrojan á hablar mal de sus prójimos, poniendo defectos en las honras, vicio á quien tarde ó temprano llega su castigo; desto ha de tratar mi discurso, el cual comienzo desta suerte:

En Ceuta, ciudad famosa de Africa, sujeta á la corona de Portugal, opuesta á la sarracena milicia, resiste su poder en oprobio suyo, haciendo heroicas entradas en sus términos, de donde á su pesar vienen triunfantes nuestros soldados, así con bélicos despojos, como con grandes copias de cautivos. Aquí asistía por capitán en aquel presidio un anciano fidalgo portugués de ilustre sangre, llamado Antonio de Gama, cuyas hazañas, continuadas por espacio de treinta años, habían realzado más su noble linaje y dado motivo á la fama para extender su nombre por toda Africa, siendo el terror y asombro de sus moros. Habíale dado el cielo una hija de tanta hermosura, que era en esto el prodigio de aquella tierra y de las convecinas. Su edad eran dieciséis años y sus gracias muchas; por las cuales y el buen dote que tenía (que era rico su padre), había algunos fidalgos capitanes y soldados aventajados en aquellos presidios que deseaban merecerla, pretendiendo casarse con ella con muchas veras; y si bien el padre no tenía propósito de darla estado tan presto, fué tan moles-

tado de todos, que se determinó á elegir entre ellos el que había de ser digno merecedor de tan estimado sujeto, y no quiso hacerlo por gusto suyo, sin saber primero el de doña Teresa, que así se llamaba la bizarra dama, aguardó ocasión para esto, y un día acabando de comer le dijo estas razones:

—Hija, después que por vuestro nacimiento faltó mi amada esposa y vuestra madre, he puesto todo el gusto y amor en vos, como única prenda procedida de los dos. Bien quisiera detener el tiempo y que no pasara tan veloz de la edad que gozáis, á la que os ha de obligar forzosamente á tomar estado para darme con él la sucesión que deseo, por lo que siento el apartaros de mi compañía. La hermosura con que el cielo os ha dotado y las demás partes que en vos hay de calidad y discreción, son tan amables y apetecibles de muchos que os desean para esposa suya, que soy molestado dellos para que me determine á daros estado con el que fuese más á propósito. No he querido disponer desto hasta saber el gusto que tendréis y á quién os inclináis. Ved esta lista de los que os pretenden; y pues conocéis bien las personas de ella, mirad despacio cuál os parece más á propósito para vuestro dueño, que los que ahí están son iguales en calidades y méritos; esto hago porque no quiero daros marido á disgusto vuestro, guiado por mi elección; y así en la vuestra libro el acierto, porque después no

os quejéis de mí, que siempre me ha parecido mal que los padres por sus particulares intereses, empleen sus hijas en personas contra su gusto, pues es pena de toda la vida un casamiento que no sale á satisfacción de las partes. Ved el que os está bien de los que os propongo, y mañana en todo el día me daréis la respuesta.

A estas razones le respondió la hermosa doña Teresa, que sujeta á su obediencia nunca tuvo voluntad propia, porque por la suya había de gobernarse mientras Dios la diese vida, que aunque ella conociese los que en la lista le daba, él sabría mejor que ella, por tratarlos más, sus costumbres, que después de las calidades, eran las que se habían de inquirir en los casamientos, pues de no las tener conforme convenía, era meter en su casa perpetuo desasosiego, viéndose con yerno áspero y poco dócil.

Pareciéronle bien al capitán las cuerdas razones de su hija, y así la dijo que en tanto que ella hacía la elección que la mandaba, se informaría: que cuando el electo no fuese como deseaba, no era el mismo consorcio hacerla para no poder escoger otro, pues había tantos. Fuese el capitán con esto dejando á su hija sola, la cual miró muy de espacio la lista de los novios, y en ella echó menos un fidalgo capitán que había medio año que la servía con grandes veras y finezas, cuyo nombre era don Vasco de Almeida, el cual, por encogimiento suyo no se había atre-

vido á lo que los demás, pidiéndola por esposa.

Sintió la hermosa dama entrañablemente no verle allí escrito con los otros, presumiendo si por no venir en la lista era poco afecto á su padre, por lo cual no gustaba de dársele por esposo. Por otra parte imaginó á lo que la manifestaba querer, era más por entretener el tiempo que por afición que la tuviese. Y para salir desta duda, antes de dar la respuesta á su anciano padre, se determinó á escribirle un papel que recibió el caballero por orden de una esclava, tercera destos amores, y en él leyó estas razones:

«Poco debo á vuestro amor, si cuando me vendéis finezas hallo descuidos en solicitar vuestro empleo, atribuyéndolo á que le debéis de haber hecho en otra parte, pues al tiempo que otros, que no están en mi gracia como vos, pretenden granjear la de mi padre para que sea su esposa. Por esa lista que os envío escrita de su letra, veréis la falta que hacéis en ella, por donde considero la que ya debéis de tener de voluntad. Si esto es ansí, con el menor desengaño haré elección del más conveniente, que quizá será menos ingrato que vos.»

En extremo sintió don Vasco las rigurosas razones del papel, hallándose corrido de no haber sido el primero en habérsela pedido por esposa á su padre, pesándole sobremanera de que otros le hubiesen en esto ganado por la mano, y para

disculpar su descuido, determinó responderla desta suerte:

«Si mi atrevimiento igualara al deseo que tengo de ser vuestro, no me anticipara ninguno en la diligencia de pediros á vuestro padre; yo ignoraba hasta ahora que tratase de admitir lista de yernos. Mas ya que se puede tratar deste particular, que tan bien me está, quiero daros satisfacción, si no en haber sido el último, de que me confieso culpado, en que conozco de mí, que sólo vos habéis de ser el verdadero dueño de mi alma.»

Con este papel volvió la lista de los pretendientes que su dama le había enviado, y sin aguardar á más dilaciones se vió con el capitán, á quien significó con encarecidas razones cuán grande aficionado y servidor le había sido siempre y era, y que esto deseaba mostrarlo en ocasiones, donde conociera con experiencia sus buenos deseos; que para dar calidad á su linaje y sucesores á su casa de tanta estima como la que en él conocía, deseaba que le honrase con su hija, á quien había muchos días que deseaba en alegre himeneo, pidiéndosela, como ahora lo hacía, por esposa suya, si encogimiento y temor de ver sus pocos merecimientos no se lo estorbaran.

Agradeció el capitán los deseos de don Vasco y estimó su voluntad, prometiendo comunicarlo con su hija, porque había determinado no darla

marido por su elección, sino que de algunos propuestos de iguales calidades ella la hiciese; y fiase dél la procuraría inclinar á él más que á otro alguno, porque desde en vida de su padre, con quien tuvo estrecha amistad, le era muy aficionado .

Besóle las manos con humildes sumisiones don Vasco por la merced que le ofrecía hacer, con que se despidieron de la plática.

Vióse el capitán aquella noche con su hija, y preguntándola si había determinado ya la elección de esposo, le dijo, viendo faltar de la lista don Vasco, á quien tenía grande afición, que aún no se había resuelto, porque había mucho que considerar en ello:

—Pues falta, dijo el capitán, un fidalgo de esa lista, que no es el que menos méritos tiene de los que están en ella, y éste es don Vasco de Almeida, un muy valiente soldado, cuyo padre también lo fué y grande amigo mío; y al hijo quiero yo mucho, y te promoto que hoy me llegó á hablar en esto con tan cuerdas y corteses razones, que me dejaron muy pagado de sus partes.

Mucho se holgó doña Teresa de que don Vasco hubiese hablado á su padre, y mucho más de verle tan de su parte en su empleo; mas disimulando el contento por no dejarle sospechoso, se resolvió á darle el día siguiente la respuesta en lo que la mandaba.

Esa misma noche se vió la hermosa dama con su galán y procuró darle un picón, diciéndole cómo su padre se había inclinado á otro fidalgo y que resolvía dársele por esposo, y era fuerza, vista su determinación, obedecerle, no saliendo de su voluntad. El sentimiento que de oir esto tuvo don Vasco, las quejas que dió de la poca fe de su dama y cuánto culpó su ingratitud, requiere más tiempo para su ponderación; sólo diré que le faltó poco para no hacer mil extremos de locura; mas sintiendo doña Teresa la pena que había recibido con la burla, crisol donde se le conoció la voluntad, no quiso que pasase adelante, y así le dijo:

—Señor don Vasco, bien conozco no ser fingido lo que os he oído, y si bien os habéis quejado, no ha sido sin costa de mi sentimiento, pues he llevado parte de vuestra pena; mañana creo que saldrá bien vuestra consulta; id con Dios, que no será otro mi esposo, sino es don Vasco de Almeida.

Y con esto, por sentir ruido de gente en la calle, se entró, cerrando la ventana.

Quedó el enamorado caballero como quien vuelve de la muerte á la vida, solemnizando el picón que le había dado su dama. Retiróse á su posada, y en ella pasó la noche con grande desvelo, deseando ver cumplida la promesa de su querido dueño. Esotro día volvió á estar con doña Teresa su padre, á quien pidió la resolu-

ción de su voluntad, y ella le dijo, aunque con grande vergüenza, que de todos los que la pretendían ninguno le parecía que conformaría más con su voluntad, así en la nobleza que tenía como por su agradable condición que don Vasco; que á éste elegía, con su licencia, conociendo, por lo que le había dicho dél, que en esto tenía particular gusto.

Abrazóla con grande contento el capitán, besándola en una de sus hermosas mejillas, por haber elegido tan á su gusto; y por no dilatar más esto envió á llamar á don Vasco. Vino el favorecido caballero á casa del capitán, y teniéndole en su presencia, le dijo cuán á su gusto había determinado su hija el admitirle por esposo, entre tan nobles fidalgos como la pretendían. Echóse á sus pies don Vasco, y el capitán le abrazó con entrañable amor.

Juntáronse los amigos esa tarde y entre ellos los no admitidos con no poca envidia de la buena suerte de don Vasco. Hiciéronse las capitulaciones y quedó concertado que fuese su desposorio para de allí á ocho días. Presentó don Vasco ricas joyas á su esposa; previno galas, sacó libreas en el ínterin que se llegaba el deseado día. Mas como la inconstante Diosa jamás permanece en un ser, cuando el galán caballero andaba más metido en su boda, le sucedió la mayor desdicha que pudiera tener fuera de perder la vida.

Dos días antes del en que había de ser el desposorio, al amanecer se tocó á rebato en la ciudad, avisando á los centinelas que habían llegado algunos moros á las puertas della, con poco temor de los soldados que estaban de guarda en en ellas. Prevínose la más gente de guerra que pudo armarse, para salir á ellos, entre la cual salió don Vasco, que en tales ocasiones, como tan animoso y valiente caballero, era el que primero se hallaba. Iba en un alentado caballo alazán, bien armado de sus armas, con su lanza y adarga; fueron, pues, siguiendo á los atrevidos moros, y al tiempo que iban dándoles alcance y ellos huyendo; salieron de una emboscada más de quinientos, que estaban aguardando aquella ocasión para hacer su hecho, pues para lograr su intención habían usado de aquella estratagema; dieron en los nuestros, y trabándose entre los unos y los otros una peligrosa escaramuza, comenzó á haber en las dos partes muchos heridos y muertos: al fin, como los moros eran más, y salieron con mejor orden, hicieron gran daño en nuestra gente, de suerte, que en breve tiempo los desbarataron, matando y prendiéndolos. Don Vasco andaba entre los moros con heroico esfuerzo, animando á los pocos que se defendían, haciendo de su parte cuanto era posible por retirarse, mas toda su gente estaba cansada, y con pocas esperanzas de ser socorrida, con lo cual desanimó del todo; y así el pobre caballero

se vió cercado de moros y á pie, donde con su espada en la mano y embrazada la adarga, hizo gran daño á los moros, teniendo muertos seis dellos á sus pies y á otros mal heridos. En esto estaba cuando un morillo desde afuera le tiró una lanza, con la cual le acertó en un muslo, y aunque le entró al soslayo, fué bastante la herida para hacerle arrodillar. Allí cargaron todos los que peleaban con él, rindiéndole; y queriendo quitarle la vida, se lo estorbó Zulema, un valiente moro que venía por cabo de aquella gente, diciéndoles en altas voces que el mayor servicio que podían hacer á su rey era llevarle aquel valiente cristiano preso.

Llegóse á donde estaba tendido don Vasco, y en lengua portuguesa (que la sabía bien), le dijo:

—Cristiano: bien ves el estado en que te hallas, y cuán imposible es escapar con la vida si te resistes, entrégate á prisión de bueno á bueno, que el verte tan valiente y esforzado me da compasión que mueras malogrando tu juventud, fía de mí que te puedo ser buen amigo.

Levantóse don Vasco, y rindiéndole la espada al moro se dió por prisionero suyo, el hombre más afligido del mundo, por sucederle esta desdicha en tiempo tan cercano á sus bodas. No se tuvo menos sentimiento de su prisión en Ceuta, porque era amado de todos. El capitán su suegro y su hermosa hija hicieron en particular grandes demostraciones de pena con su cautiverio, deter-

minándose el capitán ofrecer toda su hacienda si fuese menester para su rescato: tanto era el amor que le había cobrado.

Recogieron los moros los despojos y con los cautivos que prendieron y algunas banderas que ganaron, dieron la vuelta á su frontera, de donde Zulema determinó partirse á Marruecos á dar cuenta de su victorioso suceso al rey, y ofrecerle los cautivos, y todo lo demás que en aquella entrada habían ganado; y para esto dió aviso á don Vasco, que se previniese para ir con él. Aquí sintió de nuevo el pobre caballero su desdicha, juzgándose sin esperanza de rescatarse tan presto. Mas visto que no había remedio, sufrió con paciencia aquel golpe de fortuna y hubo de esperar con valor lo que le viniese, ya que la suerte le había sido tan contraria.

Partió Zulema con todo el despojo que ganó, y en breve tiempo llegó á Marruecos, donde hizo una lucida entrada en su corte, con la gente que le acompañaba, y cautivos que vistió á su modo, salvo á don Vasco que iba en el hábito mismo que le cautivó. Recibió el rey á su valiente capitán con afable rostro, prometiendo hacerle muchas mercedes por el grande servicio que le había hecho, los cautivos repartió entre los más principales moros de su corte, y llegando don Vasco á besarle el pie, como le vió en diferente hábito que á los demás preguntó quién era. Zulema le dijo:

—Dé vuestra alteza á besar el pie á ese cautivo, que demás de ser hombre noble en su tierra, es de los más valientes soldados que yo he visto; y para cautivarle no nos costó poca gente de la nuestra, hasta que de cansado le venimos á rendir, tráigosele á vuestra alteza, reservado de entre los demás.

Puso el rey los ojos en don Vasco, y agradándole su buena persona dijo á Zulema que le agradecía mucho el presente, que aquel cautivo gustaría que sirviese de jardinero en el jardín de Zoraida, su hija. Besóle de nuevo el pie don Vasco, por el favor que le hacía, y de allí fué llevado al jardín, donde con otro esclavo cristiano, mudando su hábito en el de cautivo, trató de allí adelante de cultivar y compner los cuadros de aquel fresco y deleitoso sitio, sintiendo cada día más su cautiverio, por hallarse ausente de su querida doña Teresa.

Era Zoraida, infanta de Marruecos, y heredera de aquel reino, una de las más perfectas y hermosas moras que había en toda Africa. En su compañía estaba una prima suya, cuyo nombre era Zelima, sobrina del rey de Turudante. Esta tenía un hermano llamado Zeilán, de los más valientes moros que había en aquellos reinos, el cual estaba sumamente aficionado de la hermosa Zoraida, mostrándose muy fino en servirla, si bien era poco afecto á la bizarra mora, porque nunca le mostró agradecimiento á sus finezas,

aborreciéndole al paso que Zeilán procuraba obligarla. Era este moro algo arrogante, dándole ocasión para serlo el haber servido al rey en las ocasiones de guerras que había tenido con el de Fez convecino suyo, hasta venir á ser general de sus ejércitos, con el cual oficio le ganó algunas importantes victorias, hasta que asentaron entre los dos reyes treguas por cierto tiempo, y hallábase el de Marruecos obligado á Zeilán, por lo cual le hacía siempre mucho favor, prefiriéndole en todos los actos públicos á los más principales moros de su corte, con lo cual era Zeilán poco afecto á ellos y juntamente muy envidiado de todos.

Proseguía el gallardo moro en servir á la hermosa Zoraida, intercediendo por él su hermana Zelima; cuando don Vasco fué señalado por el rey para servir de jardinero en compañía de otro cautivo, que era andaluz.

Sentía el pobre caballero el haber perdido su amada libertad en tal ocasión, como la que aguardaba, para hacer sus deseadas bodas, y cada día iba afligiéndole más su cautiverio, ausente de su querida esposa, sin haber consuelo alguno que le divirtiese su pena de algunos que le daba Teodoro su compañero: sólo con la esperanza de verse algún día libre, se pasaba, que es la libertad la más rica prenda que tiene el hombre; y así dijo á este propósito un poeta estos versos, tratando desta preciosa joya:

Siente su tormento esquivo
en la galera el forzado,
su mal empleo el casado,
muerto el gusto, el pesar vivo,
á su cadena el cautivo,
que el verse libre le anima,
aplica la sorda lima.
¡Oh libertad, prenda amada,
á la salud comparada,
que perdida en más se estima!

Estaba un día el cautivo don Vasco, igualando con unas tijeras una mesa de murta, que era adorno de un curioso cuadro del jardín, y por dar alivio á sus penas, quiso comunicarlas al aire, cantando en sonora voz, que la tenía excelente, como todos los de su patria, estos versos á la ausencia:

Sentir pasiones, padecer tormentos,
estar perpetuamente con cuidado,
temer mudanzas del sujeto amado,
confundirse con varios pensamientos.
Beber los mares, detener los vientos,
por no perder su venturoso estado,
tener el pecho en celos abrasado,
mostrarlo con inquietos movimientos.
Medir cada momento una distancia;
afligirse con pena y desconsuelo,
dudar de su remedio eternamente;
manifestar á todos su constancia,
pasar todas las noches con desvelo,
esto siente un amante que está ausente.

Descuidado de que nadie le pudiera oir, cantó este soneto el enamorado don Vasco con grave voz, y diestros pasos de garganta, cuando al tiempo que le comenzaba á cantar, habían bajado al jardín la hermosísima Zoraida con su parienta Zelima, que suspensas con la dulce y regalada voz del cautivo, dejaron de coger las flores para unos ramilletes que iban haciendo por escucharle, que entendían bien la lengua española. Acabó el enamorado caballero, con un penoso suspiro; y afligido con la pena que sentía su corazón y el desvelo que había tenido aquellas noches, dióle un desmayo, con el cual cayó en el suelo, acudió su compañero á abrazarse con él y quitándole los botones de una jaquetilla azul que traía, para que se alentase.

Llegaron á este tiempo las dos hermosas moras compadeciéndose de ver al joven en aquel conflicto, mandaron al otro cautivo que de una hermosa y clara fuente que cerca de allí disipaba por entre las olorosas flores su líquido cristal, se le trujese en alguna vasija, para echársele en el rostro. Obedeció Teodoro, y ellas en tanto se quedaron con él, tomándole la cabeza en sus faldas la hermosa Zelima, que lo hizo con mucho gusto, porque desde la primera vez que había visto al cautivo le estaba inclinada, y se compadecía mucho de su accidente. Vino con presteza Teodoro, trayendo el agua con que le roció el rostro, y don Vasco volvió luego en su acuerdo,

dando de nuevo muchos suspiros, cosa que enternecció á las dos moras. Zoraida le dijo:

—¿Qué es esto, cristiano? ¿Qué pena es la que te aflige? Que el gusto de haberte oído cantar, nos le ha aguado el súbito accidente que te dió. Vuelve en ti y cuéntanos á las dos; así Alá te dé vida, la causa que te obligó al desmayo que hemos visto.

—Hermosas señoras, dijo don Vasco; en mucho estimo la merced que hacéis á vuestro cautivo, compadeciéndoos de mi accidente, enfermedad antigua es en mí la de estos desmayos, y así no es bien que os dé cuidado, que luego vuelvo dellos y ya no son tan recios como solían darme.

—Si yo no me engaño, dijo Zelima (empeñada en querer sonsacar al cautivo, aficionada á su talle), este desmayo no proviene de enfermedad, como nos dices, sino de alguna afición que tienes en tu tierra, y con la pérdida de la libertad, sientes la del gusto, ocasionándote con los versos que cantaste y memorias de la patria ese desmayo, como en nosotras el susto de verte con él.

—No quieras encubrirnos la verdad, dijo Zoraida, importunando á don Vasco á que les diese cuenta de lo que le pedían, prometiéndole guardar secreto.

Tanto fué importunado el enamorado portugués de las hermosas moras, que les dijo:

—Véome tan obligado á la merced que me hacéis, que aunque sea á costa mía el renovar mi pena os la diré en breves razones.

Entonces les dió cuenta de quién era, de sus amores y del estado en que estaban cuando fué cautivo. De nuevo se compadeció Zoraida del penado joven, y de allí adelante dió en favorecerle, haciéndole regalar y pasando con él muchos ratos de conversación, en que le hacía varias preguntas de las cosas de su tierra, significándole cuánto se holgara que estuviera en su mano poder darle libertad, porque fuera á gozar de su esposa; mas que su padre tenía ya noticia de cuán gran soldado era, y por no dar esfuerzo con él á sus enemigos, estaba con propósito de no rescatarle por ningún precio; mas que confiarse en Alá que dispondría modo, para que algún día se rescatase. Agradecióla don Vasco estos buenos deseos, y así se pasaba en el oficio de jardinero.

Zelima sentía grandemente no poder verse con don Vasco á solas, para manifestarle cuánto le quería, y aunque con los ojos (lenguas del corazón) se lo daba á entender las veces que se veía con él delante de su prima Zoraida, el enamorado portugués no se daba por entendido, aunque lo conocía, que como tenía el alma entregada á su ausente esposa, no le daba lugar su memoria á divertirse en otra parte, cosa que Zelima sentía en extremo; pero no lo atribuía tanto

á los antiguos amores que dejaba en su tierra, cuanto á que debía de haberse inclinado á Zoraida, con lo cual tuvieron lugar los celos en su pecho, para hacerle un poco de guerra. En este tiempo andaba Zeilán muy fino en sus amores, aunque no bien pagado, porque á los ojos de la hermosa Zoraida no había cosa más aborrecible que él, y viendo que en cualquier parte que se hallaba, le tenía presente, y que asimismo en extremo molestada de la intercesión de su hermana, para que le favoreciese, por redimir una y otra vejación, determinóse un día á desengañarle, con ocasión de responderle á un papel amoroso, que Zelima le había dado suyo, y así le escribió desta suerte:

«En la poca estimación que siempre he hecho de vuestras finezas, pudiérades haberos desengañado, cuán poco admitido sois en mi gracia; excusad el pasar adelante en esto, si es posible, creyendo de mí que, pues, por vuestra hermana no habéis sido favorecido hasta ahora, con ser á quien yo más estimo, no lo seréis aunque vuestra asistencia y su intercesión sean más frecuentadas; en palacio hay con quien podéis olvidar esa pasión, y que con igualdad podáis tratar de su empleo y seáis más bien recibido.»

El papel le llevó don Vasco (que allá se llamaba Brito por encubrir su nombre), con el cual estuvo á pique de hacer locuras de sentimiento. Estuvo con su hermana y resolvióse á llevarla á

su tierra, pidiendo licencia al rey por no verse más en presencia de la cruel Zoraida; mas Zelima, que estaba enamorada de don Vasco, le disuadió de aquel intento, aconsejándole que fingiese hacer ausencia por algunos días de la corte, quedándose en ella para ver cómo llevaba Zoraida esto, que con lo que ella le significaría su pena afeándole el desprecio que había hecho dél podría ser que humanase algo su áspera condición. Parecióle bien el consejo al apasionado moro, y así otro día pidió licencia al rey para ir á ver á sus padres que había días que no los había visto. El se la dió, aunque contra su voluntad, porque le estimaba mucho. Salió aquella tarde de la corte y dejó escrito á su hermana un papel para que diese á Zoraida, la cual se le dió aquella tarde, y en él leyó estas razones:

«Cuando pensé que mis finezas, y la intercesión de mi hermana, humanaran el rigor de vuestra alteza, ablandando algo su áspera condición experimentó, no sólo desdenes, sino desengaños, que si no me acaban la vida, no cumplo con lo que ha prometido mi afición. De la novedad de verme con el primero papel de vuestra alteza, no se alegró el corazón que fué cierto profeta de su daño; y considerando que para vuestra alteza era la mayor lisonja dejar esta corte, y perder el favor del rey, me dispuse á hacer ausencia della, dejando á vuestra alteza con menos cuidado de pensar rigores que ejecutar conmigo,

sintiendo, cuanto la vida me durase, los que he experimentado.»

No dejó de sentir algo la hermosa Zoraida la solución de Zeilán, y por no mostrarse del todo rigurosa, significó á Zelima cuánto le pesaba de su partida, la cual pudiera excusar y andar más recatada en servirla, pues esto fué causa de su desengaño. Halló buena ocasión Zelima para interceder por su hermano, y así de nuevo suplicó á Zoraida fuese servida de mandarle volver á la corte, pues no era justo que della faltase caballero tan importante. Teníale poca inclinación la hermosa mora, y por no dar lugar á dilatar más la plática en este particular, dejó á Zelima y se retiró á su cuarto, cosa que ella es timó por quedar sola en el jardín, donde procuró verse con don Vasco. Mas como no le hallase en en él, entretuvo entre aquellos compuestos cuadros, y apacibles fuentes la tarde, hasta que vino la noche, y quejándose de su poca dicha, se entró á acompañar á la hermosa Zoraida. Esa noche avisó Zelima á su hermano de lo que la había pasado con su dama, dándole algunas esperanzas de verla presto blanda.

Deseó la bella Zoraida de allí á dos días irse á holgar á un jardín, que estaba un cuarto de legua de la corte, y era una amenísima estancia, orilla de un claro río por donde se iba en barcas hasta esta recreación. Previnose para esta holgura lo necesario, y Zoraida no permi-

tió que la acompañasen más que cuatro moras, de las que más privaban con ella y los dos jardineros, don Vasco y Teodoro. Con estas damas no fué Zelima por hallarse indispuesta. Entráronse en las barcas, y en breve tiempo se pusieron en el jardín, donde toda la mañana se entretuvo Zoraida y sus moras, en recrearse por sus hermosas calles y entrincados laberintos, gozando de sus artificiales fuentes, hasta que llegó la tarde. Y dos horas antes que el rojo Febo se fuese á dar más cercana luz al humilde Occidente, quiso Zoraida salir del jardín á espaciarse por una frondosa ribera que estaba cercana á la orilla del mismo río.

Iba entonces la hermosa mora con solos los dos cautivos sus jardineros, y á pocos pasos que habían andado por el verde sitio, toparon un caballo atado por las riendas al tronco de un verde aliso, el cual tenía cubiertos los ojos con una banda verde, y del arzón colgada una adarga, en cuyo blanco espacio se veía pintada la flor del sol que llama heliotropo, que mirando al rubio planeta, que también estaba pintado en ella, le iba siguiendo en su cotidiano curso. Debajo desta pintura estaba esta letra escrita con letras doradas:

Hasta llegar al ocaso
no perderá mi firmeza
la vista de tu belleza.

Al mismo árbol á que estaba atado el caballo, vieron arrimada una lanza, y cerca dél tendido en la verde hierba durmiendo un gallardo moro costosamente vestido; era de edad de veinticinco años, de agradable aspecto y buena proporción. Atentamente le estuvo mirando la hermosa Zoraida, y fué tan poderoso el objeto que imprimió en ella una afición tal, que la dejó desde aquel punto sin libertad. Dormía el galán y lucido moro con alguna inquietud, y tenía en la mano izquierda un papel muy apretado, el cual deseó mucho Zoraida ver, y así le mandó á don Vasco que se le tomase de modo que no le hiciese recordar. Hízose mejor que pensaron, porque volviéndose al otro lado el dormido moro, dejó caer el papel en la verde hierba, diciendo entre sueños:

—¡Ay hermosa Zoraida! ¿Cuándo han de verte mis ojos?

Sumamente se alegró la cuidadosa mora de oirle esto, y habiendo alzado el papel don Vasco, se le dió, el cual vió que servía de cubierta á un hermoso retrato que conoció ser suyo, hecho con grande primor del valiente pincel. Descogió del todo el papel Zoraida, y vió en él escritas su lengua arábiga estas razones:

«Hoy se acabó de copiar ese hermoso retrato á satisfacción mía, que remito á vuestra alteza con ese correo, y aunque va á toda diligencia, pienso que con mayor ha de hacer su hermosura

venir á vuestra alteza á esta corte, si su determinación dura todavía, deseando ver el original de ese trasunto, ya tiene aviso de mi posada vuestra alteza, venga con el secreto posible, y Alá le guarde y prospere en mayor estado, *Muley Xeque.*»

En extremo quedó admirada Zoraida de haber leído el papel, dejándola con más cuidado deseosa de saber quien fuese el bizarro moro, califificado con el título de alteza, y por ver venir á sus moras hacia la parte donde estaba, dejó aquel puesto y se volvió al jardín, haciéndolas que la acompañasen, con notable inquietud de no haber sabido lo que tanto deseaba, por tenerle dado ya el venturoso moro asiento en su alma. Hizo luego prevenir el barco, y volviéndose en él con sus moras y Teodoro el cautivo, dejó mandado á don Vasco que se quedase á saber, si fuese posible, quién fuese el desconocido moro. Obedecióle el gallardo portugués, y con esto partió Zoraida á la ciudad, llevándose el retrato consigo, librando en el cuidado de don Vasco el informarse de quién era el que consigo le traía.

Este moro que Zoraida halló durmiendo, era el gallardo Xarife, hijo del rey de Fez, que deseando tener un retrato de la hermosa infanta de Marruecos, había enviado por él á Muley Xeque, embajador del rey su padre, que asistía en Marruecos, y como se le enviase juntamente con

aquella carta que Zoraida leyó, enamorado de su hermosura, partió de su tierra con solos dos criados encubierto, los cuales había enviado á la corte á que le llamasen al embajador para entrar con él en ella. Sucedió que como despertase y hallase menos el retrato, buscándole cuidadosamente por la hierba no le pudo hallar, esto era cuando el rubio apolo daba líneas de oro al oscuro Occidente, y la negra noche comenzaba á manifestar el vistoso ornato de sus lucientes estrellas. Volvió de nuevo el enamorado moro á buscar su perdida prenda, afligido de haberla perdido por su poco cuidado, pero fué en vano cuanta diligencia puso en ello.

En esto estaba ocupado cuando oyó cerca de aquel sitio relinchar un caballo, que habiendo sentido al suyo, le provocó á aquel natural afecto, quitó la adarga del arzón, y embrazándola, partió á la parte que había sentido el ruido, y antes de llegar á ella, sintiendo hablar, suspendió el paso por oir lo que decia un moro que por entre las ramas pudo apenas divisar, que estaba echado sobre la menuda hierba. Este era Zeilán, que habiendo sido avisado que Zoraida salía á aquel jardín, vino al tiempo que ya acababa de irse; y aguardando á que fuese más noche para entrar en la ciudad sin ser visto de nadie, estaba en aquel ameno sitio echado, discurriendo en varios pensamientos, y hablando á solas consigo, le pudo escuchar Xarife estas últimas razones:

—Bien puede la fortuna, ¡oh, hermosa Zoraida!, serme contraria siempre; mas no me quitará la gloria de llamarme esclavo tuyo, en cuanto la vida no desampare este cuerpo, porque eternamente me tengo de preciar deste honroso título.

Con solas estas razones que oyó Xarife, tuvo por muy cierto ser aquel moro el robador de su estimada prenda, y ya estimulado con los celos, de haberle oído que quería bien á quien había elegido por su dueño, rompiendo por lo espeso de las ramas, salió á la parte donde estaba Zeilán; el cual, oyendo el ruido de las hojas, con grande presteza se puso en pie, embrazando la adarga, y empuñando el alfange.

Llegó Xarife, y con alguna turbación le dijo:

—Caballero; ¿úsase en esta corte, que á los que lo son como yo, hallándoles descuidados durmiendo, se les tomen prendas?

Ignorante Zeilán de lo que el moro decía y le imputaba, le respondió:

—Caballero, no sé qué es lo que me decís; pero lo que os puedo afirmar es que los que profesan serlo en esta tierra, más usan agasajar á los forasteros que dejarles quejosos.

—No me asegura la experiencia, dijo Xarife, que eso sea así, pues hallo menos de mi poder un hermoso retrato, que es lo que al presente fuera de su dueño debo más estimar; y de vuestra boca he oído razones que confirman haber sido vos

quien me le ha tomado, pues os he oído nombrar el original dueño de mi alma.

Con más fundamento quiso averiguar Zeilán la queja del colérico forastero, y así le dijo, satisfaciéndole de camino:

—Yo, señor, ha poco que llegué á este sitio; mas cuidé hallar cerca dél al dueño de mi libertad, que de tomar vuestras prendas; si ese retrato es de quien vos me habéis oído nombrar, que como señora de mi vida aún en los lugares solos como éste no me falta de la boca, tenéis mucho que averiguar conmigo, sobre si sois digno de servir sujeto de tantas partes como ella; porque nadie en toda Africa pienso que me aventaja en calidad, y aún no me he atrevido á traer conmigo copia de su singular hermosura, habiendo seis años que la sirvo continuamente.

Aquí acabó Xarife de perder la paciencia, rematándosela los rabiosos celos; y así le replicó conociendo quién era:

—Otros habrá que no sólo os igualan en nobleza y valor, pero os excedan, y que por sus partes merezcan y sean dignos de ser admitidos al servicio de la hermosa Zoraida; y no quiero deciros que soy yo uno de ellos, hasta que me conozcáis. Lo que me importa es que me volváis el retrato que me habéis tomado, que antes perderé yo mil veces la vida que irme deste puesto sin él.

No menos colérico que Xarife estaba Zeilán,

con las arrogantes razones del no conocido moro, y remitiendo su satisfacción á las manos, sacó su acerado alfange, diciendo:

—Mil veces habéis mentido, atrevido moro, en lo que habéis dicho, que no sólo me excedéis en calidad y valor, pero ni me igualáis, y con las armas en la mano os satisfaré el perdido trasunto; no sólo no dándoosle, porque no le tengo, pero sacándoos, con quitaros la vida, el que tenéis impreso en vuestra idea.

Y con esto, yéndose para él, halló á Xarife, no menos apercibido. Comenzaron los dos valientes moros á acuchillarse con grande ánimo, no perdonando á la defensa delante los dulces filos de sus limpios aceros. Desta suerte anduvieron un cuarto de hora, sin hallarse herido ninguno; mas por su desgracia Xarife puso los pies en una parte algo húmeda, donde desfilando por la hierba, cayó de espaldas. Allí le alcanzó Zeilán una peligrosa cuchillada en la cabeza; y queriendo ir sobre él, se halló herido en un brazo de otra que le dió al tiempo que se arrojó á Xarife. Picado desto Zeilán, asegundó con otra cuchillada, acertándole, mal cubierto de su adarga, en un hombro, con que le dejó mal herido, y queriendo acabar con la vida de su contrario oyó ruido de gente que venía apartando las ramas de los árboles; por lo cual temiéndose no fuese compañía, que el moro trajese con quien le pudiese suceder alguna desgracia, le dejó; y poniéndose en su caba-

llo, se volvió á la ciudad, yéndose desangrando de la herida del brazo, aunque no era peligrosa, dejando tendido al enamorado Xarife en la verde hierba, casi sin sentido, de la peligrosa herida de la cabeza.

El ruido de la gente que Zeilán sintió, por cuya ocasión dejó de matar á Xarife, era que don Vasco y otro jardinero de aquel jardín, á que Zoraida había ido á holgarse, venían en busca del no conocido moro, como la infanta se lo había mandado; y como le hallasen de aquella suerte, supieron dél la causa de haberle dejado herido Zeilán, y asimismo quién era.

Tomóle don Vasco en sus hombros, por no poderse tener en sus pies; y ayudado de su compañero, le llevaron al vecino jardín, donde le tomaron la sangre, y sin aguardar á más dilación, se entraron con él en una barca, y por el río se pusieron con mucha presteza en la ciudad. Don Vasco le dió de camino cuenta de cómo su retrato no se le había tomado Zeilán, sino cierta dama que á su tiempo sabría quién era, la cual le había hallado durmiendo; que lo que le podía asegurar era que no le pesaría después que supiese en cuyo poder estaba.

Con esto desembarcaron cerca de palacio, y sin decir al moro á la parte que le llevaban, le metieron en la casa del jardín, donde habitaba don Vasco. Allí le echaron en su pobre cama, y dejándole así, fué á dar cuenta á Zoraida de lo que

pasaba, la cual se admiró mucho del suceso, ofendiéndose de nuevo de Zeilán por lo que había hecho. Mandó Zoraida llamar á un moro, grande cirujano, á quien encargó mucho la cura de Xarife; prometiéndole grandes mercedes si le dejaba sano, encomendándole asimismo el secreto desto. El moro se ofreció á servirla en todo, siéndole, pues, llevado á donde estaba el herido, y juntamente la ropa necesaria para hacerle un regalado lecho. Acostado Xarife en él, le miró las heridas, que no le dejaron poco dudoso de su vida; hízole la primera cura, y dejándole sosegado, fué á dar cuenta á Zoraida del estado en que le hallaba, y lo que sentía de las heridas. Mucho sintió la hermosa mora que estuviese tan de peligro, porque ya le estaba del todo aficionada, y de nuevo encargó el cuidado de la cura al moro, significándole importarle mucho saliese bien con ella.

Reparó Xarife en que le habrían ido á buscar el embajador y sus criados al lugar en que le habían dejado; y que les pondría cuidado no hallarle allí, y así se lo dijo á don Vasco, y le advirtió que con un papel suyo que él les diese, les excusaría de andarle buscando. Escribióle Xarife, y don Vasco se le llevó al embajador, el cual no pudo saber dél donde estuviese; mas aseguróle que en la parte donde estaba sería servido y regalado muy á su satisfacción.

Quince días se pasaron después de estar he-

rido Xarife primero que el cirujano moro asegurase que estaba sin peligro, estando el enamorado caballero confusísimo sin saber dónde estaba, por quién era mandado curar y á quién había de agradecer aquel beneficio. En este tiempo dijo el cirujano que ya se manifestaba la mejoría, y que brevemente esperaba que estaría bueno. Con la pena de ver así Zoraida al que ya tenía tan grande amor, no salía de su cuarto ni del jardín, viéndose en él muy á menudo con don Vasco; por preguntarle el estado de la salud de Xarife. Viendo, pues, Zelima la asistencia de su prima en el jardín, y la frecuencia de verse con el cautivo, como ella le tenía tanta afición, dió en tener celos desto y en presumir que le favorecía con veras, teniendo de allí adelante mucho cuidado con las acciones de los dos, por certificarse más de lo que en esto había.

Viendo Zoraida que el gallardo Xarife estaba fuera de peligro, parecióle que sería bueno hacerle una visita aquella primera noche, y así lo comunicó con don Vasco, á quien había dado cuenta de lo más oculto de sus pensamientos, en orden á lo que á Xarife amaba. Acordaron entre los dos el modo de cómo le había de ver, y así previno don Vasco la visita desta suerte. Vióse en siendo noche con Xarife, y por rodeos, sin ser forzada, introdujo la plática de su pendencia con Zeilán, donde se trató de la pérdida del retrato. Entonces don Vasco le preguntó mos

trándosele (por habérsele dado Zoraida para este efecto) si era aquella la prenda que perdiera. Y reconociéndole el enamorado moro con muestras de grande alegría, le dijo ser el mismo que le tomaron, pero que deseaba le dijese quién fué el autor de la burla que tan á su costa había sido, pues en su vida había tenido mayor disgusto que cuando le había hallado menos, resultando dél la pesadumbre que tuvo con Ceilán, y della el estar herido, por lo cual había perdido de gozar la vista de su hermoso original, cuyo sentimiento se le renovaba cada día que perdía este bien.

—Según eso, dijo don Vasco, si viérades al ladrón que le hurtó en vuestra presencia, no le perdonárades su atrevimiento.

—No sé lo que haría en eso, dijo Xarife, que han sido grandes las penas que me ha dado; pero con su restitución ha mitigado parte de mi enojo.

—Aquí fuera estaba el autor del delito, dijo don Vasco, que venía á pediros perdón dél; mas temeroso de daros de nuevo pena, no entrará.

—Entre en buen hora, replicó Xarife, que nunca los reales pechos llegan con sus venganzas al cabo, cuando los ofensores se reconocen culpados.

En esto entró la hermosa Zoraida, con las más bizarras y costosas ropas y ricas joyas que tenía, con cuya vista Xarife, reconociendo ser

su hermoso dueño, cuyas bellas facciones tenía siempre en su idea, se quedó suspenso, clavados los ojos en el hermoso objeto que tenía presente, sin hablar palabra. Sentóse la bella Zoraida en la cama, diciéndole:

—Aquí, gallardo príncipe, está la causa de vuestros disgustos, si de nuevo os halláis ofendido, ved qué pena es la que queréis darme.

Entonces el enamorado moro, encorporándose en el lecho, le tomó una de sus hermosas manos, y besándosela, le dijo:

—No me maravillo, hermosa infanta, que el reflejo de vuestra luz se restituyese al sol de quien procedió, que debida se os era, pues como cosa vuestra la pudistes volver á su origen, si bien con daño de quien adorándola, viene desde su tierra á ofreceros su libertad, como á deidad que después de Alá solamente reconoce y venera.

Allí le dió cuenta Zoraida de cómo le halló durmiendo y le quitó el retrato. Y finalmente de la parte donde estaba, y cómo había sido traído allí por su orden: de nuevo besó el favorecido moro las hermosas manos de su dueño, loco de contento, á quien dió cuenta de cómo había partido de su tierra, á sólo experimentar si conformaba con su original la hermosa copia que su embajador le había enviado, para pedírsela al rey su padre para esposa suya. Mostró con esto gusto la hermosa Zoraida, y dándole licencia,

para que en estando bueno pusiese en ejecución su intento, se despidió dél, dejándole el hombre más gustoso y contento del mundo, dando mil abrazos á don Vasco, en agradecimiento de lo que por él había hecho, prometiendo satisfacérselo con hacerle grandes mercedes, dando al enamorado portugués en esperanzas de conseguir por este camino su libertad.

Con el gusto de verse cada día visitado y favorecido Xarife de su hermosa Zoraida, convaleció brevemente, si bien se hallaba muy flaco. Dió orden Zoraida que para que no fuese notado en el jardín, se vistiese al modo que andaba su cautivo don Vasco, por si alguna noche le viesen con él hablando, como muchas veces acontecía, le tuviesen por él. Andaba en este tiempo Zelima, no poco solícita con la sospecha de que Zoraida favorecía á don Vasco, en continuas asechanzas de los dos, abrasada de celos y ofendida del cautivo, porque jamás había dado lugar para que se hubiese declarado con él. Con esto, puso su cuidado hallar una noche de verano á Zoraida con el príncipe de Fez cerca de una cristalina fuente sentandos, hablándose los dos tiernamente, que por haberse dado ya las manos de esposos, permitía Zoraida con más libertad gozar á su galán de lo que lícitamente podía. Con la claridad de la luna, la similitud del vestido al de don Vasco y la sospecha que retenía, pudo fácilmente presumir Zelima ser su querido

cautivo el que estaba con Zoraida. No osó la celosa mora llegarse mucho á la parte donde estaban temiendo que la sintiesen, y así, desde lejos, pretendió por oir algunas razones de su plática, que por mal entendidas no la desengañaron de que no era don Vasco el favorecido. Con esto y ver á Zoraida aquellos días inquieta sin faltar del jardín, confirmó por cierto lo que hasta allí tenía por dudoso, y desesperada de enojo, viéndose despreciada de un cautivo, por no ser admitida siquiera á ser escuchada, determinó dar aviso desto á Zeilán su hermano; y escribiéndole un papel, le mandó que procurase con dos criados suyos entrase de día en el jardín y aguardar en él hasta la media noche, encubierto en lo más espeso de sus verdes naranjos, donde vería por sus ojos la libertad de Zoraida y su bajo empleo, de que le daba aviso.

No menos sintió Zeilán esta nueva que su hermosa hermana, y sin aguardar á dilaciones, ese día procuró ocasión de hallar la puerta del jardín abierta, ofreciósela su dicha, aunque para daño suyo, porque como se hiciese cierta obra en él estaba abierto, y así pudo entrar al tiempo que faltaba dél la gente que trabajaba.

Escondióse el moro, y sus criados, entre unos espesos mirtos, y en aquel oculto lugar aguardó hasta la hora que don Vasco y Xarife, salían de su estancia por aquellos cuadros á espaciarse, los cuales, sentados en un apacible y fresco

cenador, algo cerca de donde Zeilán estaba, rogó Xarife á don Vasco que cantase alguna cosa para divertirse. Obedecióle el enamorado cautivo, y asi cantó con dulce y regalada voz este soneto, que dijo haber hecho aquella mañana, habiéndose levantado cuando el délfico planeta comunicaba sus luces al hemisferio, diciendo desta suerte:

Rubio Faetón que en fúlgida carroza
sales, dorando cumbres tras el alba,
haciéndote la tierra alegre salva
con el contento que en mirarte goza.
El campo con tu vista se remoza,
viendo que de la escarcha ya se salva,
y entre el cantueso, la verbena y malva
el regalado céfiro retoza.
Al fin con tu presencia están contentos,
hombres, aves y fieros animales,
que estiman tu favor con alabanzas;
sólo yo, padeciendo con tormentos,
estoy considerando en tantos males
cuándo podré lograr mis esperanzas.

En la voz conoció bien Zeilán al cautivo, y el que le acompañaba juzgó que debía ser Teodoro su compañero. Estúvose quedo sin salir del lugar donde estaba oculto, hasta ver si venía Zoraida, la cual no tardó mucho en bajar, porque habiendo desde una ventana de su cuarto oído la voz de don Vasco; echó de ver que su galán la esperaba.

Bien sería cerca de la media noche, cuando la hermosa Luzina alumbraba con sus plateados rayos la tierra, cuya luz vinieron á despreciar los hermosos soles de Zoraida, que con una sola almalafa ligera por el grande calor que hacía, llegó donde Xarife y don Vasco estaban, dejóles solos el cautivo portugués y retiróse á su alojamiento. Recibiéronse alegremente los dos amantes, y sentándose en el mismo sitio, dió lugar su divermitiento á que Zeilán se acercase más á donde estaban, sin ser sentido, si bien no fué tan cerca que les pudiese oir bien lo que hablaban, aunque por el hábito con que vió vestido á Xarife le tuvo por el cautivo. Mil veces estuvo determinado el celoso moro de salir á donde estaban á ejecutar en el que juzgaba por don Vasco su celosa rabia, dándole la muerte en presencia de Zoraida; mas reportóse, considerando que si el rey venía al sentir el ruido y le veía allí cuando le juzgaba ausente de la corte, que le haría culpado en algún género de traición. Con esto se volvió á retirar al lugar donde antes había estado, y en él, quejándose de su corta fortuna, pasó toda la noche hasta que á la mañana, viendo abierto el jardín y sin parecer nadie que le pudiese ver, se salió dél desesperado y con grande enojo contra Zoraida.

El día siguiente publicaron los criados de Zeilán su venida, y él cerca del mediodía se fué á palacio, hallando al rey con muchos caballeros

de su corte en una gran sala, á quien después de haberle besado la mano, dijo estas razones:

—Poderoso Hacen, rey de Marruecos: experiencia tienes en las ocasiones de guerra que has tenido, con el cuidado que siempre te serví, y cuán á riesgo he puesto la vida en varios trances, por alcanzarte gloriosas victorias. Confieso que estos servicios han sido siempre reconocidos de ti, como lo muestran las mercedes que me has hecho, y el verme preferido á muchos nobles de tu reino. Esto me animó á servir á la hermosa Zoraida, hija tuya, deseando granjear su gracia, y merecer por mis finezas ser su esposo, pues es tan conocida mi calidad, descendiendo de tu real casa. No sólo no admitió mis servicios, estimó mi voluntad y aprobó mi elección, pero desestimándolo todo, me desengañó para que no prosiguiese en servirla; pena de su desgracia, y esto con grandes menos precios que hizo de mi persona. Esta fué la causa, gran señor, de dejar tu corte, con propósito de no ofender más su vista con mi presencia, y queriendo llevarme á mi hermana conmigo, no fué posible acabar con ella, que dejase la compañía de Zoraida. Antes me persuadió á que fingiendo ausentarme, asistiese en esta corte encubierto, por ver si su intercesión ablandaba la dureza de su pecho. Hícelo así, guiado por su consejo, y no sólo no halló compasión en ella, sabiendo con la desesperación que partí, pero la puso perpetuo silencio á sus

intercesiones en mi favor. Todo este rigor y aspereza ha parado en favorecer á un vil cristiano cautivo, jardinero suyo, con quien todas las noches está á solas en el jardín, y en este caso no hablo de relación, sino de evidencia, pues anoche, teniendo modo con que entrar en el jardín de día con dos criados míos, me certifiqué de lo que mi hermana lo estaba en muchas ocasiones. Doy cuenta desto á vuestra alteza, con ánimo de probar ser verdad, así con los testigos que lo vieron, como con mi persona armado en el campo, como lo ordenan los fueros destos africanos reinos.

Suspenso dejó al rey la resuelta acusación de Zeilán, haciéndosele el corazón pedazos de pena y enojo contra su hija. Mandóla luego llamar á su presencia, y hizo que pusiesen al cautivo, en una obscura mazmorra preso con pesados grillos, cadenas y esposas, sin saber el pobre don Vasco la causa de su prisión. Pareció Zoraida delante de su anciano padre y caballeros que le acompañaban, y haciéndole sucintamente relación de lo que Zeilán la acusaba. Respondió con grande valor que Zeilán mentía como falso y alevoso caballero que era, que esto había intentado en venganza de no haberle admitido en su gracia.

—Ello está puesto en tela de juicio, dijo el rey, y conforme á nuestros fueros vos habéis de estar presa, y si dentro de veinte días no dais caballero de vuestra parte, que os defienda contra

Zeilán, habéis de pasar la pena que tienen las que de nuestra ley se mezclan con cautivos cristianos, que es ser entregadas al fuego.

—Soy contenta, dijo Zoraida, de pasar por esa ley, y espero en Alá que ha de volver por mi inocencia, castigando á quien alevosamente, ha intentado poner dolo en mi opinión. Vuestra alteza dé su salvo conducto, para la seguridad de quien quisiese venir á defenderme de cualquiera reino extraño, aunque sea de distinta ley, que con eso yo me voy á la prisión que me fuese señalada.

Fué llevada la hermosa Zoraida á una torre, donde la dejaron con solas dos criadas, que la sirviesen, poniéndola guardas, dejando el caso al rey con notable sentimiento, no sabiendo á cuál de los dos, acusador ó Zoraida, hiciese culpado. No se puede ponderar con razones, cuánto sintió Xarife este suceso, por hallarse tan flaco de sus heridas, que era imposible cosa tomar armas contra Zeilán.

El moro á cuyo cargo estaba el preso don Vasco le dijo la causa por que estaba preso y cuán á peligro le vía de pasar por el castigo que disponía la ley, por parecerle que no habría persona que contra Zeilán quisiese salir al campo, por ser de los más valientes moros que había en toda Africa. Admirado dejó á don Vasco la alevosía de Zeilán, y estimara tener libertad para poder defender su partido en el campo; mas con-

siderando que á los culpados no se les daba esta licencia, lo llevaba en paciencia afligiéndose sumamente, imposibilitado de tener quien le llevase á Xarife un recaudo de su parte, para saber del que disponía en este caso, que ya veía ser imposible por su flaqueza defender esta causa. Pasáronse de los veinte días del plazo los dieciocho, sin haber persona que osare defender la causa de Zoraida y del cautivo, con la cual estaban así los presos, como Xarife, muy desconsolados. No lo estaba menos el rey, deseando hubiera quien saliera á la defensa, porque nunca presumió de su hija que humillara sus pensamientos á tan bajo empleo, como el que Zeilán le acusaba, y se ofrecía á sustentar en el campo.

Estando un día don Vasco con el moro que le tenía á su cargo en la mazmorra hablando en cosas de Portugal, vino á tratarse de Ceuta, donde dijo el moro haber estado cautivo cinco años, y que por un servicio que hizo á su dueño le había dado libertad, el cual fué hacerle, ayudado en una peligrosa pendencia con unos fidalgos poderosos enemigos suyos, de la cual había salido bien con daño de sus contrarios.

—¿Cómo se llamaba ese caballero?, dijo don Vasco.

—Antonio de Almeida, replicó el moro.

Con esto que le oyó el cautivo, quedó el hombre más contento del mundo, por ser su padre el que decía haberle tenido en su poder, y así le dijo:

—¿Conociste algún hijo á ese fidalgo?

—Uno pequeño, de edad de trece años, tenía entonces, que se llamaba don Vasco (dijo el moro), tan notablemente inclinado á la guerra, que si ha seguido su inclinación, no dudo que sea ahora un valiente soldado, que siempre le vi andar con las espadas de su padre, jugar con destreza las negras, y hacer mal á caballos. Ya será buen mozo, porque ha más de doce años que vine de aquella tierra.

—No está muy lejos de vos el que decís, dijo don Vasco, que yo soy el hijo de Antonio de Almeida, que aunque de poca edad me acuerdo bien de veros cautivo en su poder, y sé que os habéis de llamar Ozmín, y el no haberos conocido ha sido porque desde que os vi, habéis encanecido mucho.

Con esto le dió algunas señas de lo que le pasó con él en su cautiverio, con que el moro se certificó en ser el que le decía, holgándose notablemente, y dándole muchos abrazos, con tierno sentimiento de ver que estuviese cautivo en aquella tierra. Preguntóle Ozmín por su padre, y cómo había sido cautivo, á lo cual le satisfizo don Vasco, diciéndole que ya su padre era muerto, y dándole cuenta cómo había venido al servicio de su rey, y de aquí, hallando en el moro partes para fiarle cualquier secreto, le dió cuenta de los amores de Zoraida y del príncipe de Fez, y que para certificarse de que le decía ver-

dad le había de hacer placer de llevarle un papel de su parte. Admirado quedó Ozmín de lo que oyó á don Vasco; y deseoso de que sus cosas parasen en bien se ofreció á llevar al príncipe el papel, el cual escribió luego don Vasco en arábigo, y Ozmín se le puso en sus manos con las señas que le dió el cautivo del lugar donde estaba; leyó Xarife el papel, que contenía estas razones:

«Ya que el cielo ha permitido que, por asechanzas de Zeilán y su hermana, alevosamente nos hayan levantado á Zoraida y á mí el testimonio que vuestra alteza sabe, y que esté el caso tan en los últimos días del término, que no hay quien defienda nuestra inocencia, me determino, con el conocimiento y amistad del portador, que es quien me tiene á su cargo en la prisión, salir della á defenderme á mí mismo y á la inocente infanta, vuestra alteza, pues le va en esto tanto, ya que se halla imposibilitado de ponerse armas, se sirva de acabar con ese moro, que me permita salir de aquí, publicando que estoy muy malo, y le prometa hacer grandes mercedes, declarándole sus amores, porque facilite nuestro intento, que con esto y el tenerme armas apercibidas á la salida de la ciudad, espero en el cielo de salir bien deste aprieto.»

Mucho se holgó Xarife, con el papel de don Vasco, y pareciéndole bien el acuerdo que había tomado; trató con Ozmín que le dejase salir de

la prisión, declarándose con él cómo había venido herido allí, hasta decirle cómo estaba desposado con Zoraida, por lo cual se satisfaría bien de la alevosa acusación que Zeilán la hacía, y asimismo al cautivo preso. Con esto le persuadió á que diese libertad á don Vasco, para defender encubierto su misma causa contra Zeilán, prometiéndole si en esto le servía gratificárselo con largas mercedes. Tan obligado se halló Ozmín con las sumisiones que le hizo Xarife, que le dió palabra de servirle en cuanto pudiese, diciéndole que no lo hacía tanto por eso, como por las obligaciones que debía al padre de don Vasco, reconocido de la libertad que en Ceuta le dió teniéndole cautivo. Y habiéndole el príncipe instruído en lo que había de hacer, para que don Vasco no pareciese el día del duelo delante del rey, se partió á la prisión, y aquel día y otro publicó, que estaba el cautivo con una fiebre mortal del peso de las muchas prisiones que le habían puesto.

La noche antes del día señalado para el juzgado de la acusación de Zeilán, salió don Vasco de la prisión, no acabando de darle gracias á Ozmín por el favor que le hacía, y asimismo á Zoraida, lo cual le sería galardonado del príncipe de Fez, como vería. Con esto se fué al puesto donde tenía avisado á Xarife que le aguardase, al cual halló allí al tiempo que la aurora comenzaba á bordar de menudo aljófar las plantas y

las flores, anunciando la venida del cuarto planeta.

Lo que Xarife se holgó con el ya libre don Vasco, no hay encarecimiento que lo pueda ponderar. Tratóse luego de lo que se había de hacer, y para esto aguardaban al embajador Muley Xeque, á quien Xarife había dado parte deste secreto, el cual tardó poco en llegar con las necesarias armas para don Vasco y un vestido á la española, para el príncipe que le había de apadrinar, cubierto el rostro con una banda. Traían asimismo dos cautivos cristianos, dos hermosos y alentados caballos para los dos, y el de don Vasco con su lanza y adarga. Armóse don Vasco, y vistióse Xarife, acabando uno y otro al tiempo que llegó un criado á decirles, cómo Zeilán había entrado en el palenque, donde había de ser el desafío, con su lanza y adarga. Partieron don Vasco y Xarife allá y entraron en la plaza al tiempo que Zoraida acababa de subir á un tablado, cubierto de paños negros, y ella asimismo vestida de luto. El rey estaba en un tablado frontero de la entrada, y los jueces, que eran dos nobles y ancianos moros, tenían su lugar señalados á un lado de la palestra.

Entró, pues, don Vasco cubierto el rostro con una mascarilla de tafetán negro, al son de un sonoro clarín, por una de las puertas del palenque, y llegando á donde estaba el rey, le dijo en alta voz:

—Excelso y poderoso señor: yo soy vasallo del invicto monarca de las dos Españas; he venido con el salvo conducto que has dado á todos los extranjeros, á defender la causa de la hermosa Zoraida, tu hija, y del cautivo que la servía en su jardín; porque estoy informado cuán falsamente están acusados por el arrogante Zeilán. Con tu licencia se la voy á pedir á la inocente infanta solamente, pues he sabido que el cautivo no está en disposición de poder hallarse aquí para que libre en mí su defensa, fiando en el cielo, por la justicia que tiene, que me ha de dar esfuerzo para defendella.

Extrañamente se holgó el rey de que hubiese caballero que se atreviese contra la soberbia de Zeilán; y sin hablar palabra con grande serenidad, le mostró el sitio en que estaba la infanta para que acudiese á pedirla licencia. Hízolo así don Vasco, y Zoraida se la dió sin saber quién fuese el que en su defensa aventuraba su persona. Bajó del tablado el valiente portugués, y subiendo en su caballo se llegó donde Zeilán estaba sobre el suyo, arrimado á su lanza, á quien dijo:

—Arrogante caballero: iguales pienso que venimos en las armas: pues estáis más confiado en vuestras manos, que en ser verdad lo que defendéis, no perdamos tiempo, que el cielo declarará la justicia por quien la tiene; sólo quiero que de nuevo ratifiquéis la acusación que habéis hecho á la infanta y á su cautivo.

Zeilán reiteró la acusación; y don Vasco, diciéndole mentir en cuanto decía, alargó las riendas al caballo, y entre los dos se comenzó una diestra cuanto encendida escaramuza, sin acertarse por espacio de media hora, bote de lanza de consideración; al cabo de la cual viniéndole por el lado izquierdo Zeilán, le alcanzó de lleno don Vasco un recio bote, que pasándole el grueso ante de la adarga, y la manga del jaco, le hizo en el brazo izquierdo una peligrosa herida, de suerte, que apenas podía embrazar la adarga. Picado deste lance quiso vengarse Zeilán, mas fué por su daño, que habiendo dado dos tornos, le volvió por la misma parte á acometer, y don Vasco cerró con él de modo, que por no cubrirse bien de la adarga le alcanzó con la lanza en la cabeza de tal suerte, que rompiéndole las tocas del turbante, le hirió en ella de manera, que desacordado cayó del caballo abajo. Apeóse al punto don Vasco; y metiendo mano á su espada, se fué para él con ánimo de quitarle la vida. Quiso que se desdijese de la acusación delante de todos, publicando ser todo falsedad; mas el arrogante moro no quiso, con lo cual le iba á cortar la cabeza, si el rey no le mandara que no lo hiciera, pues había cumplido con su obligación, con que ya la infanta y el cautivo estaban libres de lo que les imputaban.

Obedecióle don Vasco, y queriendo volverse por donde había venido, mandó el rey que su-

biese á donde estaba. Hízolo en compañía de Xarife, y en presencia del rey descubrió el rostro, y asimismo el príncipe; conociendo al cautivo, de que se maravilló el rey, y todos, que con tan grande esfuerzo hubiese vencido á uno de los valientes moros de Africa. Allí besó don Vasco la mano al rey, y en presencia de todos contó los amores del príncipe de Fez y de la hermosa Zoraida; y asimismo cómo se habían dado las manos, sin dejar por decir el modo cómo había venido de su tierra, enamorado por el retrato de la infanta; con lo cual el rey abrazó muy contento á Xarife y á su hija que ya estaba en su presencia; y de nuevo hizo que se diesen las manos delante de todos. Mandó llevar á Zeilán á una prisión, y que con cuidado le curasen.

Luego se comenzaron á hacer en la corte grandes fiestas por las bodas de su infanta, y en todas se halló siempre don Vasco muy favorecido y honrado del rey; el cual desde aquel día de la defensa de su hija le dió libertad, y muchas joyas, telas y preseas para volverse á su tierra. El príncipe de Fez le hizo un presente no menos costoso y la infanta le envió para que llevase á su esposa muchas cosas curiosas que no había en su tierra. Al moro que le libró de la prisión le hizo muchas mercedes Xarife. Y con esto partió don Vasco de Marruecos, acompañado de algunos moros, con quien el rey le envió hasta Ceuta, donde fué recibido de su esposa, suegro, y

amigos con mucho contento, hallándoles ya casi puestos en camino para ir á rescatarle. Celebráronse las bodas de don Vasco y doña Teresa, por las cuales hicieron todos los soldados de aquel presidio grandes fiestas.

Zeilán, en convaleciendo de sus heridas, le mandó el rey á él y su hermana salir de su corte y reino, poniéndoles penas de las vidas si á él volviesen, que esto se mereció por la infame acusación que hizo, mal aconsejado de su hermana, y picado del desprecio de la infanta de Marruecos, la cual vivió muy contenta con el príncipe de Fez. Y dentro de pocos días por parte del famoso Hacen rey suyo, gobernó aquel reino Xarife, siendo muy amado de todos sus vasallos.

Mucho entretuvo el sazonado discurso de doña Clara á aquellas damas y caballeros, dándola todos las gracias de haberles dado tan buena tarde. Y por faltarles media legua, para llegar á Casarrubial del Monte, donde habían de pasar al mediodía, por ver unos deudos de doña Lorenza, quisieron entretener el tiempo, con que don Carlos dijese algunos versos. El dijo que les diría un soneto que había escrito á una dama, que salió el mes de Mayo al coto de Manzanares, todos le prestaron atención, y él dijo así:

La blanca aurora anticipando el día
celajes rompe varios en colores,
alegres los sonoros ruiseñores
duplicaban acordes su armonía.

Por ostentar mayor su bizarría,
daba á su gala el campo más primores,
Manzanares por márgenes de flores
de su cristal el curso detenía.
Con estas novedades exagera
la venida de un sol que anuncia el alba
en Lucinda que rige mi albedrío,
Pues porpocos cortesanos anduvieran
si á su hermosa deidad no hicieran salva
aurora, ruiseñores, campo y río.

Todos alabaron el agudo soneto de don Carlos, y él, en pago, suplicó á doña Clara y doña Luisa, que en compañía de Feliciano, cantasen alguna letra. Quisieron darle gusto, y tomando la guitarra Feliciano, cantaron á tres voces, este romance:

Celebrando están las aves
en concertados motetes,
las lágrimas de la aurora
y la risa de las fuentes.
En las ramas de los mirtos,
y copas de los laureles,
hacen al son de las aguas
mil pasajes diferentes.
Reconocidas las flores
por el aljófar que vierte,
para bordarlas el alba
su cuidado le agradecen.
Y los vientecillos alegres,
traviesillos retozan entre las ramas,
y al sonido sonoro duerme Lisarda.

Poderoso rinde el sueño
sus hermosos ojos verdes,
que prometiendo esperanzas
no cumplen lo que prometen.
Ocioso se halla Cupido,
mientras que Lisarda duerme,
porque libra en sus dos soles
las fuerzas con que nos vence.
Despertadla vientecillos,
que quien tantas almas tiene
no es bien que con tanta vida
haga ensayos de la muerte.
Pero no que la temo cuando despierte
¡ay de mí!
si enojados me miran sus ojos crueles.

La destreza de los tres y las dulces voces suspendió al auditorio, que no quisiera que se acabara el romance tan presto. Su fin y el llegar al de su corta jornada, fué á un tiempo, y por haber de proseguir con ella en viéndose con sus deudos doña Lorenza, hasta Móstoles, le tocó el entretenerlos á doña Luisa y ella aceptó con mucho gusto.





JORNADA QUINTA

HABIENDO la entretenida compañía de damas y caballeros cumplido con sus obligaciones, y siendo muy regalados en Casarrubios, de los deudos de doña Lorenza, para proseguir su jornada, se entraron en sus coches cuando el amante de la ingrata Dapline, pasaba de la mitad de su efímero curso, de suerte que no faltaban tres horas para llegar al húmedo albergue, donde la hermosa Tetis le esperaba, acompañada de los marinas Semideas. Tomó Feliciano la guitarra, y para dar principio al entretenido ejercicio, quiso cantarles unas décimas, que dijo haber hecho, pintando la calle Mayor de Madrid, en ferias de San Mateo, y comenzó desta suerte:

Golfo de piratas lleno,
teatro en quien no hay ensayo
donde la estafa es el rayo,
y la petición el trueno.
Distrito de amor ajeno,
que al interés da blasones,
almacén con invenciones

en tiendas de joyería,
donde la codicia harpía
usa impulsos tomajones.
En ti miro escarmentados
á sagrado retraídos,
boquirrubios admitidos,
socarrones tripulados,
serafines embozados
á caza de pluma y pelo,
rostro tío, y ojo abuelo
que hacen presas celebradas,
cuyas uñas afiladas
cubren mantos de arañuelo.
Coches bajeles de costa,
que surtos en ella están,
estancos del Solimán,
y de las bolsas langosta:
el que á su lado se acosta
no se escapa de cautivo,
cierto el gasto, no el recibo,
porque amor poco seguro
le libra en gusto futuro
la paga del donativo.
¡Alerta, alerta, mirones!
No os confiéis de galanes:
que aquí repudian daranes
y sólo admiten gastones.
No se paran ocasiones
sin que la estafa haga empleo,
sentencia el jüez y el reo
pasa por este rigor:
esto es la calle Mayor
en ferias de San Mateo.

Mucho aplaudieron todos el tono y letra de Feliciano, celebrándole la agudeza con que las décimas estaban escritas, dando con esto lugar á que doña Luisa comenzase á ejercer el cargo que se le había dado, y ella por salir presto de aquel empeño, habiéndola prestado atención, comenzó desta suerte:



SUCESO QUINTO

El obstinado arrepentido.

Vuestro mandato, que en nuestras cortas jornadas es ya ley inviolable, me obliga, discretos señores y hermosas damas, á que por mí no se altere el obedeceros, si bien se dispone mi obediencia á cumplir mal con lo que en los discursos se requiere, según me han dado ejemplo los que os he oído. De corto talento, recibió solamente la voluntad de acertar, que con ésta no podré errar en serviros. Mi discurso reprehende á los que con arrogante libertad, ignorando sus defectos, murmuran de los ajenos y hablan siempre en daño de su prójimo; á los que ciegos del impulso de la cólera, se arrojan á temerarios atrevimientos indignos de la calidad de sus personas; á los que obstinados en sus venganzas, no reparan en los avisos que les da el cielo, para desistir de

sus dañosos propósitos; á los que por fuerza quieren (llevados de sus libidinosos deseos) quitar las honras ajenas; á los que tratan con menosprecio los lugares sagrados y asimismo á los religiosos, pues como cosa suya ha de volver el cielo por ellos, dando riguroso castigo á los que á esto se han atrevido: y con esta moralidad, que sirva de provecho nuestro, comienzo así mi discurso.

En una antigua y noble ciudad de España, cuyo nombre callaré por el inconveniente que tiene en lo que adelante tengo de decir, tenía un caballero anciano su casa y mayorazgo, que sería de hasta seis mil ducados de renta. Este había seis años que estaba viudo de una noble y virtuosa señora, que tuvo por esposa, de cuyo matrimonio le quedaron un hijo y una hija, tan mal inclinado y travieso don Diego, que así se llamaba el sucesor de su casa, como honesta y virtuosa doña Blanca, que éste era el nombre de la dama. Don Diego era mozo de veinte y dos años y su hermana tendría diez y ocho no cumplidos, edades suficientes para darles estado, cosa que traía no poco desvelado á don Alonso su padre.

Veía el anciano caballero tan poca inclinación á esto en su hijo, ocupándose más en travesuras y mocedades, que en obedecerle y darle gusto; cosa con que el padre andaba con notable descontento. Era don Diego altivo, soberbio y tan

presumido de su nobleza, que nadie le parecía que le igualaba en sangre con muchos quilates; que con esto conoceréis tendría limitado entendimiento. Ofrecíansele cada día pendencias, sobre mil descortesías que usaba con otros caballeros, teniendo dicha en salir de todas bien, más por sus buenas manos, y destreza, de que era dotado, que por la ayuda de sus amigos; porque su áspera condición no los admitía.

Ofreciósele en un día en un juego de trucos, sobre cosa de poca consideración tener una diferencia en truque de bolas, de manera que para declararla, se hubo de remitir al juzgado secreto de los que estaban presentes fuéseles preguntado á cada uno, para que facilitasen la duda, y de tomarles sus votos en secreto, resultó salir en público el condenar á don Diego, que era quien jugaba, el cual con la cólera que tomó de verse condenado, dijo á voces, que se holgara de saber quiénes eran los que habían votado contra él, para decirles que habían mentido como villanos; y con esto dejó el juego, saliéndose de allí muy enfadado. La áspera condición del desalumbrado joven y poco valor, y atrevimiento de los que miraban el partido, que no eran personas de brío, aunque principales, hizo que unos por otros dejasen de responderle, y aun de castigarle su necia descortesía y arrojado atrevimiento.

Hallóse entre ellos un anciano caballero, que había sido grande soldado y capitán en Flandes,

y por sus muchos años gozaba una buena renta que el rey le había dado en su patria, donde asistía, habiendo ya colgado las armas por su mucha edad y penosa gota de que estaba impedido de las manos. A éste le pareció muy mal lo que don Diego había dicho en público, y si no habló entonces en nombre de todos, afeándole la necia descortesía, fué por no verse perder el respeto de un arrogante mozo, que no había salido de los límites de su tierra, cuando á él se le habían tenido en diversos partes valientes capitanes y expertos soldados; pero determinóse á dar cuenta á su padre, así desto como de muchas cosas, que sabía de don Diego de que se murmuraba solamente en la ciudad. Y así esa tarde, por no dilatarlo más, buscó ocasión de estar con don Alonso, y sin violentar la plática la entabló de modo, que le dió cuenta de las libertades de su hijo y descortesías que usaba queriéndose preferir á todos. Y últimamente, le dijo lo que había pasado delante dél aquella mañana en el juego de los trucos, aconsejándole que le reprendiese ásperamente y culpándole de no lo haber hecho antes que viniese á términos de verle tan libre, que no lo pudiese remediar, pues le aseguraba que el estilo de su hijo, no era para conservarse mucho con la vida, aunque le sobrasen manos, pues cada día acrecentaba con su arrogante proceder aborrecimiento en los que trataba.

Extrañamente sintió el anciano don Alonso la relación que el capitán le hizo, y al mismo paso estimó los amigables, y sanos consejos que le daba, prometiendo hacer todo lo posible, para reformar la aspereza y humillar la soberbia de su hijo, y despidiéndose dél, pensó el modo que tendría para esto, y habiéndolo mirado y prevenido, el día siguiente luego que acabó de comer, quedándose sobremesa con sus dos hijos, mandó á un criado, que le trujese una caja que estaba en su aposento, la cual trujo cerrada con llave. Dejósela sobre la mesa, y sin decir para qué fuese traída, mandó al criado que fuese á comer, y habiendo él mismo cerrado cuidadosamente todas las puertas, se volvió á su asiento, teniendo á sus hijos confusos, de lo que determinaría hacer con tantas prevenciones, y sin hablar palabra, estaban aguardando de su boca, qué les diría acerca de las hechas diligencias y caja que ocupaba el bufete en que habían acabado de comer. Sosegóse el buen caballero un poco, y con la voz algo turbada, poniendo los ojos en don Diego su hijo, le dijo estas razones:

—Los traviesos impulsos de la juvenil edad suelen ser dificultosos de reformar, cuando caen sobre fondo de tanta altivez y soberbia como la vuestra, fundada sobre tan flacos cimientos, pues si os acompañaran la cordura y experiencia, conociérades cuánto se deben estimar los amigos que por vuestra áspera condición perdéis. Y esto

podía pasar á costa de hallaros tal vez en alguna ocasión de honra pues gustáis de perderlos fiado en vuestras manos, que á oposición de algún poderoso, serán muy débiles, particularmente si la razón está de su parte. Vuestros arrojamientos van enderezados al desprecio de muchos que os los sufren, por ser faltos de ánimo y dotados de cordura y no quieren perder con vos. Dad gracias á Dios que con haberos sucedido con algunos esto, no habéis llegado á experimentar un lastimoso suceso que os pronostico, si en vuestro estilo perseveráis, que el agraviado, escribe la injuria en láminas de bronce, donde es tan difícil el borrarla, como la tiene presente uno y otro día, la irrisión que le dan le infunde bríos para procurar la venganza.

La experiencia dicen que hace á los hombres próvidos y recatados: della me he valido para esta ocasión, con seguridad de que si obra en vos como en otro á quien aprovechó; será el total remedio para curaros de vuestros desalumbramientos. En el tiempo que yo gozaba de la florida edad que tenéis, fuí altivo, soberbio, travieso y arrojado y tan presumido de mi linaje, que dudaba que me igualasen en calidad. Conociendo mi padre y vuestro abuelo, que eran estas propiedades ocasionadas para algún desdichado suceso, temeroso del peligro que podía correr mi vida, como hijo único que nací en su casa, me previno un antídoto, que si bien me costó senti-

mientos su experiencia, me fué el total remedio para mi reformación: deste me tengo de valer ahora para con vos, y para llegar á su aplicación os he prevenido con esta plática, deseoso de que os aproveche tanto como á mí.

Habiendo vuestro abuelo hecho una afrenta en la corte de España á un caballero calificado, le obligó á dejar estos reinos, temeroso de que le matase el ofendido, y así se pasó á servir á rey extranjero, en cuyo reino, no tenía la fe echadas tantas raíces como en el nuestro por la muchedumbre de herefiarcas que en él y los convecinos les han perturbado con tantas y tan diversas sectas. El trato con diferentes gentes, y hallarse connaturalizado con ellas, le hizo seguir algunas opiniones de aquel depravado Lutero, que tanto daño hizo en Inglaterra, Alemania y otros reinos convecinos á éstos.

Murió en este tiempo el caballero agraviado, con lo cual volvió mi abuelo á España, y á pocos días que en ella estuvo, manifestó, olvidado de su cordura y dejado de la mano de Dios aquellos heréticos y depravados errores, por lo cual vino á conocer de la Inquisición, si bien con aquella misericordia, y clemencia que siempre tiene con los reconocidos de sus delitos ó arrepentidos de sus pecados. Finalmente, en un acto público, salió con otros delincuentes con las insignias que en esta caja veréis. Entonces abriéndola, sacó de ella un sambenito cruzado

con la aspa roja del glorioso apóstol San Andrés. Este, dijo prosiguiendo don Alonso, me mostró mi padre que ya era nacido cuando el suyo y mi abuelo delinquió en sus errores: sabe Dios el sentimiento que tuve, cuando le ví, ignorando la ignominiosa ofensa que hizo contra su majestad y la obscura mancha que dejó en nuestra sangre. Este desengaño de quien era, me templó los bríos, me allanó la soberbia y me hizo humilde, comedido y apacible con todos, con que granjeé tantos amigos que puedo bien decir, ha habido muy pocos que en esta dicha me hayan excedido. Sírvaos, hijo, este antídoto, para que hagáis lo mismo, considerando, que si hasta aquí no os lo han advertido los que ofendéis de lo que sois, vendrá día en que lo oigáis de alguno y sea causa el vengaros, de que perdáis la vida.

Esto le dijo el anciano don Alonso á su hijo, bañando las venerables canas en copioso llanto, con lo cual provocó á hacer lo mismo á sus hijos, que hasta entonces ignoraban la afrenta de su casa. Prometió don Diego á su padre, ser de allí adelante, otro del que había sido, con lo cual le abrazó don Alonso con mucho amor, y él le besó la mano.

Aquel día y otros cuatro adelante estuvo don Diego retirado en su aposento, sin salir dél, compungido con el desengaño que su padre le dió, cuando él se juzgaba de la mayor calidad de Es-

paña, y éralo, si esta desdicha no le hubiera sucedido á su bisabuelo. Modesto anduvo por algunos días don Diego, teniendo presesente la plática de su anciano padre, cosa que hizo novedad á cuantos le conocían, pero duró poco esta compostura, que era violenta en su condición, sucediéndole el caso que oiréis.

Servía á doña Blanca, hija de don Alonso, un caballero cuyo nombre era don Fadrique, caballero mozo y rico, el cual era favorecido de la dama con grande extremo, si bien con aquel recato que á su honestidad se debía. El padre deste caballero había sido grande enemigo del de doña Blanca, y con haber muerto, nunca las dos casas se trataron, teniendo siempre presente aquellas enemistades pasadas, con lo cual les era fuerza á los dos amantes escribirse, y comunicarse con grande recato, temeroso don Fadrique por el arrojamiento, y áspera condición de don Diego de perder á su dama, si esto llegaba á saberse, y así aguardaba á que el tiempo, que muda todas las cosas, hiciese mudanza en los ánimos encontrados de padre é hijo.

En este tiempo, le vinieron á decir á doña Blanca que su galán servía á otra dama con mucha asistencia y grandes finezas, y como la pasión de los celos es tan difícil de resistir, tocada la hermosa dama de su contagio, se determinó un día, que salió á misa muy de mañana, verse con don Fadrique y darle sus quejas, con de-

terminación de no volverle á hablar más. Estaba la casa deste caballero cerca de un convento de monjas, donde doña Blanca fué aquel día á misa, del cual le envió á llamar con una criada suya, con quien sola quiso salir para este efecto embozada, á tiempo que dejaba á su padre y hermano en la cama. Halló en la suya á don Fadrique la mensajera, y dándole el recado de su señora con alguna admiración de la novedad, se vistió el enamorado caballero brevemente y se llegó á la iglesia, donde halló á doña Blanca retirada á una capilla, allí le dió la hermosa dama muchas quejas de su mudanza, dándole cuenta de lo que la habían dicho y se publicaba por la ciudad, y esto con grande abundancia de lágrimas, proponiendo de no verle más en su vida, pues tan mal pago daba á su voluntad. El caballero, como estaba enamorado de veras, inocente de lo que su dama le imputaba, afirmábala con mil juramentos ser mentira y testimonio lo que la habían dicho, pues no sólo no tenía dama á quien sirviese, pero ni había pasado por el pensamiento, teniéndola á ella por único dueño de su alma, potencias y sentidos, y que para satisfacción desto y seguridad suya, viese si se determinaba á desposarse con él luego en aquella capilla, y asimismo irse donde él la llevase esa noche, que lo haría sin poner duda en ello. Estaba doña Blanca tan en extremo enamorada de don Fadrique, que á su propuesta determina-

ción no puso dificultad alguna aceptando en todo cuanto la pedía, que esto la obligó el asegurarse de los celos. Diéronse allí las manos, delante de un santo y devoto crucifijo, sin que la criada viese nada desto; y concertando la hora de verse aquella noche, para irse con él doña Blanca, se despidieron los dos amantes, haciéndoseles á entrambos siglos las horas, años los minutos y días los instantes, hasta el plazo señalado, que solos los deseosos hallan con pereza al tiempo. Llegó pues la hora concertada, y habiéndose don Fadrique prevenido de joyas y dineros, de dos caballos y un valiente esclavo que le acompañaba, de cuya lealtad, y buenas manos tenía bastante experiencia y satisfacción, partió á verse con su dama; y haciendo la seña que ya tenían para hablarse bajó doña Blanca al punto, no menos prevenida que su galán de las mejores joyas que tenía. Púsose á caballo, previniéndola don Fadrique que esa noche se había de mudar en hábito de varón, por el peligro que tenían ser conocidos. Con esto tomaron la vuelta de Cataluña, llevando don Fadrique intentó de pasarse á Nápoles, donde tenía cierta renta, y un primo marqués en aquel reino, á quien él había hospedado dos años que estuvo en España.

Estaban don Alonso y su hijo al tiempo que doña Blanca faltó de su casa, sin ser sentida de nadie, en la de un amigo suyo, que estaba enfermo, y recogiéndose don Alonso á cenar y á acos-

tarse; prevención muy usada en los de su edad, como en la de don Diego irse á mudar de noche, para ir á sus entretenimientos. Preguntó, en llegando, por doña Blanca, no le supieron los criados dar más razón de que se había encerrado en su aposento y dicho que se hallaba indispuesta, que la dejasen reposar sobre la cama. Fué buscada en él, y en toda la casa; y admirados de la novedad de faltar della, repararon en un papel, que estaba sobre un bufete de su aposento, abrióle el padre, temeroso de lo que contendría, y en él leyó estas razones:

«Fuerza de afición que á don Fadrique de Avalos he tenido, me ha hecho elegirle por esposo, y temor de vuestra indignación, no esperar á que supiéredes mi inobediencia. Caballero es tan notable como sabéis, el amor con que me ha servido cuatro años que secretamente nos hemos hablado, me obligó á esta resolución, considerando que por este medio su casa, y la nuestra volverían á sus antiguas amistades.»

Lo que sintieron don Alonso y don Diego, su hijo, la resuelta determinación de doña Blanca no hay razones con que lo ponderar; el viejo se arrancaba de cuajo las venerables canas y de la cabeza y barba, bañado en copiosas lágrimas; y don Diego estaba tan impaciente, que lo menos que prometía, era quemar la casa de don Fadrique, y llevado del impulso de la cólera, salió de su casa hecho un loco; tal era el sentimiento que

llevaba, viendo empleada á su hermana, en quien era de su contrario bando, y sin reparar en lo que hacía, se fué á casa de don Fadrique, y entrándose por las salas della, con pensamiento de toparse con su ofensor; quiso impedirle la entrada, un criado de don Fadrique, no le conociendo, al cual sin hablarle palabra dió dos puñaladas; y dejándole sin la vida, regando la pieza con su roja sangre, se entró otras dos más adentro hasta topar con la de un estrado en que halló á una hermana de don Fadrique, haciendo labor con sus criadas, mas ya alborotada con las voces que había oído fuera y con saber de un pajecillo el suceso de su criado, salió de la tarima á afear á don Diego el atrevimiento de poner los pies en su casa, á hacerles tales ofensas en ella, ignorando lo que había hecho su hermano.

Con el enojo que don Diego llevaba y lo deslumbrado y necio que era no haciendo caso de lo que decía, intentó entrarse en la pieza más adentro, por pensar, que en ella estarían don Fadrique y su hermana. Lo cual visto de doña Teodora, que así se llamaba la hermana de don Fadrique, comenzó á detenerle, y asimismo sus criadas, y hallándose con esto embarazado don Diego, sin acordarse del respeto que se debe á las mujeres, y más de la calidad que era doña Teodora, como hombre vil y de bajas prendas osó poner las manos en su hermoso rostro, por

apartarla de sí y hacerse lugar para su intento; acción indigna de quien era, y sólo usada de rufos y pícaros del germánico trato, y aun en éstos parece mal este infame proceder. El llanto de la dama y de sus criadas fué grande, viendo maltratar de aquella suerte á su señora; ignorando la ocasión que le movía á tal desacato. Juntáronse algunos criados, que con las espadas en blanco quisieron castigar el atrevimiento de don Diego, y vengar la ofensa de su señora; pero el deslumbrado mozo, estaba tan ciego de cólera, que sacando la espada dejó dos dellos mal heridos, con que le hicieron lugar para salir á la calle, topándose con todo el barrio alborotado con las voces y llanto que oían en casa de don Fadrique. Esto le obligó á volver á la suya; y dando á su padre cuenta de lo que había hecho, le pesó grandemente al viejo, que se hubiese atrevido á doña Teodora, y así se lo afeó mucho; aconsejándole, que al punto se fuese de la ciudad porque corría mucho peligro su vida, á saber los deudos de don Fadrique lo que había hecho. Dióle dineros, y poniéndose un vestido de camino, con dos pistolas pendientes de un tahalí, se salió de la ciudad en un caballo de paso, sin aguardar que nadie le acompañase. Y tomó el camino de Valencia, haciendo mil protestas y juramentos, de no volver á su patria, hasta quitar la vida á don Fadrique.

En pocos días llegó á aquella gran ciudad,

noble trofeo de la conquista del invicto rey don Jaime, en ella anduvo informándose con señas que daba; si había llegado allí don Fadrique con su hermana: y de un peregrino vino á saber, cómo había topado á un caballero y un muchacho lucidamente vestidos en dos caballos, embozados los rostros, que iban la vuelta de Barcelona. No aguardó á más el determinado don Diego; y así poniéndose á caballo, se dispuso á seguirlos; aun no bien informado de si era verdad lo que le decía el peregrino, llevando presupuesto si les encontraba de quitarles las vidas.

Desta suerte caminó tres días, y al cuarto á hora de mediodía, se topó con un hombre de buena traza, juzgando dél por su hábito, que debía ser soldado; iba solo en un rocín grande caminador, no con menos diligencia que don Diego. Saludáronse los dos cortésmente, y don Diego le preguntó, dónde era su viaje. El forastero le dijo, que á Barcelona. Mucho se holgó don Diego de toparse compañía para aquella ciudad, porque nunca había andado aquel camino; y así se lo dió á entender al forastero, ofreciendo acompañarle en aquel viaje. Admitió el forastero la oferta con mucho gusto, y así caminaron los dos hablando en diferentes materias, hasta mediodía que llegaron á una venta, donde determinaron entrarse á comer. En ella estuvieron poco más de una hora; y pareciéndoles ser tiempo de caminar, se pusieron á caballo,

continuando su camino, muy gustoso el forastero, de haberse encontrado con don Diego. Allí se preguntaron por sus patrias: don Diego negó la suya, diciendo ser natural de Pamplona; y el forastero dijo haber nacido dentro de Perpiñán.

En buena conversación caminaron los dos hasta las cinco de la tarde. Era por el principio de Junio y hacía grandes calores, á esta hora que he dicho se comenzó á turbar el cielo, amenazando tempestad con grandes truenos y relámpagos. Don Diego dijo á su camarada, temiendo que alguna agua les cogiese, que sería bien caminar á toda priesa. El forastero le respondió, como sabía bien el camino que no le diese cuidado, que caso que lloviese, cerca de allí estaba una pequeña aldea, donde se podían recoger, hasta que pasase el nublado.

En esto iban hablando por su camino, cuando al forastero se le ofreció una precisa necesidad, que le obligó á apearse. Quiso don Diego aguardarle; mas él le dijo, que su rocín era mayor caminador que el suyo que no dejase de proseguir su camino, que él le alcanzaría brevemente. Hízolo así don Diego, dejándole ya á pie, y atado el rocín á un árbol; y á cosa de cien pasos que se había apartado dél, oyendo un portentoso trueno que le atemorizó, juntamente con un luciente relámpago, con mayor exceso que los que hasta allí había visto. Volvió á este tiempo el rostro por ver si venía el forastero, y vió hacia la par-

te donde se había apeado grande humo, de lo cual se alteró grandemente, considerando debía de haber caído algún rayo. Allí aguardó un rato por ver si venía la camarada, y como viese su tardanza, determinóse volver donde le había dejado. Llegó al sitio en que se apeó, y halló en él la más lastimosa tragedia que hasta entonces sus ojos habían visto; porque vió al forastero tendido en el suelo y muerto del rayo que había caído, al tiempo que oyó el tremendo trueno: halló el malogrado, joven de modo, que parecía estar durmiendo; y llegándose á él, al tomarle de un brazo, vió que todos los huesos dél estaban hechos menuzos y del mismo modo todos los de sus miembros.

Quedóse don Diego de ver este espectáculo helado y casi sin sentido, dudando qué había de hacer en tal aflicción. Al fin se determinó á llegarse á aquella cercana aldea, que distaba de allí dos tiros de ballesta y dar cuenta á la justicia del lastimoso suceso, para que aquel descoyuntado cadáver se le diese sepultura. Tomó el rocín del muerto compañero de la rienda, y con brevedad se puso en el cercano lugar: donde haciendo relación á los alcaldes dél de la pasada desgracia, volvieron con don Diego al sitio, donde el desgraciado mozo estaba sin vida. Admiróles el desastrado suceso, y compadecidos de su desdicha, pusieron el cuerpo atravesado en un jumento, y desta suerte le llevaron al lugar,

donde en llegando le dieron piadosa sepultura. Hecho esto, quiso la justicia ver lo que traía en la maletilla de su cogín, para hacer de todo inventario, y del valor dello vendiéndose hacer bien por su alma: para lo cual, por no parecer la llave, se hubo de romper el candado y cadenilla. Con lo primero que toparon, fué con una caja cuadrada; en la cual hallaron una calavera, envuelta en un tafetán carmesí, en cuyo liso cerebro estaban escritas unas letras grandes que decían: «Afrentásteme, diste muerte, y vengueme.» Grande admiración causó á los que se hallaron presentes, así el horrendo espectáculo de la calavera, como las letras que en ella estaban escritas, y por si hallaban más luz en aquel caso, sacaron todo lo que había en la maletilla, que era ropa blanca; un bolsillo con cincuenta escudos en oro, y un legajo de cartas: fuéronlas viendo con cuidado, y entre ellas toparon una escrita de letra de mujer, en que leyeron lo siguiente:

«En breves razones os aviso, esposo y señor mío, que experimento más rigores que los de vuestra ausencia, con la falsedad de un aleve amigo, á quien me dejaste encomendada. Por su causa he perdido mi patria, dando por bien empleado este destierro, antes que perder la honra que me intentó quitar: no la tendréis si volvéis á mis ojos, sin quitarle la vida; y pues os aconsejo esto, bien creeréis que lo merecerá Guiller-

mo, habiendo correspondido tan mal á vuestra amistad. Del portador sabréis todo esto más dilatadamente; y asimismo el lugar donde estoy, agradecedle el haberme defendido mi honor y el vuestro contra su aleve dueño. El cielo os guarde. Vuestra esposa, *Leonida.*»

De nuevo se admiraron los circunstantes, que oyeron leer la carta á don Diego y él mismo, y por ella echaron de ver, ser el difunto que acababan de enterrar el agraviado, y el dueño de la calavera el ofensor y falso amigo; y aunque el delito era atroz, la venganza del ofendido pasaba de los límites del agravio, en traer por trofeo suyo la cabeza del que había intentado quitarle la honra en su ausencia; dejándosela encomendada fiado en su amistad. Tomaron á don Diego y á otros testigos la declaración de lo sucedido, y en ella dijeron lo que habían visto; y asimismo dijo don Diego la patria del difunto ser Perpiñán.

Bien pudiera don Diego escarmentar con el ejemplo de la muerte del forastero, para no proseguir en el intento de su venganza, puesto que ya su hermana iba desposada con quien no sólo le igualaba en calidad, pero le aventajaba: que cuando su padre y él se desvelaran en buscarla esposo, no pudieran hallarle más á propósito. Pero estaba tan obstinado en vengarse, que sin temor de que por él viniese otro tremendo y riguroso castigo como el que había visto, se deter-

minó el siguiente día á continuar su viaje á Barcelona, tan en los estribos de vengarse que á trueque de quitar la vida á don Fadrique y su hermana, perdiera la vida con otro rayo de buena gana. Llegando, pues, á estas dos jornadas de Barcelona, le cogió una noche en un despoblado; y como con la obscuridad y no saber bien aquella tierra perdiese el camino; vino al cabo de dos horas á hallarse en un verde prado, que por límite tenía un caudaloso río. Allí determinó pasar la noche en ocasión de que el rocín paciese de la verde hierba que el prado había. Apeóse, y quitándole el freno, él se tendió en el fresco suelo, donde pasó un largo rato metido en varias consideraciones, todas en orden á su venganza, de quien deseaba ver presto los efectos.

Estando ocupado en estos pensamientos, oyó cerca de sí tocar un rabel con mucha destreza; y levantándose de donde estaba por ver quién sería el que tan diestramente le tocaba; ya que se iba acercando á él, oyó que cantaba con dulce y sonora voz, acompañada del instrumento, estos versos:

Romper le quiero al silencio
candados y hierros graves,
que para sufrir tormentos
ha puesto mi voz en la cárcel.
Y en esta penosa vida,
para alivio de mis males,
ya que me faltan amigos,
daré mis quejas al aire.

A las aguas deste río,
en cuya apacible margen
asiste para mis penas
la ocasión de mis pesares:
me quejaré de mi agravio,
para que puedan llevarle
las nuevas á mi enemiga
cuando mire sus cristales.
A las ninfas, que en sus ondas
tienen morada habitable,
cuyos cristalinos techos
rompe al manifestarse.
A los solícitos peces
que por su centro se esparcen,
y en los huecos de sus cuevas
ligeros entran y salen.
A las peñas donde el agua
con ondas de plata bate,
con cuyos recios encuentros
hace el curso que se ablanuen.
A las aves destas selvas
que entre alisos y entre sauces,
se están diciendo requiebros
en su amoroso lenguaje.
A los encumbrados olmos
que naturaleza hace,
para que nos den ejemplo,
que amantes parras enlacen.
A las flores, que á la tierra,
conociéndola por madre,
alfombras de mil colores
la texen para adornarse,
A las apacibles fuentes

que al pie destos riscos nacen,
y entre esmeraldas al río
cristal en feudo le traen.
 A los encumbrados montes
en cuya aspereza grande,
habitados de las fieras
de sus límites no salen.
 A los valles donde asisten,
en sus camas y vivares,
la tímida liebrecilla,
y el conejuelo cobarde.
 A los prados cuya hierba
copiosos ganados pacen,
que guardan fieros mastines
contra los lobos voraces.
 Quejaréme á los pastores
que habitan estos lugares
que en este penoso estado
podrán mejor consolarme.
 Aguas, aire, ninfas, peces,
peñas, olmos, flores, aves,
fuentes, montes, prado, hierba,
pastores, ganados, valles.
Con vuestra vista pienso consolarme,
cuando tantos desdenes me combaten.
 De ti, ingrato dueño mío,
que este nombre quiero darte,
hasta que el tiempo veloz
con mi fe te desengañe,
 me quiero quejar á voces,
no porque has de remediarme,
sino que con darte quejas
quiere el amor que descanse.

Quéjome de tu hermosura,
prisión de mis libertades,
que haciendo templo mi idea
allí adoraba tu imagen.
De tus hermosos cabellos,
que del sol desprecios hacen,
de quien amor hizo redes
para poder cautivarme.
Quejaréme de tus ojos,
tan honestos como graves,
cuyos rayos en mi pecho
han hecho daños notables.
De tu hermosísima boca
que entre perlas orientales,
si con gracias enamora
con rigor quiere matarme.
De los donaires que hiciste
con que mi fe despreciaste
con que el don de mi firmeza
quieres convertir en aire.
De tus manos de marfil
que serán para otro amante,
pródigas en dar favores,
si para mí miserables.
De tu ingratitud también,
pues cuando entendí obligarte,
desobligada te muestras,
porque la paga no aguarde.
Hasta de tus pensamientos
celoso quiero quejarme,
porque jamás los pusiste
en favorecer mis partes.
Hermosura, ingratitud,

ojos, boca, fe inconstante
cabellos, manos hermosas,
pensamientos y donaires.
Si para mi tormento os conjurastes,
piedad, piedad contra un rendido, baste.

Acabó el largo romance con tan diestros pasos de garganta, que se admiró don Diego de ver que habitase aquellos solitarios lugares hombre de tales gracias. Ya quería llegar á gozar de su conversación, para pasar entretenido aquella noche, preguntándole la causa de su pena que manifestó en sus versos, cuando de la parte del río, oyó unos dolorosos gritos de mujer que padecía alguna fuerza: estúvose quedo, y con la quietud de la noche, pudo oir atentamente que decía afligida estas razones:

— Dejad, fieros enemigos, á esta desdichada mujer, que se arroje en este caudaloso río, donde dé fin á su miserable vida, para que acabe con tantas desdichas como la persiguen. No penséis que aunque me llevéis violentamente mandados de vuestro dueño á su presencia, ha de obligarme consentir la fuerza lo que niega la voluntad: bien podéis hacerme pedazos, mas no mudarme del firme propósito que tengo. Que cuando muera á sus manos sin padecer peligro mi honor, ¿qué mayor gloria puedo dejar á mi fama, ni qué mayor ejemplo á las mujeres?

Esto venía diciendo la llorosa mujer, advir-

tiendo don Diego, que cada instante se acercaban más al sitio donde estaba. Llegaron pues cerca dél cosa de un tiro de piedra, al tiempo que la hermosa Lucina, con el prestado favor de su luciente hermano, dilataba sus rayos á la tierra; con cuya luz pudo ver don Diego que traían dos hombres rústicamente vestidos á la afligida mujer, en hábito de labradora, sobre un jumentillo, teniéndola cada uno de su parte. Conoció don Diego por las razones que la había oído, que la traían por fuerza á la presencia del que había cantado los referidos versos. Y para defenderla de su violencia, previno prestamente las dos pistolas que traía; aguardando á ver, en lo que paraba aquello. Llegaron pues á donde aguardaba el quejoso amante músico, que asimismo estaba vestido en tosco traje de villano; y habiéndola apeado del jumento la dijo, tomándola una mano:

—Hermosa Leonida, ¿es posible que para un amor tan firme como el mío, constándote saber, quién soy, te muestres cada día más esquiva, sin haber dado lugar á oir mi afición, y escuchar mis quejas? Cansado de tus muchos desdenes me han obligado á que por fuerza alcance lo que con tu gusto no es posible. El lugar es solo, á mis fuerzas, y á las de mis criados mal se pueden oponer las tuyas, flacas y débiles: lo mejor es, que conociendo la voluntad que me debes, excusar agradecida lo que no podrás agraviada.

—No pienses, atrevido don Jaime, dijo la labradora; no presumas, que tus violencias en esta soledad me ponen miedo, para que sin mirar á lo debido mi honor, condescienda con tu gusto, y libidinoso apetito; saca la espada, si es que ya, descubierto el embozo de villano, la traes y pásame con ella el pecho, acabando mi vida; que más quiero perderla á manos de tu crueldad, que con gusto mío ofender al cielo.

Perdió la paciencia el que había llamado don Jaime, y abrazándose con la mujer, y ella defendiéndose, anduvieron á los brazos una pieza; los criados la querían atar las manos, mas á este tiempo salió don Diego á ellos, y disparándola una pistola, dejó tendido al uno en tierra muerto. Viendo don Jaime esta novedad, quiso prevenir otra que traía; mas anticipándose don Diego, disparó la que le quedaba cargada, atravesándole con una bala el brazo derecho, con cuyo intenso dolor le dejó tendido en tierra. El criado que quedó libre, sin aguardar á verse en el peligro que su amo y compañero, se fué huyendo por el campo adelante, dejándose la mujer, á la cual le pareció que solamente del cielo había venido aquel socorro, en ocasión tan apretada.

Llegóse don Diego á ella, y vió una singular hermosura, si bien adornada con rústicos vestidos al modo de los que usan los labradores de aquella tierra, con los cuales conformaba mal tanta belleza, presumiendo por ella don Diego,

que debía de andar disfrazada, en aquel tosco traje, y así le dijo:

—Hermosa labradora (que señora podré mejor decir, pues, á lo que infiero, esos vestidos deben ser rebozo de vuestra calidad), mucho me huelgo de haber llegado á este lugar, habiendo perdido mi camino á tiempo que os pudiese hacer este pequeño servicio; el daño que está hecho, no pide más asistencia en este lugar, si fuéredes servida de que yo os acompañe hasta donde gustáredes, decidme vuestro gusto, que os serviré con la misma voluntad que me vistes ser defensor de vuesltra honra.

Agradecióle la dama, con las mejores razones que su turbación la dejó pronunciar, el favor que había recibido, y en cuanto á lo que le aconsejaba de irse de allí lo libró en su voluntad; diciéndole que la suya era ir con él donde gustase hasta salir de aquella tierra; advirtiéndole desmintiesen el camino de Barcelona, porque aquecaballero era de la nobleza de aquella ciudad, y podía sucederles alguna desgracia, si hacia allá guiaban. Siguió su parecer don Diego, aunque pesaroso de dejar su camino por aquella causa, con que no venía á tener efecto su venganza que dejó por entonces, por estar algo aficionado á la labradora, y así poniéndola en el jumentillo en que la habían traído, y don Diego subiendo en su cuartago dejó el camino de Barcelona que la dama sabía bien, y tomaron el de Zaragoza, in-

formados de un pastor que apacentaba por allí su ganado. Con esto dejaron á don Jaime mal herido, el cual, vuelto en su acuerdo, que había estado sin él, desde que cayó en el suelo herido, comenzó á dar tantas voces, que acudió el pastor que guió á don Diego á ellas. Este le llevó á su choza, donde le tuvo aquella noche, hasta que á la mañana, volvió el criado que huyó con gente, y le llevó á curar al más cercano lugar que allí había.

Caminaron don Diego, y la disfrazada dama, á la luz que daba la hermosa Delia, que por ser cerca del cuarto de luna les duró hasta la mañana, hallándose cerca de un pequeño lugar, seis leguas de donde habían partido, donde buscando una buena posada, se apearon en ella. Diéronles camas en que reposaron, divididas en dos aposentos, ya había declarádose don Diego en el camino con la dama, de cuán aficionado le estaba, desde que la había visto, á que ella, por no mostrársele desagradecida del favor que dél había recibido, sólo estimó con corteses y afables razones, nacidas más de agradecimiento que de voluntad, porque ésta la tenía puesta en otra parte, como después sabréis. Reposaron, pues, en aquella posada el día siguiente hasta la tarde, aguardando á caminar de noche, por el peligro que corrían á ser conocido don Diego, por lo que dejaba hecho, y en tanto que el sol acababa su curso, quiso saber de la disfrazada dama la cau-

sa por que había sido llevada á la presencia de don Jaime, violentamente por sus criados, y la que le movía á aquel caballero á andar en disfrazado traje, y así la pidió encarecidamente le hiciese, si gustaba, relación de todo. Quiso darle gusto Leonida, y prestándole don Diego atención, comenzó su historia desta suerte:

- Yo, piadoso caballero, que nací en Barcelona, ciudad famosa, y cabeza del Principado de Cataluña, de nobles padres. Tuvo el mío un grueso trato por la mar, teniendo correspondencias en Génova, Milán, Nápoles y Sicilia, con que vino á aumentar gruesa hacienda; mas la fortuna que no permanece en un ser, no sólo le quitó la hacienda que le había ganado, sino la vida, porque habiéndose embarcado en un navío suyo, en que llevaba empleado todo su caudal, se le tomaron las galeras de Visesta, y á él con los demás que iban en su defensa, les quitaron las vidas. Llegó la trágica nueva á mi madre; y con la pena que recibió, en breve tiempo dió fin á sus días, dejándome huérfana, de edad de diez y ocho años, en poder de una hermana suya viuda, que pasaba con una moderada hacienda.

En su compañía me estuve hasta los veinte y dos años de mi edad. En este tiempo se aficionó de mí un ciudadano, llamado Garcerán, á cuyas finezas di crédito, y obligada de su asistencia, regalos, y dádivas, le comencé á favorecer con alguna voluntad, que con el tiempo se fué au-

mentando. En dos años que duró en su pretensión, siempre le vi firme, cosa que me puso en obligación de darle la mano de esposa, con lo cual pudo gozar lo que hasta allí no le era permitido. Ultimamente, por la dificultad que había en entrar en casa de mi tía, yo me determiné, persuadida dél, á dejarla y irme con él donde fuese su gusto. Túvome en una quinta de un amigo suyo cerca de un mes, sin que nadie supiese que yo estaba allí. En este tiempo hizo mi tía notables diligencias en buscarme por orden de sus deudos y míos, mas no pudo saber nueva de mí, porque sólo sabían donde yo estaba, mi esposo, su amigo, y el jardinero de la quinta. De suerte que Garcerán se paseaba por la ciudad, sin que nadie presumiese que él era quien me había sacado de casa de mi tía, por haber sido nuestros amores muy secretos.

Ofreciósele á Garcerán ir á Valencia á cierta cobranza de una hacienda que en aquella ciudad había heredado, y importábale hallarse en persona á esto. Dióme cuenta dello, cosa que yo sentí en extremo; consolóme con decirme que su vuelta sería con brevedad, que el ínterin dejaba á su amigo en su lugar, que acudiría á mi regalo como su misma persona. Yo aunque me esforzaba á pasar por esto, no dejaba de tener, desde que le vi determinado, á irse, una notable tristeza en el corazón, que hasta hoy no se me ha apartado, acrecentándose á ésta otras muchas des-

dichas que me han sucedido, como adelante oiréis.

Partió Garcerán á su negocio, y esotro día, viniéndome su amigo á ver á su quinta, entre diversas pláticas que tuvimos aquella tarde, se atrevió á decirme, cuántos días había, que me tenía grande voluntad, y cuánto deseaba que yo lo conociese, y esto con afectos de tanta pasión, que yo lo estaba oyendo y me parecía, que lo hacía más por probar lo que había en mí que por ofender la amistad de su amigo. Mostréme muy ofendida á su declarado intento, poniéndole delante lo que debía á mi esposo, la confianza que había hecho de su fidelidad, y cuán seguro había partido de que tenía mi honor en él una gran defensa, todo lo cual conocía ya, ser muy diferente, pues con haber dicho su pensamiento, la fidelidad había faltado en él, juntamente con la correspondencia á la voluntad que le debía, olvidando con esto las obligaciones que le corrían. A esto me respondió, que era tanto el amor que me tenía, que si esta ocasión de declararse conmigo, no se ofreciera con la ausencia de Garcerán, corriera grande peligro su vida, que todo cuanto en esto se podía decir consideraba, pero que á una fuerza de amor no tenía valor para resistirla tanto tiempo. De nuevo le representé las obligaciones que me corrían, el amor que tenía á mi esposo, y la correspondencia de su amistad, y últimamente la ofensa que me hacía

tan grande en presumir de mí que me había de atrever á ofender á mi dueño, no sólo en obra, pero en pensamiento; y para no darle motivo á mayores atrevimientos, le dejé con la palabra en la boca, volviéndole las espaldas, me entré en otra pieza del cuarto donde estaba. Fuese de allí Guillermo, que éste era el nombre del falso amigo de mi esposo, no muy avergonzado de lo que otro de más buenos respetos lo fuera, sino más perdido de amores que hasta allí, y esto lo manifestó, aquella misma noche, que viniendo á las doce acompañado de dos criados suyos, hizo al jardinero que le abriese la quinta; y para entrar en mi aposento, porque le negué la entrada á aquella hora que estaba acostada, rompió la puerta dél, echándola al suelo. Hallóme medio desnuda, con sólo un faldellín que tomé, y á la luz de una linterna que traía, le pude ver con el acompañamiento de los dos criados. El queriendo sosegar mi turbación, y aplacar mi enojo, me dijo:

—Hermosa Leonida: hasta aquí he sufrido mil penas, mil aflicciones y congojas enamorado de tu hermosura. La amistad de Garcerán tu esposo y su presencia, eran freno de mis amorosos incentivos, ya que falta de tu compañía, y de mí la paciencia para más sufrimientos, vengo con resolución de que determines á dos cosas, á condescender con mi gusto, ó á padecer violencia, por dármele, para que tengan fin mis cuidados.

Helada y sin aliento me dejó la resuelta determinación del atrevido Guillermo; mas, ayudada del cielo, con las más corteses y obligatorias razones que supe, le comencé á persuadir que desistiese de tan infame intento, y considerase que de conseguir su gusto por fuerza (pues con el mío no había de ser) resultaba la infamia del que él llamaba amigo, siendo mi esposo, y que en desagravio suyo podía temer dél un desdichado suceso. Estas y otras razones enderezadas á estorbarle su intento le dije, bañado mi rostro en tiernas lágrimas, que ablandaran una dura roca: mas en él, que estaba resuelto á quitarme el honor, no hicieron efecto alguno, para templar su libidinoso deseo, determinándose á ejecutar por fuerza, lo que por voluntad fuera imposible, comencé á resistir su violencia, y él á poner todas sus fuerzas por rendirme, y ya que las mías se apocaban y á él se le llegaba el plazo que deseaba, movió el cielo el corazón de uno de sus dos criados, á que se compadeciese de mí, pareciéndole infame hecho el que hacía su dueño en intentar gozarme contra mi gusto, ofendiendo las leyes de la amistad y viendo en Guillermo tanta obstinación á mis blandos ruegos, y tanta duresa á mis tiernas persuasiones, determinóse á defenderme dél, á pesar suyo, y así con la espada en blanco, se le òpuso y desviándole de mí, le dijo estas razones:

—Es tal la fuerza de la razón y tan fea la que

intentas hacer á esta hermosa dama, que, olvidado de las buenas obras que de ti he recibido, quiero más perder tu gracia, que la de Dios, en ser cómplice tuyo, consintiendo esta fuerza que tú debieras excusar con la esposa de quien te tiene por amigo, y ha hecho en dejártela encomendada confianza de su honra en ti.

Diciéndole esto le apartaba de mí, y dióme lugar á que pudiese encerrarme en otro aposento, huyendo de su rigor. Guillermo se ofendió notablemente de lo que hizo su criado, y sacando la espada quiso castigarle su atrevimiento, pero no le dió lugar mi defensor, porque tenía mejores manos que su amo, y así antes que le ofendiese, le alcanzó una cuchillada en la cabeza, y tras ella una estocada en el brazo derecho, con que dió con él en tierra mal herido, y entrándose luego al aposento, donde yo me había encerrado, me sacó al punto de la quinta con mucho gusto mío, llevándome á una pequeña aldea, sin dar lugar la priesa á que me vistiese más de lo que llevaba. En el camino me dijo:

—Hermosa Leonida: mi amo es persona poderosa, yo pobre, humilde y falto de quien me ampare. El asistir en tu compañía no me puede estar bien, pues es fuerza buscarme: llevarte conmigo es mayor el peligro y no tengo posibilidad para ello, y así te dejo libre de aquel aprieto en que tu honra peligrara sin duda; agradéceme este servicio y quédate con Dios, que yo me

pienso partir á Valencia en busca de tu esposo á darle cuenta de lo sucedido.

Agradecíle de nuevo lo que por mí hacía, y dándole una sortija de diamantes, para que vendiéndola se apropechase de su valor, escribí una carta para Garcerán, haciéndole relación de lo que me había pasado con el falso amigo á quien me dejó encomendada. Partió el fiel defensor de mi honra, estimando el socorro que le hacía, y yo quedéme en aquel pequeño lugar dos ó tres días, amparada de un labrador rico, que se compadecía de mi fortuna, donde me vestí al uso de aquella aldea, y por no estar tan cerca de donde asistía mi enemigo, rogué á mi huésped que si se conocía con alguien de otro lugar más distante me llevase á él por el peligro que corría en estar en aquél. Tenía este labrador una hermana viuda diez leguas de allí, en otra pequeña aldea, á donde me llevó con mucha voluntad, á la cual encomendó con muchas veras, que me tuviese en su compañía y regalase, dándola cuenta de mis trabajos, que él satisfacía de su hacienda lo que por mí hiciese. Ofrecióse á darle gusto en todo, sin interés alguno la buena labradora, en cuya compañía quedé, esperando la venida de mi esposo.

Tres meses había que estaba en aquella aldea, habituada ya al modo de vivir de sus labradores, cuando, no cansada de perseguirme la fortuna, permitió que pasase por allí un caballero cata-

lán, el cual pasó enfrente de la casa donde vivía, y como me acertase á ver, aficionóse de mí de tal suerte, que, olvidado de su jornada, se detuvo allí quince días, fingiendo aguardar á un amigo suyo, y en este tiempo hizo las mayores diligencias del mundo, para que le favoreciese, pero todas fueron en vano, porque en mí halló siempre una resistencia honrada, y un valor no creído de mí hábito, despreciando muchas dádivas que me ofrecía. Despechado de mis desdenes, si bien no cansado de su pretensión, dió en un capricho notable, para tener lugar de hablarme con mayor llaneza, y no dar nota, y fué irse por algunos días de allí, volver después al lugar, disfrazado en hábito de labrador; hízolo así, pero salióle mal la invención, porque en cuantas partes me pudo hablar, asistiendo con los demás labradores en el prado, en los sotos y otras juntas que hacían, nunca fué posible, tomarme una mano. Bien se casara conmigo si en mí hallara disposición para esto, tanta era su afición; mas siempre me halló esquiva á sus finezas y sorda á sus importunos ruegos. Continuó el solicitarme más de un mes, valiéndose de la anciana huéspeda mía, para que me persuadiese. Ella hizo en esto cuanto pudo, pero todo fué sin provecho; lo que le dijo á don Jaime, fué que yo no era labradora, sino persona de partes y calidad, según había sabido de un hermano suyo, que me había traído á su casa. Con esto, infiriendo don

Jaime que yo debía de tener dueño, y que con esto sería imposible alcanzar ningún favor de mí, determinó que lo que no podía alcanzar voluntariamente, conquistase la violencia, y así mandó á dos criados suyos que me procurasen coger sola, aquella noche que me librastes, y me llevasen á aquel sitio donde me aguardaba para llevarme á su tierra, con mi voluntad, ó sin ella. Este, señor, es el suceso de mi desdichada vida hasta ahora; págueos el cielo el bien que me hicistes á que estaré agradecida todo lo que de la vida me durare la que tengo.

Admirado dejó á don Diego la relación de la hermosa Leonida, compadeciéndose de los trabajos que en tan breve tiempo habían pasado por ella, y no quisiera, en pago de haberle referido sus peregrinaciones, darle la mala nueva de la desdichada muerte de su esposo, que era el que había muerto el rayo, que por el suceso del falso amigo y su nombre conoció luego ser él; por otra parte, consideraba que estando tan aficionada del difunto Garcerán, que por eso resistió las fuerzas de Guillermo y de don Jaime, mientras no le dijese que era muerto, era imposible poner en otro su afición, y á don Diego le estaba esto muy mal, que la amaba tiernamente. Al fin, por última resolución, se determinó á contarle el suceso trágico de su esposo, diciéndole estas razones:

—Hermosa Leonida: á los sucesos que están

determinados por el cielo, no hay poder humano que los estorbe; digo esto, porque quisiera excusar en el breve tiempo que ha que vengo en vuestra compañía, el daros un disgusto, que es el mayor que podéis tener en esta vida: y para no teneros suspensa, sabed que vuestro querido Garcerán es muerto.

Entonces le contó el modo de su muerte, y para certificarla más de que la decía verdad, la mostró la carta que ella le había escrito con el criado de Guillermo, que reconoció luego Leonida; y asimismo, una sortijilla que quitó al desdichado joven de una mano al tiempo que le dió sepultura, que ella le había dado por favor cuando la galanteaba. Lo que la dama sintió esta nueva, no hay encarecimiento humano que os la pueda exagerar. Arrancábase sus rubios y largos cabellos; maltratábase su hermoso rostro, y hacía tantas lástimas, bañada en copiosas lágrimas, que no hubiera corazón, por duro y obstinado que fuera, que no le moviera á compasión. Así estuvo, echada sobre una cama, hasta que anocheció, sin bastarle las cosas que don Diego la decía, consolándola y ofreciéndose servirla toda su vida, como lo vería por la experiencia.

Hízose hora de caminar, y aunque Leonida estaba con poco ánimo (tal la había dejado el triste llanto por la infeliz nueva) se puso en camino, y de la suerte, que hasta allí vinieron ca-

minaron toda aquella noche y otras dos. Y viendo don Diego ocasión, en que le parecía estaba menos vivo el sentimiento en Leonida, de nuevo la volvió á significar cuánta afición la tenía, y cuánto deseara que pusiera en olvido su difunto esposo, pues ya era sin remedio el llorarle, determinándose á favorecerle. La dama resistía á esto, diciéndole, que la pena que llevaba de su pérdida, no la daba lugar á mostrar inclinación á lo que la proponía, que no desesperase de que le favoreciera á su tiempo, que al presente era no cumplir con lo que al difunto esposo debía; que lo quiso con grande extremo.

Bien conoció don Diego que éstas eran dilaciones, para no condescender con sus ruegos favoreciéndole; y así, la siguiente noche que caminaban, la apretó en este particular con mayores persuasiones, encareciendo su pena, y ponderando su desvelo. Amanecióles á tiempo que estaban un tiro de piedra de un convento de religiosos descalzos, de la orden de aquel Serafín humano, que mereció tener en manos, pies, y costado, las cinco señales de nuestra redención. Fingió Leonida un repentino mal, y dijo á don Diego, que para repararle tendría gusto de apearse en aquel convento. Quiso dársele don Diego, ignorando su intención, y así se apearon, y dejando las cabalgaduras atadas se entraron en la iglesia que se acababa de abrir al tiempo que llegaban. Hizo oración Leonida en

ella, y don Diego, como poco devoto, siendo la suya más breve, se puso á mirar la fábrica de la iglesia y capillas della. Abrió á este tiempo la reja de la capilla mayor un religioso; y viendo Leonida la ocasión que deseaba, se entró dentro, rogando al fraile que cerrase luego la puerta de la reja; y asimismo que tuviese cuidado con que lo estuviese la de la portería, porque venía con intento de apartarse de la compañía de aquel hombre, y que esto importaba al servicio de Dios mucho. Hízolo así el religioso, mas don Diego viendo esto, quiso entrarse donde Leonida estaba, y hallando cerrada la reja, queriendo que le abriesen, le dijo la hermosa dama:

—Señor don Diego; yo he buscado esta ocasión para apartarme de vuestra compañía, porque sé cuán en mi perjuicio ha de venir á ser; contentaos con conocer de mí, que si bien os estimo, por el bien que me habéis hecho, no deseo hacer la paga en lo que pretendéis; no os pese de haberme favorecido, aunque conozcáis en mí desvíos y asperezas, que perderéis con eso una acción la más noble que caballero puede haber hecho. Yo estoy con firme resolución de no salir deste lugar si no es hecha pedazos; lo que os aconsejo es, que continuéis vuestro viaje sin pretender imposibles, que lo ha de ser en mí el favoreceros.

Corrido quedó don Diego de verse burlado de

la cautelosa cuanto honrada Leonida, y enfurecido con el enojo que le causó verse sin quien tanto amaba, intentó la entrada por fuerza, queriendo romper un palo de la reja que se lo defendía. Acudieron algunos religiosos á estorbárselo, mas él que estaba ciego de cólera, no mirando al decoro y respeto que debía tener al sagrado lugar donde estaba, hizo pedazos dos palos de la reja y hallando á Leonida amparada de aquellos religiosos, amenazando á uno con una daga desnuda, y apartando á otro violentamente della, pudo coger la dama á pesar de todos en brazos, y saliéndose por la quiebra de la reja no paró hasta ponerla en la silla de su caballo, y él, subiendo á las ancas, comenzó á caminar á galope tirado, dando Leonida voces que la favoreciesen, cuyas lástimas enterneció grandemente á aquellos santos religiosos, que quedaron escandalizados del desacato de aquel desalumbrado caballero y del desprecio que hizo dellos.

Dentro de un cuarto de hora qne sucedió esto, llegó al convento, un caballero de Zaragoza que era patrón suyo, y hallando á los frailes alborotados, sabida la ocasión, mandó luego á un criado suyo, que en un alentado rocín, siguiese á aquel hombre hasta el primero lugar donde parase, y en él diese cuenta á la justicia de cómo llevaba forzada á aquella mujer para que le prendiesen. No se lo encomendó á lerdo ni

manco, sino á hombre más solícito y diligente que se pudiera hallar, el cual siguió á don Diego con tanto cuidado, que esa noche los alcanzó en un pequeño lugar, donde haciendo la diligencia que su dueño le mandó, fué preso don Diego en su posada, y llevado á la cárcel, donde le cargaron de prisiones y pusieron á buen recaudo en un obscuro calabozo. Dió el diligente criado aviso desto á su dueño, que quedaba en el monasterio, el cual vino luego á aquel lugar, y informando á la justicia de lo que había hecho aquel hombre que tenían preso, les encargó le castigasen severamente, que en el modo de caminar con tanta prevención de pistolas, y asimismo traer consigo á aquella mujer engañada, daba premisas de ser un hombre de insolente vida, facineroso ó bandolero.

Leonida dió cuenta de sus sucesos al caballero, callando la muerte que don Diego hizo, porque no le viniese por ello mal: con lo cual mitigó algo el enojo del caballero que tenía contra el preso don Diego, echando de ver que había librado de aquella fuerza á Leonida, y que como enamorado deseaba que le favoreciese; si bien, podía intentarlo sin perder el respeto á los lugares sagrados. Preguntó á Leonida, que qué era lo que determinaba hacer de sí; y de ella supo cuanto deseara entrarse en un monasterio y acabar allí su vida, sirviendo á las religiosas dél; pues para recibir su hábito se hallaba im-

posibilitada de dote; que le suplicaba, si en esto tenía mano, la hiciese esta merced. Era el caballero generoso y compasivo, y ultra desto era patrono de un convento de monjas en Zaragoza, donde tenía dos hermanas, con lo cual la prometió darla gusto en lo que le pedía. Fuese con él Leonida, estimando en mucho la merced que la prometía hacer, y llevóla á Zaragoza, donde la entró en aquel monasterio, y en él acabó santamente su vida.

Estaba don Diego en la prisión con poca paciencia, sintiendo haber perdido á Leonida, de quien estaba en extremo aficionado; y por otra parte desesperado de ver que por su prisión se dilatase la venganza en don Fadrique, y su hermana, que esta pasión no la borraba en su corazón jamás, antes cada instante estaba más vivo este afecto en él; sin haberle aprovechado del escarmiento que pudiera tomar de la muerte del malogrado Garcerán.

En estos discursos de la pérdida de su dama, y deseo de su venganza, pasaba la noche, cuando en la mitad della, oyó un doloroso suspiro en un rincón de aquel obscuro calabozo, y junto con esto ruido de prisiones. Y deseando saber quién era el preso que le acompañaba en aquel lugar, dijo en alta voz:

—Tú, que en lo último de esta obscura estancia asistes preso, si el cuidado de verte así te priva de sueño como á mí; acércate á este sitio,

que comunicando nuestras desgracias, nos será de algún consuelo.

Movióse con esto ruido de grillos y cadena, y al mismo movimiento que con sus prisiones hacía don Diego se fué llegando el preso á la parte donde estaba, hasta que hallándose cerca dél, dijo el que en aquel calabozo era más antiguo:

—Si mal de muchos dice el proverbio, que es gozo de los afligidos: vuestra prisión que es tan reciente, me viene á ser consuelo en la antigua que padezco aquí por la compañía que granjeo con vos.

—Sentaos, dijo don Diego, en este poyo donde yo estoy, y pues la pena no nos permite que demos réditos al sueño, contadme la causa de vuestra prisión, que yo os haré después relación de la mía.

Obedecióle el preso, y acomodándose en el lugar con que don Diego le convidaba, comenzó su relación desta suerte:

Por haber librado de una violenta fuerza que el dueño á quien yo servía, quiso hacer á una dama esposa de un íntimo amigo suyo que estaba ausente, lo estoy ya de Barcelona, mi patria, yendo á buscar al ofendido á Valencia, con una carta de su afligida esposa, que para que me sirviese de más crédito me dió, en que le avisaba del cruel atrevimiento del que dejó por amparo suyo, fiado en su amistad, dejé á esta dama libre deste trance, en una aldea hospedada en la

casa de un labrador rico, y con esto hice mi jornada, llegando á Valencia en breve tiempo, donde hallé á Garcerán, que así se llamaba el que iba á buscar, y dándole la carta, y cuenta de todo; mostró en mi presencia sentir grandemente la ofensa que le hizo, el que juzgó por verdadero amigo, y dispuesto á vengarse della, así por ser ésta su intención como por pedírselo su esposa en la carta, se determinó á quitarle la vida. Dejó, pues, sus negocios encomendados á un agente, y llevándome en su compañía, agradecido en extremo de lo que por él había hecho, negando á mi propio dueño, dimos la vuelta á Barcelona, llegando á ella á tiempo que Guillermo, que así se llamaba el ofensor, no estaba en la ciudad; y sin hacer diligencia por ver á su esposa, se partió en busca dél, con presupuesto de no sosegar, ni volver á los ojos della, sin darle muerte. Anduvimos todo el Principado de Cataluña, todo el reino de Valencia; y llegando al de Aragón, en Calatayud fué desdicha tal, que le vimos en la plaza de aquella ciudad estar concertando unas mulas para irse á Castilla. Embozóse Garcerán, y yo hice lo mismo por no ser conocidos, y procuramos saber con cuidado su posada, y del mozo de mulas á la hora que había de partir con él, que era al amanecer el día siguiente. A esa hora le salimos al camino, y sin aguardar á más razones que á desembozarse Garcerán, y dársele á cono-

cer, le disparó una pistola, dejándole atravesado por los pechos con una bala muerto. El criado Guillermo y el mozo de mulas, viendo lo que pasaba, desampararon á su amo y se volvieron á la ciudad. Garcerán visto lo que había hecho, se apeó de un alentado cuartago en que iba; y con su espada dividió la cabeza del falso amigo del difunto cuerpo, la cual envolvió en un lienzo y se la llevó consigo, cosa que me pareció indigna de hombre de uso de razón, y sólo hecho de un bárbaro falto de la lumbre de fe; pues la venganza sólo debe tener sus límites hasta la muerte, y de allí no ha de pasar, ya que se contraviene á lo que en su sacro Evangelio nos manda Dios.

Tomamos con esto la vuelta de Valencia, temerosos de no ser conocidos. El criado del difunto Guillermo dió cuenta á la justicia del caso, acudió donde dejaron el cuerpo que hallaron sin cabeza, cosa que acriminó más el delito. Lleváronle á dar sepultura, despachando luego requisitorias á varias partes con las señas de Garcerán y mías, á quien conocía bien el criado del difunto, con lo cual salieron diferentes personas en busca nuestra. Quiso, pues, mi mala suerte, que el rocín en que venía, apurado con la fatiga de haber caminado tanto, murió en este lugar. Mucho sintió Garcerán verme á pie, y que no le pudiese seguir, dióme dineros y orden que me aguardaba en San Francsico de Va-

lencia, donde estaría retraído, que allí le buscase, y con esto partióse dejándome en este lugar. Yo, que andaba buscando en qué irme á Valencia, acertó á posar en mi posada uno de los que venían en nuestra busca: y como por las señas que tenía de mi rostro me conociese, hízome prender, y poner en este calabozo, partiéndose luego en busca de Garcerán, por haber yo dicho que había poco que se apartara de mí, y iba la vuelta de Barcelona, y esto le dije por desmentir la jornada, y que no le topase. Un mes habrá que estoy en esta obscura prisión, sin saber nada de lo que en esto hay, y en ella cargado de prisiones, padezco intolerables incomodidades de hambre y sed, sin dolerse de mí los que me pusieron aquí, esta es la causa señor de mi prisión.

Aquí acabó de saber don Diego el último trozo de la historia de Garcerán, y para que su criado supiese su desdichado fin, le hizo relación de todo lo que en esto está dicho, dejando tan admirado cuanto afligido al pobre mozo de oirsela. Y asimismo se maravilló de que á Leonida le hubiese sucedido el segundo lance con el caballero catalán. Con esto pasaron aquella noche, platicando en diversas materias hasta la mañana, que entraron á tomar á don Diego la confesión por orden de la justicia: el cual declaró lo que había pasado, en razón de sacar del monasterio á Leonida, diciendo quién era,

por haberlo sabido de su boca, y asimismo su patria.

Bien quisiera el caballero de Zaragoza después de haber librado á Leonida del poder de don Diego, que él no peligrara con algún violento castigo, de suerte que llegase á ser afrenta. Y para remedio desto escribió á la justicia de aquel lugar, que él estaba más bien informado de la culpa de aquel preso, y sabía que no era tanta como le habían dicho, que así les rogaba que sólo fuese su castigo tenerle en prisión algunos días porque se sosegase, y esto en pena de haber sido atrevido con los religiosos. Prometieron hacerlo los alcaldes de aquel lugar, en tanto don Diego se estàba preso con el mismo rigor que cuando entró en la cárcel, donde pasaba en compañía del criado de Garcerán, que no le fué de poco alivio que acertase á estar preso con él.

Viendo, pues, que su prisión se iba dilatando, trató de sobornar á un amigo del criado del alcaide que los llevaba la comida, que les visitaba algunas veces, para que les mandase hacer unas limas sordas, con que él y Claramonte (que así se llamaba el criado de Garcerán) se aliviasen de las prisiones que tanto les afligían. Contento, pues, con ciertos escudos que don Diego le dió, mandó hacer las limas y se las llevó á la prisión, con las cuales se quitaron los grillos, y cadenas los dos presos; y de allí á seis noches, cuando el criado del alcaide les entraba

la cena, aguardando á esta ocasión, cerraron los dos con él, tomándole las llaves de la prisión, con que abrieron las puertas della á su pesar, dejándole allí cerrado. Sintió el alcaide los gritos que su criado daba en el calabozo, y presumiendo lo que sería, bajó á él con la espada en blanco para resistirles la salida. Mas abrazándose con él Claramonte, sin dar lugar á que les ofendiese, le quitó don Diego la espada, y con ella le dió dos peligrosas heridas, con que le dejaron tendido en tierra, pidiendo confesión, y los dos se salieron de su casa. Juntándose gente á las voces del alcaide, y de su mujer, y visto lo que los dos presos habían hecho, tocaron á que la hermandad saliese en busca de los fugitivos, mas la noche hacía tan obscura, que erraron todos los que salieron el camino que llevaban, y así se volvieron á sus casas sin toparles.

Don Diego, y Claramonte, caminaron toda aquella noche, con grande diligencia, y al amanecer se hallaron ocho leguas del lugar donde habían salido en otro, donde don Diego compró un cuartago para sí, y una mula para Claramonte. Y desta suerte, caminando de noche, tomaron el derecho camino para Barcelona, llevando siempre don Diego aquella ansia por verse ya con don Fadrique, y su hermana, para quitarles las vidas. Tan vivo estaba en él siempre este afecto de su venganza.

A tres jornadas de su viaje, dieron una noche

por su desdicha con una tropa de bandoleros, de que abunda siempre aquella tierra, sin haber orden para reparar este daño, aunque el escarmiento de muchos que han sido castigados, le pudiera remediar. Estos, pues, les quitaron á los dos caminantes cuanto llevaban, dejándoles en solos los calzones de lienzo y jubones, y desta suerte les llevaron á la presencia de su capitán, que estaba en su barraca; el cual les preguntó sus nombres y sus patrias, encargándoles que le dijesen la verdad, no se las negaran. Dícenselas los dos, y asimismo sus nombres, y oyendo nombrar á don Diego la suya, reparó más en él, mirándole con alguna atención, más que al otro. Mandó á su gente que los llevasen á una barraca, que entre las otras estaba en lo más ápero de aquella montaña, á donde pensando que les habían de echar prisiones, y tener apretados, experimentaron en breve tiempo agasajo diferente del que se prometían, porque dejándoles allí solos por espacio de media hora, volvieron los mismos que los habían despojado con una espléndida cena que les dieron, cosa que admiró mucho á los dos, y más de verse servidos de los que se la habían traído sin consentir que rehusasen esto; diciéndoles habérselo mandado así su capitán.

Admirados les dejó ver esta novedad, no sabiendo por qué causa se hacía con ellos, cuando se pensaban que á buen librar los dejasen sin

cenar hasta la mañana, y por mucha merced les concediesen de gracia las vidas, dejándoles ir desnudos. Acabada la cena (que no pareció de montaña, sino de bastecida ciudad) les dejaron los sirvientes solos, haciendo los dos varios discursos sobre lo que con ellos se hacía. Desta suerte se estuvieron una hora larga, al cabo de la cual entró en su barraca el capitán, y tomando un asiento les hizo que ocupasen los que se tenían; y después de haberles preguntado, si habían cenado á su gusto, y ellos agradecídole el favor que les había hecho, poniendo los ojos en don Diego, le dijo estas razones:

—Señor don Diego; por novedad tendréis haber hallado en mí, y en mis soldados este agasajo y cortesía, cosa tan ajena de los de nuestra profesión, pues lo que comúnmente usamos es despojar á los caminantes de lo que llevan, tratarlos ásperamente y algunas veces quitarles las vidas. Bien os habríades prometido, después de haberos despojado, esto último, pero con vos se ha usado de diferente modo, si bien sé que ignoráis la causa por no haberme conocido. Yo soy un soldado que se halló en vuestra patria, convaleciente en un hospital, y como los caballeros de aquella ciudad, con pío afecto, siempre se ocupan en buenas obras, entre las muchas que hacen, es costumbre suya acudir á los hospitales, y sacar dellos los convalecientes, llevándolos á sus casas, donde con su cuidadoso

regalo, reparan sus flaquezas y cobran salud. Esto hacen todos con la más santa emulación que se ha visto, socorriéndoles después que están convalecidos con dineros, y vestidos para que se vayan á sus tierras los que son forasteros. Esto hizo el señor don Alonso vuestro padre conmigo, que llegué á vuestra patria de Flandes enfermo, y necesitado de grande cura. En vuestra casa fuí hospedado, agasajado y socorrido con dineros, y un vestido; y á tan buena obra y merced como yo recibí, no fuera justo mostrarme ingrato, siendo vicio que tanto aborrece el cielo, ya que la suerte me ha traído, más por temor de mis compañeros, que por mi voluntad, á ser su capitán, y el cielo sabe cuánto deseo hallar ocasión para verme libre dellos con sosiego y quietud. Este es el dinero que os quitaron: veis aquí, señor don Diego lo que en el bolsillo traíades.

Entonces le dió su mismo bolsillo sin faltarle dél nada, y porque al compañero no le habían quitado dinero alguno, le dió en otro cien escudos para proseguir su camino, luego con una seña de un pito que tocó entró un compañero con los vestidos de los dos, diciéndoles que se vistiesen, y aquella noche reposasen, que á la mañana podían partirse.

Suspenso dejó á don Diego lo que oyó al capitán, no sabiendo si lo soñaba, ó pasaba por él. Miróle con más atención y reconoció ser el que

su padre había socorrido. Levantóse de donde estaba, y abrazándole, le dió muchas gracias con grandes agradecimientos de lo que con él y su compañero hacía; y significóle cuánto deseara que hubiera orden para que dejara aquella inquietud y peligrosa vida, expuesta á mil fortunas. Rogóle mucho que en hallando ocasión no la perdiese, sino que procurase dejar aquella mala profesión, así se lo pronunció el capitán, con que se despidió dellos, dejándoles porque reposasen. Echáronse don Diego, y su compañero á dormir sobre unas mantas y pieles que allí había, con más sosiego que tuvieran á no haberles sucedido tan bien con el conocimiento del capitán. Mas duróles poco esta quietud, porque al amanecer fueron acometidos de dos compañías de soldados que vinieron de Barcelona, las cuales había enviado el virrey secretamente, para prender los bandoleros, enojado de los robos que aquellos días habian hecho á pasajeros. Finalmente no quedó hombre de todos los bandoleros, que no prendiesen, y maniatados no llevasen á la ciudad. Entre los cuales fueron nuestro don Diego y Claramonte, como los hallaron en la compañía de aquellos salteadores.

Llegados á Barcelona, fué innumerable la gente que salió á verles entrar, y la que estaba á las ventanas de las calles, por donde pasaban. Sucedió, pues, que yendo don Diego entre los demás bandoleros aprisionado, alzó acaso los

ojos á una parte, y vió estar á don Fadrique, y á su hermana puestos á una ventana, mirándoles entrar, y con ir en la aflicción que habéis oído teniendo cierta la muerte, como los demás bandoleros, por ser hallado en su compañía; fué tan grande la ira que recibió en verles que perdiera mil vidas que tuviera, á trueque de quitarles luego las suyas, efecto de condición villana, y de empedernida, y depravada obstinación, pecado en que el demonio le tenía ciego. Don Fadrique no reparó en su cuñado, como le vió en la compañía de los demás delincuentes, y el estar allí en Barcelona, fué por no haber galeras en que pasar á Italia, y así aguardaba ocasión en que las hubiese. Llegaron con todos los bandoleros á la cárcel, donde dentro de dos días, habiéndoles sustanciado la causa, fueron condenados á muerte de horca; y no obstante que salvaron todos y su capitán asimismo á don Diego, y á Claramonte, era tanto el rigor del juez, que no fué posible que dejase de condenarles como á los demás, por habérseles probado hallarles bien vestidos y con dinero, por donde presumía eran todos de una profesión, pues á no serlo, los hallaran despojados dellos, y desnudos. Enviáronles á todos confesores, que tratasen de disponerlos bien para la muerte que se les había de dar.

Terrible trance es el del morir, y en este caso se vió bien, porque con ser la indignación de

don Diego contra sus hermanos tan grande, conociendo al término que había llegado, y que la muerte no se le excusaba; se mudó de manera, que en la confesión que hizo, declaró á su confesor quién era, y la poca culpa que tenía, y le pidió que le trujese á su cuñado á su presencia, no para rogarle que le sacase de aquel peligro, sino solamente para pedirle perdón de la mala voluntad que le había tenido. Fué el religioso informándose de la posada de don Fadrique, y habiéndola hallado, llegó á tan mala sazón, que él, y su esposa se habían ido aquel día con unos amigos á holgar á una aldea cerca de allí; lo cual visto por el religioso acudió al justicia á informarle, cómo aquel hombre que tenía por bandolero era un calificado caballero de Castilla, el cual estaba sin culpa, y esto lo decían los mismos que estaban contritos.

El le respondió que se vería en aquel caso, y esta respuesta le dió, por parecerle que era piedad del religioso, y deseo de quererle librar de oficio, y así no obstante que era molestado dél, daba largas á su resolución.

No sentía don Diego el morir, pareciendo era digno castigo á los grandes pecados, y atroces muertes que había hecho, particularmente el desacato que tuvo en aquel monasterio contra el sagrado templo y sus religiosos; y así esperaba con paciencia sufrir la muerte. Lo que le pesaba era morir entre aquellos salteadores, como culpado

en sus atroces delitos. Todo el tiempo que estuvo en la cárcel desde que le notificaron la sentencia; ocupó en hacer grandes penitencias, dándose rigurosas disciplinas, trayendo ásperos silicios y mortificándose con ayunos. El religioso que le acompañaba se afligía grandemente de ver que no hubiese remedio para librarle de aquel castigo que se le daba sin culpa, y acudía muy á menudo á la posada de don Fadrique. Quiso el cielo que viniese de la holgura donde estaba, y viéndose el religioso con él, le hizo relación del caso. Con extraño sentimiento le oyeron don Fadrique y su esposa; y sin aguardar á más dilación se entraron los tres en un coche, y se fueron á casa del virrey, á quien dieron cuenta de todo. Mandó luego venir al justicia, y haciendo que en su presencia se leyesen las confesiones de los bandoleros, vieron por ellas, cómo todos declaraban por inculpables á don Diego y á Claramonte.

Esto pasaba cuando los delincuentes tenían ya puestas las ropas para llevarles al suplicio, y don Diego y Claramonte con ellos. Determinó el virrey que á los dos diesen por libres, pues de las confesiones de los bandoleros constaba su inocencia, y así les fueron á llevar las nuevas don Fadrique y el religioso, donde con abundancia de lágrimas se abrazaron los dos cuñados; quitaron á don Diego las prisiones y la ropa, y asimismo á Claramonte, y entrándoles en su co-

che, fueron á besar la mano al virrey, que hizo mucho favor á don Diego, cansándose mucho con el juez por estar tan reacio en su capricho. De allí vió don Diego con su hermana, y contar las cosas que los dos pasaron, era alargar más este discurso. Determináronse luego á volver á su patria, y teniendo prevenida su jornada esotro día, en amaneciendo, la noche antes, acabando de cenar, les dijo don Diego, que ya estaba desengañado de cuán perecederas y caducas eran las cosas del mundo, y asimismo cuánto le pesaba de la rota vida que había tenido, que pues su hermana había hecho tan buen empleo en don Fadrique, no podía dar á su mayorazgo y casa, mejores sucesores que á los dos; que él determinaba dejar el mundo tomando el santo hábito del glorioso patriarca San Benito, en el monasterio de Nuestra Señora de Monserrate, con el cual pensaba acabar sus días en servicio de Nuestro Señor.

Enternecidos dejó á sus hermanos la santa determinación de don Diego, y viendo que ésta era vocación del cielo, no le osaron contradecir, admirada su hermana, que conocía su soberbia condición, de tan súbita mudanza. Fueron con él á Monserrate, donde tomó aquel santo hábito, y en una de aquellas ermitas de aquella áspera montaña, acabó dentro de tres años su vida con ásperas penitencias, y Claramonte de la misma suerte.

Don Fadrique y su esposa se volvieron á su patria, hallando doña Blanca muy enfermo á su padre con la pena que había recibido de haberse casado á su disgusto: ya el anciano don Alonso tenía aviso del suceso de su hijo, y asimismo carta suya, en que le pedía recibiese con amor á don Fadrique, y su hermana. Hízolo así el buen caballero, admitiéndolos en su gracia, en cuya compañía vivió algunos años, dándole el cielo alegres nietos, con que dilató la sucesión de su casa.

Mucho se holgaron todos de haber oído el ejemplar discurso de doña Luisa, que le dijo con mucha sal, y así le dieron todos las gracias, por el buen rato que les había dado: ella estimó el favor que la hacían, holgándose mucho de haber pensado cosa que les hubiese entretenido.

Pidieron todos á Feliciano que dijese algunos versos, si se acordaba, y él les dijo que una canción les podría referir que hizo á una dama, que no teniendo que comer una cuaresma pedía por vanidad á sus galanes ciruelas de Génova, que de buena gana trocara á viandas del tiempo, y prestándole todos silencio, dijo:

CANCIÓN

Desvanecida Fabia:
tú que con lo vulgar jamás tropiezas,
no en conservas admitas tus presentes,
que tu familia rabie

de hambre, y por comer hará bajezas,
que tiene vagamundos ya los dientes,
cuando por vana intentes
el parecer señora en tus acciones.
Pide con desenfado,
el salmón, la lamprea y el lenguado;
que tus sirvientes ya camaleones,
dicen (con telarañas en las muelas),
no sólo vive el hombre de ciruelas.
Tu cocina baldía
en cuaresmal ayuno está suspensa,
marchito el falderillo, triste el gato
en la ceniza fría,
sienten desmantelada tu despensa,
sin esperar relieves de algún plato,
el uno y otro olfato
no les anuncian presa en que se ceben,
y en eterno lamento
tus sirvientes con triste sentimiento
suspiros comen ya, lágrimas beben,
y con esta comida alimentados,
más parecen deshechos que criados.
Si Eva con la manzana
dejó ayuna de gracia su familia,
dilatando este mal de gente en gente,
tú, con ciruelas vana,
la tuya matas de hambre y su vigilia,
haces que ayune rigurosamente.
Si con pecho clemente
quieres soldar de tu altivez los hierros,
por tu familia opresa.
trueca, trueca esa plata genovesa,
en vellón de garbanzos, congrio y puerros,

así tu vanidad tan mal fundada,
con ciruelas de Sen veas purgada.
Canción á quien te envío
aféale su vano desvarío,
conocida locura,
que por el tronco sube hasta la altura.

Solemnizaron las damas y caballeros la canción de Feliciano, por la gracia con que estaba escrita y ser extraordinario el asunto. Quisieron dar remate á la jornada las dos hermanas y Feliciano con cantar á tres voces este romance:

Después que te vi, Lisarda,
dejó tu beldad rendidos,
mis ojos sin libertad,
mi alma sin albedrío.
Por solicitar victorias,
el Betis undoso río
hoy á Manzanares pobre,
te ofrece para ser rico.
Ufanos están los campos,
las aves con regocijo,
tus perfecciones alaban
en los ramos y en los nidos.
De las cristalinas fuentes
los arroyos fugitivos,
por contemplarte de espacio
piden al Diciembre grillos.
Reconocen las pastoras
que tu sujeto divino
es la sal de los donaires,
y es de la beldad prodigio.

Que tu bien prendido adorno
ocasiona á un tiempo mismo
tanta copia de envidiosas,
como tienes de cautivos.
A su querida Lisarda,
esto cantaba Feniso,
tanto en ventura ganado,
cuanto de amores perdido.

Aplaudieron todos el bien cantado tono, habiéndole dado fin al tiempo que estaban á la vista de Móstoles y en él de su jornada, donde tratando de varias cosas, llegaron con mucha brevedad, tocándole á Feliciano entretenerles el día siguiente hasta Madrid, y él se ofreció á hacerlo con mucho gusto.





JORNADA SEXTA

Las heladas escarchas de la noche había el hermoso Febo deshecho, y las densas nieblas huían de sus lucientes y hermosos rayos, cuando la alegre compañía de damas y caballeros se levantaron, y acudiendo á cumplir con su devoción como en todas sus jornadas habían hecho, hallaron después della las mesas prevenidas para comer, siendo casi cerca del medio día. Y luego, por llegar con tiempo á Madrid, se entraron en sus coches, llevando Feliciano templada su guitarra: el cual pidió atención, y cantó en sonora y dulce voz este romance, que dijo haber hecho á un hombre pequeño enamorado:

Micocrosmos cortesano,
perdona estos dos apodos,
que cumples con sus mitades
en lo único y en lo corto.
Desdén de naturaleza
que en la imprenta de su lodo
te hizo su abrebiatura
para dejarnos dudosos.

Un modelo de hombres fuiste
que á un rincón expuesto al polvo
ocupaste su oficina
hasta darte el vital soplo.
Vencejo te quiero hacer
mas tuvo su intento estorbo,
y por algún valedor,
fuiste consultado en mono.
A caza andaba Cupido
de gorriones y tordos,
con bodoques y ballesta
cuando fuiste su despojo.
Y aquí mostró su destreza
para causarnos asombro,
pues apenas vió la caza
siendo el coral de más tomo.
Ya que á Cupido presenta
ese cuerpecillo angosto,
estufa en que ha de sudar,
como si fuera buboso.
¿Qué pretendes? ¿Qué deseas
de un serafín milagroso,
si á su presunción gigante
eres pigmeo demonio?
Si pretendes su favor
de alcanzarle estás remoto,
aunque á tus vivos deseos
pongas valencianos corchos.
Porque remonta los suyos
en la región de Favonio,
y un neblí de empresas altas,
no en bajas humilla el toldo.
Que quien conoce de ti

defectos que son notorios,
y sucesos dilatados
en las memorias de todos.
No se había de emplear
en persona á quien un piojo
se te opone barba á barba
te amenaza rostro á rostro.
Hanle dicho que una chinche
dejando el chinchero solio,
te echó á coces de la cama
en una noche de Agosto.
El tiempo fué acomodado,
pues al sereno el meollo,
pasaste plaza en el campo
de grillo de sus rastrojos.
En tu voluntad ya vemos
efectos del arco corbo,
pues siendo tan limitado
das muestras de generoso.
Perdona aquestas verdades
hombre, en todo el talle romo,
que te cogen sin decirte,
agua va, que las arrojo.

Mucho rieron todos con el jocoso romance del entretenido Feliciano, y alguna de aquellas damas tuvo deseo de saber quien era el sujeto, por quien se había escrito, preguntándoselo al poeta: mas él la respondió, que había sido pensamiento suyo, y no hecho contra nadie. Dejó la guitarra, y prestándole atención todos, comenzó desta suerte su discurso:



Fábula de las bodas de Manzanares.

Con notable ánimo emprendo, discreto auditorio, el entreteneros con mi discurso; cuando he oído los vuestros, hechos con tanta agudeza y con tanta moralidad, dándonos provechosos documentos y verdaderos ejemplos. Y si bien en el principio no han de faltar á mi discurso, él ha de ser un capricho que esta noche ha maquinado mi ingenio, con una fábula para divertiros.

Las fábulas se dividen en cuatro géneros, mitológicas, apológicas, milesias y genealógicas. La que os tengo de decir (que traigo en este cuaderno escrita) es apológica, como aquellas que con tanta agudeza maquinó Isopo, fingiendo que hablaban las plantas y los árboles: en lo cual se aventajó tanto como otros autores, que no digo, por no cansaros. Y destas hay muchas que con ejemplos amonestan y con alegorías persuaden.

La que os tengo de leer reprehende á aquellos que de humildes principios suben á superiores

dignidades; los cuales, ayudados en sus primerías de amigos suyos, después de colocados en la dignidad, se olvidan ingratamente de los beneficios recibidos; por lo cual merecen ser olvidados de las memorias de los hombres, y con esto comienzo desta suerte. Sacó el cuaderno y en alta voz, leyó así:

Sin el artificio que los ancianos desta moderna edad, usan para mentir las suyas, á pesar del conocimiento de sus años, se halló joven el eminente puerto de Guadarrama, por el caluroso mes de Julio, gracias al cuarto planeta, que con la fuerza de sus fugosos rayos, mejor que con el tinte del agua fuerte, le quitó de su cabeza las blancas canas, dejándole con notable regocijo, así de verse mozo y frecuentado con visitas de pasajeros, como de tener una nieta suya (hija legítima de la más firme peña de su distrito) libre del parto de un cristalino infante. En el undoso regazo de la clara fuente estaba el juguetón chiquillo, tan semejante á ella en sus facciones que no había entre los dos distinción alguna.

Deseaba sumamente el anciano abuelo, que por ser varón su recién nacido nieto, no asistiera á los regalados pechos de su madre, sino que saliera dellos y de su regalo á ver mundo, como lo habían hecho muchos de su calidad, de quien tenía cierta noticia, haber llegado á prósperas fortunas. Dudosa estaba la tierna madre toda deshecha en llanto, si cumpliría con el intento de

su abuelo, por parecerles que niño tan recién nacido, de tan poca experiencia y caudal, mal podría campar por el mundo, temiendo que en el primer pantano, ó quiebra pereciese sin dejar nombre aún como la abrasada Troya de su lastimosa ruina. En esta duda y confusión se hallaba, cuando á su fresca estancia llegaron un hombre y una mujer, que con notable agilidad habían subido aquella áspera y dilatada cumbre. Risueña se les mostró la plácida fuente; y ellos viendo su cristalino semblante, agradecidos á su agasajo, quisieron dar algún alivio al cansancio de su camino en su presencia. Sentáronse cerca de sus verdes márgenes, sacando de una pequeña talega que traían (entre barrenas, tenazas y ganzúas) medio pan, un tasajo de cecina y algunas rústicas legumbres de lo cual comenzaron á merendar gustosamente. Conoció la nieta del encumbrado puerto en la habla de los recién venidos huéspedes, en la forma de sus vestidos y herramientas, que les vió sacar á vueltas de la la comida, ser gitanos; juzgando que les debía de obligar á hacer su camino con tanta priesa, ó alguna precisa fuga de la justicia, ó algún pro vechoso soplo de otros compañeros, á que acudían para aliviar alguna casa de sus adornos, á costa de sus dueños. Y aunque como fuente pudiera bien murmurar, cuán perniciosa gente es esta en nuestra república, cuántos daños se siguen de sus vecindades, cuán rota y gentílica

vida es la suya; y, finalmente, cuánto cargan sus conciencias, los que pudiendo no remedian este daño, haciendo expulsión desta canalla, como se hizo de la de los moriscos; por estar á vista de su anciano abuelo, y haberles menester en la ocasión presente, quiso degenerar de su natural y granjearles con las lisonjas de su cristalino humor. Acabaron los dos activos pasajeros con su breve merienda, y á instancia de Guadarrama les obligó á detenerse y no hacer tan presto su jornada, por escuharle estas razones:

—El deseo que los que viven en este mundo, tienen de valer siempre más y ver sus cosas en mayores acrecentamientos es general; si bien en algunos es vicio, lo que en otros virtud. Porque el ambicioso y avaro desean acumular riquezas por malos medios, haciendo usuras y logros, hasta la pérdida de las vidas de sus prójimos, si éstas importan para sus medras. El virtuoso y de noble ánimo, subir á mayores puestos desde sus humildes principios; y este intento han conseguido muchos, de quien hoy proceden ricas y principales familias. Con los ejemplares, pues, que tenemos de que yo como tan antiguo en el mundo tengo noticia, estoy determinado á que un recién nacido infante hijo desta nieta mía que está en vuestra presencia, aunque oculto con los brazos de su madre, salga de su tutela y vaya por el mundo á valer más y verse en mayor prosperidad. Y como ninguno nace sin par-

ticular estrella que domina sobre él, he deseado saber si es buena ó mala la que influye en este sujeto. Y por la experiencia que sé que tenéis desto, según estoy informado de las personas que con vosotros han comunicado sus nacimientos, os ruego que yo sepa la suerte que el cielo tiene guardada á este niño.

A lo propuesto por el anciano Guadarrama, quiso el astuto gitano satisfacer con verdades, si bien ajenas de su hábito y profesión, debió de ser por verle sin dineros con que le pagar, y entonces tan sin pantanos, que en ninguno hallaría aprovechamiento de algún bagaje atollado que trasponer á los aires de otra tierra. Al fin, le respondió estas razones:

—Mucho me pesa, señor Guadarrama, que un puerto con tantos años y experiencias como vos, no haya acabado de conocer cuán mentirosa es la opinión que tenemos, de que lo que pronosticamos, por las rayas de la mano, es falso. Esta, amigo puerto, es una fullería de nuestra profesión, que usamos siempre con el ignorante vulgo; y principalmente con todo género de mujeres. Hácese lo primero, con fin de que nos tengan por verdaderos descendientes de aquellos antiguos egipcios, tan doctos en la astrología como en la mágica. Y lo segundo, por entretener el tiempo, para que en el ínterin que nos escuchan los maquinados embelecos que les decimos, se descuiden oyéndolos. y les pongamos

después en cuidado de buscar lo que hallan menos en sus casas.

Bien creo que me habréis juzgado, supuesto lo que me acabáis de oir, por uno desta gente, viéndome en este humilde traje, del cual uso por causas forzosas que á ello me obligan, que fuera hacer largos discursos referíroslas y así lo dejo, por deciros que con ningún hombre hubiérades topado en España, que os supiera como yo servir en lo que me pedís. Y he estudiado las cuatro maneras principales de adivinación que distingue Marco Varrón, en su séptimo libro, llamadas, Piromancia, Acromancia, Hidromancia y Necromancia, adivinando por fuego, aire, agua y cuerpos muertos, sin otras especies de adivinación que hay, si bien todas prohibidas por la católica religión cristiana. Referiros cómo las estudié, y dónde y á lo que después me han obligado mis trabajos, no es para este lugar, para la priesa con que camino, ni para divertiros con ello cuando os veo con el afectuoso deseo de saber en qué ha de parar vuestro querido nieto.

De la Hidromancia me tengo de valer en esta ocasión, por ser cosa de que el mismo sujeto consta, declarándoos lo que desta por mi ciencia supiere. Con esto pidió á la cristalina fuente que de su regazo dejase salir al tierno infante, y hacer un pinito, como dicen.

Hízolo así, y notando dél sus líquidos miembros con grande cuidado le causó el verlos nota-

ble admiración; mostrándolo en los afectos del rostro. Túvole esto suspenso por un cuarto de hora, al cabo del cual dijo al venerable abuelo lo siguiente:

—Este nieto que el cielo os ha dado, hijo de las lágrimas desta hermosa fuente, nació con la más felice estrella que ninguno de su claro linaje ha tenido. Todo lo que le dilatáis su estada, eso le quitáis que goce de dicha. Poco caudal le promete su estrella, y corto distrito su peregrinación; mas con lo uno y lo otro gozará de las mayores honras y aplausos que ninguno de su calidad ha tenido.

Con nombre de humilde arroyuelo saldrá de los brazos de su querida madre, bullicioso y juguetón, saltando de peña en peña por este áspero distrito vuestro. Mientras por él caminase, poca medra le prometen los hados; porque bandoleras hierbas destas montañas le esperarán á saltearle su pobre caudal; flaco y débil se ostentará después en espaciosos llanos, donde le acudirán fieles amigos con líquidos donativos, que no sólo reparen su pérdida, mas le darán mayores aumentos de estados. Socorros ha de tener de lagunas, fuentes y claros arroyos, deseando perder en él sus antiguos nombres, porque acredite el suyo. Veráse joven en la presencia de la antigua Mantua carpetánea, fecundando desiertas orillas, hasta bañar sus fuertes muros: gozará de varias edades en diferentes siglos, y en sus

primerías una sencilla gente, de quien será poco celebrado, hasta que llegue Mantua á verse hecha corte de poderosos monarcas. Entonces le vendrán las honras, los favores y los aplausos justos, si bien entre los que le alabaren habrá algunos que sus defectos vituperen; quizá envidiosos de los honores que gozare: dirigiránle varios versos hechos en su alabanza. Verá sus márgenes adornadas de diferentes plantas, fieles compañeras de sus frescuras; finalmente se hallará apto para tomar estado con lo cual pretenderá el título de río, y se le concederá el marítimo Dios: sólo no le promete su estrella muy gustosa vida, en compañía de su esposa, mas pasará al fin con ella, hasta que tenga fin en los brazos de uno de sus linajes, con cuya herencia aumentará su caudal; esto es lo que por mi ciencia hallo deste pequeño infante. Y porque se nos hace tarde, quedaos enhorabuena.

Despidiéronse con esto el gitano y su mujer, dejando á Guadarrama tan agradecido como gustoso de oirle el vaticinio en favor de su nieto. Preguntóle antes que se partiese, cómo se llamaban él y su mujer, y díjole ser su nombre Ambrosio Henares, y el de su compañera Brígida Mancia.

Con el ánimo que le dió á Guadarrama, lo que le dijo el egipcio, determinó que su nieto saliese luego de la tutela de su madre, la cual lloró mucho su partida. Duda tuvo qué nombre le pon-

dría, para que por él fuese conocido, y después de haber pensado algunos, ya sonoros y ya significativos, se resolvió en que le tomase de los apellidos de los dos gitanos, para honrarse con ellos, mientras viviese, y así le llamó Mancia Henares. Este nombre conservó algún tiempo, mas después corrupto se llamó Manzanares, como se llama en los presentes siglos. A la despedida quiso el anciano abuelo que no se fuese su querido nieto, sin una breve instrucción suya, para que por ella se gobernase, y así le dijo con eficaces cuanto prudentes razones estos consejos:

—Hijo Mancia Henares (que este nombre habéis de tener desde hoy en adelante por el juicio que de vos ha hecho este honrado gitano, que de mí se acaba de despedir). Conozco las venturas y honras en que os habéis de ver, siendo desde la humilde bajeza de tosco labrador, colocado á la cumbre del altivo cortesano. No querría que puesto en alta fortuna os desvaneciésedes, como muchos que he conocido, no mirando á los bajos principios que tuvieron, ni que la voltaria Diosa jamás tiene firmeza en sus favores. Muy niño os veo para conocer el sujeto que podéis tener, si le juzgo cuerdo, pocos documentos os bastan para gobernaros con prudencia, mas si necio, muchos que os serán de poco fruto en vos. Bien me persuado que tendréis más de avisado que de ignorante, porque nunca el caudal de las riquezas se halla en los entendidos. Diversas edades habéis

de conocer, no hay mayor cordura que ajustaros á ellas y andar siempre al paso que los tiempos no conozcan en vos caduqueces de antiguo, los que vivieren á lo moderno, que por ahí se pierden los amigos. Sed rústico con los que conociéredes que lo son; sencillo con los que halláredes deste género. Doble con los cautelosos; fecundad poco en la edad rústica las plantas de vuestras márgenes, no seáis pródigo con lo que poco se os ha de agradecer; gente destos primeros siglos curtida al sol y habituada á las escarchas del riguroso invierno, poco se deleita con sombras entre amenidades, reservado el conservar estos sitios, para cuando os lo agradezcan y estimen, que tiempo os espera en que habréis menester el socorro de los amigos que granjeáredes de vuestra profesión. De mí sé deciros que según me vinieren los tiempos tendréis el socorro.

En vuestras apacibles riberas, será fuerza haber fiestas regocijos y entretenimientos, de que resultarán en los tiempos de mayor malicia conciertos y amistades, ya lícitas y ya no. Conviene mucho que seáis secreto con todos, no se halle en vos el vicio de murmurar, que seréis aborrecido, y particularmente de quien fiare sus flaquezas y defectos de vuestro silencio.

Si alguno os dirigiese versos (que se espera tendréis muchos que se acuerden de vos) estimadlos y agradecedlos; no penséis que se os debe

de fuero esto; que cada uno tiene su libre albedrío, para inclinarle á otro río de más nombre, y con más frecuentadas recreaciones. No tengan en esto de vos la queja que de los que admiten direcciones y no las saben premiar, que con esto no hallo en ellos diferencia de la demás gente. Esta os baste por instrucción, que observada el cielo os hará muy dichoso.

Con estos sanos y prudentes consejos del anciano Guadarrama, partió su risueño nieto de los brazos de su madre, y deseoso de llegar á la parte donde le pronosticaban tantos aumentos, soltó peñas, y penetró quiebras á costa de dejar en sus ocultos senos parte de sus cristales; humedeció llanos, y tal vez se halló tan pobre de caudal, que le obligó la necesidad á mendigarle de las risueñas fuentes, detenidas lagunas y presurosos arroyos. Con felice estrella salió de su claro origen, pues cuando llegó á ver la antigua Mantua, algo crecido del cuerpo, pudo servir de cristalino espejo á sus inexpugnables muros. Regocijo mostró toda aquella tierra con el recién venido huésped, olvidaron fuentes, repudiaron lagunas y acudieron á dar refrigerio á sus sedientos ganados en sus frescas aguas.

Vió en sus verdes márgenes sencillos pastores, y libres zagalas: aquéllos guardando ovejas y cabras, y éstas apacentando blancas ánades. Tosco era su trato, rústicas sus conversaciones, y poco urbano su estilo. Eran sus nombres, Do-

mingos, Lorenzos, Giles, Brases, Antones, y Toribios. Y los de las zagalas, Mengas, Belillas, Pascualas, Brígidas, y Olallas.

Eran en aquella era durables los empleos, firmes las voluntades, iguales las correspondencias, para admiración de los futuros siglos; pues había firmeza de amante, que duraba diez años, y severidad de pastora que resistía los mismos. Oíanse en las frescas orillas del pequeño arroyo varios instrumentos de soneras fístulas, alegres zampoñas, pastorales caramillos y templados rabeles, á cuyo son en mal limados metros, explicaban los amantes sus poco digeridos conceptos. Poca ponzoña habían derramado los celos en aquellos alegres campos, porque los deseos no se atrevían á cosas ajenas, ni la curiosidad á examinar las finezas propias con mentidas aficiones: era en fin un siglo de oro.

Sus conversaciones estivales eran debajo de cual, ó cual olmo, que por los pocos que había, eran señalados. Y en éstas trataban lo más del tiempo de la cría de los ganados y de su conservación, destas se alargaban á pláticas de amor con tanta vergüenza y empacho de los donceles pastores, como de las recatadas zagalas.

La entrada del primer otoño, fué de gran acrecentamiento y medra para nuestro Mancia Henares, porque las favorables nubes, desatando sus pardos senos, dieron abundantes riegos á la tierra, vigor á los arroyos, y distrito dilatado

á las lagunas, con lo cual no dudaron, unos y otro, con generoso ánimo, de enviar presentes á Mancia Henares, hallándose copioso del líquido caudal.

Atentos miraban los moradores de aquellos campos el vigoroso brío del que antes conocieron débil arroyo, cuando entre sus crecidas corrientes divisaron desde lejos un bulto, que por la larga distancia, que había de donde le vieron á la parte en que estaban, no pudieron distinguir qué fuese. Unos decían ser alguna pajiza cabaña de pastores, que por estar cercana del furioso arroyo, la habría sacado de su sitio. Otros afirmaban ser alguna parte de edificio, que arruinado, aún conservaba parte de sus desencajadas maderas y tabiques. En estas dudas estaban, sobre lo que podría ser, cuando un compañero suyo dijo muy alborozado:

—Esto que miráis con tanta atención, oh fieles compañeros míos, no es otra cosa sino una poderosa ballena, que llevada de la fuerza de la corriente á su pesar, sin poderla resistir, viene por ella á este sitio, y hablo en esto como hombre experimentado, que en un capa-mundo del cura de mi perrocha las he visto pintadas, y tienen la forma de la que veis venir. De los despojos deste pescado se sacan grandes aprovechamientos. Y así soy de parecer que si os halláis con ánimo, para emprender el matarla, que lo pongamos en ejecución, pues el interés de la ganancia es tan grande.

La codicia siempre fué pegajoso vicio con el trato, y comunicación de aquellos en quien preside. Parecióles á los rústicos labradores, que todo les sucedería como el desalumbrado compañero les afirmaba, y así previniéndose de dardos, chuzos, assadores, espadas mochosas y maromas. Aguardaron su llegada sobre un andamio de una comenzada puente, que se quiso hacer, y las aguas del invierno lo estorbaron.

Eran los nuevos pescadores más de treinta villanos, de los cuales, unos mostrando en lo exterior grande ánimo, en lo interior estaban llenos de miedo; otros no quisieran haber emprendido la negra pesca, dudosos de lo que sucedería, viéndose con tan notable monstruo; otros que se mostraban algo más esforzados que sus compañeros, tenían perdido el color de sus rostros, no sabiendo cómo habían de acometer aquel asalto. Las zagalas estaban en las márgenes del crecido arroyo, con notable aflicción, cuidadosas de ver puestos al padre, al hermano y al esposo, en tan conocido peligro, pidiendo con lágrimas al cielo les librase de tan apretado trance, como esperaban. Llegó pues la terrible ballena, cercada de espumas, y ramas que á ella habían agregado las olas del furioso Mancia Henares; emparejó con el andamio, y aquella villana cuadrilla, prevenida *cum fustibus et armis,* descargó en ella su cólera, sin perdonarle ninguno su riguroso golpe de espada, chuzo, dardo ó pie-

dra. El miedo con que todos estaban, teniendo figurado en sus ideas el monstruoso pescado, según la pintura del en que entre todos le había conocido, les hizo persuadir que tenía cabeza, brazos, cola y los demás miembros, hasta dientes, como navajas de dos palmos de largo cada uno. Finalmente herido de todos, fué fuerza descubrir las entrañas por las roturas del pellejo, fijamente le tenían clavado con los chuzos y lanzones. Y estando desta manera, el movimiento de las olas que en él batían, le atribuían á vascas de la cercana muerte, dejándole desta suerte por consejo de su descubridor, para que se desangrase en el agua. Mirándole estaba ya con menos miedo, y más atención, cuando del más vecino cerro de aquel sitio, vieron bajar un hombre sobre un rocín en pelo con una media lanza en la mano, que á galope tirado se acercaba á donde estaban; y llegando á la margen del crecido arroyo, mirando á la villana cuadrilla les dijo en altas voces:

Labradores destos campos,
zagalas deste país,
á quien tiene la ignorancia,
ajenos de discurrir.
Patriotas de Manzanares,
arroyuelo baladí,
desdichado por estío,
sí por invierno feliz.
Tan ladrón de todas aguas,

que á la fuente más sutil,
la dejara sin sustancia,
por aplicársela á sí.
A mis ciertas profecías,
tan ingrato como vil,
desconocido ha mostrado,
su término y trato ruin.
Henares soy el Gitano,
que desde el Turia hasta el Sil,
no hay cuadrúpedo bagaje,
que esté segure de mí.
Todo pirata de Caco,
todo papante neblí,
es un mandria, un torpe, un lego
si me quiere competir.
La bolsa más recatada,
del avaro más gentil,
penetro yo donde yace
con vista de zahorí.
Y aunque tenga mil lazadas
y nudos tenga dos mil,
hago divorcio de todos,
porque yo disuelvo así.
Mientras en un verde prado,
daba pasto á mi rocín,
sin el jaez de sayal,
ni á la reata servil.
Descuidado de que nadie,
pudiera atreverse á mí,
que puedo ser Protocaco
en el robar y encubrir.
Rápida corriente llega
del arroyuelo malsín

(ya maestro de ladrones,
si de ríos aprendiz).
Y en breve instante me lleva,
silla y pajizo cojín,
que porque no se dividan,
quise á un cuerpo reducir.
Presuroso y fugitivo,
me lo lleva, sólo á fin,
de que yo tras él corriendo,
haga oficio de alguacil.
Siguiendo vengo su alcance,
y desde lejos la vi,
parar en vuestra presencia,
y á vuestras manos venir.
Si pensaste ser ballena,
tiburón, foca ó delfín,
que para volverse al mar,
ha tomado este carril.
Es engaño manifiesto,
díganlo mejor por mí,
las heridas que ha mostrado,
sin dar al agua matiz.
Y cuando faltara sangre,
en quien intentáis rendir,
por sus tripas ostentara,
el mascado perejil.
Este bulto principal,
que no es cabeza advertid,
sino el arzón delantero,
que frisa con la cerviz.
Estofados son de paje,
los que ya brazos fingís,
y sus niervos el bramante,

que los hace dividir.
Si en despojo de un centeno
con sayaleño telliz,
vuestra cólera empleáis,
á todos haréis reir.
Volvedme luego mi prenda,
hechura de Juan Crispín,
el maestro de más fama,
que hizo albardas en Motril.
Y si no, sobre mi potro
(que un tiempo ha sido cerril)
os reto de mentecatos
desde la cola á la crin.
Salid, agrícolas zafios,
que en los campos de Madrid,
os espera Ambrosio Henares,
más animoso que el Cid.

Atribulados, como corridos quedaron los rústicos labradores, así de verse retar del animoso gitano, como de conocer la opulenta ballena, que tenían atravesada con los chuzos y lanzas. Culparon al inadvertido compañero explorador de aquella pesca, y sin responder al colérico retador, le dejaron su prenda en la orilla del undoso arroyo, fuera del agua y todos se recogieron á su patria corridos de lo sucedido. Quedó el egipcio notablemente ufano y gozoso de haberles hecho el reto animosamente, á que no se habían atrevido á responder como ignorantes del duelo. Adornó su potro, con el despojo robado y partióse á bus-

carle compañía de otro bagaje habido en buena guerra.

No menos contento quedó Manzanares que el gitano, así por la burla hecha, como por haber con ella cobrado fama, aunque mentirosa, de que en su distrito existían ballenas. Dentro de breve tiempo mejoró de ilustre aquella patria, dándosele las majestades católicas de Carlos Quinto, emperador de romanos, y los dos Filipos, su hijo y nieto, con hacerla su corte. Repudióse todo rústico hábito, los groseros pellices se convirtieron en sutiles sedas, los rústicos moradores en agudos cortesanos, las sencillas zagalas en otras por extremo discretas, los pastorales instrumentos, en otros políticos, las toscas, y groseras voces, en agradables y sonoras, que acompañadas del arte, y destreza alegraban y entretenían á los oyentes. Florecían agudos sujetos en sus riberas, repudiados ya dellas los Giles, Llorentes, Antones, y Pascuales, las Mengas, Olallas y Belillas, porque entonces había ingeniosos Belardos, discretos Tirsos, agudos Mirenos, afables Riselos, estudiosos Elisios, y donairosos Lauros, que celebraban hermosas Filis, discretas Lucindas, graciosas, Amardas y altivas Isbellas.

Compadecióse la urbana policía, de que las cristalinas aguas de Manzanares, careciesen de márgenes amenas y deleitosas, pues en ellas no se veía, sino cual, ó cual olmo, á cuya sombra

en los pasados tiempos tenían urgentes, ratos de recreación, sin variar de sitios. Y así el joven arroyo se halló en breve tiempo adornado de copados olmos, frondosos álamos, hojosos alisos y verdes sauces. No parando esto la curiosidad, quiso en amenas estancias formar compuestos jardines, de artificiales cuadros, colmándoles de olorosas y fragantes flores. Y la majestad de Filipo Segundo, ilustrar la derecha margen deste arroyo, con una recreación, si no igual al poderoso dueño, la más grandiosa que el corto sitio dió lugar, donde el arte venció á la naturaleza. Esta real quinta (que intituló Casa del Campo y este nombre conserva hoy) está mirando, en la opuesta ribera, al suntuoso y rico alcázar deste poderoso monarca, fábrica de su invictísimo padre y suya, que gozó el inmediato sucesor, obra digna de sus reales majestades; cuyos fuertes cimientos, con amena y deleitosa igualdad de verdes árboles, adorna un cercado que llaman al parque depósito de inquietos y bulliciosos conejuelos, que no es bien darles el epíteto de tímidos; pues aquí la seguridad, con que son guardados les hace degenerar su naturaleza, viviendo libres siu el susto del cauto cazador y el temor del ardiente plomo.

Viendo, pues, los vecinos valles y cercanas cumbres, la medra y altura en que se hallaba el lucido Manzanares, su compatriota, con la privanza de ser tan vecino del majestuoso

alcázar y regia recreación; y asimismo aplaudido y visitado de toda la corte, quisieron lisonjearle como á privado, avisando en sus distritos que ninguna fuente, arroyo ni laguna, disipasen sus cristales, en superfluos empleos; sino que rectamente acudiesen con ellos al risueño arroyo, para que con mayar caudal diese autoridad á aquellos campos y gajes á las vecinas plantas que la asistían en sus riberas. Divulgóse este mandato por aquellos contornos, con que vino á hallarse Manzanares, poderoso y rico para cumplir con sus obligaciones.

La codicia que siempre asistente en los pechos de los avarientos, introdujo en ellos que maquinasen la invención de los molinos, proponiendo á la república convenir su ejecución para el sustento de la corte, á costa del ya medrado arroyo, pretinas pusieron á sus cristales y en ellos fundaron casas donde tuvo efecto su interesable ambición y medra sus dueños; que si bien fué pensión para el paciente arroyo, esforzóse á consentirla, por acreditarse de poderoso para pretender con más servicios el título de río que deseaba.

La industria quiso que el señor Jarama, río calificado en la Nueva Castilla, torciéndole de su inclinación la fuerza del poder, visitase los campos de la antigua Mantua, por el mismo paraje que Manzanares, pareciéndole que con río de título, calificaba aquella tierra y recreaba

más á los moradores della; pero hallándose bien en su distrito, no quiso conocer nuevas voluntades, y opuesto á la poderosa resolución: sacó un privilegio del Océano, para que le dejasen quieto sin alterar su curso, y pacífica posesión á Manzanares.

Con lo cual, el poderoso arroyo se hallaba en edad de tomar estado; admirándose de haberse pasado tan velozmente el largo tiempo que había salido de los brazos de su madre. Parecióle ser este buen asunto, para que los ingenios de sus riberas le escribiesen, y así en su nombre mandó que una ninfa lo pidiese en la docta academia Mantuana, á los agudos académicos que á ella asistían, escribiesen algunos; de los cuales diremos los ingeniosos sonetos que á este asunto hicieron, comenzando por Pradelio ingenioso poeta de aquella academia, que dice así:

PRADELIO

Pasan los siglos, Fabio, ciento á ciento,
¿cuál se deslizarán las breves horas?
Si olvidado su leve curso ignoras
teme que has de acabar en fin violento.
Tiene en el ocaso obscuro asiento
las que amanecen cándidas auroras;
que se te va la vida y no la lloras
y respiras á cuenta de un aliento.

El tiempo sin parar su curso leve,
te advierte, fugitivos desengaños:
en el relox del sol los examina.
Que sin sentir la sombra en él se mueve
con más velocidad corren los años,
cuando *menos parecen que camina.*

Aunque ninguno tiene lugar graduado, por ser todos tan doctos ingenios, el segundo soneto fué del discreto Salicio, que dice así:

SALICIO

¡Oh tú, veloz descrédito del viento,
que aun alentar no dejas tus instantes,
cuyas alas parece que volantes
hijas son del ligero pensamiento!
Tú, que sólo reduces á escarmiento
las máquinas del mundo más triunfantes,
dejándoles tan sólo de constantes
las ruinas que son su monumento.
¿Para qué te despeñas fugitivo
de tu mudanza propia, tiempo huyendo,
pues hace que te vayas y te quedes?
Siempre caminas; siempre más altivo,
sin tropezar en siglos vas corriendo,
que á ti mismo lijero te sucedes.

No menos que todos se mostró el docto Persiano, prohijado en estas riberas, si natural hijo de las del Lusitano Tajo, decía así su soneto:

PERSIANO

Tú el curso más veloz en paso lento,
que con ansia voraz, con nueva pluma,
porque el vuelo en su origen se consuma
le formas incesable movimiento.
Respiración de eterno firmamento
aunque de edad voluble fiel presuma,
cual breve impulso en desatada espuma,
que roto siempre afirma su elemento.
Lo mortal de tu altura precipitas,
siendo el lance mayor de tus hazañas,
menos irreparable, si forzoso.
Mas si vidas sin término limitas
con acuerdo engañado desengañas,
pues vuelas tardo y llegas presuroso.

Mostrar quiso su florido ingenio Gerardo famoso académico mantuano, dando á la fama este bien escrito soneto, igual á los referidos:

GERARDO

Este ¡oh Lisardo! con deidad mentida
tiempo veloz, lisonja es del olvido,
asolador universal temido
del mundo, de la fama y de la vida.
Tuvo á su engaño la razón rendida,
cuando por desearle conseguido
aun no gozado le lloré perdido
pasión del tiempo apenas divertida.

Sin sentir pasa y siéntese pasado,
mira que si le pierdes neciamente
nunca el tiempo perdido se ha cobrado.
Gástale bien si quieres que se aumente
que si el tiempo que pasa es bien gastado
todo tiempo pasado fué presente.

No se le debemos menos lugar al soneto del sutil Anfriso que á los demás, antes igual aplauso: decía desta suerte:

ANFRISO

Este que en despeñado movimiento
(de la esperanza térnino mentido)
dirigiendo los bronces del olvido,
le autoriza con ruinas ciento á ciento.
Este del sol temido monumento,
verdugo de las fábricas temido,
éste que de sí mismo sucedido
los espías reboca al pensamiento.
Es Fabio aquella sombra vencedora,
reloj de los instantes de la vida,
que despierta con números la muerte.
Llora de un sol la sombra repetida
(ensayo de sus fines) el Aurora
y á penas un mortal, su fin divierte.

Mendino singular ingenio de las riberas de Manzanares, estudioso sobre todos los de su tiempo, y dueño de la mausión célebre donde se hacía la academia en aquel tiempo, quiso real-

zar este asunto con este agudo soneto, que aunque es el penúltimo, merece el primero lugar:

MENDINO

No es el tiempo veloz, que él no se mueve,
si lo es, Felicio, al Evo repetido,
que ligero vapor pierde el sentido,
cuando á Hecate interpone sombra leve.
No corre con silencio espacio breve,
que animado metal hiere al oído,
cuando en terso cristal envanecido
al desengaño la verdad se atreve.
¿Culpas, velocidad, á quien te espera?
¿Escarmientos no sacas de los daños,
y niégaste á la voz que te gobierna?
Si á su impulso enderezas tu carrera,
limados días que royeron años,
siglos aumentarán á fama eterna.

Castalio, académico jocoso, conociendo su pobre ingenio, escogió el último lugar entre sus compañeros, ofreciendo su soneto al propuesto asunto:

CASTALIO

La más, perfecta niña que en agraz
tuvo fama lo hermoso de su tez,
en cuba ya madura, ve otra vez
ponderada la gracia de su faz.

A un espejo con vista perspicaz
mira en forma de pasa su vejez,
la que sobre la mano de almirez
colora el uno y otro portapaz.
El ver dentro en su boca la nariz,
con madeja de plata su testuz,
tener sin dientes papanduja voz:
el ver lleno de rugas su telliz,
la persuadió á decir con tanta luz,
¡oh, tiempo! ¿Cómo pasas tan veloz?

Notablemente se pagó Manzanares con los agudos sonetos de los doctos hijos de sus frondosas riberas: con ésta, y las calidades referidas, trató de tomar estado, y casarse, porque su vida era de gentil, empleado en algunas concubinas poco firmes en su amor, si bien tal vez las repudiaba enojado, ocupando su plaza otras del mismo porte, con quien hacía todos los inviernos estos repudios.

Tratósele un casamiento con una gran señora, cuyos méritos era tantos, que el pobre arroyo desesperó de poder alcanzarla por esposa, según se hallaba desigual á sus muchas partes. Poderosos terceros mediaron en los conciertos; y aunque hubo dificultades en ellos, al fin, tuvo la dicha que los hombres de pocas prendas que se topan con lo mejor. Vino en casarse la forastera señora con Manzanares, con condición; que primero había de tener *in scriptis* título de río, que le diese la mano. Ofrecieron por Manzana-

res sus valedores, que le alcanzarían con gran facilidad; y para comenzar esta pretensión, presentó este memorial en el marítimo consejo cuyo temor era éste:

MEMORIAL

Manzanares arroyo principal
caudaloso de Octubre hasta el Abril
si de Abril al Septiembre tan sutil,
que apenas se divisa su caudal.
Dices que á tu grandeza cuaresmal
presentes ha ofrecido en ranas mil,
cuyo gremio canoro, si pueril,
En lechos te adormece de cristal.
Preciado de leal á tu esplendor,
pide atento á lo dicho, y ser tan fiel,
que de río le ordenes, gran señor.
Tenga lugar debajo tu dosel,
pues que su calidad es superior
á los del sucio Esgueva y Zapardiel.

A la presentación de este memorial quiso el marítimo Dios que se juntase toda su undosa monarquía, para lo cual su fiel mensajero Tritón, con el torcido instrumento convocó á todas las marinas deidades, las cuales se congregaron en el undoso alcázar. Ocupó el potente Neptuno su cerúleo solio, presidiendo en él con la conocida insignia de su tridente sceptro, que obedecen los dilatados campos de su salado imperio. Una grada más abajo de su regia silla,

estaban el dios Mereo, Glauco, Proteo, Portuno, Forco y Polifemo, y en la última grada del majestuoso trono la común familia de los Tritones con sus sonoros instrumentos, haciendo oficio de menestriles.

Al lado derecho de Neptuno se formaba sobre tres gradas otro asiento con no menos majestad que el del marítimo Dios. En la silla más eminente dél (que era de nácares y coral) asistía la hermosa Anfitrite diosa de las aguas y digna esposa de Neptuno, acompañaban su hermosura sentadas en los inmediatos asientos su majestuosa silla, la graciosa Doris, la altiva Galiopea, la discreta Milicerta, la pretendida Tetis, Panopea, Decerto, Egle y Dorida, y en las ínfimas gradas del tabernáculo todo el resto de ninfas, sirenas y nereidas sirvientes de la emperatriz de los mares. Con esta autoridad estaba la sala del dios del húmido Tridente, cuando recibió el memorial del pretendiente Manzanares. Leyóse en público, y antes de determinarse á responder á su demanda, salió á la causa el Océano como fiscal de aquella marítima audiencia, diciendo en sonora voz estas razones:

—Supremo emperador de los salados mares, á quien tantas marítimas deidades reconocemos por superior monarca nuestro, por grande inconveniente tengo á este humilde arroyo se le dé el título de río que pide: y las razones que á defender esto me obligan, son. La primera, ver cuán

poco caudal adquiere para anhelar á tal dignidad. La segunda, que caso que la alcance, ha de usar tan mal de ella, que vano con el título que se le diere, no ha de saber conservar la autoridad de río, cumpliendo mal con sus obligaciones, sin acudir á las que vemos que cumplen el Tajo, Duero, Miño, Pisuerga, Ebro y Guadalquivir. En la parte que asiste, no niego que debía tener el honor que pretende; pero si con él se halla, acrecentando cada día obligaciones, y no cumpliendo, con ellas como debe, ¿á quién se le atribuirá la culpa de haberle desvanecido sino á ti, y á mí que lo consentí en tu real audiencia? Los réditos que en el verano paga á tu majestad, son tan tenues, que ha rezagado pagas de más de ocho. Vuestra profundidad vea en esto lo que se sirve de proveer, que yo he cumplido con la obligación de mi oficio, en representar los inconvenientes que en esto hay: no obstante, que tiene ejemplares, para que se le haga mercado, en Esguera, Zapardiel, y Huécar, ríos de la primera jerarquía, á quien fuera bien denegar los títulos, por lo inmundos y pobres que son.

Calló el Océanó y Neptuno mandó, que se tomase entre los de su marítimo Consejo los votos para ver si era bien condescender, ó no, con la petición de Manzanares. Hízose con toda la legalidad posible, y *nemine discrepante* salió de acuerdo que á Manzanares se le debía dar título de río y ponerse en la pretendida dignidad, pues

se había hecho lo mismo con los tres pequeños ríos; con lo cual Neptuno mandó á Glauco su secretario que escribiese el título, el cual notado por el cerúleo Dios decía desta suerte:

«Nos, el emperador Neptuno, por la gracia de los nublados, rey de los mares Océano, Mediterráneo, Adriático, Jonio, Egeo, Pérsico, Indico, Bermejo, etc., protector de las deidades, que en mi salado imperio se congregan. Por cuanto por parte de vos el arroyo Manzanares, patriota de la insigne corte de España, nos ha sido presentado memorial de vuestra calidad y servicios que nos habéis hecho; por lo cual nos suplicáis, os demos y concedamos título de río, y lugar en nuestro Real Alcázar y asiento en la Fluvia Letitania, según y como los demás ríos y catarriberas de nuestra undosa congregación: y así vistas las acuátiles ordenanzas que desto hablan, instituídas y ordenadas por nos en las márgenes de la Laguna Meotío, lo tuvimos por bien, siendo nuestra voluntad de concederos, constituiros y colocaros en la honorífica dignidad que pedís; dándoos preeminencia para que imperiosamente juzguéis de las causas de vuestros sufragáneos arroyos, fuentes, lagunas y pantanos, guardándoles en toda recta justicia, y castigamos severa y rigurosamente sus delitos; y asimismo os damos potestad con el dicho título para que podáis cobrar de los dichos arroyos, fuentes y demás súbditos, el feudo que como río os es debido: y este

título os damos y concedemos, como dicho es, con las prerrogativas y poderes que á los demás ríos de la primera clase, con gravamen de que vuestro distrito se extienda tan solamente hasta los términos del claro Jarama, nuestro súbdito y vecino vuestro, con el cual, patrocinados del caudaloso Tajo, me vendréis á besar la mano, y á pagar el debido tributo, en reconocimiento de vuestro soberano señor. Dada en mi acuátil Alcázar. Yo el dios Neptuno. Por mandado de su profundidad, el secretario: Glauco.»

Con este honroso título, despachado con tanta brevedad, se halló Manzanares el río más gozoso de la Europa; diéronle la norabuena los olmos, sauces, álamos y alisos de sus verdes riberas y sotos, y asimismo las olorosas flores de sus márgenes, reconociéronle por superior las vecinas fuentes, los cercanos arroyos, lagunas y pantanos de su jurisdicción, comprometiendo todos obedecer y darle el repartido feudo. Con lo cual, los que trataban sus bodas, las alentaron de suerte, que en breve tiempo se dispuso el darle la mujer que pretendía. Con lo cual un ingenio de sus riberas, invocando á su jocosa musa, le dictó estos versos, que escribió á la esperada esposa de Manzanares:

SILVA

Manzanares vegete de entremeses,
con justillo, escarcela y capa rota,
no con igual salud todos los meses,
porque en los más padece mal de gota,
vuelto de arroyo en charco ó lagunajo,
puede ser entre ríos espantajo.
Este que al Tajo y Duero causa risa,
queriendo competir con sus raudales
quien jamás ha salido de pañales,
después que han perseguido sus riberas
gallegas lavanderas,
manchegas, asturianas, vizcaínas,
dejándole su carne en las espinas,
jurando; á fe de río
que el título le da ocasión al brío
su boda espera con alegres fiestas
aunque le apuran del calor las siestas.
Cuando desierta su ribero amena,
se ve de los que ha sido visitada,
y á su faz vidriada
se le atreve cualquier lunar de arena,
que su hermosura tapas,
pareciendo provincia de algún mapa.
Mostrar su esfuerzo quiere,
de bodas trata aunque de sed se muere.
En la profundidad que ha sido archivo,
de secretos ocultos,
apenas conocido de los cultos
que hurones son de las profundidades,

huyendo de patentes claridades,
Manzanares reserva
una partida de agua que conserva,
sin que al mar dé tributo,
y desta nunca enjuto,
por gastos de sus aguas excesivos,
en los tiempos estivos,
jamás se enajenó, que es vinculada,
para murar su célebre morada.
Esta, sin que se gaste en obras pías
de molinos ni haceñas,
en estancias sombrías
la tributan los poros de las peñas.
Que para ocultos fines
congregaron las peñas sus orines,
mas la que se halla con el mal de piedra
excluye á Manzanares desta medra.
Quiso lleno de gozo hasta el gollete,
salir para la boda de pobrete,
y dar aumento al elemento frío
en medio del estío,
y para dar aviso,
que sus vasallos parias le tributen,
so pena que por ellas ejecuten,
un fámulo Tritón legal sirviente,
cifra de su familia solamente,
que sirve hasta pagarse del salario,
que Manzanares le libró en Acuario,
y mientras llega el plazo para Enero,
ya le vemos Tritón, ya esportillero,
quiere que luego vaya á su distrito,
y que publique á todos el edito.
Tronante caracol del cuello pende,

que si deleita poco, mucho ofende,
pisa del que fué río
la más enjuta arena
de humidad tan ajena,
que juzga á Manzanares Guadiana,
y que se le escapó por tierra llana.
Tocando su instrumento,
las aves tripularon su elemento,
y á sus nidos se acogen,
los peces (mas no hay peces que se mojen)
ranas sí, que en pequeños cenagales
tienen conversaciones estivales,
metidas juzgan en el hondo cieno,
rayo al Tritón, si el caracol es trueno,
el cual para cumplir con el mandato,
estas sonoras voces dió al boato:
«Manda el flamante río Manzanares
á todos sus sirvientes familiares,
ya lagunas, ya fuentes, ya arroyuelos,
que peñas saltan y atraviesan suelos,
que en caudal esprimido,
sin que nada se oculte,
con su plata le vayan acudiendo,
y aun las peñas muelles no se veda
lágrimas de vellón, que ya es moneda,
para aumentar la fuerza á su corriente,
mándase pregonar públicamente.»
Dijo, y al punto las vecinas fuentes
esforzaron corrientes;
el claro Febo con fogosos rayos,
sin tomarle desmayos,
á la nieve se atreve,
y en líquido cristal volvió la nieve.

Hallóse Manzanares poderoso,
con aguas caudaloso,
y en la mansión que ya elegido había,
para la gente que juntar quería,
las ninfas congregando,
á unas les quitó el estar lavando,
y á otras, por no dar en torpes yerros,
el vender zarzamora, juncia y berros,
que quien quiere ser rico con pobreza,
sus ninfas llega á ver en tal bajeza.
En una clara sala, que azulejos
dan bañados reflejos,
presente al fin de la humildad severa
del Tajo, que es vecino de Talavera,
se miran cien alcobas
entapizadas de mojadas ovas,
y el pavimento cubren á pedazos
alegres alcatifas de lampazos,
aquí se forma un trono,
que el toronjil, mastranzo, juncia y yedra,
cubren sus gradas de su tosca piedra,
y en la más eminente
salió grave del río ya severo,
una banqueta está de zapatero,
breve descanso, donde
el río como oráculo responde,
desnudas de los viejos arambeles
tal blanca, y tal curtida
de asistir á lavar toda su vida,
cada ninfa ocupó su grave asiento,
para oir de su río el parlamento:
«Ninfas que en mis riberas,
por verme algo salido en el verano,

os andáis viltotreras,
á que pullas os diga el cortesano,
poniendo con aquestas ocasiones
vuestra virginidad en opiniones;
hoy con esfuerzos de las claras fuentes,
de arroyos, y de charcos,
se aumentan mis corrientes,
que pudieran surcar ligeros barcos.
Hago esta prevención para aquel día,
¡oh ninfas generosas!,
que espero revivir la esposa mía,
haciendo nuestras bodas venturosas
y haberme alentado
caudaloso esforzado,
con crecida corriente,
que no quiero me tache de impotente.
Aquella de los orbes pregonera,
locuaz y vocinglera,
que por todas cien bocas
dilata vituperios ó alabanzas
del que anda con fortuna en sus balanzas
lo que ha dado instrucciones
de avisar y mentir á los soplones,
publica que es mi esposa
altiva y presuntuosa,
y en extremo arrogante
diciendo de un gigante,
con que á tenerla desde aquí me allano;
pues en su parangón seré un enano.
Ya que tanta hermosura me obedece,
de quien soy protector en el invierno,
si no en el seco estío,
en la ocasión que ahora se me ofrece,

cuando me veis, enamorado y tierno,
si libertad, potencias y albedrío,
honrad á vuestro río,
trazad fiestas, dilátase el contento,
por una y otra orilla,
vuestra hermosa cuadrilla
se puede prevenir recibimiento,
y halle mi esposa en el tal agasajo,
que desmienta por el ser hombre bajo.»
Dijo, y aquellas ninfas previnieron
bailes para la boda, que probaron,
la capona ensayaron,
y al derrengado rastro ensayos dieron,
que á maestros, jíferos y lacayos,
pagaron la asistencia á estos ensayos,
con que aguardan las bodas,
todas alegres, vailarinas todas.

Llegóse el plazo de las esperadas bodas que vino á ser por el riguroso tiempo del estío, cuando ya el confirmado río estaba en tan extrema miseria, que injustamente se le podía dar título de arroyo. Vino su esposa acompañada de lavanderas y asturianos aliviadores de sus cansancios, aquéllas la mayor parte gallegas, y éstos gente que para profesar el orden de Juan de Dios, sólo les faltaba el traer el hábito más largo, porque del sayal y la espuerta no carecían.

Púsose en espera de novio la buena señora, acompañada de esta importante gente, y hecha ojos toda, por ver cuando venía su dueño, vió gran cantidad de gente de diversos estados en

aquellos contornos unos cantando, otros bailando, otros merendando, y los más desnudos en camisa: juzgó que todas estas fiestas eran por regocijo de sus bodas. Pasaban infinidad de coches por aquellos campos, emparejando con el sitio donde estaba la novia, y ella, deshecha porque llegase el plazo de su empleo, admirábase de ver tantos hombres en ellos en tiempo que el sol no les podía ofender, dejándola descontenta la poca gala y bizarría de la corte en esto; pues en los que más la solía mostrar la nación española, con la ocasión de los ligeros hijos que el Betis la ofrece, se ha olvidado tanto desto, que estima más su comodidad, por no decir poltronería, que todos cuantos caballos paren las andaluzas yeguas. Levantaban la gente y los coches grandes nubes de polvo, con lo cual temió la señora novia un mal suceso en sus bodas, acordándose de aquella copla antigua, que dice: «Con la grande polvareda perdimos á don Beltrane.» En esto estaba deshecha ya de esperar su deseado novio, cuando se halló mojados los conturnos. Miró lo que podía ser, y vió que en vez de darle la mano su esposo le besaba los pies. No se pagó mucho desta humildad, no porque les parezca mal á las mujeres que la tengan siempre sus maridos, sino por ver en Manzanares una pequeñez tan pueril, que la descontentó mucho, con que se dió por engañada en el consorcio.

Esta negra honra hace á las mujeres que la

profesan, pasar por mil violencias, quiso sustentar su palabra, y al fin la dió de ser esposa del menguado río, hallándose después en el empleo con malas noches y peores días. Hicieron los ingenios de la antigua Mantua, á esta desigual unión varios epitalamios, y gran cantidad de jocosos versos.

Comenzaron á venir embajadores de los arroyos y ríos amigos y deudos de Manzanares. El primero que envió á darle la norabuena, fué el claro Brañigal, arroyo de la legua, cuyos embajadores eran dos cosarios cazadores de jilgueros. Estos venían cargados de jaulas, varetas y demás aparejos de su caza, hicieron su visita, y al despedirse dieron á Manzanares un papel de su dueño que decía así:

BRAÑIGAL

De tu esposa desigual,
que tus impulsos enfrena,
te envía la norabuena
tu vecino Brañigal:
prevenirte de caudal,
es ya remedio forzoso,
para conservarte esposo,
que el divorcio es declarado,
si en verano eres menguado,
y en el invierno furioso.

En segundo lugar se presentaron de parte del precipitado Torote, escolástico arroyo complutense, dos embajadores. El uno era un gorrón brodista de aquella insigne universidad, y el otro un carretero cosario de aquel camino, dieron el parabién á los novios y el papel de quien les enviaba, en que vieron estos versos á la novia:

TOROTE

Gran puente á vuestra afición,
muy poco premio le alcanza,
que sois novia en esperanza,
y jamás en posesión:
llorad tan grande pasión,
si tenéis el pecho tierno,
ya que el mal es tan eterno,
y de vuestro novio enano,
sed quitasol en verano,
y papahigo en invierno.

En la tercera visita, que fué del menguado Huécar, hijo de las sierras de Cuenca, entraron dos perayles por sus embajadores, cancelada la grasa de los procesos de sus vestidos, llevaban capas manchegas, y monterillas al uso de aquella serranía, hicieron lo que los demás, y en su carta se leyó esta décima:

HUÉCAR

En mí tenéis ejemplar,
¡oh párvulo Manzanares!
sin gozar los carcañales
de mi puente titular:
casar, bueno es de mentar,
mas con mujer cuelli erguida,
con vanidad presumida,
gozaréis un mal empleo,
y os veréis como me veo,
sujeto toda la vida.

A su modo escribía el serrano río con aquellos rústicos vocablos de su patria, dieron sus embajadores lugar á los del claro Alberche, río de la antigua Talavera, los cuales eran dos alfareros ó arcalleres, de qüe abunda aquella villa, éstos imitando á sus antecesores, lada la norabuena de parte de quien los enviaba con su carta leyó en ella Manzanares lo siguiente:

ALBERCHE

De que ya casado estés,
río, charco ó lagunajo,
se huelga Alberche, que al Tajo
sale á encontrar de revés:
á molinos más de tres,

que en mi distrito han fundado,
solícito y con cuidado
muevo las veloces ruedas,
baño pocas alamedas,
á donde hay tanto bañado.

Siguieron á esto los embajadores del pinciano Esgueva, inmundo río de aquel hermoso valle. Eran mozos del rastro, sin mudar de su asqueroso traje, teñido de los despojos de aquellos mal mirados lugares, si importantes á la conservación de nuestro individuo. Cumplieron con su legacía, y en la carta del castellano río vió Manzanares escritos estos versos:

ESGUEVA

Río un tiempo, otro pantano,
de alguna laguna aborto
sano en agua, en sitio corto,
con que os llaman cortesano,
estad contento y ufano,
con tal esposa y parientes,
no temáis inconvenientes,
sino aprended de mis bríos,
que soy Gran Turco entre ríos,
casado con tantas puentes.

Los últimos embajadores que destas bodas dieron sus norabuenas, fueron dos zurradores, los cuales por desmentir el olor del zumaque, y la

apariencia de cernícalos, en las teñidas uñas, entraron muy olorosos con guantes de ámbar y vestidos prietos: éstos dijeron venir de parte del Medinés Zapandiel, río envergonzante, chirrión undoso de la inmundicia de aquella antigua villa de Castilla la Vieja, y ya espejo de sus desmoronados edificios, cumplieron con su obligación, y en la carta del asqueroso río leyó Manzanares estas razones:

ZAPARDIEL

Manzanares sin caudal,
cortesano poco fiel,
el medinés Zapardiel
te envía su paramal;
con esposa garrafal,
en gran peligro te pones,
no dudo que te corones,
de lo que ver no querías,
mas toma ejemplo en las mías,
que las tengo con prisiones.

Estaba tan vano el buen Manzanares, con verse hecho río, y casado con esposa tan grave, que hizo poco caso de todas estas embajadas; sentido de que Tajo, Jarama, Júcar, Duero y Pisuerga, no le hubieren enviado sus norabuenas, sino sólo estos plebeyos ríos con que no se podía alegrar, causa porque los que les visitaban le veían poco risueño, y siempre turbado. Con lo poco agradecido que se mostraba á los socorros de las

fuentes, arroyos y lagunas retiráronse de no le contribuir con sus cristales, librando todas sus venganzas en el rigor del caluroso estío, que le vino á dejar en los huesos, con más sed que á un enfermo de hidropesía. Quiso madama Segoviana, viendo las flacas fuerzas de su esposo, tratar de divorcio, protestando haber sido engañada con él y forzada al casamiento; mas, conociendo el menguado río, que si lo intentaba podría salir fácilmente con la pretensión, imploró el auxilio del cielo, el de su anciano abuelo, y cristalina madre, y como los socorros humanos son de poco efecto, si la voluntad divina no la dispone, aunque el parentesco era como sabéis, no fué posible socorrerle hasta que el piadoso cielo permitió que no pasase la queja de la esposa adelante, ni la afición del desconsolado Manzanares. Densas nubes cubrieron los azules velos del primero cielo; y éstas preñadas de copiosas pluvias vinieron á dar á los mantuanos campos su rocío en tanta abundancia, que el enojado río dilató su distrito, humedeciendo las secas arenas, y de sus orillas consoló las verdes y frondosas plantas, que sin los cristalinos gajes iban perdiendo en su color las esperanzas de gozarlos. Brioso y alentado vió madama Puente al mal acreditado esposo, con que dejó el intento que tenía, gozándose con él. A este suceso impensado escribió un académico de la antigua Mantua este romance, invocando sus jocosas musas:

Sin correr está corrido
el pobre de Manzanares,
que le atribulan poetas
con sátiras que le hacen.
No hay en todo el poetiamo
ingenio metrificante
que si le alaba una vez,
cuatrocientas no le ultraje.
Siendo el bribón de los ríos
en sus bajas humildades,
de la pluma de un Zoilo
jamás le faltó vejamen.
Bien llorara sus desdichas,
mas siempre en caniculares
tuvo crecientes de penas,
y de lágrimas menguantes.
Mal podrá su amada esposa
al sentimiento ayudarle,
si ha sido de llanto virgen
cuando de opresiones mártir.
Siente de su desconsuelo
los disgustos y pesares,
y que por verle impotente
quiera emprender descasarse.
Por remediar este daño
escribir quiere á su madre,
fuente que por la salud
del puerto, en su brazo nace.
Fué su tintero una poza
en quien seis negros bozales,
para hacer el agua tinta
acabaron de bañarse,
hizo de una caña pluma,

y de sus ovas cendales,
hallándose aquí confuso
de que papel le faltase,
remedian su confusión
desunidos de Mari Sánchez,
lavandera de un convento
con la sabana de un fraile.
Que se le olvidó en su orilla
para que le aprovechase
al río, en cuyo candor
escribe razones tales.
«Origen de mi pobreza,
ocasión de mis pesares,
madre avarienta por quien
heredó pequeña madre:
después que á ser cortesano
de tu vientre me enviaste
desnudo cual vizcaíno
que de su provincia sale,
esfuza llegué á tener,
que en desigual madridaje,
yo la parezco pequeño
y ella me parece grande.
Desprecios hace de mí
sin permitir agradarse
de mis enanas finezas
sus presunciones gigantes.
Viéndome de poco fondo,
tan abatido me traen,
que se echa cualquier fregona
soletas de mis cristales.
Río soy camaleón,
en colores variable,

rojo en menstruosas camisas,
pálido en niños pañales.
Desdichado sobremodo
soy, con tan humildes partes,
que siendo río de anillo,
tantas pensiones me añaden.
Y todos estos oprobios
no me injurian ni me abaten
tanto como los poetas
contra mí satirizantes.
Cuál como niño de teta
quiso de polvo fajarme,
y que entre cunas de arena
me estén meciendo los aires.
A cuál he dado motivo
que en entremeses me encarte
y que para darles sal
andrajos mis aguas llame.
Cuál (que de médico peca),
dice que es bien aplicarme
para orinar candelillas,
pues tengo carnosidades.
Estas pues ¡oh madre mía!,
injurias que son notables,
sufro, consiento y padezco,
sin que me defienda nadie.
Suplícote, que entre amigos,
fuentes, charcos, pantanales,
alguna mohatra tomes
que pague en dos Navidades.
Que si en medio del estío
ostento gruesos raudales,
silencio pongo á las lenguas

que contra mí son mordaces.»
Puso la fecha y firmó,
y de la sábana hace
pliego que despacha al punto
con una guarda del parque.
Recibió la madre fuente,
el papel del río infante,
y tanto siente sus quejas,
que da las suyas al aire.
Oyóla el piadoso cielo,
cuando de negro velarte
su diafanidad cubría
capotes y balandranes.
Y aunque á la Mancha tenía
repartido este carruaje,
hoy quiere que al pobre río
vaya y que rico se llame.
Sus cataratas abriendo
ojos el cielo se hace,
y flujos de llanto envía
con truenos por atabales.
Con inopinadas fuerzas
besaba una y otra margen,
el que de antes fué claveque,
y ya en el fondo es diamante.
Admirar pudo á su esposa,
y no era mucho admirarse,
si á quien le lamió los pies,
ve que sus narices lame.
Enamorado del brío
de quejas quiere olvidarse,
que mientras le halla potente
no es bien que el divorcio trate.

Grandemente entretuvo á todos Feliciano con su graciosa fábula y versos acomodados á ella. Y para dar remate á la alegre jornada, él con su guitarra y las dos hermanas cantaron á tres voces, en un sonoro tono este romance:

¿Hasta cuándo, Dios vendado,
hasta cuándo niño Dios,
me dilatas la esperanza
me alejas la posesión?
Si siempre deste rendido
tu divinidad triunfó,
dime, ¿qué premio previenes
á finezas de mi amor?
Poco tu piedad ostentas,
pues, armado de rigor,
en la causa de mis penas,
más agravas mi prisión.
No la pena, no el cuidado
alivia el tiempo veloz,
que los instantes más breves
ya para mí siglos son.
Lo que alienta mi deseo
me entibia tu dilación,
que dar largas donde hay fe
ya desmienten su valor.
Viva esperando, Amarilis
quien por dueño te eligió,
si en mucho esperar consiste
el premio del galardón.

El fin del bien cantado romance y el de su gustosa jornada fué á un tiempo. Entraron en la

antigua Mantua, y llegando á la posada de don Alvaro, fueron dél alegremente recibidos. Hallaron prevenida la cena, y acabada se fueron á descansar. Con que el autor da fin á este libro, ofreciendo si sale á gusto de los lectores, otro que se intitula, *Tiempo de regocijo,* que saldrá con brevedad.

FIN

ÍNDICE

